



NUMERO 3 / JULIO 1967 / PRECIO \$ 25.00

cuadernos de **MARCHA**

CUBA

POR

CHE GUEVARA • ALEJO CARPENTIER • JULIO CORTAZAR •
CHARLES BETTELHEIM • ERNEST MANDEL • FRANCISCO
URONDO • MARIO BENEDETTI • REGIS DEBRAY • HENRI
EDME • MANUEL MALDONADO DENIS • PHILIP W. BONSAI

LOS GAVILANES

PELUQUERIA H MB E Y ÑOS

QUINIELA Y MENSAJERIA

REVISTAS

TEL. 41 09 14

Bvar. ESPAÑA 2180

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya
mensual, editada en Tall. Gráf. 33 S. A. por MARCHA

Director: Carlos Quijano

Administrador: Hugo R. Alfaro

Rincón 577 - Tel. 98 51 94 - Casilla de Correos Nº 1702
Montevideo - Uruguay

Vergara de L.B.

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 3

JULIO 1967

SUMARIO

	PAG.
ALEJO CARPENTIER	
Los convidados de plata	5
JULIO CORTAZAR	
La vuelta al día en ochenta mundos	11
MARIO BENEDETTI	
El estilo joven de una revolución	15
FRANCISCO URONDO	
La última poesía cubana	21
MANUEL MALDONADO DENIS	
La situación del intelectual	25
PHILIP W. BONSAI	
Cuba, Castro y los Estados Unidos	31
• RÉGIS DEBRAY	
El castrismo: la larga marcha de América Latina ...	41
HENRI EDME	
¿Revolución en América Latina?	73
ERNEST MANDEL	
El debate económico en Cuba durante el período 1963-1964	87
CHARLES BETTELHEIM	
Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas	93
• CHE GUEVARA	
La planificación socialista, su significado	107

EL plan de este tercer número de CUADERNOS DE MARCHA, es el siguiente:

—Una primera parte la componen ensayos y artículos inéditos, muchos de ellos escritos especialmente para CUADERNOS DE MARCHA. Firman esas colaboraciones, Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Francisco Urondo, Mario Benedetti y Manuel Maldonado Denis.

—La segunda parte examina la estrategia y táctica políticas de la revolución cubana y, por extensión, de la revolución latinoamericana. Incluye el ensayo de Régis Debray, "El Castrismo: la larga marcha de América Latina"—publicado en "Les Temps Modernes" y reproducido en español, hace un tiempo, por la revista "Pasado y Presente" de Buenos Aires—, y la respuesta de Henri Edme, también publicada en Temps Modernes (mayo de 1966) y que por primera vez aparece en nuestro idioma en traducción especial para CUADERNOS DE MARCHA.

Damos esos textos porque constituyen una aportación necesaria a un debate trabado a lo largo de nuestro Continente y no obstante considerar que ambos contienen errores de planteo y perspectiva, entre los cuales no es el menor, pensar a América Latina como una unidad. También aquí, las naciones existen. También aquí, las regiones existen. Y el común denominador de la lucha contra el imperialismo, no puede hacer olvidar ni a unas ni a otras, ni a las naciones ni a las regiones, con sus condiciones específicas y diferenciales. Por el contrario para no caer en utopías, ni incurrir en aventuras condenadas a la derrota y capaces de reforzar, aún temporalmente, la posición del imperialismo, sus servidores y cómplices, tales diferencias no deben nunca perderse de vista.

—La tercera está destinada a otro gran debate que se desarrolló en Cuba en 1964 y cuyas consecuencias se prolongan hasta nuestros días, respecto a la política económica de la Revolución. En ese debate, que precedió de poco a la separación de Guevara, tuvo éste una intervención muy activa. Los temas centrales del

mismo fueron las características que debía asumir la planificación; la centralización o descentralización de las empresas estatales; la vigencia en una economía socialista y en el período de transición de la ley del valor; las funciones de los bancos, el crédito y la moneda en dicha economía y además la influencia y significación de los estímulos morales y materiales, tema éste de gran amplitud y la mayor hondura y en torno al cual dos corrientes socialistas se afrontan; tema, por otra parte, de total actualidad dada la experiencia que se cumple en estos momentos en la Unión Soviética por inspiración principal de Liberman. Los artículos que corresponden a ese debate, son varios. Hemos elegido dos que nos parecen los más importantes y que son los menos conocidos. Un largo estudio del profesor Charles Bettelheim, autoridad económica mundialmente respetada y la réplica de Guevara. Ambos ensayos están precedidos por otro —escrito para Partisans y CUADERNOS DE MARCHA— del profesor Ernest Mandel, autor del fundamental *Traité D'Economie Marxiste*.

—El Volumen contiene, asimismo, un artículo de Philip W. Bonsal, "Cuba, Castro y Estados Unidos" aparecido en el número correspondiente a enero de 1967 de la revista *Foreign Affairs*. Bonsal, como se recordará, fue el último embajador de Estados Unidos en Cuba (1959-1960). Ese artículo —oportunamente comentado en "Marcha"— dibuja las líneas de una nueva política estadounidense aplicable al castrismo, revela y reitera los invariables propósitos de Washington en Cuba y América Latina, y, a pesar de que pretende ser una diatriba, se convierte, para quien sepa leerlo, en una justificación de la revolución.

Tal es el contenido de este número 3 de CUADERNOS DE MARCHA, que no tiene una finalidad exclusiva o especialmente apologetica y que intenta mostrar el real significado de la revolución cubana a la luz de los análisis y comentarios hechos por quienes gozan de la mayor autoridad para opinar sobre una extraordinaria empresa que a todos nos toca y en la cual todos estamos envueltos.

LOS CONVIDADOS DE PLATA

HABÍA algo cambiado, no diría yo en la atmósfera, sino en las energías secretas de la ciudad que, como ciudad al fin, tenía sus mecanismos soterrados, acaso invisibles, actuantes sobre el amasijo de casas, de palacios, de tugurios, de azoteas y columnatas, que la componían. Ahí estaban, alzando sus blasones y alegorías, imágenes de la estabilidad, el Muy Ilustre Centro Gallego, el no menos ilustre Centro Asturiano —cimborrios, torres, cornisas vertiginosas, almenares inaccesibles, desfiladeros entre balaustradas que se dispersaban en lo inalcanzable de las perspectivas— sin que nada hubiese variado, al parecer, bajo el vuelo tardo de algún aura tiñosa y el alboroto de los gorriones parduzcos, algo adiposos, que en el parque se disputaban migajas urbanas bajo las frondas de los álamos y laureles. Ahí estaba, pues, el Muy Ilustre Centro Gallego con sus estatuas a la moda de Viena 1900 o parecidas, también, a las que señorean los mausoleos de cementerios italianos; ahí estaba, con sus encrespados entablamentos, sus enormes locales de exposición, a nivel de acera, que hubiesen propiciado, años antes, presentaciones de automóviles, venta de discos (con el perfil de Stokowsky estampado en algún cartel) y hasta, en días de penuria debidos al número de socios desempleados, la exhibición de un enorme cetáceo —¿pez dama? ¿ballena? ¿cachalote abisal?— acostado entre columnas de mármol, al cual habían tenido que sacar un día, despedazando su carne a hachazos, porque em-

pezaba a oler demasiado a lo que era en realidad: un inmenso pescado podrido. Así, pues, seguía la sombra de Prisciliano amparando el oeste del Parque Central, mientras el otro muy ilustre Centro, el de los asturianos, alzaba sus escudos regionales al este, próximo —solo un tramo de la calle arbolada los separaba— al edificio donde tenían sus oficinas tantas y tantas agencias de publicidad, compañías de seguros, bufetes de abogados, negocios de corretaje, representaciones de enlatados norteamericanos (allí se ostentaban etiquetas de sopas campbeles, espárragos del monte, encurtidos heinzianos...), talleres de arquitectura, sobre el ámbito de jugueterías y zapaterías de abajo, repartidas sobre cuatro fachadas y dos galerías de pasaje cuyas entradas designaban los cuatro rumbos capitales de la ciudad. Alrededor de esos enormes edificios se abrían, en tiendas de más o menos, bajo portales construidos a principios del siglo, tras de columnas mal repelladas, los comercios de Cuban Souvenirs que ofrecían pequeños caimanes embalsamados, maracas adornadas de paisajes tropicales, ceniceros de madera torneada, botellas de ron en maletas de cartón, y encajes y bordados, de una estética vagamente criolla, traídos de no se sabía dónde. Arrancaban de por ahí las viejas calles del Obispo y de O'Reilly —el municipio les había cambiado los nombres pero las gentes las seguían designando por sus títulos coloniales—, con sus escaparates abiertos, puerta a puerta, a ambos

lados del camino, de la pista asfaltada que solo aceptaba la anchura del auto que marcara en verano sus ruedas, en una suerte de melcocha grisácea fabricada por el calor, conduciendo al magnífico Palacio de los Capitanes Generales, de hermosa fachada asomada al puerto por sobre la mole geométrica del Castillo de la Fuerza. Y era allí, acaso, ante la gran arquitectura dórica, visibles ya las fortalezas de arriba, de la otra orilla, donde se advertía mejor que la ciudad tenía sus luces de verano y sus luces de invierno. Las luces de verano eran amarillas y difuminadas: dibujaban los contornos lejanos; ponían una neblina opalescente en las distancias. Las luces de invierno, en cambio, eran blancas, netas, acercaban las cosas a quienes las miraban, daban profundos relieves a los portones, abreviaban los caminos, ponían ahí, mejor, aquí mismo, a diez minutos de andar. Lo que, en realidad, estaba a varias leguas de distancia. Y en luz de invierno estábamos cuando algo empezó a cambiar, no diría yo en la atmósfera, sino en las potencias secretas, las energías ocultas, de la ciudad. Seguían abogando los abogados; seguían las jugueterías jugueteando con sus juguetes; seguían jaguarizando las gentes del Jaguar; seguían cubanosuverizando los mercaderes de Cuban Souvenirs; seguían ruleteando los coimes de las ruletas instaladas en los magnos hoteles, y seguían puteando las putas, tremendamente patrióticas por cierto, de poco tiempo a esta parte, dispuestas a "darlo de gratis" a quien tuviese traza de combatiente. Pero nada era lo mismo. Lo sentía yo, aquella tarde, mientras esperaba, junto al reloj de los monigotes que descargaba sus martillos en los flancos de la esfera empavesada de números romanos, pardos, verticales, donde los tres palos de las III se erguían a la derecha del XII, frente al magro IX, dominando, con su empaque de tridente, la modesta "ve" de las cinco. Sonó el paso leve y pronto fue la cama. Una cama mal llevada. Tenías la mente en otra cosa. Tenía ella la mente en otra cosa. Los sexos se las entendían, solos, allá abajo, pero sin que lográramos, como se dice, entrar en situación. Yo hablaba demasiado, sin pensar en lo que decía, buscando el deslumbrante clima verbal de ciertas noches. Ella no respondía sino con respiros cortos que mal hallaban el contrapunto de mis palabras. No bastaba con que las carnes se machiembraran. Desgarbado era el acoplamiento, desacompasado, mal ritmado, terminando aquí cuando allá se andaba por el medio trecho. Volvimos al descanso de los yacientes, lado a

lado, sin mirarnos las caras. "Habrá cambios, ciertamente; pero no serán tantos como se cree" —decía el uno, decía la otra—. Sin embargo, afuera, eran esos pasos. Pasos que cobraban una enorme sonoridad. No eran, acaso, los pasos que creíamos. Pero creíamos que si eran esos pasos. La Habana estaba invadida por hombres de otra raza.

Hombres de otra raza. Pues, tales me parecían esos extraños barbudos, de bragas desgarradas —como patizambos, a veces, en el andar— que circulaban por la ciudad, con la mirada lejana, puesta en otra parte, bajo los cabellos largos que les bajaban de los sombreros sobre pómulos que resultaban islas claras en medio de tanto pelo. Las barbas, en mi niñez, eran cosas de abuelos. Aparecían en fotos montadas en cartón, marcadas al sello de algún fotógrafo de París, de Nueva York, de Lausanne, traídas de viajes en que los retratados hubiesen ido a "posar" a algún estudio famoso, junto a los accesorios de las escenografías al uso: libro abierto para descanso de la mano izquierda, columna trunca al fondo de alguna alameda pintada al difumino, para acompañar mejor el noble empaque de la levita cerrada, del cuello de tiesos ribetes, o del pulgar llevado a la sisa del chaleco. Las barbas eran el emblema de la respetabilidad burguesa, del buen ejemplo, de las virtudes demostradas, del pensamiento sosegado, del juicio ecuaníme. Y después, en un espaciamiento, una minimisión, un descalabro de las barbas, traídos por modas nuevas, se habían ido afirmando las mejillas rasuradas —"a la americana", decían algunos— que eran las de la generación de mi padre. Y también las de la generación mía, particularmente favorecida por las navajas, artefactos eléctricos, jabones, aguas, untos mentolados, que mejor pudiesen hacer desaparecer de las caras, por siempre, sus sombras venidas de adentro. Tenía yo las barbas por olvidadas, cuando, de pronto, de tierras lejanas, de lo remoto, de los altos de la Sierra, nos llegaban estos barbudos como hechos de un barro distinto, que habían dejado que las caras se les alargaran en espesuras de vegetación propia. Andaban, de aquí, de allá, aquí, allá, en sus quehaceres mal definidos, patrullando o acaso andando por antojo propio, fumando en las esquinas, acurrucados en sus jeeps, entrando, saliendo, avispeando, fisionando, buscando putas, o tal vez no haciendo nada, misteriosos, sin preguntar, con algo a la vez altivo y fríamente cortés, que nos llevaba a abrirles el paso en las aceras, aunque jamás parecieran pedir nada, metidos en otro

mundo, surgidos de donde no habíamos estado. Y era eso, precisamente, lo que rompía nuestras filas de transeúntes, lo que ablandaba y segmentaba nuestros corros, lo que nos hacía ansiar una comunicación que jamás se establecía. Ellos habían estado. Nosotros no habíamos estado allá, en las cimas, en los picos, cuya visión, tenida únicamente a través de tratados de geografía elemental, de libros ilustrados, se nos había quedado en nociones buenas para maquetas de configuraciones orográficas o de mapas en relieve. Ellos —esos, que nos miraban sin mirarnos— habían medido las cumbres con sus pasos de hombres; habían dormido, sesgados, en las laderas, sabían de amaneceres distintos a los que se veían, abajo, en los llanos y en las tierras —tierras coloradas, tierras negras— que eran las de nuestros campos, donde trenes de largos vagones amarillos y desusada estampa conducían, a cualquier hora, hacia las promesas de las ciudades. A veces se les interrogaba, cuando el atrevimiento era grande, sobre sus hechos, sus recuerdos, sus vidas. Ellos contaban, entre silencios, enlazando monosílabos, parcamente —acostumbrados a hablar poco—, de batallas aún recientes, de marchas agotantes, bajo la lluvia, de muertes de compañeros (de nombres mudos, para nosotros) caídos en la acción. Semejantes en ello a los alpinistas, eran poco dados a hablar de proezas propias. El trabajo había sido uno solo. Las ametralladoras enemigas habían sido padecidas por todos. Los balazos, recibidos entre varios. Entre varios, el caballo sacrificado y comido, al cabo de varios días de hambre. Entre varios, entre muchos, se había entrado en Santa Clara. Y entre muchos, entre miles, se estaba ya en la gran ciudad de La Habana, sobre la cual despedían su humo, sin parar, las chimeneas de una Planta Eléctrica monumental, con empaque de monumento romano. Y era la admiración, para los hombres venidos de arriba, de encontrar tabaco en la esquina más próxima, y el pan en la panadería de aquí cerca, y, acaso, un caramelo un poco más lejos, y acaso, también, una hembra que los llamara desde el misterio entreabierto de una puerta entornada. Y andaban, andaban, esas gentes de bragas un poco caídas, de largos pelos de collares al cuello, de amuletos ocultos por el mentón hirsuto de las largas caras, vestidas de verde, que nos llegaban de las montañas, llevando, sobre las aceras, el paso renqueante, rastreado, de quienes están demasiado acostumbrados a bordear pendientes y a caminar entre malezas. Y (pero) La Habana, poblada

de semejantes barbados, proseguía una vida hacendosa, activa, regida por los relojes marcadores de tarjetas, el tráfico de los bancos, el movimiento de las casas de cambio, aparentemente agradecida al Acontecimiento, pero, en realidad, medrosa, temerosa de cambios verdaderos, en presencia de los hombres de raza nueva que ahora la habitaban. Los representantes de automóviles ofrecían sus últimos modelos. El distribuidor de chicle pedía setenta mil dólares de crédito al Banco Nacional para seguir importando sus gomas de mascar. Las agencias de publicidad anunciaban que una era nueva se les abría por cuanto la Revolución había dado a las gentes una nueva conciencia de lo nacional, que se traduciría en un mayor consumo de productos nacionales y de mercancías que fuesen importadas de concierto con las firmas nacionales que las trajeran de acuerdo con un sano concepto de las necesidades nacionales. Jamás habían trabajado mejor los especialistas en relaciones públicas para explicar, apaciguar, destruir viejos rencores, anunciar un futuro halagüeño. Por lo demás, el abejo de las cien rúletas se escuchaba cada día; corrían los dados sobre las mesas, deslizábanse las barajas sobre los tapetes verdes: pero sobre esos tapetes, abiertos en hoteles, casinos, boîtes, garitos, de aquí, de allá, solo corrían ya las fichas del miedo de unos cuantos. Nunca se había apostado tanto, nunca se había jugado tanto, como en aquellos días en que tantísimos hombres andaban lentamente, como inseguros aún de la solidez de las aceras, por las calles de la ciudad.

Los yacentes se movieron, volviendo a armar su quehacer de estar juntos, con levantamiento, entumecimiento, alargamiento, entesura, del tercer brazo que nunca acaba de hallar donde colocarse. La montas en los estribos de tus pies. Hincas los codos en lo blando para no pesar demasiado. Comenzó la cantata a dos voces. Pero es una cantata en falsete. Demasiado se habla. Allá abajo, donde las negruras de los cuerpos se confunden, hay algo contrariado por lo que ocurre, aquí arriba, donde los ojos no pueden verse por lo cerca que están. Suenan los relojes de los monigotes dando lo que puede ser una media hora, un cuarto de hora, una hora en punto. Antes no oíamos el reloj. Ahora, las campanadas del artefacto plántado en la esquina de la ferretería golpea en nuestros oídos. Nada parece cambiado; y sin embargo, hay como una mutación, un trastrueque, una transfiguración, en la ciudad. No se trata de algo aparente. Ni de nada audible. Los automóviles pasan.

Los pregoneros pregonan. Hay la voz de la comadre esquinera discutiendo con el chino del puesto de frutas —esa voz que nos vuelve siempre, a la misma hora, junto a la del mecánico del garaje de al lado, siempre enojado, colérico, imprecatorio, en los mismos momentos del día, siempre furioso, a las cinco en punto de la tarde—. Me encuentro distante, blando, sin nervios, esta tarde. Y me imagino que demasiados presentes están, para ti, las colecciones de cuadros de tu padre. “¿Tú crees que las vayan a nacionalizar?” No lo sé más que nada, porque no creo mucho en el valor de las colecciones de tu padre. Él se guiaba, en sus compras, por lo que aconsejaba, en materia de arte, la revista *La Esfera* de Madrid. Por ello ha comprado varios cuadros de Zuloaga, varios cuadros de Sorolla. No anda falto de toreros, de manolas, de majas, ni de marinas mediterráneas con balandros de velas amarillas y chicos desnudos, captados en pincelada maestra, trepándose a botes llenos de peces. En algún ensayo de Ortega y Gasset se leyó un homenaje a los Hermanos Zubiaurre —doblemente mudos, según él, por ser vascos y mudos de nacimiento— y, por ello, compró retratos de pescadores tristes, tocados de boina, hincando el cuchillo en alguna hogaza de anchos ojos, con fondo de rías vascas, y, acaso, del puerto de Pasajes. También le aconsejaron que adquiriese obras de Anglada Camarasa y hasta de Muñoz Degraín, el del “Coloso de Rodas”. Posee también, los he visto, muchos lienzos minúsculos de Fortuny, con escenas domésticas ejecutadas en un tamaño bueno para un museo de enanos. “Esos cuadros valen una fortuna” —dices—. Acaso. Aunque no sé de gentes que hoy adquieran una pintura de Zuloaga o de Sorolla. Pero tu padre está convencido de que posee una fortuna en lienzos comprados oportunamente. Como ese otro pariente tuyo que se envanece de sus trofeos de Austerlitz, de sus uniformes de granaderos imperiales montados en maniqués, de una viruta sacada al puente de Arcole por el cepillo de un carpintero sobornado, de armas recogidas en los campos de batalla de Marengo, de Jena, de Waterloo (y siempre alarga las “oes” cuando pronuncia la palabra, exhibiendo algún sable roído por el salitre del trópico; a pesar de su resguardo de glicerina); y también se envanece ese pariente tuyo de poseer cartas amorosas de Josefina, páginas inéditas del Memorial de Santa Helena, una tabaquera de Antommarchi, un colmillo del Corso, sacado en día de mal dolor por un sacamuelas local. Todo eso, evidentemente, vale acaso una fortuna. Cambias de po-

sición y vas a orinar. También yo voy a orinar. Los monigotes del reloj esquinero acaban de dar la hora. Nada nos apura. Pero has vuelto a la cama con el periódico que traías en la mano. “Pero, en fin, tu crees que...” —dices—, leyendo y releando los anuncios, como si en ellos hallaras un punto de apoyo, un afianzamiento, una seguridad. Este periódico, por lo demás, es uno de los tantos. Aquí se publican doce, trece, catorce, al día. Cada noche, cada mañana, cada tarde, las redacciones olientes a tintas acres, próximas a las rotativas, bullen de redactores. Hacemos un recuento de hechos menudos que nos vienen a la memoria. En enero, los hacendados cubanos respaldaron al gobierno. En febrero, las iglesias evangélicas invitaron a un culto de acción de gracia por el triunfo de la revolución. Tres días después, la Shell de Cuba saludaba la misma revolución como un nuevo amanecer, en un anuncio de plana entera, publicado por el *Diario de la Marina*. Hoy la Compañía Cubana de Aviación hace grandes publicidades para sus vuelos a Miami. Los industriales apoyan la Reforma Agraria. Un empresario propone la organización de corridas de toros en Cuba, ya que estas, suprimidas al instaurarse la república, a comienzos del siglo, podrían volver a darse al calor de una revolución que había instaurado un orden nuevo. Silvana Pampini quiere conocer personalmente a Fidel Castro. Es cierto, por otra parte, que se frena un tanto la importación de chicle y de pastillas de menta. Es cierto que los fiatizantes de la Fiat, los cadillicantes del Cadillac, los chevrolizantes, los mercedesbenzantes, los lincolnizantes-Mercury, comienzan a alarmarse ante una evidente crisis de sus comercios; pero la Shell, nacionalista como nunca, invita al cubano a visitar su isla, a gastar su capital turístico en terreno propio en vez de irlo a despilfarrar al extranjero. El Chase National Bank invita a abrir cuentas pagando altos intereses sobre los depósitos. Se denuncia un mercado negro sobre la adquisición de terrenos en el cementerio. Se filma, en La Habana, una película sobre una novela de Graham Greene. Toda la publicidad está del lado de la Revolución. Se nos aconseja, incluso, que nos vistamos como auténticos cubanos, usando pantalones de dril blanco, guáyabera de lino de Irlanda, zapatos de fina puntera, en anuncios donde un mozo de hermosa prestancia aparece sosteniendo, en mano amorosa, un feo gallo de lidia tan espueludo como bárbaramente rasurado. Claro está que también se han abierto las playas al pueblo; que se anuncia el fin de

la discriminación racial. Pero los negros —lo advertimos ambos— no han tomado la noticia con harto apresuramiento. Todavía se muestran tímidos ante la posibilidad de entrar a ciertos restaurantes. Muchos mozos de café los sirven con ostentoso desgano, una lentitud, unos modales de agárrate-este-tenedor-que-te-va volando, que pronto acabarán con sus intentos de codearse con el blanco. Seguirán teniendo barberías de negros, sus cines de negros, sus parques municipales ocupados, de mucho antes, por derecho propio. Lo cual es injusto, inhumano, absurdo, dices tú, volviéndote hacia mí como si yo tuviese la culpa de algo. Los negros. El jazz. El arte negro (hojearse las revistas viejas que te presté...). La música cubana. Es tiempo de recuperar a los negros. Y se me vuelve revolucionaria, de pronto, evocándome aquel grabado, de la colección de su pariente, donde aparece Theroigne de Mericourt rodeada de aceros y bayonetas. Rusia no sería lo que es sin la Revolución Rusa. Lenin fue un gran hombre. ¡Oh, aquel hombrecillo que jugaba al ajedrez! Sin la toma de la Bastilla no seríamos la gente que somos. Te preocupas porque, dentro de pocos días, habrá una gran concentración de campesinos en La Habana. Habrá que agasajar a esos campesinos; habrá que alojarlos, pasearlos, mostrarles cosas que no conocen. Muchos no han visto el mar. Ofreces tu casa, tu mesa, la mesa de tus parientes, las camas de toda tu parentela, las habitaciones donde tus abuelas guardan baúles llenos de cartas viejas y sederías de colores desvaídos.

Ante tu repentina facundia, tu impulso, nuestra realidad de gentes desnudas se hace ridícula. Nos vestimos. Los monigotes del reloj acaban de dar una nueva hora. Y abajo es la calle, con su puesto de frutas, su pequeña barbería —“de negros”, porque todavía existen—, el garaje que siempre contemplamos —descubrimos— con una suerte de tedio, después de haber hecho el amor como el otro día, como antes, como tantas veces, desde hace tanto tiempo, con los mismos paroxismos, los mismos ritmos, la misma melancolía que nos invade cuando se despinta el día en crepúsculo, y tenemos que encender la lámpara de cabecera, con el mismo fastidio de tenernos que vestir, otra vez, sin que sea noche del todo. Te vas hacia tu lado: el del puesto de frutas. Yo, pasando delante del garaje de acera escorada, yendo hacia el mismo café donde siempre me detengo para beber algo. Me has dado ganas de comprar el periódico de la tarde que me viene a la mano. Ahí las compañías de publicidad, las oficinas de relaciones públicas presentan, conjuntamente, un gran anuncio “Las naciones más poderosas del mundo son precisamente aquellas en que mayor desarrollo ha alcanzado la publicidad. Incidentalmente, son también las que simbolizan la verdadera democracia”... Dos barbudos de bragas algo colgantes te pasan por el lado. Tratas de buscar sus miradas. Pero apenas si te miran. Siguen en su quehacer de andar hacia algo. Son como hombres de otra raza.

LA VUELTA AL DIA EN OCHENTA MUNDOS

LA EMBAJADA DE LOS CRONOPIOS

LOS cronopios viven en diversos países, rodeados de una gran cantidad de famas y de esperanzas, pero desde hace un tiempo hay un país donde los cronopios han sacado las tizas de colores que siempre llevan consigo y han dibujado un enorme SE ACABÓ en las paredes de los famas, y con letra más pequeña y compasiva la palabra DECÍDETE en las paredes de las esperanzas, y como consecuencia de la conmoción que han provocado estas inscripciones, no cabe la menor duda de que cualquier cronopio tiene que hacer todo lo posible para ir inmediatamente a conocer ese país.

Cuando se ha decidido ir inmediatamente a conocer ese país, lo primero que sucede es que la embajada del país de los cronopios comisiona a varios de sus empleados para que faciliten el viaje del cronopio explorador, y por lo regular este cronopio se presenta a la embajada, donde tiene lugar el diálogo siguiente, a saber:

—Buenas salenas cronopio cronopio.

—Buenas salenas, usted saldrá en el avión del jueves. Favor llenar estos cinco formularios, favor cinco fotos de frente.

El cronopio viajero agradece, y de vuelta en su casa llena fervorosamente los cinco formularios que le resultan complicadísimos, aunque por suerte una vez llenado el primero no

hay más que copiar las mismas equivocaciones en los cuatro restantes. Después este cronopio va a un Fotomatón y se hace retratar en la forma siguiente: las cinco primeras fotos muy serio, y la última sacando la lengua. Esta última el cronopio se la guarda para él y está contentísimo con esa foto.

El jueves el cronopio prepara las valijas desde temprano, es decir que pone dos cepillos de dientes y un calidoscopio, y se sienta a mirar mientras su mujer llena las valijas con las cosas necesarias, pero como su mujer es tan cronopio como él, olvida siempre lo más importante, a pesar de lo cual tienen que sentarse encima para poder cerrarlas y en ese momento suena el teléfono y la embajada avisa que ha habido una equivocación y que deberían haber tomado el avión del domingo anterior, con lo cual se suscita un diálogo lleno de cortaplumas entre el cronopio y la embajada, se oye el estallido de las valijas que al abrirse dejan escapar osos de felpa y estrellas de mar disecadas, y al final el avión saldrá el próximo domingo y favor cinco fotos de siempre.

Sumamente perturbado por el cariz que toman los acontecimientos, el cronopio concurre a la embajada y apenas le han abierto la puerta grita con todas las amígdalas que él ya ha entregado las cinco fotos junto con los cinco formularios. Los empleados no le hacen mayor caso y le dicen que no se preocupe puesto que en realidad las fotos no son tan

necesarias, pero que en cambio hay que conseguir en seguida un visado checoslovaco, novedad que sobresalta violentamente al cronopio viajero. Como es sabido, los cronopios son propensos a desanimarse por cualquier cosa, de manera que grandes lágrimas ruedan por sus mejillas mientras suspira:

—¡Cruel embajada! Viaje malogrado, preparativos inútiles, favor devolverme las fotos.

Pero no es así, y dieciocho días más tarde el cronopio y su mujer despegan en Orly y se posan en Praga después de un viaje donde lo más sensacional es, como de costumbre, la bandeja de plástico recubierta de maravillas que se comen y se beben, sin contar el tubito de mostaza que el cronopio guarda en el bolsillo del chaleco como recuerdo.

En Praga cunde una modesta temperatura de quince bajo cero, por lo cual el cronopio y su mujer casi no se mueven del hotel de tránsito donde personas incomprensibles circulan por pasillos alfombrados. De tarde se animan y toman un tranvía que los lleva hasta el puente de Carlos, y todo está tan nevado y hay tantos niños y patos jugando en el hielo que el cronopio y su mujer se toman de las manos y bailan tregua y bailan catala diciendo así:

—¡Praga, ciudad legendaria, orgullo del futuro de Europa!

Después vuelven al hotel y esperan ansiosamente que vengan a buscarlos para seguir el viaje, aun que por milagro no sucede dos meses más tarde sino al otro día.

EL AVIÓN DE LOS CRONOPIOS

Lo primero que se nota al entrar en el avión de los cronopios es que estos cronopios tienen muy pocos aviones y se ven obligados a aprovechar lo más posible el espacio, con lo cual este avión se parece más bien a un ómnibus, pero eso no impide que a bordo proliferen una gran alegría porque casi todos los pasajeros son cronopios y algunas esperanzas que regresan a su país, y los otros son cronopios extranjeros que al principio contemplan bastante estupefactos el entusiasmo de los que vuelven a su país, hasta que al final aprenden a divertirse a la manera de los otros cronopios y en el avión reina un clima de conversatorio sólo comparable al estrépito de sus venerables motores que es propiamente la muerte en tres tomos.

A todo esto pasa que el avión tiene que despegar a las veintiuna, pero apenas los pasajeros se han instalado y están temblando

como suele y debe hacerse en esos casos, aparece una lindísima aeromoza que da a conocer el discurso siguiente, a saber:

—Manda decir el capi que abajo todos y que hay retraso de dos horas.

Es un hecho conocido que los cronopios no se preocupan por cosas así, puesto que en seguida piensan que la compañía les va a servir grandes vasos de jugos de diferentes colores en el bar del aeropuerto, sin contar que podrán seguir comprando tarjetas postales y enviándolas a otros cronopios, y no solamente sucede todo eso sino que además la compañía les manda servir una cena suculenta a las once de la noche y los cronopios pueden así cumplir uno de los sueños de su vida, que es comer con una mano mientras escriben tarjetas postales con la otra. Luego vuelven al avión que tiene un aire de querer volar, y enseguida la aeromoza les trae mantas azules y verdes y hasta los arroja con sus lindas manos y apaga la luz a ver si se callan un poco, cosa que sucede bastante más tarde con gran indignación de las esperanzas y de unos cuantos cronopios extranjeros que están acostumbrados a dormirse en cuanto les apagan la luz en cualquier parte.

Desde luego el cronopio viajero ya ha ensayado todos los botones y palanquitas a su alcance, porque eso le produce una gran felicidad, pero vano es su deseo de que al apretar el botón correspondiente venga la aeromoza a traerle otro poco de jugo o a arroparlo mejor en la manta verde que le ha tocado, porque muy pronto se comprueba que la aeromoza está durmiendo como un osito a lo largo de tres asientos que con gran astucia siempre se reservan las aeromozas en esas circunstancias. Apenas el cronopio ha decidido resignarse y dormir, se encienden todas las luces y un camarero se pone a distribuir bandejas, con lo cual el cronopio y su mujer se frotan las manos y dicen así, a saber:

—Nada comparable a un buen desayuno después de un sueño reparador, sobre todo si viene con tostadas.

Tan comprensibles ilusiones se ven cruelmente diezmadas por el camarero, que empieza a distribuir bebidas con nombres misteriosos y poéticos tales como añejo en la roca, que hace pensar en una estampa con un viejo pescador japonés, o mojito, que también hace pensar en algo japonés. En todo caso al cronopio le parece extraordinario que los hayan arrancado del sueño con el solo objeto de sumirlos inmediatamente en el delirio alcohólico, pero no tarda en comprender que

todavía es peor puesto que la aeromoza aparece con bandejas donde entre otras cosas hay una tortilla, un helado de almendra y un plátano de aplastantes dimensiones. Como apenas hace cinco horas que la compañía les ha servido una cena completa en el aeródromo, al cronopio esta comida le parece más bien innecesaria, pero el camarero le explica que nadie podía prever que cenarían tan tarde y que si no le gusta no la coma, cosa que el cronopio considera inadmisibile, y así, tras de absorber la tortilla y el helado con gran perseverancia, se guarda el plátano en el bolsillo interior izquierdo del saco, mientras su mujer hace lo mismo en el bolso. Esta clase de episodios tiene la virtud de acortar los viajes en el avión de los cronopios, y es así que después de una escala en Gander donde no sucede nada digno de mención, porque el día en que suceda algo en un sitio como Gander será tan insólito como si una marmota ganara un torneo de ajedrez, el avión de los cronopios entra en cielos muy azules, y por debajo hay un mar todavía más azul, y todo se pone tan azul por todas partes que los cronopios saltan entusiasmados, y de pronto se ve

un palmar y uno de los cronopios grita que ya no le importa si el avión se cae, proclamación patriótica recibida con cierta reserva por parte de los cronopios extranjeros y sobre todo de las esperanzas, y así es como se llega al país de los cronopios.

Desde luego el cronopio viajero visitará el país, y un día, cuando regrese al suyo, escribirá las memorias de su viaje en papelitos de diferentes colores y las distribuirá en la esquina de su casa para que todos puedan leerlas. A los famas les dará papelitos azules porque sabe que cuando los famas los lean se pondrán verdes, y nadie ignora que a un cronopio le gusta muchísimo la combinación de estos dos colores. En cuanto a las esperanzas, que se ruborizan mucho al recibir un obsequio, el cronopio les dará papelitos blancos y así las esperanzas podrán apantallarse las mejillas y el cronopio desde la esquina de su casa verá diversos y agradables colores que se van dispersando en todas direcciones llevándose las memorias de su viaje.

Fragmento de *La vuelta al día en ochenta mundos*. (Libro inédito a aparecer en Siglo XXI Editores, México).

EL ESTILO JOVEN DE UNA REVOLUCION

SEGURAMENTE no es demasiado difícil entender por qué los Estados Unidos están contra Cuba; resulta, en cambio, más complejo llegar a entender el estilo en que esa agresiva actitud se desarrolla. Muchos latinoamericanos (y también algunos norteamericanos) estiman que, aun desde su Weltanschauung patronalista y feudal, el Departamento de Estado podría haber hallado modos más sutiles de combatir una economía socialista, levantada poco menos que en las fauces del Imperio.

La verdad es que cuando uno va a Cuba consigue explicarse mejor el por qué de la histeria yanqui frente a un enemigo, pequeño y osado, que en la coyuntura ha demostrado una entereza cívica, una cohesión nacional y una capacidad imaginativa realmente excepcionales. Presumo que lo que saca de quicio a los yanquis no ha de ser el desafío ideológico que significa la Revolución (después de todo, cada vez que sus conveniencias lo exigieron el Departamento de Estado ha sabido entenderse con los países del área socialista) ni siquiera la tan vilipendiada presencia del paredón (seguramente son capaces de advertir que, en última instancia, resulta bastante más grave el uso del napalm sobre las indefensas poblaciones vietnamitas) ni, menos aún, las armas defensivas de la isla, ya que los Estados Unidos poseen sin duda el aparato militar más poderoso del mundo.

Lo que verdaderamente saca de quicio a

los yanquis es el tremendo argumento que significa Cuba contra su interesada versión de lo que ha sido y es América Latina. En esa escala, la Revolución Cubana ha acabado con varios mitos y lugares comunes que, a través de las décadas, habían sido pacientemente inculcados por los especialistas norteamericanos. Según esa versión, América Latina no sólo era folklore y prostíbulos, sino también deshonestidad, ignorancia, pereza, cobardía, corrupción, gerontocracia, y hay que reconocer que ese retrato reproducía por lo menos una mitad de la verdad. Que sea Cuba (¿quién puede dudar que, durante el último gobierno de Batista, Cuba era la confirmación más acabada de semejante diagnóstico?) la que hoy trabaje como nunca, y lo haga con una alegría que ya quisieran para sí los malhumorados habitantes de Manhattan; con una decencia política y administrativa que tiene su ejemplo más convincente en la austeridad con que viven los dirigentes revolucionarios; con una capacidad para reconocer sus errores que está en las antípodas de la tosudez johnsoniana; con una clara voluntad de convertirse urgentemente en un pueblo culto y desarrollado; con una práctica (y no simplemente una teoría) de justicia social que ya quisieran para sí los negros de Alabama y los puertorriqueños del Spanish Harlem; que sea precisamente Cuba, su tradicional y cercano burdel, el país que ahora les está dando una lección de moral, de laboriosidad y de coraje, eso es al-

go que la mala conciencia de la Casa Blanca y la soberanía del Pentágono no pueden soportar. La terrible amenaza que ven en la Revolución Cubana es que los latinoamericanos aprendan la inesperada lección y se convenzan de una vez por todas de que no tienen, en esencia, los rasgos que los Estados Unidos tratan de adjudicarles; y que, basándose en sus propias necesidades y cualidades, poseen en sí mismos todos los elementos indispensables para constituirse en pueblos dignos, verdaderamente independientes.

La primera vez que estuve en Cuba, a principios de 1966, asistí a un espectáculo singular. A medianoche, volvía de cenar con dos buenos amigos, cuando pasamos frente a un estadio deportivo y vimos que las luces estaban encendidas. Pudimos entrar. Unas horas antes, se había disputado allí un importante partido de baseball (o de pelota, como lo llaman en Cuba) y al término del mismo, se había iniciado un nuevo e improvisado partido en el que participaban algunos jugadores del encuentro anterior y varios integrantes del gobierno cubano. Recuerdo que, además de Fidel, estaban Raúl Castro, Llanuza y otros ministros. Para cualquier latinoamericano, acostumbrado a ver de lejos a sus viejos gobernantes, cuyas oxidadas bisagras se corresponden perfectamente con sus reumáticas concepciones políticas, aquello era sencillamente increíble. Al margen de toda precaución, Fidel y su gente jugaban con ganas, con juventud, con alegría, y los varios miles de espectadores que se habían quedado a ver el partido extra, les gastaban confianzudamente las mismas bromas que suelen dedicar a los jugadores todos los públicos deportivos del mundo. Cuando lo criticaban (recuerdo que alguien gritó desde la tribuna: "¡Dale el bate a Raúl, que juega mejor que tú!"), Fidel se acercaba a las gradas para explicar, entre broma y broma, por qué había jugado de tal o cual manera. Cuando hacía una buena jugada, lo aplaudían normalmente. Al igual que cualquier deportista latinoamericano, Fidel protestaba los fallos que consideraba perjudiciales para su equipo, pero no observé que, a causa de esas protestas, ninguno de los mismos fuera modificado. En una ocasión se apartó del grupo de jugadores que discutían y desde la tribuna escuché claramente su voz: "Pero, ¿qué hay que hacer en este país para ganar?" En todo esto había un distendido buen humor, un formidable tuteo entre gobernantes y gobernados, un sobrentendido de que en el fondo todos constituían una coherente y bien

avenida familia. Ya sé que a nuestras vanidosas y sobrealimentadas oligarquías, semejante despliegue de vitalidad las habría hecho temblar de santa indignación. Pero, ¿cuál de los gobiernos militares, apoyados (y a la vez despreciados) por los yanquis, podría ofrecer en América Latina semejante muestra de juventud, de contacto directo con su pueblo, de mutua y profunda confianza? ¿Se imagina el lector a Stroessner, o a Onganía, o al Somoza de turno, en semejante tuteo con sus respectivos pueblos? Este episodio del baseball no autoriza a pensar, acláremoslo, que los cuadros directivos de la Revolución sólo estén integrados por gente joven. Por supuesto, hay en el gobierno y en el Comité Central del Partido Comunista Cubano, figuras veteranas, como por ejemplo Raúl Roa, Ministro de Relaciones Exteriores. Tampoco, cuando hablamos de la gerontocracia uruguaya, queremos significar que en nuestro país no haya jóvenes en cargos importantes de los diversos poderes estatales. Pero, aparte de otras diferencias obvias, hay una tremenda distancia en el estilo, que en Cuba es joven, vital, dinámico, revolucionario, y aquí es viejo, fatigado, reumático, vacilante, conservador. Por eso en Cuba, aun los veteranos actúan en un ritmo joven; por eso en Uruguay aun los jóvenes políticos siguen un compás valetudinario.

Aclaro que mi adhesión a la Revolución Cubana y mi entusiasmo ante sus impresionantes conquistas, no me llevan a sostener que allí todo es perfecto. Es evidente que hay varios sectores que todavía dejan mucho que desear. Uno de ellos es el periodismo, que a mi parecer es francamente malo, desde la información hasta los editoriales, desde los títulos hasta la diagramación. Otro son los vicios de la burocracia, frente a los cuales la Revolución solo ha obtenido éxitos parciales. Asimismo, y hasta hace muy poco, se llevó a cabo una campaña contra los homosexuales, que sin duda dio lugar a abusos y discriminaciones que no le hicieron bien a la Revolución, particularmente en el exterior, donde el hecho, como es notorio, tuvo abundante y tendenciosa publicidad. En lo económico ha habido errores de planeamiento, debidos primordialmente a la inexperiencia inicial del equipo revolucionario que acabó con la ignominiosa era de Batista. Sin embargo, aun esos aspectos negativos sirven para destacar una modalidad altamente positiva de la Revolución Cubana: su ejemplar capacidad para reconocer sus errores, extraer rápidas y provechosas lecciones de los pasos en falso, rectificar honestamente los rum-

bos y convertir su inexperiencia en sabiduría, sus vacilaciones en seguridad.

Una actitud semejante es casi inhallable en América Latina, donde cada gobernante, además de fiel cumplidor de todo úcase pentagonal, suele ser el Papa de su propia mediocridad, el infalible ejecutor de sus taras y las de sus amigos, y donde la admisión de un error es considerada una vergüenza mucho mayor que el haberlo cometido.

En febrero de este año, tuve ocasión de comprobar este rasgo peculiar de la Revolución Cubana, al nivel de su máximo dirigente. Varios escritores latinoamericanos (entre los que se hallaban Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Roberto Fernández Retamar, Roque Dalton, Angel Rama, Edmundo Desnoes, Emmanuel Carballo, David Viñas y algunos más) tuvimos con Fidel Castro una conversación que empezó a las once de la noche y terminó a las siete de la mañana. Fue una oportunidad única, no sólo para evaluar los rasgos peculiares del líder cubano sino también para comprender el porqué del innegable ascendiente que tiene entre su pueblo. Hay impresiones difíciles de transmitir; ésta es una de ellas. La certeza que da a veces un contacto personal, no puede ser reemplazada por ningún tipo de razonamiento o de interpretación. Quienes estuvimos presentes o participamos en aquella conversación, podremos quizá no estar de acuerdo con algunos de los planteos de Fidel, con algunas de sus afirmaciones; pero de lo que sí estamos seguros es que ese hombre inteligente y cordial, firme pero sensible, quiere verdaderamente el bien de su pueblo, el bien de nuestra América; si ataca tan decididamente a los Estados Unidos no es por capricho ni por demagogia, sino porque está sinceramente convencido de que mientras América Latina no se libre del Imperio, no podrá hallar ni su expresión ni su destino ni su verdadera libertad. Esta es la esencia, el leitmotiv, hasta diría la obsesión de su descomunal esfuerzo, de su tremenda entrega a la causa revolucionaria. Las preguntas que se le hicieron, las dudas que se le plantearon, no oían por cierto a incienso. Se referían particularmente a lo que nos chocaba, a lo que no comprendíamos, a lo que en cierto modo nos defraudaba en la Cuba de hoy. Las respuestas de Fidel me impresionaron por su capacidad para captar los móviles más profundos de cada pregunta, por su actitud receptiva ante las sugerencias ajenas, por su falta absoluta de dogmatismo (era evidente que las respuestas no obedecían a un esquema infle-

xible, sectario, sino a una experiencia vital, a una curtida manera de llegar a la verdad, a una implícita veteranía del valor, que daban a sus palabras una carga especial de verosimilitud); pero sobre todo me impresionó su franqueza.

Allí Fidel reconoció sin ambages las flojeras del periodismo cubano ("hay días en que prefiero leer la prensa capitalista") y los errores cometidos en la abusiva campaña contra los homosexuales (su intervención personal tuvo importancia decisiva en la solución de este problema); aclaró que Cuba no tomaría ninguna actitud que ahondara las lamentables diferencias entre China y la Unión Soviética; opinó que, en China, la auténtica línea revolucionaria era probablemente la de Mao, pero que no podía acompañar ni comprender las ridículas defenestraciones de Shakespeare, Beethoven, etc.; se pronunció desfavorablemente sobre la actitud asumida por las autoridades soviéticas en el caso de Daniel y Siniavski (en este punto, las intervenciones de otros dirigentes pusieron de manifiesto que no existía a ese respecto una opinión unánime); anunció que "antes de noviembre" (esto era en febrero) habría noticias del Ché, y que, entonces, toda la calumniosa propaganda yanqui acerca de la "eliminación" de Guevara por sus propios compañeros de Revolución, se convertiría automáticamente en propaganda a favor de la misma; relató la forma en que se había enterado del asesinato de Kennedy y opinó con ejemplar objetividad acerca de los rasgos negativos y positivos del ex presidente norteamericano; sobre el asesinato en sí, explicó (en términos balísticos imposibles de recordar por alguien que, como yo, no ha efectuado en su vida un solo disparo) por qué la versión oficial no era creíble.

Corregidas o no, admitidas o no, la verdad es que las posibles equivocaciones y carencias de la Revolución Cubana cuentan muy poco si se las compara con sus realizaciones. Hace algunos meses, contemporáneamente con la conferencia de Punta del Este, un conocido político colombiano, de tendencia liberal, se preguntaba muy atinadamente si no habría llegado el momento de comparar con honestidad las realizaciones a que habían llegado las naciones que actúan en el marco de la OEA, desde que fuera creada, con gran despliegue publicitario, la Alianza para el Progreso, y las alcanzadas en el mismo período por la Revolución Cubana, a pesar del bloqueo internacional y de la constante amenaza de invasión.

La verdad es que, con excepción de México

(donde sin duda se vive un boom económico, que por otra parte sólo beneficia a una minoría), los demás países, presuntos beneficiarios de la Alianza para el Progreso, se siguen debatiendo entre sus contradicciones y cobardías, entre sus obsecuencias y traiciones, pero lo cierto es que ninguno de ellos puede exhibir hoy un progreso efectivo, una disminución de las diferencias sociales, una mejor distribución de la riqueza o una auténtica recuperación de su economía. Cuba, en cambio, pese a todas sus dificultades, puede mostrar a toda América Latina un panorama estimulante que, en primer término, se refleja en su propio pueblo. En un momento como el que se vive en nuestro país, de inflación explosiva, parece un capítulo de ciencia ficción, o por lo menos una broma pesada, mencionar que en Cuba los servicios de transporte han tenido una disminución del 40%; que los alquileres no pueden en ningún caso superar el 10% del sueldo; que los espectáculos deportivos son ya absolutamente gratuitos y, dentro de pocos meses, de acuerdo a las previsiones de un plan que se viene cumpliendo puntualmente, también serán gratuitos el cine, el teatro y los conciertos; que en los nuevos mercados de frutas y verduras que acaban de instalarse en las distintas ciudades de la isla, siempre hay una serie de renglones (que cambian todos los días) que pueden ser retirados en forma gratuita; que los estudiantes de cualquier nivel, incluido el universitario, además de enseñanza (y en el caso de becarios), ropa y vivienda gratis, reciben también gratuitamente todos los textos de estudio, así sean los grandes volúmenes especializados de cuatro o cinco mil páginas que usan los estudiantes de las Facultades. Y así sucesivamente.

Para aquilatar en sus reales dimensiones el esfuerzo llevado a cabo por los cubanos, conviene recordar que, en el momento en que se inició el bloqueo, Cuba era quizá, de todos los países latinoamericanos, el peor preparado para su autoabastecimiento, ya que, antes de la Revolución, todo venía de los Estados Unidos, desde los automóviles hasta la goma de mascar, desde los huevos hasta los cepillos de dientes. Por esa razón, Cuba tenía escasas industrias, y Estados Unidos pensó, no sin razón, que el bloqueo masivo y la prohibición a todos los países latinoamericanos de comerciar con Cuba, significaría la derrota de la Revolución. Pero no contaron con la decisión, el espíritu de sacrificio, el valor cívico y la voluntad de trabajo que esa misma Revolución había insuflado en el nuevo hombre cubano.

Ese arte de magia es, en rigor, arte de justicia. No hay que olvidar, claro, la importancia que tuvo en ese esfuerzo la innegable ayuda proporcionada por los países socialistas (productivamente hablando, Cuba no podría existir, si no recibiera puntualmente el petróleo soviético), tanto en productos manufacturados como en técnicos y en plantas industriales, pero también es cierto que esa ayuda de poco habría servido si no hubiese existido el tesón y la convicción revolucionaria de todo un pueblo, increíblemente identificado con sus dirigentes. El secreto reside tal vez en el permanente contacto que esos dirigentes mantienen con el hombre común. No sólo Fidel, también Dorticós y la mayoría de los ministros y de los integrantes del Buró Político y del Comité Central, están siempre llevando a la ciudadanía sus problemas, sus inquietudes, sus soluciones. Confieso que esta impresión difiere bastante de la que se recibe en los países socialistas europeos, donde el dirigente político es, después de todo, un ser tan remoto, tan inaccesible, como en las llamadas democracias representativas. En Cuba, la gente tiene la cálida, vivificante sensación de que el gobierno no maniobra a espaldas suyas, sino que actúa francamente como lo que es: su decente, fiable, idóneo y corajudo delegado.

Hay otro aspecto que también quiero mencionar. En mi segunda visita a Cuba, un compatriota me preguntó a qué atribuía yo el acercamiento al marxismo que en los últimos tiempos se podía comprobar en los intelectuales latinoamericanos. A mi vez le pregunté si no había advertido en qué fecha se había iniciado ese cambio. Estuvimos de acuerdo en que era a partir de la Revolución Cubana, o quizá mejor, después de haber sido erradicada de Cuba la influencia del "anibalismo". Antes de la Revolución, a muchos intelectuales y artistas el marxismo solía llegarles como una actitud impostada e importada, hecha a la medida de sensibilidades que no eran las de estos pueblos, y sobre todo dependiente de medidas y resoluciones de las grandes potencias socialistas, en especial la Unión Soviética, que no siempre tenían que ver con las necesidades de América Latina. A partir de la Revolución Cubana, el marxismo tiene un lenguaje y un estilo en el que los latinoamericanos pueden reconocerse. La gran lección de Cuba es, después de todo, haber hecho una revolución que se adapta al temperamento nacional y que no vacila en aprovechar las virtudes innatas del cubano.

En el caso del intelectual, y especialmente

del artista, la comparación con el resto del mundo socialista tiene una importancia adicional, ya que seguramente, dentro de esa área, Cuba es el país que puede exhibir una mayor libertad de expresión, una actitud más amplia y comprensiva por parte de sus dirigentes frente al hecho cultural. Cuando el presidente Dorticós recibió en febrero de 1967 a los miembros del jurado de Casa de las Américas, su pregunta más insistente y preocupada estuvo destinada a averiguar si los jurados habíamos advertido, entre los participantes cubanos, una tendencia a la literatura panfletaria o dogmática, sobre la cual manifestó una decidida y desfavorable opinión. Que en medio del tremendo bloqueo a la isla, de las tensiones internacionales que siempre de algún modo alcanzan a Cuba, de las constantes amenazas de invasión, del espectáculo innoble que representan las naves de guerra yanquis en el horizonte cubano; que en medio de tales riesgos y agresiones, el presidente de la República tuviera tiempo y ánimo para preocuparse cordialmente por los problemas de la libertad artística y para propugnar una literatura cubana no sectaria, habla muy en favor del espléndido valor humano de esta Revolución en profundidad.

El 26 de Julio quedará seguramente como una fecha símbolo de la Revolución latinoamericana, pero alguna vez tendremos que preguntarnos por qué. En realidad, fue una gesta heroica, pero no un triunfo. Su desenlace costó por cierto muchas vidas, y en aquel momento la derrota sufrida pareció, dentro del proceso revolucionario cubano, un contratiempo poco menos que insalvable. Estimo justamente que la gran lección, el incanjeable paradigma, viene de la capacidad de recuperación posteriormente demostrada por el grupo revolucionario, que inscribió aquel fracaso en un decisivo aprendizaje y extrajo del mismo mucha de su actual madurez.

Por eso es una fecha clave. Para la causa antimperialista latinoamericana, plagada de derrotas y sus correspondientes desalientos, el histórico malogro del asalto al Moncada constituye un ejemplo sin paralelo, ya que por la férrea voluntad, la convicción revolucionaria y el coraje de hombres excepcionales, fue transformado en lo que debe ser cualquiera de nuestras múltiples derrotas transitorias: el aleccionante prólogo de la victoria total, definitiva, irreversible.

FRANCISCO URONDO

LA ULTIMA POESIA CUBANA

NO se puede establecer una gran diferencia entre la poesía que han producido en Cuba las dos últimas promociones de escritores. Los protagonistas seguramente rechazarán este criterio, haciendo recrudecer las inevitables objeciones subyacentes entre personas nacidas con algunos años de diferencia. Incluso descubriendo así algunos matices, o razones más contundentes, que demuestran que la similitud era una mera apariencia. Vale la pena correr el riesgo, caer bajo el peso de observaciones más detenidas, para intentar un acercamiento; aunque esa aproximación tenga el signo de las primeras impresiones.

Y por lo mismo que la leona defiende sus
[cachorros,
y la buitre recién parida tiende el ala siniestra
[sobre el nido
y las cucarachas se afanan por sus larvas.
Te sobresaltas, al ir a cruzar la calle, por
[nuestras niñas deliciosas.

.....
pero donde dice espalda
donde dice idioma
donde dice extraño amor aquel
debe decir naufragio
en letras grandes.

El primer fragmento pertenece a Roberto Fernández Retamar, nacido en 1930; el segundo a Miguel Barnet, nacido en 1940; son dos poemas de amor, uno fructuoso y el otro no, pero que no se vinculan por la anécdota,

sino por tratarse, en ambos casos, de una poesía coloquial. Este coloquialismo, conviene aclararlo, es diferente de aquel que fue producto en latinoamérica de la influencia que la poesía de habla inglesa ejerció a través de poetas como Eliot o sus compatriotas más norteamericanos y menos anglicanos que él. De Borges a la fecha, son muchos los "tocados" por esa poesía, así estén encubiertos en mundos "compadres" u otros síntomas vernáculos —caso Borges— o directamente en el tango —caso Raúl González Tuñón—; luego vendrá Neruda —también influido y buen transportador de la poesía de habla inglesa— abonando nuestro coloquialismo poético —abonará también, y a pesar suyo, otras cosas como las enumeraciones, el tropicalismo verbal—, más tarde Dylan Thomas y después Cesare Pavese, el nimbado de literatura norteamericana. Pero no interesa mayormente marcar aquí el proceso de incorporación del coloquialismo; tampoco verificar sus éxitos o sus malogramientos —discursividad, prosaísmo, populismo, etcétera—, sino establecer la diferencia que puede darse entre ellos, los primeros influidos, los pioneros del coloquialismo en latinoamérica, y el coloquialismo actual ejercido, entre otros, por muchos poetas cubanos. Un elemento común entre ambas épocas del coloquialismo sería la intención de humanizar, de acentuar los componentes existenciales de la poesía; y la diferencia visible sería una voluntad actual más extremada, una con-

ciencia más lúcida que procura una integración más amplia de elementos culturales; una poesía más conformada.

Por todas partes hay mendigos durmiendo

[aquel parece un niño
entre su cabeza y el cemento de la acera no

[hay más que una lámina helada
Tengo ganas de tomarme un café con leche

[tengo hambre y sed
el alba amarilla tiene un mal sabor en mi boca.

El fragmento de este poema, "Vagabundo del alba", posiblemente uno de los más bellos de la nueva producción poética cubana es de Fayad Jamis. Jamis, junto a Fernández Retamar, tal vez sean los poetas que más influyen en las promociones posteriores a ellos. Otras poesías, no obstante, inevitablemente harán lo suyo en este proceso de integración, como la que intenta el cáustico Heberto Padilla o el haitiano —residente cubano desde hace años, después de haber sido expulsado de su país y de Francia, donde se emparentó seriamente con el surrealismo— René Depestre o Pablo Armando Fernández. La poesía de este último, rozada a veces por la experiencia poética de Ezra Pound, puede dar resultados análogos a los que alcanzara la obra del poeta norteamericano, en el sentido de hacer —o intentar hacer— confluír o condensar toda una cultura. Integrarla para que sea proyectable, incluso para que se modifique:

Revolución,
naces y veo la edad cambiada, el trueno
furia y sangre y unas aguas de miedo,
arrasadoras, pasan.
En el futuro halla el hombre su límite.

El fragmento es del poema "Epifanía" de Pablo Armando Fernández. La atención que despiertan en los jóvenes —dieciocho años y poco más— la producción de los tres poetas citados, es una pauta del crecimiento y derivaciones que puede alcanzar el actual proceso de la poesía cubana.

Seguramente es esta poesía la expresión artística que mayor madurez ha obtenido en la isla. Con respecto a otros países latinoamericanos, la situación del artista en general, es allí de privilegio; un poeta, es decir, alguien que abraza la profesión menos considerada, más segregable, la que goza —en nuestra sociedad mercantilista— de mayor desprestigio, alguien que hace sus primeras armas en el oficio descartable, poco serio, no tiene necesariamente que trabajar como cadete en un estudio jurídico o en algo por el estilo, sino que se sos-

tiene trabajando, por ejemplo, en el suplemento semanal de poesía "El caimán barbudo" que saca en La Habana el diario de la tarde "Juventud Rebelde". Esta falta de dispersión —dispersión que cotidianamente imponen los regímenes de nuestros países— esta concentración favorece cualquier actividad. Por cierto que, por más alentadoras que sean las condiciones del medio, hace también falta, imprescindiblemente, un mínimo de talento.

Y sin embargo debo informar que esta mañana como por arte de magia negra, el estudiante Santiago Pampillón ya no respira, ya no

[levanta un cartel
contra la tiranía, ya no sueña.

Es ahora un muerto implacable en su

[Argentina.

Este fragmento del poema "Hoy doce de setiembre en Córdoba" de Luis Suardíaz —cubano de Camagüey, nacido en 1936—, como toda la poesía cubana, cuenta no sólo con condiciones envidiables, sino también con un respaldo, con antecedentes que el cine, por ejemplo, no tuvo y el teatro, seguramente tampoco; la pintura cubana tal vez disponga de una tradición que de todas formas no trascendió —y esto es un síntoma— en nombres como Nicolás Guillén; hay otros nombres: José Lezama Lima, Eliseo Diego. Por otra parte, contar en literatura con la presencia de Alejo Carpentier, además de la responsabilidad y la exigencia que esto supone, es disponer de un contexto cultural evidentemente, y no en vano, enriquecido, y que solventa cualquier actividad actual o futura.

El resultado es que, reuniendo la poesía escrita en Cuba en los últimos quince años, seguramente será posible verificar el crecimiento sólido de un lenguaje puesto en actividad poética; es decir, situado como lenguaje específicamente creador, incandescente, como creo que han dicho alguna vez los dadaístas. Pero además de crecimiento, esta poesía incorpora un nuevo elemento, da una vuelta de tuerca al coloquialismo, modificando así, desarrollando su característica más prominente; me refiero a la función testimonial de hecho identificable con el coloquialismo. Cuando un testimonio crece, se desarrolla, se conecta con otros produciéndose de esta manera una situación dialéctica que, al integrar diferentes testimonios, los convierte en un material poético más rico que aquel material que originariamente significaban: es poner en actividad la mano de la amada —por dar un ejemplo tradicional— y el sentimiento revolucionario, o la desesperan-

za o el temor a la muerte; no son elementos excluyentes, materiales que no se toleran, sino que, por el contrario, juntos se enriquecen, cambian de proporción y de profundidad. Son más conmovedores en el sentido más completo de la expresión. Curiosamente convierte a todo elemento en material poético y esto, a pesar de los prejuicios, ha ocurrido siempre en la buena poesía, sólo que ahora ocurre y se tiene más conciencia, como decía, del fenómeno. Así es casi una consigna —no una receta— demostrar que nada es descartable, que todo puede ser integrado en un poema:

Si se pronuncia "como te quiero yo a ti"
(cosa auténticamente difícil si no hay cerveza
[o luna])

entonces es imposible todo lo que se quiera:
que las noches nos aplasten como a flores,
que ciertas calles vayan a ningún sitio,
esto de andar mirando y dejando

o tan separados vivir;
que viene a ser un poco o menos la misma
[cosa.]

Por este camino, y cuando se escribe de vez en vez —para seguir parafraseando el bolero que Guillermo Rodríguez Rivera, de 24 años, integra en su poema "Quiéreme mucho", título por otra parte casi igual al de otra canción melódica— es posible incorporar las proposiciones y las experiencias poéticas más importantes, desde Apollinaire a la fecha y, además, integrar las proposiciones y experiencias válidas de la vida cotidiana y, también, colectiva.

Cuba está forzosamente desintegrada del resto de América. Además internamente, son pocas las familias de escritores o intelectuales —no sé a qué niveles de las clases más populares llega el fenómeno— que no estén también desintegradas; es decir que la desintegración no se da solamente a nivel internacional sino también individual. Son difíciles las conexiones con el resto del mundo y además son muchos —sin sumar los hermanos muertos en la guerra de liberación y en la contrarrevolución—, los padres y parientes que se han "refugiado" en Miami:

A usted bondadoso
A quien recuerdo tanto
y agradezco sellos y blasfemias
Para que descanse en paz
con la tierra y mi abuelita
dedico esta inscripción sagrada
PATRIA O MUERTE
AMÉN

A las escisiones familiares que ha suscitado la revolución, decía, deben sumarse las escisiones con el resto de América Latina, provocadas por el bloqueo. Por supuesto, se trata de una escisión activa, agresiva, ya que el aislamiento subrepticio, pasivo, se vive en todos los países de América. Pero la peculiaridad de Cuba es que allí se ve el aislamiento con claridad, violentamente. Tal vez justamente por eso, por ser la tierra donde con más tangible dramaticidad se vive la escisión, en donde con mayor vehemencia se procura obtener una integración en todos los niveles: desde la poesía a la política. Es que el destino básico de nuestros aislados países puede ser integrado en una experiencia común de lucha o derrota.

En poesía, que es el tema de este trabajo, las tensiones que vive América Latina, dejan su rastro. Una palabra usada para nombrar, para dar forma a un material poético o literario latinoamericano, alcanza —cuando es bien usada— una intensidad y una carga muy particulares. Por esos caminos de tensión y lucidez, da una nueva arista al coloquialismo. Ocurre esto en Cuba, en el Río de la Plata, en Venezuela —algunos números de la revista "El techo de la Ballena" y una antología paradójicamente publicada en Italia por Sciascia Editores. Algunos poemas de Enrique Lihn y Roque Dalton se acercan a esta proposición y la poesía escrita en Brasil por una generación anterior —Carlos Drummond de Andrade, Vinicius de Moraes básicamente— tal vez sea el antecedente de esta nueva etapa de la poesía latinoamericana.

Hasta ahora se presenta con diversas peculiaridades, con matices dados incluso por la personalidad de los poetas, pero ha dejado un poco atrás y en todos los casos, el tropicalismo americanista —también el populismo al que solía fagocitarse—, las actitudes "modernosas", poesía epígona —segregación muy subdesarrollada por cierto— que insensiblemente tiende a empujarnos al sometimiento cultural, a la reverencialidad ante las modas europeas, o sus vanguardias nuevas o viejas; al provincianismo. Se trataría de una poesía que se hace cargo de la necesidad de encontrar, no solamente un territorio, sino también un lenguaje que puedan considerarse propios. De esta manera, el de la integración seguramente será el mejor camino tanto para nuestra poesía, como para nuestra América fracturada, rota en los más diversos niveles.

LA SITUACION DEL INTELECTUAL

I

EL visitante que arriba a Cuba no puede sustraerse a la primera impresión que le asedia al llegar. Cuba es un país bloqueado, aislado, en un mundo hostil que le cerca por todos lados. El sentimiento de estar en un país sitiado, amenazado, sentenciado —aunque dotado de un extraordinario espíritu de lucha— es algo que se palpa en el ambiente, que se siente y se presiente cotidianamente. A pesar de que no existe un peligro real de que la contrarrevolución pueda triunfar a través de una sublevación interna, los cubanos saben que en cualquier momento el equilibrio internacional puede romperse y que podrían confrontar una intervención militar directa de su territorio. De ahí que el país se halle en un estado de alerta permanente, de movilización masiva de todos sus recursos para afrontar un peligro externo. En ese contexto es sorprendente notar la capacidad de adaptación a lo antes dicho que puede notarse en la población. La vida en La Habana sigue como de costumbre, los cabarets y los restaurantes están llenos, el decir popular conserva su viveza y alegría, en suma los cubanos —y me refiero aquí a la gran mayoría de ellos— han aprendido a “vivir en peligro” como hubiese querido Nietzsche. Pero, el que crea ver en el proverbial espíritu festivo del cubano un signo de debilidad se equivoca. Cuba es hoy un pueblo en armas y tiene el ejér-

cito mejor armado y entrenado de toda América Latina. El servicio militar obligatorio dura hasta los 27 años. Todo el mundo —inclusive las mujeres— aprende a manejar un arma y la movilización, tanto del ejército rebelde como de las milicias populares, puede lograrse en muy poco tiempo.

Esta movilización y entrenamiento de cuadros capaces de servir en cualquier momento marcha de la mano con la incorporación masiva de los sectores populares (campesinos y obreros) a la educación, a la cultura y a la recreación. Esto es evidente muy particularmente en los programas de alfabetización masiva y en los programas de becados que hoy ocupan las casas en que antes vivían los exiliados cubanos. Esta incorporación masiva de los sectores populares es un hecho tan visible, tan patente, que es sociológicamente innegable su existencia. No hay duda de que este proceso confiere a estos sectores otrora menos privilegiados un sentido de pertenencia, de integración al proceso revolucionario mismo que no puede en modo alguno subestimarse.

De otra parte cabe indicar que el contenido de la educación recibida por estos niños y jóvenes es esencialmente una, basada en los principios del marxismo-leninismo. Hay toda una generación en formación de jóvenes cuyas edades fluctúan entre los 15 y 25 años que han podido vivir con mayor intensidad los cambios que se han operado con la revolución y que han bebido además profundamente de la con-

cepción socialista del hombre y de la sociedad que la revolución propugna. Estos jóvenes están "politizados" en un alto grado y están profundamente imbuidos de una conciencia revolucionaria. Ello es así, además, porque el énfasis continuo —tanto en la educación como en la propaganda del régimen revolucionario— es en la creación de una nueva sociedad, de un nuevo tipo de hombre que sean cualitativamente distintos a la sociedad y al tipo de hombre imperante en Cuba antes de la revolución. A esta labor se dedica con gran celo el Partido Comunista Cubano a través de la Juventud Comunista y de los Comités de Defensa de la Revolución.

Hablar con estos jóvenes —especialmente los que forman parte de la juventud del Partido Comunista— sirve para aclarar la enigmática frase de Bottomore en el sentido de que el Marxismo es "el Calvinismo del siglo XX". Porque ellos están dedicados en cuerpo y alma a la causa de la Revolución, trabajan día y noche, a todas horas y en todas partes por ésta. De hecho son cuadros dirigentes en potencia que están dotados de un espíritu de trabajo sorprendente. Poseedores de un sentido de misión, llevan una vida austera (casi podríamos afirmar que puritana sino fuese porque ello va demasiado contra el grano de la cubanidad). Son estos jóvenes los que realizan la dura tarea de adentrarse a los campos para alfabetizar, los que participan de lleno en las tareas agrícolas, los que realizan labores adicionales a las que les son exigidas normalmente.

En una sociedad como ésta no hay lugar para la ociosidad. Todo el mundo tiene que estar incorporado a la labor de la edificación del socialismo. No debe perderse de vista que Cuba es aún un país pobre —condición agravada por su situación de país bloqueado—. Lejos está la Cuba de hoy de ser un país donde impera la opulencia. Hay racionamiento. Hay escasez. No se ven —como en Puerto Rico— las vidrieras atestadas de ropa y zapatos, los escaparates llenos de comestibles y bebidas en los supermercados. Como bien ha señalado Retamar en un acucioso artículo sobre las generaciones en Cuba: "Pero a diez kilómetros de La Habana empieza el tercer mundo, empiezan los bohíos que recuerdan a chozas africanas, empieza el brutal trabajo agrícola a mano. Ningún cubano que haya pasado una temporada cortando caña, en el momento en que el hombre se pasea por el cosmos, duda de que el suyo es un país subdesarrollado, aunque personalmente él pueda recibir cada se-

mana L'Express o leer cuatro idiomas. Su óptica quedará enmarcada dentro de esa realidad. Escribirá, y sobre todo pensará, dentro de ese contexto."¹ Pero la escasez —bueno es recordarlo— es escasez para todos. La accesibilidad de los bienes de consumo para todas las capas de la población tiene, forzosamente, que requerir el racionamiento de comida y ropa. Cuba no es, por cierto, el paraíso de los consumidores de las clases media y alta. Por el contrario vive austeramente, apretándose la correa. Sólo que los que antes nada tenían hoy tienen algo. No hay una clase ociosa y privilegiada que usufructúe el patrimonio del país y lo ponga a rendir beneficios, sino un sistema donde se pretende nada menos que la erradicación de las distinciones de clase. El hecho puede o no gustarnos. Pero su existencia es innegable. No quiero decir con ello que en Cuba se hayan abolido en su totalidad las diferencias de clase, ni que haya sido erradicada con carácter definitivo la lucha de clases. Lo que quiero decir es que las más flagrantes diferencias de clases han sido, sino abolidas en su totalidad, al menos niveladas hasta donde las circunstancias históricas y sociales lo han permitido. De hecho las antiguas clases privilegiadas o permanecen al margen del proceso revolucionario o se hallan viviendo en el exilio o en la cárcel.

Es bueno señalar aquí, antes de continuar, que en el proceso revolucionario desencadenado en Cuba a partir de 1959 ha sido necesaria la represión contra los enemigos de la revolución. En Cuba no hay libertad para conspirar contra la revolución. Eso es definitivo. Puede decirse, además, que como en todo proceso revolucionario, la represión de los enemigos de la revolución es mayor en la medida que es mayor el peligro de que pueda echarse atrás el proceso revolucionario. Después de la invasión de Playa Girón y la crisis de octubre la necesidad de represión ha ido disminuyendo porque el régimen se siente menos amenazado internamente. Los Comités de Defensa de la Revolución (hay uno en cada cuadra de La Habana) y el Ministerio de lo Interior son los encargados de vigilar y reprimir cualquier actividad contraria a la revolución. En Cuba no hay, desde luego, una democracia representativa. Si hay una dictadura de izquierda que es capitaneada por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba y por su Primer Secretario, el Comandante Fidel Castro. Ésta es una dictadura con apoyo popular masivo y, bajo las circunstancias de un país bloqueado y ame-

nazado continuamente, se ve forzada a librar una intensa actividad contra los enemigos externos e internos de la revolución.

Creo que sería justo decir en este contexto que en Cuba se puede criticar la revolución desde la revolución. Lo que no se puede hacer —como ya dije— es realizar actividades de tipo contrarrevolucionario. Dentro de ese marco más o menos restrictivo hay lugar para la protesta y para la discusión.

(Pecaríamos de una omisión imperdonable si no mencionásemos el papel de vitalísima importancia que juega Fidel Castro en todo el proceso revolucionario. Tuve la oportunidad de asistir al discurso que éste pronunciara ante la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP) en el mes de mayo de 1967. Se anunció ya entrada la tarde que hablaría Fidel Castro en las afueras de La Habana, muy cerca del aeropuerto. Cuando llegué al sitio me quedé sorprendido por el inmenso número de personas —en su enorme mayoría del pueblo— calculé que habría allí unas 50.000 personas escuchándolo. Estuvo hablando cuatro horas sin parar. Su estilo es único, muy personal y directo. Dialoga con la gente desde la tribuna, contesta sus preguntas, habla con ellos de tú a tú. Nunca se nota cansado sino que por el contrario muestra en todo momento una gran vitalidad. No hay duda de que es un líder popular de primer orden, poseedor de ese "carisma" que Max Weber consideraba como esencial atributo del líder político. Hay que ver cómo ese vasto proletariado urbano de La Habana acude a estos actos con gran entusiasmo y disciplina. Y este no fue un acto donde se realizase una movilización masiva de la población. Yo creo que por más que el propio Primer Ministro trate de erradicar el culto a la personalidad alrededor de su persona, es un hecho que en nuestros países funciona aún con gran intensidad el mesianismo como fenómeno sociológico. Esto puede palparse sin lugar a dudas, en la devoción por la figura de Fidel Castro que se nota entre los sectores populares residentes en La Habana.)

II

ES en este contexto económico-social someramente esbozado que se desenvuelve la actividad intelectual en la Cuba de hoy. Resulta imperativo señalar a renglón seguido que la gran mayoría de los escritores y artistas cubanos que hoy están con la revolución son de origen burgués o pequeño burgués. Éste es,

desde luego, un fenómeno sociológico muy común entre la mayoría de los intelectuales latinoamericanos, y Cuba —cuya revolución es aún muy joven— no es la excepción a esta regla. La visión del mundo de los intelectuales cubanos, por ende, tuvo que conmoverse ante el cambio revolucionario operado allí y orientarse ideológicamente en términos de una concepción socialista del hombre y de la sociedad. La mayoría de los intelectuales cubanos —incluso los no marxistas— han logrado hacer la transición a la vida en un nuevo tipo de sociedad y, más aún, se hallan plenamente integrados al proceso revolucionario. Para muchos escritores y artistas de origen burgués el contacto directo con las masas ha sido a manera de una revelación. El escritor siente que palpita en él la entraña del pueblo. "El pueblo" ha dejado de ser para él una abstracción, un venero de tradiciones folklóricas para convertirse en una realidad viviente y actuante.

En los países capitalistas —e incluso en algunos socialistas— el intelectual experimenta una profunda enajenación de la sociedad que le ha tocado en suerte vivir. Este sentimiento de alienación, de extrañeza frente a un mundo grotesco que es la negación misma de toda estética es lo que provoca la literatura y el arte de protesta. En Puerto Rico, por ejemplo, el escritor y el artista se rebelan ante la situación de abyección, de colonialismo, de supeditación a los Estados Unidos que padece nuestro país. De ahí que la mayor parte de la literatura y el arte puertorriqueños ilustren esta alienación, esta marginalidad del escritor frente a una sociedad que él repele y que a menudo lo repele a él. En ese contexto la literatura y el arte como formas de denuncia, de creación de conciencia, de aldabonazo para los aletargados tiene su razón de ser.

En Cuba, de otra parte, la mayoría de los intelectuales no se sienten enajenados de la sociedad en que viven sino que se sienten identificados con ella. Naturalmente que hay excepciones. Los hay que no han podido aceptar la transición hacia el socialismo y han abandonado el país. Hay otros que por su formación ideológica no pueden estar de lleno con la revolución pero que han optado por permanecer en Cuba. De lo que no cabe duda alguna —a mi juicio— es de que la gran mayoría de los intelectuales cubanos está con la revolución.

Es bueno indicar, de paso, que uno de los aspectos más atractivos de la revolución cubana ha sido su apertura a la creación artística y literaria libre de criterios preestablecidos

como, por ejemplo, los del "realismo socialista". En Cuba los intelectuales no tienen que registrarse por determinados patrones de creación artística o literaria. Pueden experimentar, pueden ensayar las más diversas formas de expresión. Hay una sola cosa que no pueden hacer: escribir contra la revolución. Fidel Castro dejó esto claramente sentado en sus **Palabras a los intelectuales**: "Dentro de la Revolución, todo. Fuera de la Revolución nada". Puede decirse, por consiguiente, que no existe libertad para escribir contra la revolución. Si hay libertad para enjuiciar críticamente algunos aspectos de la revolución, pero siempre desde la revolución.

En ese sentido no hay duda de que contrasta la relativa libertad que tiene el escritor disidente dentro de los países capitalistas más avanzados y la que tiene en un país socialista como Cuba. De otra parte el intelectual que vive en un país capitalista vive protestando (hay tanto sobre qué protestar). Como hombre enajenado de la sociedad dentro de la cual vive, al intelectual que vive en un país capitalista (los Estados Unidos pongo por caso) se le marginará e incluso —si se confiesa marxista— se le pondrán en peligro sus medios de existencia y será vigilado continuamente por la policía política. Analizando el problema a fondo la diferencia no es en verdad tan grande como parece a primera vista. En ambos sistemas se penaliza a los que disienten radicalmente del sistema. Ahora bien, en la medida que la enajenación del sistema disminuye, en esa misma medida disminuirá la necesidad de protestar por parte de los intelectuales. Yo estimo que en Cuba la mayoría de los intelectuales no se hallan enajenados —como es el caso de los intelectuales en Puerto Rico— de la sociedad cubana actual, sino que por el contrario se hallan identificados con ella. De ahí que no estimen necesario escribir contra la revolución. El propio ambiente intelectual imperante en Cuba —ambiente rico y matizado— contribuye a que se debatan y se discutan las más diversas escuelas de pensamiento. No debe olvidarse que en Cuba se vive una revolución y que esta revolución tiene una orientación ideológica definida. No obstante ello, no se exige a una obra —como condición previa para su publicación— que ésta se oriente por los cauces del marxismo-leninismo, sino más bien que su contenido no sea contrario a la revolución.

En el momento en que yo estuve en Cuba toda la labor editorial se hallaba consolidada en un organismo llamado "El Instituto del

Libro". El Instituto se encarga ahora de la labor que antes realizaba el Consejo Nacional de Cultura en materia editorial. Desde que Fidel Castro anunció en un discurso que en Cuba no se reconocerá el derecho a la "propiedad intelectual" el Instituto del Libro está haciendo ediciones muy baratas de libros publicados en el exterior que ellos utilizan sin pagar los derechos de autor correspondientes. Ésta es una de las formas mediante las cuales ellos luchan contra el bloqueo y la escasez de divisas. Muchos de estos libros así publicados son distribuidos gratuitamente a los estudiantes universitarios. Pueden hallarse en las librerías ediciones baratas de los grandes clásicos de la literatura universal, toda vez que los libros son muy baratos en Cuba. Debido al bloqueo no pueden conseguirse fácilmente libros que serían fáciles de conseguir en cualquier librería latinoamericana. No obstante, los escritores y artistas cubanos —a través de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y de Casa de las Américas— logran tener acceso a las obras de los artistas y escritores en el resto del mundo. Casa de las Américas es una revista que puede compararse —en cuanto a calidad— con las mejores revistas de habla castellana. La Gaceta de Cuba y la revista Unión, de otra parte, brindan al lector cubano una perspectiva de las corrientes intelectuales del exterior y de la propia Cuba.

En Cuba, la actividad intelectual es, en términos generales, rica y variada. Durante mi estadía pude ver cine de alta calidad, teatro, ballet, conciertos de música folklórica, artistas extranjeros como La Chunga y Jean Ferrat, conferencias, seminarios, conversatorios, exposiciones, etc. Además, Casa de las Américas ha servido como punto de reunión para los más destacados escritores latinoamericanos mediante sus convocatorias para certámenes literarios que cubren todos los géneros. En el Consejo de Colaboración de la revista Casa de las Américas se hallan dos figuras cumbres de la literatura latinoamericana actual: Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. El Director de la revista, Roberto Fernández Retamar, es un brillante poeta y escritor que realiza una labor extraordinaria desde la revista, todo ello no empuja el bloqueo impuesto a Cuba por los Estados Unidos y la OEA.

El escritor y el artista en la Cuba de hoy se hallan, pues, viviendo en una sociedad que es cualitativamente distinta a las sociedades de los países que circundan la isla. El arte y la literatura no son ya un arte y una litera-

tura en franco antagonismo con el orden existente. Aunque no totalmente, puede decirse que la llamada alta cultura ha ido gradualmente perdiendo su carácter clasista, su ubicación en el contexto restrictivo de las antiguas clases privilegiadas. Así la creación cultural puede orientarse hacia el pueblo no para la búsqueda del mero dato folklórico, criollista, ni para el ejercicio retórico que implica un vacío y espúreo "contacto" con éste, sino para extraer de su raíz nutricia lo que hay de experiencia vital, lo que hay de genuina expresión y sabiduría humanas en los sectores populares. La cultura se convierte así, no en adorno o aditamento digno de museo, en depositaria de lo anquilosado y lo decadente de una sociedad, sino en materia viva, dinámica, capaz de transformarse y transformar a la sociedad dentro de la cual surge.

El peligro que ha acosado a Cuba hasta el momento —y que el país ha podido vencer a diferencia de otros países socialistas— es el de caer en una petrificación de las formas de creación artísticas y literarias basándose en la imposición dogmática de un solo criterio impuesto por el caso político a los artistas y escritores. Al adoptar una actitud francamente abierta en este sentido el régimen revolucionario ha sentado una pauta que sin duda ha redundado en beneficio de la comunidad intelectual de la Cuba actual. (Digo esto haciendo siempre la salvedad de que dicha labor intelectual tiene como condición previa que no se hará literatura o arte que sea contrario a la revolución.)

Si le aplicamos a Cuba los criterios sobre libertad de expresión imperantes en los países capitalistas no hay duda de ello: no existe allí libertad en ese sentido. Pero el régimen revolucionario nunca ha reclamado para sí el apelativo de democracia representativa. Por ende la libertad del escritor dentro de la Cuba actual tiene que entenderse en el contexto de un país que está atravesando por un proceso revolucionario y que se halla "viviendo en

peligro" en un mundo hostil e inhóspito. Para la mayoría de los escritores y artistas de Cuba que se hallan identificados con la revolución resulta tan enigmática la pregunta de si tienen libertad como resulta de enigmática la misma pregunta hechale al más inveterado ideólogo del sistema capitalista de producción. Lo que sucede es que la interpretación que cada uno de ellos hace del vocablo "libertad" es el producto de una determinada visión del mundo que cada cual ha adoptado. El problema del significado del término yace en un substrato más profundo que el de la mera diferencia semántica: en el substrato de las condiciones económico-sociales que le sirven como base al pensamiento de ambos. A menudo estas dos concepciones del mundo no tienen punto de convergencia, no aciertan a tocarse. Pero de nada vale la cerrazón mental que se sustrae al diálogo y que cierra los ojos ante la realidad que existe, que está ahí.

Cuba está ahí... En el Caribe. Ningún exorcismo será capaz de hacerla desaparecer como por acto de magia. Representa una nueva forma de sociedad que —con todos sus problemas internos y externos— sólo podría ser destruida por medio de una invasión masiva lanzada por los Estados Unidos. Cuba socialista es un hecho en el Caribe como China socialista lo es en Asia. Pretender ignorar este hecho y continuar con el aislamiento y el bloqueo a que se somete a la isla sólo contribuye a hacer a ésta más intransigente y más determinada a resistir.

* El contenido de este trabajo es el resultado de una visita de tres semanas a Cuba en un viaje auspiciado por el Instituto de Estudios del Caribe de la Universidad de Puerto Rico.

(1) Roberto Fernández Retamar, "Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba", *Casa de las Américas*, Año VII, Nº 40, enero - febrero, 1967, pág. 15.

CUBA, CASTRO Y ESTADOS UNIDOS

EL prestigio de Fidel Castro, interno y externo, continúa declinando. En un futuro relativamente cercano el pueblo cubano quizás enfrente reales alternativas políticas y Estados Unidos una vez más tendrá que reconsiderar el problema de las relaciones con Cuba.

Como embajador en Cuba en 1959 y 1960, los dos primeros años del régimen castrista, presencié el espectáculo de la asunción al poder de una dictadura personalista que evolucionó hacia una orientación comunista. Creo que el pueblo cubano tiene tanta capacidad como cualquier otro para dirigir a través de pruebas y errores sus propios asuntos. Las oportunidades que tuvieron los cubanos para demostrar esta capacidad en el pasado fueron cercenadas por las especiales relaciones de su gobierno con el de Estados Unidos y por las enormes fluctuaciones del mercado del azúcar del cual depende su economía.

La incrementación de estas oportunidades para el autogobierno responsable fue la secuela principal de la liberación de la isla por el crupuloso autócrata que "liberó a su país del extraordinariamente talentoso, errátil e inestable imperialismo norteamericano" para reducirlo a un satélite de Moscú (ahora que ha desaparecido la alternativa pekinés).

II

Desde la iniciación de nuestra guerra con España en 1898 hasta la suspensión de la cuo-

ta azucarera cubana en 1960, Estados Unidos ejerció una influencia fundamental en el desarrollo político y económico de Cuba. El juicio sobre esta influencia está ampliamente dividido entre las escuelas tradicionalista y revisionista. La primera sostiene que Estados Unidos sustancialmente tuvo una función benéfica, que proporcionó ventajas morales y materiales a un pequeño vecino muchas veces despreciativo, desagradecido y a menudo malicioso, y considera nuestra política, en particular durante los primeros años de la vinculación, extraordinariamente esclarecida comparada con la de los rapaces poderes de Europa en otras regiones. Para los revisionistas, por el contrario, Cuba ha sido, durante la mayor parte de su historia y en especial desde 1898, la desventurada víctima de la explotación materialista e imperialista del coloso del norte. En el mejor estilo de lugares comunes, cada una de estas posiciones ha incorporado a través de los años un buen número de falacias y mitos.

Para el punto de vista tradicional, la intervención militar de Estados Unidos fue el factor decisivo de la independencia de Cuba. A costa de sangre y dinero, Estados Unidos liberó a un pueblo oprimido y maltratado por una tiranía brutal y retrógrada y lo introdujo en el camino del autogobierno. En cambio, la tesis de los revisionistas más radicales afirma que el levantamiento de 1895 fue la culminación de la lucha de los cubanos por la independencia iniciada unos treinta años atrás y solo cuan-

do la victoria de los insurgentes pareció evidente e inminente Estados Unidos intervino militarmente, arrebató el triunfo a los patriotas cubanos y se valió de cuatro años de ocupación militar para transferir el poder a los grupos reaccionarios. Denominados por nuestros gobernantes los "mejores elementos", muchos de esos grupos habían cooperado con el régimen español y estaban ahora dispuestos a cooperar con nosotros para someter a Cuba al semicolonialismo y explotar a su pueblo.

De la misma manera, otros episodios fundamentales de las relaciones entre los dos países han sido opuestamente interpretados. En Cuba la escuela revisionista tiene gran aceptación y ha sido apoyada por Castro y sus adeptos: sus distorsiones viciosas de los hechos y de las motivaciones norteamericanas eran y son notorias. Los tradicionalistas y los revisionistas están de acuerdo sobre un punto: la influencia o la amenaza, de Estados Unidos en Cuba —como generoso benefactor y sabio consejero o como explotador neocolonialista— limitó la pericia de los cubanos para adoptar sus propias decisiones en muchos aspectos, que en teoría son del exclusivo resorte de un estado soberano. La dependencia de Estados Unidos, acompañada por la dependencia de las fluctuaciones del mercado azucarero, trabajó durante años para frustrar el crecimiento de un pleno sentido de la responsabilidad en los dirigentes cubanos y de una confianza popular en la posibilidad de esa responsabilidad. La mentalidad isleña estaba condicionada por la convicción de que el destino de Cuba, en su más amplio sentido, no estaba en manos cubanas.

Desde 1902 a 1934 nuestra influencia se ejerció de acuerdo a la Enmienda Platt, expresión de nuestro punto de vista sobre las relaciones que debían prevalecer entre Estados Unidos y la incipiente república independiente, incorporada a instancias nuestras en la constitución cubana de 1902. Entre otras cosas, nos daba el derecho de intervenir cuando lo consideráramos conveniente para preservar la independencia cubana y el mantenimiento de un gobierno adecuado para proteger la vida, la propiedad y la libertad individual.

La Enmienda Platt fue una expresión del pensamiento formulado en el Corolario Roosevelt de la doctrina Monroe. Dado que algunos países del Caribe eran ineptos para dirigir sus asuntos y en consecuencia los imperialismos rapaces estaban dispuestos a sacar provecho de esa inepticia creíamos que debíamos

asumir amplias responsabilidades frente a ellos. Creíamos que al actuar como una especie de policía benevolente estimularíamos las inversiones (principalmente norteamericanas) tan necesarias en esos países para promover su bienestar y el nuestro. Y teníamos el generoso —aunque equivocado— convencimiento que la amenaza de nuestra mano y, en caso de ser necesario, la propia mano desarrollaría la capacidad de esos países para autogobernarse, y acelerar su progreso hacia la madurez política.

Desde la finalización de nuestra ocupación militar, la inauguración de un gobierno cubano y la reciprocidad comercial con Estados Unidos sobre bases preferenciales estaban condicionadas a la aceptación de la Enmienda Platt, que los cubanos aceptaron de mala gana. Elihu Root, entonces secretario de guerra, endulzó la píldora al afirmar que la Enmienda no sería interpretada como un permiso para interferir constantemente en los asuntos de Cuba sino que sería invocada solo si los propios cubanos creaban las desgraciadas condiciones contempladas en ella. Después de nuestra intervención de 1906 a 1908, Estados Unidos, ansioso por evitar ulteriores intervenciones, decidió cortar por lo sano toda actividad o proyecto de los cubanos que pudiera hacer necesaria la invocación de la Enmienda. Esta política, que suponía una interferencia generalmente bien intencionada pero fastidiosa en muchos asuntos cubanos, culminó con los esfuerzos del general Crowder, en los primeros años de la década de 1920, para dotar a Cuba de un conjunto de leyes e instituciones, estas últimas dirigidas preferentemente por cubanos que gozaran de la confianza del general. El ahínco y la buena intención del general son impagables y tampoco se puede negar la existencia de los males que intentó curar, pero podemos afirmar, con perspectiva, que no era precisamente la mejor forma para construir una nación.

Al finalizar la década de 1920, la política de intervención en la región del Caribe se vió progresivamente controvertida, por sus insatisfactorios resultados y además porque los imperialismos extracontinentales no eran ya amenazas plausibles. Por esas razones y también para atraer a la opinión latinoamericana, adiuramos de la intervención bajo cualquier circunstancia y establecimos las bases de la "política del buen vecino".

En el caso de Cuba, el cambio hacia la nueva política fue incompleto. La superproducción de azúcar durante la depresión mundial de los primeros años de la década del

treinta provocó una caída catastrófica de los precios y de la demanda, acentuada por la tarifa Hawley-Smoot de 1930 que ayudó a estimular la producción de caña de azúcar bajo la bandera norteamericana a expensas de Cuba. La angustia económica y social resultante, agregada a las condiciones intolerables creadas por el extendido terrorismo y contraterorismo de los opositores y sostenedores del régimen de Machado, transformó a Cuba en uno de los principales problemas del gobierno del "New Deal".

Summer Welles, embajador en 1933, actuó como mediador en la lucha política, pero el nuevo gobierno con el cual hizo el acuerdo duró sólo tres semanas, dando paso a un movimiento militar y civil de renovación revolucionaria dirigido por el sargento Batista y el profesor Grau San Martín. Porque temíamos el extremismo de algunos elementos del gobierno de Grau, nos negamos a reconocerlo y, después de unos meses, persuadimos a Batista para que le retirara su apoyo de vital importancia. Nuestro éxito para librarnos de Grau se debió a la necesidad desesperada de Cuba de participar, en la forma más favorable posible, en nuestro programa del azúcar y en establecer un acuerdo recíproco de tarifas aduaneras.

Nuestro juicio sobre Grau pudo o no ser certero. Cuando fue presidente una década después, desconcertó tanto a los que creían en él como a los que le temieron en 1934. Empero ahora interesa destacar, que en el último año de la Enmienda Platt y sólo pocos meses después de la adopción de la política del buen vecino, Estados Unidos, valiéndose de su mayor poder, afectó decididamente el curso de la vida política cubana. La eliminación de la Enmienda pocos meses después no barrió el escepticismo de muchos cubanos —aun aquellos por que nos eran favorables— sobre la absoluta independencia de la isla. Nuestros sostenedores aparecían como si debieran la defensa de sus intereses a nuestra intervención —precedente desgraciado—.

El nuevo programa del azúcar norteamericano restableció la competencia bajo una tarifa protectora con un sistema en el cual el ejecutivo fijaba la cantidad total de azúcar que absorbería el mercado norteamericano. El tope estaba destinado a crear precios razonables para todos, inclusive los consumidores. Dentro de ese total, se distribuyeron cuotas a las diversas zonas productoras, nacionales y extranjeras, de acuerdo con leyes votadas por el congreso en intervalos periódicos. Por consiguiente

te la participación de Cuba en nuestro mercado no dependía de bases contractuales sino de la voluntad del congreso. En varias ocasiones, se redujo la cuota cubana para beneficiar la producción nacional y aun de otras regiones extranjeras. La necesidad de Cuba de evitar actitudes que pudieran colocarla en mala situación ante el congreso en la época de la cuota, fue una realidad generalmente incomprendida.

El Acta del Azúcar de 1934 y el acuerdo comercial recíproco del mismo año sacó a la isla de la desesperación, causada por la depresión sumada a nuestra tarifa, y la llevó a un nivel de pobreza decorosa en el cual el ingreso del azúcar, solo estaba un 50% por debajo del porcentaje de la década del veinte en lugar del 75% de los años del desastre (1932 y 1933).

La segunda guerra mundial produjo una nueva era de prosperidad para Cuba, y las sucesivas crisis de Corea y Suez salvaron a la industria azucarera cubana y reforzaron una actitud de irónico providencialismo en el pueblo cubano. En el mercado mundial, las fluctuaciones de los precios y volúmenes, continuaron normalmente.

III

El golpe militar de Batista en 1952 y la apatía con la cual fue recibido por las masas, con exclusión de unos pocos dirigentes, mostraron claramente la bancarrota política que permitiría a Castro conquistar el poder siete años más tarde. Si bien los gobiernos constitucionales de Grau y Prio (1944-1952) hicieron participar a muchos cubanos representativos y sinceros, la administración fue considerada en general corrupta, especialmente en las esferas más altas, y dominada por un vicioso gangsterismo político en los niveles más bajos. El pueblo tenía poca fe en su gobierno y en la integridad de sus dirigentes políticos.

En 1956, varios cubanos eminentes hicieron un esfuerzo para encontrar una solución constitucional que pusiera fin a la dictadura. Su esfuerzo conocido bajo el nombre del "Diálogo Cívico", fracasó por la intransigencia de Batista y de quienes se beneficiaban con su gobierno. Ese fue el punto de no retorno en la trágica carrera de Castro por el poder.

Entre tanto, nuestra representación en La Habana utilizaba su gran influencia principalmente en asuntos referentes a los intereses de las empresas norteamericanas. Éstas eran numerosas, importantes y por regla general constructivas. Contribuyeron sustancialmente al desarrollo económico y social del país. Tomadas

en conjunto, sin embargo, su impacto irritaba, sofocaba y frustraba el sentimiento creciente del nacionalismo cubano.

Aunque los norteamericanos solo controlaban ya un tercio de la producción del azúcar cubano —el tercio más moderno y quizás el más productivo— nuestros intereses azucareros tenían una función fundamental en la variada y fluctuante estrategia para proteger la cuota de Estados Unidos. Y muchas compañías norteamericanas poseían o controlaban grandes plantaciones cubanas de caña a pesar de la cláusula de la constitución cubana que exigía propietarios distintos para ingenios y plantaciones.

Además, los intereses norteamericanos dominaban muchas actividades claves, incluidos los teléfonos, energía eléctrica, que operaban en una atmósfera de general hostilidad pública. El principal sistema ferroviario que servía la mitad de esta isla estaba bajo control norteamericano. El petróleo crudo era importado, refinado y distribuido por tres grandes empresas, dos norteamericanas y una anglo-holandesa. La busca de petróleo en Cuba, aún una de las mayores esperanzas irrealizadas (los rusos no han encontrado todavía), era llevada a cabo por las compañías norteamericanas. La explotación de los grandes recursos de níquel cubano estaba en manos de los norteamericanos. Otros dominaban la banca, o la venta al menudeo y la fabricación de diversos tipos de mercaderías. La planta de cemento que abastecía a la industria de la construcción, en pleno auge, de La Habana, era propiedad de y estaba dirigida por norteamericanos, al igual que, en su mayor parte, los hoteles y casas de juego.

Mientras el gobierno de Batista otorgó a estos intereses norteamericanos un tratamiento en general benévolo, y mientras atraía grandes contingentes de inversiones privadas terriblemente necesarias, se enajenaba cada vez más la opinión pública cubana. Un frenesí de autoenriquecimiento parece haber poseído a muchos de sus altos oficiales. El terrorismo se enfrentó a un salvaje contrterrorismo oficial. Y aunque la propaganda castrista haya exagerado mucho, el número de asesinatos cometidos por los servicios de seguridad de Batista durante esos amargos años crearon miles de rencores profundos —elemento potente en el apoyo a Castro—. La corrupción y el sadismo de muchos testaferros de Batista unieron a la mayoría de los cubanos contra el régimen.

Esta extendida oposición no fue en busca

de los altos dirigentes del reciente pasado constitucional cubano. La denominada legítima oposición que participó en las elecciones de noviembre de 1958 y perdió ante Batista, ni remotamente llenaba las necesidades. A causa de este vacío, la imaginación popular fue apresada por Fidel Castro que libraba una guerra de guerrillas en pequeña escala en la impenetrable parte oriental de Cuba contra las fuerzas armadas de Batista progresivamente desmoralizadas por su corrupción interna y por el repudio popular al régimen que servían. La influencia de las guerrillas en el derrocamiento del régimen ha sido muy exagerada. No obstante, a principios de 1958, la mayor parte de los elementos de la oposición intentaban trabajar con Castro. Los comunistas fueron de los últimos en decidirse a apoyarlo.

Después de actuar como embajador en Bolivia pasé dos semanas en Washington antes de dirigirme a Cuba en febrero de 1959, examinando materiales sobre las convicciones y las afiliaciones políticas de Castro y sus principales adeptos. Sobre la base de abundantes aunque contradictorios datos, llegué a la conclusión de que Castro no era entonces comunista, aunque algunos de su grupo, inclusive su hermano Raúl, tenían ataduras comunistas. Era evidente que el nuevo régimen gozaba ampliamente del apoyo de la sociedad cubana, y me pareció que muchos elementos de esta sociedad, dominada por una relativamente próspera clase media con una fuerte tendencia hacia el sistema constitucional entonces defendido por el propio Castro, tenían mucho más brillantes perspectivas que los comunistas para controlar el gobierno. El campo de acción de los nuevos dirigentes estaría, pensé, determinado por la naturaleza de esa comunidad.

Este diagnóstico pronto tuvo que ser modificado. Fracaso al no tomar en cuenta la fabulosa personalidad y el carisma sin precedentes de Fidel Castro. No previó la carencia de dirigentes aceptables a través de los cuales los elementos no comunistas pudieran ejercer su influencia. Además, muchos de estos elementos abandonaron pronto la lucha y el país. Tampoco el diagnóstico tuvo en cuenta la utilización que Castro iba a hacer de algunos sectores de la población, antaño al margen de la corriente del desarrollo —el quince o el veinte por ciento de la gente en edad activa desocupada o subocupada, los frustrados intelectuales que controlaban a los estudiantes, los chacareros que solo subsistían. Todos ellos fueron atraídos por Castro y lo siguieron como si

fuera un redentor. Castro fue ayudado además al principio por la actitud de mucha gente que, aunque no era procomunista y sin duda tampoco antinorteamericana, acogió las acciones destinadas a reducir la influencia norteamericana en la isla como una reafirmación de nacionalismo cubano.

Castro se convirtió en una cruel y extrema consecuencia de dos factores: de las carencias de la sociedad cubana y de las relaciones cubano-norteamericanas. Sin él, la revolución inevitable por los excesos de Batista y por los errores político-sociales de dos generaciones habría sido relativamente moderada. Pronto supimos que Castro no era sólo un aventurero o un jefe guerrillero, sino que era quizás el mayor demagogo que haya conocido América Latina. Tiene el poder de persuadir con palabras independientes del sentido intrínseco de las nociones particulares que está exponiendo en el momento. Como lo demuestra Theodore Draper en su obra sobre el castrismo, las ideas son para Castro poco más que sirvientas de su ansia de poder. Las mismas masas que en 1959 aprobaron entre bramidos, su pronunciamiento democrático y humanístico aclamaron a gritos su marxismo en 1961.

A través de todos los vuelcos de Castro, la única constante ha sido su determinación de librar a Cuba de la influencia norteamericana (que él equipara a dominación) incluso al precio de someter su país a la Unión Soviética. No fue la predilección de Castro por el comunismo sino un odio patológico a la forma que la estructura del poder norteamericano, en su opinión, actuaba en Cuba, unida a su descubrimiento de la impotencia de las supuestas clases influyentes cubanas, lo que lo arrastró al campo comunista. Sólo desde esa base, pensó, podía lograr su objetivo de eliminar la influencia norteamericana.

A principios de 1959, nuestro gobierno estaba enterado del apoyo prácticamente unánime que Castro tenía en Cuba y de la esperanza que despertaba en mucha de nuestra propia gente progresista. Su actitud, sin embargo, fue de una espera vigilante. Durante ese período ví a Castro varias veces y estuve en contacto con todos los miembros de su gabinete, que en aquel entonces representaban diversas tendencias políticas y económicas. Hice todo lo posible, durante esas entrevistas, y las que otorgué a los diarios y revistas y en mis conversaciones con muchos otros ciudadanos influyentes, para transmitir la buena voluntad del pueblo y el gobierno de Estados Unidos. Expresé nuestra satisfacción porque el pueblo

de Cuba recuperara el control de su destino, y nuestra convicción de que las relaciones entre los dos países eran recíprocamente ventajosas. No obstante, dije, que nuestro gobierno desearía discutir cualquier proposición de cambios que el nuevo gobierno se dispusiera a realizar. El valor actual y potencial de las inversiones norteamericanas exigía un conocimiento de las intenciones del régimen para investigar algunas situaciones sobre las cuales la opinión pública tenía preocupaciones.

Ese esfuerzo, dirigido a establecer bases de cooperación y entendimiento con Castro y su gente, parecía haber logrado algún progreso en la opinión pública cubana cuando fue interrumpido por el viaje de Castro a Estados Unidos a invitación de una asociación de editores norteamericanos. La visita comenzó a mediados de abril, significó una dieta estricta para el voraz ego de Castro y pudo haberle dado una noción errónea sobre la opinión pública norteamericana. Nuestro gobierno procuró que la visita fuera un éxito, aunque no era oficial. Castro fue recibido cordialmente en Washington por el secretario de estado y por el vicepresidente. Su comitiva de unas cincuenta personas incluía a sus principales consejeros en materia económica. Supusimos que querían discutir las relaciones corrientes y los problemas económicos con nosotros, pero cuando mostramos nuestros deseos de llegar a un acuerdo, nos enfrentábamos con muros cerrados. Hay razones para creer que Castro les prohibió entablar conversaciones sustanciales.

Cuando Castro regresó de su viaje a principios de mayo, lo recibí en el aeropuerto y supe una renovación inmediata de nuestras entrevistas. Y aunque Castro accedió cordialmente, pasaron cinco semanas antes de nuestra próxima conversación que fue dedicada principalmente a la ley de reforma agraria promulgada entre tanto. Me sorprendió la referencia reciente del senador Fulbright a una afirmación hecha expresamente por Castro a un diario norteamericano según la cual: "la reacción norteamericana ante la reforma agraria de mayo de 1959 me convenció de que era imposible llegar a un acuerdo con Estados Unidos". La reacción norteamericana fue amistosa y comprensiva. Nuestra legítima preocupación por la compensación a nuestros ciudadanos se reflejó en discusiones con funcionarios cubanos durante meses, en las cuales la posibilidad de bonos a largo plazo fue considerada. Pero la ley en realidad nunca fue cumplida. La mayoría de las confiscaciones y otras acciones arbitrarias realizadas por las autoridades cubanas

respecto a la propiedad agraria de extranjeros y cubanos no estaban previstas en la ley.

Raúl Roa fue designado ministro de relaciones exteriores en junio. Estaba mucho más vinculado a Castro que su eminente predecesor, Roberto Agramonte, un hombre de principios. Mantuvimos un intercambio de opiniones sobre todas las fases de las relaciones cubano-norteamericanas, durante una entrevista de cinco horas con Castro en el departamento de Roa la tarde del 5 de setiembre —después de infinitas postergaciones—.

El ambiente era distendido y amistoso. Reiteré la comprensiva simpatía de nuestro gobierno por los deseos del pueblo cubano de reformas y renovación y me aventuré incluso a anticipar algunos de los elementos de nuestra política más liberal para América Latina que se pondría en práctica en uno o dos años. Describí los intereses económicos norteamericanos en Cuba como fundamentales para el progreso de la economía cubana y llamé la atención de Castro sobre el tratamiento arbitrario que habían recibido algunos de ellos. Me esforcé en disipar un mito transmitido a Castro sobre una de esas empresas norteamericanas. Respecto a la creciente propaganda viciosa anti yanqui, mencioné algunas de las ultrajantes afirmaciones del Che Guevara durante sus viajes por el mundo entero. Como mucha gente antes y entonces, tuve la impresión de que Castro escuchaba cortés y atentamente mis puntos de vista sobre temas que merecían mutua discusión y acuerdo. Castro dijo algo sobre que yo otorgaba quizás demasiada importancia a los excesos propagandísticos de gente joven que trabajaba en una atmósfera de entusiasmo revolucionario aún no atemperado por la experiencia. La entrevista me dejó una moderada esperanza —pronto destruida por las acciones y palabras de Castro en las semanas siguientes—.

Durante ese período Castro debió comprender cuán frágiles eran los obstáculos para lograr el poder absoluto en Cuba. Hubo conspiraciones en su contra, incluso una con el apoyo de Trujillo; las superó fácilmente. Tuvo algunos contratiempos cuando las expediciones que organizó y envió a derribar los gobiernos de la República Dominicana y de Nicaragua resultaron un fiasco con (en particular en el caso de la República Dominicana) grandes pérdidas de vidas humanas. Pero seguramente se consoló en parte de estos fracasos cuando notó la cautela con que fueron tratadas sus intervenciones por una comunidad interamericana adicta al principio de no inter-

vención. Esta actitud era sintomática del estado de conciencia del continente en ese momento —una ventaja para Castro—.

Incluso durante esos meses, el problema del comunismo se presentó bajo un nuevo aspecto. Castro a menudo expresó su oposición al comunismo, pero explotó ampliamente esa cortina de humo suministrada por quienes en Cuba y Estados Unidos consideran que todo propósito de cambio del "status quo", es prima facie obra de Moscú. Los miasmas que perduraban del McCartismo también le sirvieron. Pronto fue anatema para los revolucionarios cubanos expresar sentimientos anticomunistas. Castro eliminó al jefe de su fuerza aérea por ese motivo y, después de una típica manifestación popular afectista, hizo lo mismo, en vista de su anticomunismo, con el presidente que el mismo había elegido. La culminación del proceso se produjo en octubre con el arresto de Huber Matos, uno de los dirigentes principales del ejército rebelde.

En la misma semana de la detención de Matos, ocurrió un incidente que derrumbó finalmente toda esperanza de establecer relaciones útiles. Un ex-piloto de la fuerza aérea de Castro eludió la vigilancia de nuestras autoridades en Florida (lamentablemente no es el único caso) y arrojó volantes anticastristas sobre La Habana desde donde las unidades antiaéreas abrieron fuego contra él. Los cohetes explotaron en las calles de La Habana y mataron a dos o tres e hirieron a unas cuarenta personas. La responsabilidad por ese equivocado tiroteo recaía por igual sobre nuestras autoridades, a pesar que el avión había salido de Florida clandestinamente, y sobre el ejército cubano.

El gobierno, después de un fugaz momento de honestidad a través de un sorpresivo comunicado donde describía lo que había ocurrido realmente, se desató en una violenta pasión artificial contra el supuesto bombardeo de La Habana realizado con la connivencia norteamericana. Un panfleto dado a conocer por el ministro de relaciones exteriores describió el incidente como otro Pearl Harbor. En el fin de semana, Castro, hablándole a una gigantesca manifestación sobre este imaginario bombardeo, bramante, blandió el puño y echó espuma por la boca y obtuvo el rugiente aplauso del populacho.

En el mes de noviembre, el gabinete fue reorganizado de tal manera que definitivamente quedó cerrada toda posibilidad de diálogo racional entre nuestros dos gobiernos. El intercambio de comunicaciones, no obstante, continuó por ambos lados, nuestro propósito era de-

mostrar el grado de paciencia, comprensión y moderación que nos asistía frente a la hostilidad, la mentira y provocación, en cambio, Castro intentaba reforzar la mentalidad de ciudadela sitiada que tan favorable era para la extensión de su autoridad.

En esas circunstancias, nos pareció necesario determinar la política que seguiríamos en el futuro. Una relación de nuestra posición, que ayudé a delinear, fue emitida por la Casa Blanca a fines de enero de 1960. Establecía los siguientes puntos: 1) la reiteración de la promesa de Estados Unidos de no intervención de acuerdo con las obligaciones establecidas en tratados; 2) la determinación de Estados Unidos de hacer todo lo posible para impedir la utilización de su territorio para la preparación de actos ilegales contra Cuba, aunque era evidente que el territorio cubano había sido punto de partida de invasiones contra otros países; 3) la preocupación de Estados Unidos por las infundadas acusaciones dirigidas contra él por las autoridades cubanas y su pesar por la inutilidad de sus esfuerzos para establecer bases de confianza y entendimiento; 4) el reconocimiento del derecho soberano de Cuba a implantar reformas internas con los debidos respetos a sus obligaciones según la ley internacional; 5) la determinación de Estados Unidos de defender los derechos de sus ciudadanos en Cuba acudiendo a las leyes internacionales después de haber agotado los recursos de las leyes cubanas.

Esta política suponía continuar con nuestra moderación y contención y le negaba a Castro la posibilidad de utilizar políticamente la supuesta agresión económica norteamericana. Pudo haber retardado la implicación soviética en la economía cubana, implicación, en mi opinión, deseada mucho más ardentemente en ese momento por Castro y Guevara que por Moscú. Pudo haber otorgado a los soviéticos la oportunidad de aconsejar moderación en lugar de verse forzados a actuar o dejar caer a Castro. E incluso si esta política no era capaz de impedir la evolución de Castro hacia la órbita soviética, habría conquistado la simpatía y el apoyo para nuestra política cubana, en la opinión pública interamericana e internacional al relevarnos de responsabilidad por precipitar acontecimientos o destruir vínculos existentes. Además, habría creado condiciones más favorables para la cristalización de la oposición local. Si se tiene en cuenta el estado de desorganización y confusión existentes en ese entonces en el gobierno cubano, no era excesivo optimismo esperar que si no se pre-

cipitaban los acontecimientos algo podría alterar la situación antes de que Castro consolidara sus controles de seguridad.

Esa política sólo duró unas pocas semanas. Algunos factores determinaron su abandono. Entre ellos las continuas provocaciones de los cubanos, la visita de Mikoyan a La Habana en febrero (que invadía la que hasta el momento había sido, casi exclusivamente, esfera de influencia norteamericana) y quizás las crecientes presiones de un año electoral en nuestro propio país. La proverbial falsía pudo ser la causa de la ultrajante afirmación de Castro según la cual éramos responsables de la explosión y pérdidas de vidas, de un barco de municiones francés en el puerto de La Habana, a principios de marzo. Según los informes publicados en los últimos años, fue en ese mismo mes que nuestro gobierno decidió entrenar a un equipo de cubanos nacionalistas para la lucha armada contra el gobierno de Castro, decisión enteramente inconsistente con la política que habíamos anunciado sólo dos meses atrás.

Es de destacar que la política de enero fue un gran estorbo para el régimen de Castro. Por otra parte, nuestra nueva política, que aceleró la ruptura de los vínculos entre los dos países, era, en mi opinión, bienvenida por Castro y Guevara. No los arrojamos en brazos de los soviéticos pero fuimos, a mi entender, imprudentes colaboradores en la remoción de los obstáculos de un camino ya elegido.

La primera crisis provocada por nuestra nueva política se debió a la solicitud cubana, en mayo, para que las refinerías norteamericanas e inglesas refinaran cerca de un millón de toneladas de petróleo crudo soviético en el transcurso del año, en lugar del petróleo venezolano que estaban usando. (Este millón de toneladas representaba alrededor del 40% de las necesidades totales.) Las compañías habían sido extremadamente tolerantes al permitir que el gobierno acumulara deudas en divisas por adquisición de petróleo crudo innecesario; pero negaron el derecho del gobierno según las leyes cubanas para ordenarles la refinación del petróleo soviético. Por su parte, el gobierno deseaba incrementar sus compras en la Unión Soviética y discutió los precios fijados por las compañías al petróleo crudo que suministraban. Las compañías probablemente habrían transado de mala gana con las exigencias del gobierno, y habrían intentado buscar una solución en los tribunales y eventualmente, si fuera necesario, a través de los canales que proporciona el derecho internacional. No obs-

tante, a principios de junio, fui informado, en La Habana, por un director de una compañía petrolera, que dos días atrás había asistido a una reunión de representantes de las compañías en la oficina del secretario de hacienda en Washington, en la cual el secretario pidió encarecidamente a las compañías que se negaran a refinar el petróleo crudo soviético. Las compañías aceptaron esta recomendación.

El gobierno cubano, al conocer la decisión de las compañías, confiscó las refinerías. Los soviéticos se enfrentaron entonces a la necesidad de duplicar el millón de toneladas de petróleo crudo original y a embarcarlo durante el resto del año para llenar los requerimientos totales de los cubanos. Y aunque debió exigir un esfuerzo considerable a la capacidad de los petroleros, los soviéticos cumplieron su tarea de tal manera que los consumidores cubanos no notaron ningún cambio de la fuente de aprovisionamiento. La revolución logró un gran y estimulante triunfo, comparable al de los egipcios cuando demostraron que podían manejar el canal de Suez sin ayuda occidental. Quizás no era ése el resultado esperado por nuestro gobierno.

A principios de julio, cuando aún el resultado de la crisis del petróleo crudo era incierto, el presidente Eisenhower, haciendo uso de la delegación otorgada por el congreso, suspendió la cuota del azúcar cubano para el año 1960 puesto que en las condiciones pre-
valecientes Cuba no era ya un proveedor digno de confianza para el mercado norteamericano. Quedaba claramente establecido que mientras se mantuvieran las condiciones en ese estado, Cuba no tendría mercado en Estados Unidos. Los soviéticos se hicieron cargo del azúcar que habíamos rechazado. Los plantadores, los cafeteros, los obreros de los ingenios y de los muelles —todos los vinculados a esa industria— trabajaron para el consumidor ruso en lugar de hacerlo para el norteamericano. Sin duda alguna Castro y Guevara se alegraron por nuestra decisión, los rusos quizás no tanto. Cuando fui consultado sobre esta decisión poco antes de hacerla pública, me opuse a ella por considerar que destruía las ventajas que habíamos logrado con nuestra política anterior. Creía que si debíamos modificar la cuota cubana teníamos que hacerlo sólo después de negociar con el gobierno cubano, lo cual aclararía para ambas partes las respectivas posiciones. Sigo convencido que cometer a la Unión Soviética la responsabilidad principal por la economía azucarera cubana fue un paso realmente lamentable.

Dentro del mes de la suspensión de la cuota, Castro, en represalia nacionalizó los ingenios azucareros norteamericanos. En tres meses confiscó las inversiones norteamericanas restantes e hizo grandes progresos en la eliminación de la propiedad privada de los capitales más productivos, incluso los pertenecientes a los propios cubanos. El proceso fue llevado a cabo en una atmósfera de exaltado fervor y entusiasmo por quienes creían que el destino de su movimiento dependía del éxito que lograran ante nuestra oposición. De no ser así la revolución habría evolucionado lentamente y enfrentado grandes resistencias.

El creciente fervor revolucionario fue además estimulado por el conocimiento durante el verano de que las guerrillas anticastristas recibían armas de una fuente que se suponía era una agencia de Estados Unidos. Estas bandas guerrilleras, con toda su valentía, no constituían una amenaza real para el régimen. Y la oposición urbana a Castro fue despojada paulatinamente de su posición de poder económico que pudo haber sido útil en ulteriores actividades clandestinas.

En esta atmósfera, la ruptura de relaciones diplomáticas surgió como un anticlímax. Tuvo lugar a principios de enero de 1961 a causa de la exigencia de Castro que redujéramos la misión diplomática que manteníamos en La Habana (muy grande para facilitar el abandono en masa de cubanos de su patria) al nivel de la por aquel entonces totalmente innecesaria misión cubana en Washington.

En abril de 1961, mil quinientos valerosos cubanos —seleccionados, equipados, entrenados, financiados, transportados, emplazados y eventualmente (los sobrevivientes) evacuados por nosotros —desembarcaron en Bahía de Cochinos como elemento principal de una empresa para liberar a sus siete millones de compatriotas del aparato militar y de seguridad de Castro, compuesto por unos cien mil hombres y mujeres bien preparados. Este fiasco, sumado a nuestra sustitución por Rusia soviética como principal asociado económico de Cuba, consolidó la posición de Castro. Después de Bahía de Cochinos, el régimen se hizo tan fuerte internamente que incluso la crisis de los misiles en octubre de 1962, que demostró las verdaderas dimensiones relativas de los asociados, en el diálogo Castro-Jruschov, no logró debilitarlo.

IV

No podrá haber reanudación de relaciones entre Cuba y Estados Unidos mientras Castro

esté en el poder. Su caída puede producirse o por el repudio del sufriente pueblo cubano o porque él mismo comprenda que su magia está agotada. No se producirá con motivo de una intervención extranjera, aunque posiblemente se necesite alguna forma de acción internacional colectiva para prevenir la intervención extranjera a favor del régimen.

Cuando Castro se vaya, habrá un cambio rápido en la naturaleza del sistema. Guevara ya ha desaparecido. Era el único otro hombre con por lo menos una posibilidad aparente de mantener un gobierno unipersonal, quizás por eso fue apartado. Raúl, el hermano de Fidel, su sucesor designado, decididamente no tiene magnetismo alguno como figura pública. El presidente Dorticós tiene capacidad en materia administrativa y para los entretelones de la política.

Cuando se produzca el cambio, la primera necesidad del gobierno cubano será organizar rápidamente una consulta a la opinión nacional sobre lo que debe ser eliminado y lo que debe ser conservado de la herencia castrista. Es probable que el gobierno cubano provisional solicite ayuda extranjera al respecto y que la solicitud se dirija a las Naciones Unidas, de la cual Cuba es miembro, y no a la Organización de Estados Americanos, de la cual ha sido suspendida. La eventual reincorporación de Cuba como miembro activo en la O.E.A., por supuesto, será objetivo primordial de la política del hemisferio.

En este proceso de cambio, el papel de los exiliados o refugiados cubanos será considerable. Esperemos que pronto sea posible que la mayoría de los que desean retornar a su patria puedan hacerlo. Entre ellos hay algunos que tendrán una función que cumplir en el futuro de su país y otros que se hacen ilusiones al respecto. Pero nadie fuera de Cuba puede pre-juzgar la función que le tocará cumplir. Eso corresponderá a quienes se quedaron en Cuba y tengan que decidir cómo será reorganizado su país. La idea de que el derrocamiento de Castro producirá la automática restauración en Cuba de la gente e instituciones identificadas con otros tiempos debe ser rechazada.

El azúcar fue, es y será la clave de la economía cubana. Hasta 1960, el azúcar cubano tuvo un tratamiento preferencial en el mercado norteamericano que fue la envidia de otros productores. Cuando eliminamos la cuota cubana, los rusos absorbieron los tres millones de toneladas que comprábamos. A la vez, no tuvimos muchas dificultades para reemplazarlas con adquisiciones internas y externas. Bajo

nuestra presente legislación del azúcar, podrá otorgársele a Cuba, cuando reanudememos relaciones diplomáticas, una cuota equivalente a un tercio más o menos de la que tenía en 1960. Esto supondrá desplazar mucho azúcar proveniente de países del hemisferio occidental cuyas ventas a nuestros mercados significan valiosos capitales para lograr los objetivos de la Alianza para el Progreso. Se presentarán grandes problemas; si hay un cambio en el régimen cubano, ¿seguirán necesitando los rusos el azúcar cubano y continuarán comprándolo, en particular si los cubanos empiezan a sustituir las importaciones rusas por las de las tradicionalmente preferibles fuentes de abastecimientos? ¿Hasta qué punto estamos obligados a un sistema bajo el cual el congreso, después de intensas gestiones de los grupos de presión, distribuye las cuotas del azúcar a determinados países extranjeros?

Sin intentar responder a estas preguntas, sugiero que la situación general de los productores de caña de azúcar ofrece una buena oportunidad para una solución internacional y, dado el papel que Rusia ha tenido al respecto desde 1960, para una cooperación entre el Este y el Oeste. ¿Los productores de caña de azúcar tienen que estar eternamente condenados a un sistema ruinoso bajo el cual venden parte de su producción a precios subvencionados, y el resto en un anárquico sedicente mercado internacional en realidad manejado por una pequeña fracción de los consumidores mundiales? ¿Y deben vender a precios que a menudo, como en la actualidad, están muy por debajo de los costos de producción? Parecería posible aplicar algunos de los principios de nuestro propio programa del azúcar —después de cuatro décadas de ejecución exitosa, tanto respecto a los productores domésticos como a los consumidores— para organizar un verdadero y racional mercado mundial del azúcar de caña.

Cuando Castro caiga, los reclamos de miles de cubanos y norteamericanos y otros extranjeros cuyos capitales fueron confiscados por su régimen serán considerados. No puede haber una solución fácil o automática. Primero habrá que saber la clase de sociedad que el pueblo de Cuba liberada desea para sí mismo. Por ejemplo, ¿hasta qué punto desea restablecer la propiedad privada de los medios de producción en la industria azucarera? Problemas similares se plantearán sobre una extendida lista de capitales y habrá que determinar si la restitución o la compensación será la regla. El proceso permitirá una extensa exposición y es difícil concebir algún resultado que pueda ser

enteramente satisfactorio para los reclamantes y para los responsables del futuro de Cuba.

Por último, cuando Estados Unidos y la nueva Cuba vuelvan a restablecer relaciones, es de presumir que no consideren práctico ni deseable restaurar los viejos vínculos preferenciales. Estados Unidos deseará reconocer que el progreso de las naciones subdesarrolladas más pequeñas, entre las cuales Cuba puede ser, de nuevo, una de las más prometedoras, depende en gran parte del grado de conciencia responsable frente a sus propios destinos. Estados Unidos y los otros países indus-

trializados pueden, a través de acuerdos comerciales y programas de asistencia, provocar una expansión racional y firme en materia económica. Estoy convencido que restringir la libertad de las pequeñas naciones para controlar sus propios asuntos incrementa el nacionalismo anárquico que a veces se les imputa. Sólo cuando son verdaderamente responsables de su propio progreso y desarrollo pueden considerar la concesión de sacrificios recíprocos de soberanía requeridos por los acuerdos regionales que sean esenciales para el progreso en el mundo moderno.

EL CASTRISMO: LA LARGA MARCHA DE AMERICA LATINA

LAS notas que siguen provienen de un viaje bastante largo por América del Sur al lado de militantes revolucionarios de todo origen, efectuado en el transcurso de los años 1963 y 1964. Hemos tratado de comprenderlos allí mismo donde se encuentran y donde los hemos conocido: en Venezuela, sobre todo en el frente guerrillero de Falcón y en las expectativas de la lucha urbana; en Colombia, en vísperas de la ofensiva militar contra "el territorio independiente" de Marquetalia; en Ecuador, bajo la junta militar; en Perú, en las calles de Lima y en prisión; en Bolivia, en la gran mina de estaño "Siglo Veinte", administrada y defendida por un ejército de trabajadores; en Argentina, donde se forma una nueva generación de revolucionarios en las fronteras del peronismo y del comunismo tradicionales; en Uruguay y en Brasil, con los exiliados políticos y los militantes del interior. Sin comprometer a nadie en particular, ninguna de las ideas aquí expresadas hubiera podido serlo sin el concurso de todos estos camaradas que han fundido a ellas sus vidas.

No se trata de conferir a situaciones banales, en la América Latina actual, el atractivo de la excepción. Este tipo de emoción periférica es demasiado peculiar para tranquilizar a los que, en Europa, se consideran el centro de gravedad o de referencia de la historia mundial. Respecto a las victorias del socialismo y al número de hombres que ellos comprometen en cada ocasión, siempre se puede preguntar: quién está

en la periferia de quién, o más bien si esta idea de un centro tiene aún sentido. Los ha parecido, pues, más urgente, más solidario, ocuparnos de inmediato de "generalidades", de todo lo que permite reunir bajo el nombre de castrismo esta serie de empresas revolucionarias en curso, que constituyen una sola y misma historia.

Como táctica revolucionaria, el castrismo ha sido sometido al test de la práctica y ha dado su prueba irreversible: Cuba. Pero como Louis Althusser recordaba recientemente, "los marxistas saben que no es posible táctica alguna que no se base en la teoría". Las notas aquí publicadas tratan de señalar una táctica y una estrategia hoy en día a prueba en toda América Latina y son, por tanto, rigurosamente incompletas. Faltaría mostrar cómo la táctica castrista de la insurrección y de la toma del poder se conforma al sistema de contradicciones propias de cada país latinoamericano y cómo se basa en la teoría marxista leninista.

Pero aquí, el rigor exigiría algo más. El castrismo toma sobre sí la responsabilidad de mostrar, sobre la base de una experiencia cotidiana de diez años, que después de todo no es cómodo marchar en el sentido de la historia. No es todavía un modelo triunfante, una estrategia estricta y, mucho menos, "un bello objeto de reflexión". El castrismo no existe sino en aquellas montañas y lugares donde en este momento se baten millares de combatientes, sin repliegues y sin garantías sobre su porve-

str. El castrismo labora, como la propia América Latina, ese inmenso taller silencioso, amurallado, donde el día no se levanta siempre a la hora —un taller de ideas, de organizaciones, de armas y de proyectos—. Si estas notas, por principio, deben hacer abstracción de ello, puesto que tienden a alcanzar un conocimiento, no deberán menos evocar la presencia muda de todas esas vidas y de todos esos muertos anónimos. Y lo que faltará a todas las notas que se escriban sobre el castrismo para ser verdaderamente rigurosas no será el orden de la teoría, sino tal vez la imaginación.

En los países semicoloniales, más aún en los países capitalistas desarrollados, la cuestión primordial es la del Poder del Estado. En América Latina la manera habitual de resolver tal problema es el golpe de Estado, gracias al cual se realizan casi todos los derrocamientos y las transferencias del poder establecido, incluyendo los casos en que se opera en nombre de las clases populares y en contra de la oligarquía. La primera negación del castrismo es el golpe de Estado.

"FOCO" CONTRA "GOLPE"

Esta negación que parece elemental adquiere un relieve capital en un Continente en el cual la importancia del Poder y la ausencia de otro poder aparte del estatal, han instaurado desde el comienzo de su independencia ese rito latinoamericano por excelencia: el golpe.

Vargas y Perón, cada uno en su tiempo, conquistaron el poder mediante un putsch, aunque ellos expresaron, por otra parte, una crisis general: el primero, la crisis del 29 y la ruina de la economía paulista centrada en la producción de café; el segundo, la crisis que siguió a la Segunda Guerra Mundial y a la rápida industrialización de la Argentina en una fase de prosperidad. Pero, cualesquiera que sean las fuerzas que lo sostienen en un comienzo, un gobierno que llega al poder por un putsch (una acción relámpago "en la cumbre", allí donde el Ejército generalmente cumple el papel de actor principal o de árbitro) tiende necesariamente hacia la derecha. Obligado a una eficacia inmediata para obtener la adhesión de las masas que están a la expectativa, tendrá que apoyarse sobre lo que existe, es decir, sobre los intereses económicos, sobre la burocracia ya situada o sobre la mayoría del ejército. Dada la ausencia de conciencia política y de organización de las masas —cosas que únicamente puede hacerles adquirir una larga y difícil experiencia revolucionaria— ¿sobre quién apoyarse? ¿Cómo pedirles los sacrificios que

exigiría una verdadera política de independencia nacional, si las masas campesinas y especialmente las obreras no están convencidas de la necesidad de esos sacrificios? De allí que estos regímenes populistas —el segundo de Vargas y el primero de Perón— ⁽¹⁾ promulgaran leyes sociales que en aquel momento se juzgaron revolucionarias por sus beneficiarios, aun cuando solamente eran leyes demagógicas ya que no se apoyaban en ninguna infraestructura económica sólida. Llegados al poder gracias a la acción del ejército o a las fuerzas armadas, o que la parte más reaccionaria de ellas, la Marina, así lo han querido.

La violencia organizada pertenece a la clase dominante. El golpe de Estado, que manipula dicha violencia, está condenado a llevar el sello de esa clase. Prestes en 1930 (Manifiesto de Mayo de 1930) se negó a apoyar a Vargas, un teniente ⁽²⁾ como él, apoyado por casi todo el movimiento tenentista nacido de las insurrecciones de izquierda de 1920, 1922, 1924 y de la propia "columna Prestes", aduciendo que el método empleado por Vargas y sus gachos para tomar el poder indicaba por sí mismo la naturaleza reaccionaria del futuro Estado Novo. Cinco años después, el propio Prestes, a su regreso de Moscú, organizó una insurrección militar localizada, independiente de todo movimiento de masas, pero en connivencia con algunas altas personalidades del poder establecido (como el Prefecto del Distrito Federal de Río). El putsch terminó en un desastre. Prestes fue a prisión, su mujer Olga fue enviada a un campo de concentración alemán y el PC entró en una clandestinidad de diez años. Esto nos muestra hasta qué punto la tentación del golpe de Estado o de la insurrección militar es fuerte hasta en la izquierda revolucionaria.

En Brasil, en Argentina, en Venezuela y hasta hace poco en Perú, el ejército recluta sus suboficiales en la baja clase media, confirmando la teoría del ejército como microcosmos social que refleja las contradicciones del macrocosmos nacional. Todas las insurrecciones militares locales acaecidas desde 1922 (célebre episodio de "Los 18 del Fuerte de Copacabana") hasta Puerto Cabello (Venezuela, junio de 1962)

(1) Vargas ocupó la Presidencia de Brasil por dos períodos 1930-1945 y 1951-1954, y se suicidó antes de concluir el segundo mandato. En Argentina, el gobierno de Perón, 1945-1955, pareció reconciliarse, al final, con los Estados Unidos y con la oligarquía nacional.

(2) Teniente. Numerosos suboficiales, "nacionalistas de izquierda", formaron los cuadros de las primeras insurrecciones revolucionarias. Prestes, líder del Partido Comunista Brasileño, es un militar de carrera.

parecen confirmar esta teoría. En realidad, si bien no puede subestimarse el grado de politización revolucionaria o nacionalista de algunos sectores del ejército y la ayuda que eventualmente puedan prestar al movimiento revolucionario, en ningún caso se puede hacer reposar una estrategia, ni tan siquiera un episodio táctico de la lucha, sobre la decisión de un regimiento o de una guarnición. En Venezuela las acciones de Carúpano y de Puerto Cabello ⁽³⁾ pudieron servir de punto de unión para los militares nacionalistas de izquierda y los combatientes civiles, de donde nacieron las FALN, pero nada más que eso. Más aún, para que se produzca esta unión es preciso que exista previamente una organización civil con sus objetivos y sus medios propios, a la cual puedan venir a integrarse los elementos salidos del ejército. La guerrilla existía ya en Falcón y en Lara antes de la insurrección de los marinos de Carúpano.

El proceso inverso es claro en relación al valor de los civiles que participan en un golpe de Estado militar: a) en octubre de 1945, Betancourt, Leoni, Barrios y todos los dirigentes de Acción Democrática ⁽⁴⁾ participaron en el golpe de Estado instigado por Pérez Jiménez y el Ejército contra el Presidente Medina. Tres años más tarde Pérez Jiménez, mediante un nuevo golpe de Estado, se deshizo de Gállegos, electo Presidente de la República, y de Acción Democrática.

b) La tradición revolucionaria del APRA ⁽⁵⁾ se fundaba en las insurrecciones militares de cuadros de base, la de Trujillo (lugar de nacimiento y feudo de Haya de la Torre) en 1930

(3) Puertos militares venezolanos donde se produjeron dos importantes sublevaciones militares en 1962.

(4) Partido venezolano fundado en 1941 y convertido en Partido de gobierno desde 1958. Totalmente volcado en favor del imperialismo. Betancourt y Leoni se sucedieron en la Presidencia de la República. Gonzalo Barrios es candidato a suceder a Leoni.

(5) Alianza Popular Revolucionaria Americana. Constituida en 1924 como una especie de Kuomintang latinoamericano, frente unido de grupos y de partidos antimperialistas con secciones en cada país, transformado en Partido por Haya de la Torre en 1929. El APRA canalizó el empuje revolucionario de las masas peruanas en el momento de la caída del dictador Leguía en 1930, y pudo conservar el control de dichas masas hasta estos últimos años. Semillero de los movimientos pequeño-burgueses de izquierda en América del Sur: Betancourt es un discípulo de Haya de la Torre. El APRA ofrece el mismo ejemplo de traición completa que ofreciera poco antes el Kuomintang de Chiang Kai-shek.

y la de Callao en 1948. Los sacrificios populares que ellas costaron no impiden reconocer que no se destruye de un día para otro el Estado semi-colonial con los propios instrumentos de ese Estado, cualesquiera sean su coraje y su valor.

c) El putschismo es también una tendencia latente con el fracasado levantamiento del general peronista Valle, el 9 de junio de 1956, luego del cual fueron retirados del servicio 4.000 suboficiales.

d) La última experiencia en esta materia, la del Brasil, es instructiva: el movimiento de los sargentos —25.000 contra 15.000 oficiales superiores en todo el ejército— que disponía de todas las condiciones para oponerse de una manera decisiva al golpe reaccionario de abril (no resistencia de la Presidencia de la República [6], apoyo de la opinión popular, régimen de libertad relativamente amplia) fue incapaz de romper la disciplina vertical del ejército y de tomar la iniciativa. Y esto, debido a la ausencia de una organización central, de homogeneidad política de los sargentos y de ligazón orgánica con las fuerzas sindicales.

Por las razones apuntadas no puede sino dudarse de las tendencias, hoy renacientes en la izquierda brasileña, de esperararlo todo de una sublevación o de un golpe de Estado de oficiales nacionalistas. Teniendo en cuenta estas formas habituales de acción revolucionaria constituye pues, una verdadera pequeña revolución la que cumple el castrismo al rechazar como método de acción el golpe de Estado, la insurrección militar o el putsch, aun cuando ellos estén ligados a una organización civil. No obstante, todo predispone al golpe: la pasividad política de las masas y la lucha de las facciones burguesas por el control del Estado, cuyos instrumentos de represión están desmesuradamente bien equipados para este género de operaciones. La fuerza de la tradición histórica es tal que, aun entre los mejores y más decididos militantes antimperialistas, no se comprende siempre la naturaleza esencialmente diferente de la toma del poder revolucionario —que es la instauración por primera vez de un poder popular— ni, por consiguiente, la naturaleza esencialmente diferente de las tácticas a emplear.

(6) Goulart, sin embargo, había quebrado la insurrección de los sargentos de Brasilia en setiembre de 1963, después de lo cual en numerosas unidades los sargentos fueron despojados de sus armas, no teniendo más acceso, como en el pasado, a los depósitos de armas y quedando sometidos a las peores vejaciones de parte de los oficiales superiores.

"FOCO" Y LUCHA DE MASAS

En oposición al "putschismo revolucionario" (el "blanquismo" define mejor la acción aislada de una minoría civil, no militar) existen los partidarios de "la acción de masas pura". Evidentemente, no hay otra vía revolucionaria que la que pasa por la incorporación consciente de las masas a la lucha, vale decir, por su "educación ideológica". Tal es la perogrullada poco comprometedora que esgrimen muchas de las actuales direcciones comunistas ⁽⁷⁾, sin decir cómo "educar a las masas" en regímenes cuyo carácter represivo hace muy difícil el trabajo legal, sindical, político, o lo circunscribe a la estrecha capa de la intelligentsia urbana. En el altiplano boliviano, por ejemplo, un agitador revolucionario extraño al MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario en el poder) trabajando en el seno de las comunidades indias tiene todas las posibilidades de ser liquidado físicamente por los mercenarios del gobierno al cabo de un mes, y en el nordeste brasileño la policía privada de los latifundistas, los capanga, forzaron a Juliao a utilizar guitarristas y cantores de "romances" ambulantes que recitaban poesías populares alusivas o de doble sentido, para penetrar en las fazendas más apartadas y, por lo mismo, las más peligrosas.

Esgrimir la consigna de "hacia la conquista del poder por la acción de las masas", como lo hace Codovilla y tras él todo el PC argentino después de su 12º Congreso, no es hacer un contrapeso serio al golpismo latente en el peronismo, y ello sin detenernos a considerar de qué tipo de acción de masas es capaz hoy el PC argentino. Señalemos, eso sí, que una acción pacífica de masas como tal, jamás y en ninguna parte ha conquistado el poder. En Chile las dos grandes huelgas generales declaradas por la CUT (Central Única de Trabajadores) a partir de 1952, y en Argentina la ocupación de los sindicatos por la infantería de marina cuando la "Revolución Libertadora" de 1955 —para mencionar los dos únicos países de América Latina donde puede hablarse de masas obreras

(7) Aquí hacemos referencia a los partidos comunistas "pro soviéticos". En toda la América del Sur subdesarrollada, los PC se han desdoblado, con gran perjuicio para las masas, en un PC "pro chino" y un PC "pro soviético". A ejemplo del PC cubano, el PC venezolano es el único del continente que rehusó tomar posición en el diferendo ideológico internacional y no sufrió ninguna escisión. No es por azar que los dos partidos más comprometidos en una práctica revolucionaria radical en dos escalones diferentes, hayan juzgado inútil publicar declaraciones de principios al respecto.

organizadas— probaron que toda huelga general que no desemboca en un tipo de huelga insurreccional tiende a ser frenada o quebrada por la violencia. Pero una huelga insurreccional (tomando esta palabra, mítica en tiempos de paz, al pie de la letra) supone armas y una organización de milicias y de cuadros de dirección que no van a salir de la acción de masas por un milagro de espontaneidad. No hay mejor ejemplo en el mundo que la Argentina actual para probar una vez más que las masas obreras abandonadas a sí mismas, es decir, abandonadas a la dirección de la burguesía, son llevadas al reformismo. Como quiera que la CGT está investida de la dirección política del justicialismo, la dirección sindical que sustituye a la dirección política ausente, se encuentra lógicamente aliada a la burguesía industrial, tan interesada como ella en la expansión económica, es decir en el aumento de los salarios y de la demanda de mano de obra. Las masas como tales no se batían en las calles, ni se dan un programa de acción, ni saben burlar a las siete u ocho policías políticas que existen en Argentina, tareas todas estas que Lenin recomendaba en 1902 a los aprendices de revolucionarios.

Tanto en la discusión como en la propaganda, el término "masas" es agitado por los Partidos reformistas como un mito soreliano a la inversa, para no hacer nada. En la teoría, es el medio de terminar con la dialéctica, que tiene sus exigencias, y descansar en el mecanismo de las alternativas metafísicas. Un dirigente del PC argentino nos dijo la última palabra para sintetizar la política del Partido: "Todo con las masas, nada sin ellas" ⁽⁸⁾. Preguntado sobre qué pasaría con una consigna tal en caso de un golpe militar —tradición argentina—, este dirigente "político" no supo sino expresar su temor a los provocadores y reconocer que, si las masas no salían a la calle, el Partido solo no podría organizar la resistencia. Este razonamiento explica por qué las calles de Río y de Sao Paulo permanecieron desiertas el 1º y el 2 de abril de 1964, cuando miles de personas estaban dispuestas no sólo a manifestar en las calles sino también a combatir, pero ¿con quién? ¿bajo qué bandera?

(8) Es el título de un artículo de Jorge del Prado, Secretario General del PC peruano, hoy líder de su fracción "pro soviética", aparecido en la Nueva Revista Internacional, Nº 5, de mayo de 1964. Se podrá encontrar allí, junto a todas las citas de Lenin y hasta de Jruschov que exige este género de defensa, una sistematización interesante del reformismo, y un ataque poco velado al castrismo confundido con blanquismo.

¿Acaso no es el papel de un Partido política y técnicamente preparado hacer frente a circunstancias tales como el golpe y la represión subsiguiente (y la forma más conveniente de duda no es la manifestación ni el combate de calles en los centros urbanos paralizados por la represión militar), enfrentamiento gracias al cual entrarán en acción las masas protegidas y guiadas por esta vanguardia, aun cuando puedan transcurrir meses antes de que las "masas" recobren su confianza en sí mismas y pierdan el temor al poder militar? El papel de un obrero portuario o de un ferroviario (los dos sindicatos que más trataron de resistir en Río) no es el de ir a hacerse matar solo en la calle, sin armas ni objetivos definidos y, sobre todo, sin dirección, cuando sus dirigentes políticos han desaparecido o tratan con el gabinete de Goulart acerca de las condiciones del repliegue.

En pocas palabras, la violencia organizada, o sea, el poder del Estado, pertenece por entero al enemigo. La réplica popular, "la acción espontánea de las masas", es fácilmente desbaratada por la violencia organizada del enemigo. En un instante el ejército por medio de un golpe de Estado, pulveriza los partidos democráticos, los sindicatos, la combatividad de las masas y la esperanza. El golpe de Estado brasileño es ejemplar a este respecto. ¿Qué hacer?

A la pregunta leninista, el castrismo responde en términos más o menos parecidos a los de Lenin en 1902, precisamente en "¿Qué hacer?" En un régimen "autocrático" sólo una organización minoritaria de "revolucionarios profesionales" teóricamente muy capacitados y prácticamente entrenados "según todas las reglas del arte", puede hacer triunfar la lucha revolucionaria de las masas. En términos castristas: es la teoría del foco, del centro insurreccional del cual el Ché Guevara ha expuesto las condiciones de desarrollo en "La Guerra de Guerrillas". Dice el "Che" Guevara en el prefacio de su libro:

"Consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América, son ellas:

- 1° Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.
- 2° No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.
- 3° En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo".

En 1963, luego de cinco años de experiencias de focos en casi todos los países de América —cinco años que valen un siglo— ¿qué queda

de la teoría del foco? ¿Ha sido invalidada por los hechos, o por el contrario, se ha templado, se ha fortificado en la prueba?

MUCHOS FRACASOS, ALGUNAS VICTORIAS

Un primer examen evidencia un fracaso casi completo, exceptuadas Venezuela y Guatemala después de 1959, fecha a partir de la cual América entró en una fase intensiva de guerrillas de las que emerge hoy, dolorida y enriquecida, capaz de crear las bases de una lucha armada victoriosa. Exceptuados los mil movimientos que abortaron o que no tuvieron una importancia real, recordemos algunas experiencias de núcleos insurreccionales en el campo. (*)

Argentina: diciembre de 1959. Foco insurreccional de los Uturuncos ("hombres tigres" en quechua) establecidos en el noroeste de Tucumán por un grupo de peronistas revolucionarios influidos por John William Cooke, que fuera el segundo de Perón en los últimos años de su gobierno y partidario consecuente de la lucha armada. El grupo de los Uturuncos es obligado a desaparecer luego de algunos éxitos tácticos.

Paraguay: en noviembre de 1959 se produce el trágico fracaso del 14 de Mayo, movimiento compuesto por jóvenes combatientes salidos de la Juventud Febrerista y del Partido Liberal. El 20 de noviembre de 1959 una columna de 80 guerrilleros penetró por la selva del norte de Paraguay. Algunos días después no quedaba sino una docena de sobrevivientes que escaparon por milagro hacia la Argentina. Los otros cayeron muertos en el combate o bajo las torturas.

Santo Domingo: fracaso del desembarco emprendido durante el verano de 1959 por lo que vendrá a llamarse movimiento 14 de Junio bajo la dirección del comandante Enrique Jiménez Moya. Más de un centenar de revolucionarios fueron abatidos en la costa norte del país por Trujillo, y muy pocos sobrevivieron.

Paraguay: fracaso, en los primeros meses de 1962, de las guerrillas del FULNA (Frente Uni-

(*) Antes de referir dichas experiencias, nos hacemos un deber indicar que, lamentablemente, su relación es muy parcial y elaborada en el transcurso de 1963. No se incluye a Centroamérica, México y las islas del Caribe. Lamentamos extraordinariamente no dar a conocer, al momento de escribir este artículo, la rica experiencia de los revolucionarios guatemaltecos, que hoy en día se han colocado a la vanguardia de las luchas populares armadas en el continente.

ricado de Liberación Nacional, que reagrupaba a la Juventud Febrerista y al Partido Comunista) instaladas en las zonas de San Pedro, General Aquino y Rosario. Las razones del fracaso, en general, deben buscarse tanto en las dificultades militares como en un cambio de dirección del PC, que abandona la línea de la lucha armada por la del Frente Unido con la burguesía nacional o con el Partido Liberal.

Colombia: 1961. Fracaso del MOEC (Movimiento Obrero Estudiantil Campesino). En el Cauca, no lejos de Marquetalia, los dirigentes del MOEC, organización "castrista" de extrema izquierda que reagrupaba a numerosos disidentes del PC, Antonio Larotta, Federico Arango y otros, son asesinados tanto por los "bandoleros" (bandidos de los caminos principales, vinculados muchas veces al ejército) como por el mismo ejército, luego de su rendición. Ellos se esforzaban por poner en pie una guerrilla política apoyándose sobre los viejos guerrilleros liberales de la guerra civil degenerados en "bandoleros".

Ecuador: fracaso de la guerrilla de URJE (Unión Revolucionaria de la Juventud Ecuatoriana). Cerca de Santo Domingo de los Colorados, zona intermedia entre la costa tropical y las altas mesetas andinas, una cuarentena de jóvenes fueron cercados y capturados por los paracaidistas, en marzo de 1962. Sólo estuvieron 48 horas en la montaña.

Venezuela: no es injusto incluir en esta lista el fracaso de los primeros focos de guerrilla, mal organizados, como el del Estado de Mérida, en los Andes, en marzo de 1962, y de la zona del Charal, Estado de Yaracuy. Estos fracasos locales han sido ampliamente compensados por los acontecimientos posteriores.

Perú: en Puerto Maldonado, en la frontera boliviana, fue liquidada la vanguardia de una importante columna. Los guerrilleros no tuvieron ni siquiera tiempo para entrar en acción. (Pablo Neruda compone en ese momento una oda a la memoria de Javier Heraud, joven poeta peruano muerto en Puerto Maldonado. Posteriormente se retractará, antes de las elecciones chilenas del 4 de setiembre de 1964, cuando insulta a todo lo que de leninista existe hoy en América y en el mundo).

Brasil: no se puede hablar con propiedad de focos insurreccionales. En 1962 focos de entrenamiento militar ligados al movimiento de Julio se instalaron en algunos Estados del interior, pero terminaron por desaparecer por falta del apoyo y de la dirección prometida por Francisco Juliao. Este fracaso desencadenó una serie de escisiones en el seno de las Ligas Cam-

pesinas, las que mueren como movimiento político nacional hacia fines del año 1962.

Perú: el movimiento desencadenado por Hugo Blanco en 1961, en el Valle de la Convención, desembocó lógicamente en un foco insurreccional. Falto de apoyo político, falto de estrategia bien definida, de cuadros y de armas, Blanco no pudo pasar a la lucha armada y son los campesinos los que tienen que pagar las consecuencias de la terrible represión militar desencadenada en octubre de 1962 contra los campesinos sindicalizados del Cuzco. Luego de cuatro meses de búsqueda, Blanco fue capturado en mayo de 1963, aislado y enfermo.

Santo Domingo: liquidación en 1963 de varios núcleos guerrilleros del 14 de Junio dirigidos por Manolo Tavares, asesinado por las fuerzas represivas.

Argentina: fracaso en febrero y marzo de 1964 del Ejército Guerrillero del Pueblo. Dado el valor y la importancia de la organización, éste fue uno de los más graves fracasos de focos guerrilleros. Durante más de 6 meses el EGP se preparó para la acción en los Departamentos de Salta y de Jujuy, en el norte argentino, donde fueron encontrados por la gendarmería importantes campos de entrenamiento y numerosas bases subterráneas de aprovisionamientos. El EGP estaba compuesto por jóvenes disidentes del PC y, en mayor parte, por partidarios del foco, y no por trotskistas como lo insinuó el PC argentino. Las cifras oficiales indican una docena de detenidos, seis muertos, algunos de hambre y otros fusilados. La guerrilla todavía no había entrado en acción.

No hay una sola tentativa de lucha armada que no exija una relación fiel de sus circunstancias y orígenes. Razones elementales de seguridad impiden hacerlo todavía, ya que esos movimientos no consideran como definitivos sus fracasos. Quisiéramos solamente extraer las lecciones políticas generales de esas experiencias y formarnos a partir de ellas una idea más precisa sobre las condiciones de desarrollo de un foco.

Frente a tales fracasos, recordemos las zonas de combate que existen actualmente sobre una base sólida en América del Sur:

Venezuela: los territorios de Falcón y de Lara constituyen, desde hace dos años, las zonas que Douglas Bravo (comandante en jefe de la guerrilla) llamara zonas "estabilizadas" en octubre de 1963, y donde a pesar de la táctica adoptada, de guerrilla en profundidad —implantación de un régimen político y social— no cesan de librarse encuentros militares. Junto a estas zonas, se organizó en julio de 1964 el nuevo frente de El Bachiller al este de Caracas

a cargo del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria).

Colombia: las zonas de autodefensa campesina, llamadas a menudo "repúblicas independientes": Marquetalia, Río Chiquito, Sumapaz, El Pato, cuya creación se remonta a la guerra civil (1948-1958). Nacieron de una lucha armada local, conducida por los campesinos, quienes, una vez terminada la guerra por la reconciliación de conservadores y liberales, no abandonaron las armas y se organizaron en forma autónoma, bajo la dirección de jefes campesinos (dotados de una extraordinaria formación militar) miembros del Comité Central del PC. Después de las elecciones de marzo de 1964, la zona de Marquetalia fue objeto de un ataque masivo y cuidadosamente preparado por el ejército y la aviación, encuadrados y dirigidos por oficiales norteamericanos. El comandante guerrillero de la zona, Marulanda, rehusó librar una guerra de posiciones, que hubiera tenido consecuencias desastrosas, y abandonó al ejército el control de la parte habitada, un poblado sin importancia, en la que aquél se encuentra como cogido en una especie de trampa, ya que Marulanda y sus campesinos están empeñados en una terrible guerrilla de hostigamiento contra los soldados.

Bolivia: las minas bolivianas —ubicadas en toda la zona que rodea a Oruro incluyendo San José, Huanuni, Siglo Veinte, Cataví— constituyen por su importancia económica (el estaño es el único producto boliviano), por su importancia social (los 26.000 mineros inscritos en la FSTMB⁽⁹⁾) forman la base concentrada de la producción y del proletariado nacional), y por su importancia política (nivel de conciencia y de organización), el "territorio libre de América" más importante y sólido del continente. Los mineros, verdaderos artífices y vencedores de la Revolución de 1952 —la primera en América Latina—, se organizaron en milicias en cada una de las minas; aunque mal equipados en armamentos convencionales, están superentrenados en el empleo de la dinamita, a la que convirtieron en un arma terrible. Las grandes minas se encuentran separadas unas de otras por una distancia de 20 a 50 km., pero los campesinos indígenas de las zonas intermedias están igualmente armados y aliados a los sindicatos.

El trotskismo fue completamente barrido de

(9) Federación Sindical de Trabajadores de las Minas de Bolivia. Su presidente es Juan Lechín, viejo dirigente del MNR, que rompió con Paz Estenssoro en 1962 debido a la entrega completa de Bolivia a los Estados Unidos, realizada por este último.

las minas desde que Federico Escobar y Nina-via, ambos comunistas revolucionarios, fueron colocados a la cabeza de los sindicatos de Siglo Veinte y Huanuni, respectivamente. Recordemos la reacción de los mineros de Siglo Veinte, cuando fueron arrestados Federico Escobar y Pimentel, en diciembre de 1963, por haber cometido la imprudencia de salir de la zona libre para concurrir al Congreso de Colquirí, abandonando su escolta de milicianos en el trayecto.

Desde las primeras grandes masacres mineras de 1942, dirigidas por Patiño, los mineros pagaron con su vida cada huelga, cada reivindicación elemental (jornada de 8 horas). Desde su ruptura con el MNR y Paz Estenssoro (1960) la lucha armada se ha convertido en realidad cotidiana de la mina, y siempre en el punto de desembocar en la ofensiva estratégica: la marcha sobre La Paz. Bolivia es un país donde se dan favorables condiciones objetivas y subjetivas, a pesar de la reconstitución de un ejército íntegramente destruido en 1952. Es acaso el único país en el que la revolución puede revestir la forma bolchevique clásica, a base de soviets que hagan saltar el aparato del Estado mediante una lucha armada corta y decisiva. Testimonio de ello es la insurrección proletaria de 1952⁽¹⁰⁾.

Por consiguiente en Bolivia, debido a razones de formación histórica verdaderamente únicas en América, la teoría del foco, es si no inadecuada, relegable a un segundo plano. Si se deja de lado a Colombia, donde la guerra civil confirió a la guerrilla rural un carácter en cierto modo "vietnamés" (los campesinos son cultivadores de sus tierras y guerrilleros al mismo tiempo), actualmente sólo Venezuela y Guatemala responderían a las características del foco tal como lo concibe el Ché Guevara. Al lado de la lista impresionante de fracasos que hemos presentado, es realmente poco. En realidad, el análisis rápido de las razones de esos fracasos muestra que son debidos a la imita-

(10) Este texto fue redactado antes de la insurrección boliviana de octubre-noviembre de 1964 al final de la cual desfilaron en La Paz los guerrilleros falangistas. Una vez más los mineros fueron el centro del combate seguidos por los estudiantes y los obreros de La Paz y Oruro. La Junta Militar encaramada en el poder luego de la partida de Paz Estenssoro ha sabido evitar hasta ahora la "explicación" con el ejército que buscaban los sindicatos mineros. El Partido Comunista, dividido, no supo proponer una alternativa concreta a la constitución de una Junta Militar por encontrarse prisionero de una marcada timidez reformista. La presencia de una vanguardia política constituida habría transformado, en opinión de todos los militantes, los resultados de la insurrección.

ción demasiado apresurada de un "modelo", el de la revolución cubana, sin que esas tentativas de guerrillas rurales pudieran reunir todas las condiciones del éxito. Condiciones que, gracias a esas experiencias históricas, podemos enumerar mejor ahora que hace cinco años. Su nomenclatura completa podría darnos un principio de definición del "castrismo". Al igual que el leninismo se consolidó después de la prueba de 1905, así el castrismo se refuerza y precisa con este inmenso y extenso "1905" que conoce América Latina desde la victoria de la Revolución Cubana.

FIDEL CONTRA BLANQUI

El error más grave sería considerar el foco como el resurgimiento de cierto blanquismo. Aunque se trate en un comienzo de un grupo ínfimo —de 10 a 30 revolucionarios profesionales enteramente consagrados a la causa y con miras a la toma del poder— el foco no tiende de manera alguna a conquistar el poder por sí solo, mediante un golpe de audacia. No intenta tampoco conquistarlo mediante la guerra, o por una derrota militar del enemigo; cuenta sólo con poner a las masas en condiciones de derrocar por sí mismas el poder establecido. Ciertamente es minoría, pero a diferencia de las minorías actuantes del blanquismo, no pretende unir a las masas después de la conquista del poder, sino antes, y hace de esa unión previa la condición sine qua non de la conquista final. Incrustada en el punto más vulnerable del territorio nacional, esta minoría será la mancha de aceite que, lentamente, propagará sus movimientos concéntricos a la masa campesina, a las poblaciones intermedias y finalmente a la capital. Evidentemente, el movimiento se realiza en ambos sentidos ya que, a partir de las ciudades mismas surge un movimiento de masas (huelgas, manifestaciones por la defensa de las libertades públicas, colectas, etc.) y un movimiento de resistencia clandestino galvanizado por las operaciones de la guerrilla rural.

Este crecimiento, que va de la minoría aislada a la minoría foco de un movimiento popular para convertirse en el motor de la violenta marejada final, no es mecánico, en cuanto existe aceleración por saltos de la influencia del foco. El primer contacto con el campesinado establecido en la montaña, en el centro de la cual se instala la guerrilla por razones de seguridad y protección natural es el más difícil de establecer y consolidar. Esos campesinos aislados, pequeños propietarios de descampados estériles (los conuqueros de Falcón

en Venezuela o los indios aparceros del norte argentino) son también los más cerrados a la conciencia política, los más difíciles de orientar y organizar a causa de su misma dispersión, del analfabetismo, de su primera desconfianza frente a estos desconocidos que sólo auguran, según creen, bombardeos, pillajes y represión ciega. Pero más tarde, cuando esta capa sea ganada, el foco guerrillero ya consolidado en cuanto a provisiones, informaciones, efectivos, irá al encuentro de los asalariados agrícolas de las tierras bajas: los obreros de la caña de azúcar del norte argentino, a menudo "importados" de la vecina Bolivia; los desocupados de las grandes ciudades de Falcón; los obreros asalariados del litoral del nordeste brasileño; vale decir, una capa social mucho más receptiva y materialmente preparada, por su concentración, su desocupación crónica, su total sumisión a las fluctuaciones del mercado capitalista, etc. Finalmente, en las ciudades próximas, la ligazón con las pequeñas concentraciones obreras de las industrias locales de transformación ya politizadas, se producirá sin que sea necesario realizar el lento trabajo de aproximación indispensable en un principio en la montaña.

La segunda característica del foco, que lo opone radicalmente al blanquismo, consiste en que no apunta a una victoria relámpago, ni tampoco a un resultado rápido de la guerra revolucionaria. El foco quiere conquistar el poder con y por las masas, vale decir, con los campesinos pobres y medios, con los obreros. Ahora bien, esas capas sociales, aisladas siempre de la vida política, necesitan una larga experiencia práctica para tomar conciencia de su condición de explotadas, para organizarse y entrar en acción. Además, la aristocracia obrera de los oficios del siglo XIX y del nivel cultural elevado, que constituía el terreno preferido del blanquismo, en nada se asemeja a la América Latina de hoy, a excepción de los sectores anarco-sindicalistas de Buenos Aires y sobre todo de Montevideo (donde existe una importante central sindical anarquista), secuelas de la primera ola de inmigración italiana y española. Su importancia por lo tanto no puede ser decisiva.

LOS EXTRAÑOS DISCÍPULOS DE BLANQUI

Blanquista por muchas razones fue la insurrección comunista brasileña de 1935, organizada por Prêstes, miembro del Consejo Exterior de la III Internacional, que había regre-

sado clandestinamente a Río, proveniente de Moscú. Sobre la base de informaciones falsas e indudablemente de elementos provocadores infiltrados en el PC (del que era Secretario General él mismo), Prestes creyó en la oportunidad de una sublevación militar simultánea en algunas guarniciones claves del territorio. No se estableció ningún contacto con la Alianza Nacional Libertadora, poderosa organización de masas del tipo del Frente Popular en la que los comunistas constituían la columna vertebral. No hubo ningún trabajo de agitación con anterioridad a la empresa. El complot estalló una buena mañana de noviembre cuando el tercer regimiento de Río se sublevó, pero éste no fue seguido por los otros regimientos implicados en la conspiración, entre los cuales comenzó una lucha fratricida. En Natal, en Recife, estallaron otras sublevaciones pero su falta de sincronización permitió que fueran localizadas y reducidas rápidamente. Las masas, estupefactas, no declararon ninguna huelga de apoyo o de protesta contra la represión que inmediatamente inició Vargas, muy satisfecho de haber encontrado este pretexto. La preparación de ese golpe de mano, que de hecho instala el fascismo por un término de 10 años en el Brasil, no tiene nada que envidiar a las mejores novelas policiales. Es asombroso que la III Internacional, en pleno período del Frente Popular Antifascista, se haya aplicado a fondo en el éxito de la insurrección, enviando a sus mejores técnicos, sus mejores cuadros políticos, que entraron clandestinamente en el Brasil, como Harry Berger, un alemán que diez años más tarde saldría de la prisión enloquecido por las torturas, Jules Vellés, Rodolfo Ghioldi (hoy dirigente de segundo plano del PC argentino), y otros.

El plan de insurrecciones militares puesto en práctica en Venezuela en 1962, conocido bajo el nombre de "Plan de Caracas" y del cual sólo las insurrecciones de Carúpano y de Puerto Cabello llegaron a ver la luz, es ya totalmente diferente. Corresponde a una etapa de lucha más avanzada.

Acababan de producirse una serie de manifestaciones de masas: huelga de transportes; manifestaciones contra el voto de la delegación venezolana en Punta del Este (25 muertos en tres días pues la policía tenía orden de "tirar primero e investigar después"); y un movimiento espontáneo en el seno de los jóvenes oficiales y suboficiales del ejército y de la policía, no dirigido del exterior como en el caso brasileño. Pero sobre todo, la insurrección simultánea de diversas guarniciones nacionalistas en toda la extensión del territorio debía servir de señal para el desencadenamiento de

acciones de masas en Caracas y en otras ciudades. El plan fue descubierto por los servicios de espionaje del gobierno, que destituyó y encarceló a los oficiales y trasladó a los regimientos peligrosos poco antes de la fecha prevista. Si Carúpano y Puerto Cabello se sublevaron en mayo y junio de 1962, sólo fue en verdad por desesperación y por salvar el honor (militar), pues eran muchos los que se negaban a morir en prisión por sublevaciones que no realizaron.

Al parecer, los camaradas venezolanos concluyeron de este fracaso que no se puede dar un papel preponderante al ejército, y ni siquiera a sus elementos más decididos y más conscientes, a causa de que numerosos oficiales y suboficiales, dominados por su formación militar, ofrecen resistencia, por ejemplo, a guardar un secreto (la camaradería y la solidaridad de casta son más fuertes a veces que las posiciones políticas) o a posponer el honor militar; en suma, su resistencia a adquirir la humildad revolucionaria. Los insurrectos de Carúpano se negaron a batirse en retirada hasta los campos petroleros vecinos a El Tigre —donde hubieran estado al abrigo de los bombardeos— y a disolverse para salvar los cuadros del futuro ejército popular (las FALN se constituyeron poco después de Puerto Cabello), porque tal cosa hubiera significado retroceder ante las fuerzas gubernamentales.

Pero los "castristas" están en este momento conscientes de que no pueden adoptar una actitud sectaria con respecto al ejército, sin hacerse por ello ilusiones sobre el papel que podrían jugar sus elementos de vanguardia mientras permanezcan dentro de la estructura del mismo ejército y en tanto no se integren al "otro" ejército en formación, como en el caso de Venezuela. Esta integración sólo debería producirse cuando el militar ha comprometido su seguridad por su labor de agitación en su regimiento. En efecto, la propaganda enemiga se encarga de repetir a los militares de carrera que la revolución "castro-comunista" quiere liquidar al ejército como tal, sin precisar bien el sentido en que es necesario entender la expresión "liquidar". En Venezuela esta propaganda ha terminado por indisponer a ciertos militares de carrera, a jóvenes suboficiales de extracción popular, a simpatizantes de la revolución. Las FALN se vieron pues obligadas a insistir en la prensa clandestina sobre la necesidad de un ejército de otro tipo para una Venezuela democrática, donde encontrarán su lugar los hombres honestos; explicando al mismo tiempo que no se trata de destruir físicamente, uno por uno, a todos los oficiales de carrera ni de quitarles el

empleo, sino de destruir el ejército como aparato represivo al servicio de una clase dominante que vela por sus intereses estrechos y en contra de los intereses del pueblo.

FIDEL CON LENIN

Para situar mejor la teoría del foco entre los conceptos políticos habitualmente empleados, relacionémosla con la teoría leninista del eslabón más débil, de la cual es una reinterpretación en condiciones diferentes. El foco se instala como un detonador en el lugar menos vigilado de la carga explosiva y en el momento más favorable a la explosión. Por sí mismo, el foco no cambiará una situación social dada ni tampoco cambiará una situación política sólo con sus combates. Podrá tener un papel activo solamente si encuentra su punto de inserción en las contradicciones en desarrollo.

En el espacio, allí donde las contradicciones de clase son más violentas, pero menos manifestadas, más latentes y comprimidas en el plano político, es decir, en el seno de las zonas del feudalismo agrario, alejadas de los aparatos de represión concentrados en las ciudades: Cuzco peruano, Salta en Argentina, Falcón y Lara en Venezuela, Sierra Maestra en Cuba.

En el tiempo, aquí está el quid. Ciertamente, un foco guerrillero no puede nacer de la nada en un momento de reflujo, sino que debe ser la culminación de una crisis política.

"...la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascendente en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, mediatizados, indecisos de la revolución" (*).

Tal es la tercera condición que diferencia al marxismo del blanquismo en opinión de Lenin. La primera es que la revolución debe apoyarse en la "clase más avanzada" y la segunda, que ella debe apoyarse en "el ascenso revolucionario del pueblo".

También es cierto que no se puede aguardar el momento para ir a la montaña, porque un foco no se improvisa en un mes. Para que la pradera se incendie es necesario que la llama esté allí, presente, esperando. Por otra parte, el largo trabajo de implantación de un foco exige que se establezca en un lugar, y sólo un foco políticamente asentado en una zona agraria puede pasar a la ofensiva llegado el mo-

mento. Tal fue la difícil situación de los combatientes argentinos del Ejército Guerrillero del Pueblo, lo cual explica ampliamente su fracaso aunque la causa inmediata fuera la infiltración policial en la organización. Parece que el EGP pretendía implantarse de manera subterránea, sin exponerse, y sin pasar a la acción, consagrándose solamente al entrenamiento militar y a tomar contacto con la población campesina, ayudando a los agricultores en la siembra y limpieza de terrenos nuevos, cuidando a los enfermos, enseñándoles hasta a leer. Esta labor duró más de un año, hasta el momento en que, descubierta la organización, fue destruida por el rápido ataque de la Gendarmería. Según parece, el EGP se aprestaba a pasar al ataque en el momento de la cosecha de la caña en el verano de 1964, poco tiempo después de su disolución, cuando los campesinos habían visto llegar al clímax sus contradicciones de clase con el propietario de las tierras, más aún por el hecho de que algunos de ellos habían sembrado, con la ayuda del EGP, en tierras que pertenecían jurídicamente a grandes latifundistas, que no habrían dejado de reclamar el 50 por ciento o más de la cosecha. Los campesinos hubieran podido negarse y los guerrilleros defenderlos. Seguidamente de la ocupación de nuevas tierras en el Cuzco llevadas a cabo en 1963, exactamente el mismo conflicto centrado en torno al 50 por ciento tuvo lugar ese año en Perú, al momento de la cosecha. Vemos por este ejemplo que no se puede crear de un día para otro nuevas condiciones objetivas que exigen, para ser preparadas, el tiempo de un ciclo agrícola. Durante ese tiempo el foco insurreccional está expuesto a la delación o la imprudencia. Cuando hay invasión de tierras desocupadas, como en Brasil o Perú, la cosecha aparece entonces como el ejemplo del momento en que la acción militar puede apoyarse en un conflicto social vivo, fácilmente "poli-
tizable".

En el plano nacional, es evidente que un foco de guerrilla rural que surgiera al otro día del retorno de Perón a la Argentina o de su eventual detención crearía las condiciones psicológicas de una insurrección de masas en Buenos Aires, en todo caso de un movimiento de solidaridad masiva. En Argentina, donde Buenos Aires, Rosario y Córdoba agrupan ya más de la mitad de la población total (21 millones), la importancia del proletariado agrícola es mínima, en razón de sus efectivos, de su dispersión y de su valor en la vida económica del país. Un foco guerrillero en el campo sólo puede tener un papel subordinado en relación a la ciudad, a Buenos Aires, donde el proletariado de la industria constituye la fuerza primordial. Nada podrá ha-

(*) Lenin, Obras Completas, tomo 26, págs. 12-13, Editorial Cartago.

cerse sin su participación activa. Sin embargo, al EGP le faltaba un contacto organizado con el movimiento obrero o de una ligazón política con los partidos y sindicatos de la clase obrera. Es por esto que la guerrilla solamente suscitó una expectativa, neutra entre los obreros y sindicatos de la clase obrera, principalmente de Buenos Aires "para quienes todo lo que no es peronista está tan lejos como Marte". Entre los cuadros medios políticos y sindicales, entre los jóvenes peronistas de izquierda, el fracaso del EGP produjo, por el contrario, discusiones profundas sobre la lucha armada y las formas que podría revestir en las condiciones argentinas. Aunque sólo fuera por eso, el balance de la guerrilla argentina seguirá siendo positivo.

Si "en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo" (Ché Guevara), ello no impide que en las ciudades se desarrollen focos secundarios, núcleos de discusión teórica, de agitación política, o ejércitos de reserva: las universidades.

Sería demasiado largo analizar aquí por qué los estudiantes están en América Latina a la vanguardia de la revolución. Ellos son siempre las primeras víctimas de la represión, como lo mostraron recientemente Venezuela, Panamá, Santo Domingo, y todos los países sin excepción. Citemos solamente la ruptura generacional y la presión demográfica ⁽¹¹⁾; la importancia especial del factor "conciencia" en los países subdesarrollados, en ausencia de masas obreras organizadas; la Reforma Universitaria (Córdoba, 1918) que se extendió prácticamente a todo el continente, confiriendo autonomía a todas las grandes universidades y resguardándolas jurídicamente del poder, aun en nombre del liberalismo burgués. Por cierto, este resguardo resulta más bien teórico si se piensa en los ataques a la Universidad de Caracas y a su reciente ocupación por el ejército. De todas maneras, el hecho está allí: Caracas; Bogotá; Quito; San Marcos en Lima; la Facultad de Filosofía en Buenos Aires; la Universidad de Montevideo, donde en septiembre de 1964, 300 estudiantes que habían realizado una manifestación contra la ruptura con Cuba, sostuvieron un sitio contra la policía; la Universidad de Sao Paulo; la Facultad de Filosofía en Río, desde la que partieron los únicos disparos que se tiraron en Brasil durante el golpe de Estado del mes de abril. Todos estos lugares indican la temperatura latente de la

caldera; no la temperatura media del país, pero eso sí, el índice de su temperatura futura. Una elección universitaria, en la que el fraude electoral no puede ocurrir, esencialmente política, es un signo precursor no sólo de las tendencias políticas que predominan en el seno de la Revolución, sino también de la evolución profunda de las corrientes políticas del país. Cuando en 1959, el control de la Universidad de San Marcos en Lima fue arrebatado al APRA en beneficio de la izquierda marxista, ello marca el fin de un período histórico peruano e incluso, continental: la decadencia irreversible no sólo del APRA, sino también de la ideología burguesa ~~re-~~progresista y el ascenso irreversible de una nueva generación de hombres y de ideas definitivamente ligados al marxismo-leninismo y a la Revolución Cubana.

Si bien el foco universitario es un foco político y no militar (el arma estudiantil es solamente el cóctel Molotov), en caso de necesidad los peligros del foco no les son ahorrados. En primer lugar, la fijación de la agitación política en la universidad, ese cuartel reservado a la libertad, puede convertirse también en una trampa; se fija el "abceso" allí donde todo el mundo lo espera y se lo aísla del cuerpo social "sano"; el foco se repliega sobre sí mismo, y se fría en su propia salsa.

Esta es una prueba más de que el campo es el terreno para la lucha efectiva, ya que en la capital el único territorio libre o liberable es la universidad autónoma, lo que no significaría en una etapa avanzada de la lucha, sino una victoria pírrica.

En Caracas, el papel de vanguardia de la Universidad Central, único sitio donde se puede pegar un afiche, hablar en público, realizar manifestaciones, distribuir un periódico revolucionario sin ocultarse, la universidad se ha convertido en una trampa en ciertos momentos. La presencia simultánea de frentes rurales en acción, y de una guerrilla urbana en los barrios obreros, impidió, sin embargo, que la trampa funcionara a plenitud. Pero la vanguardia estudiantil, como núcleo insurreccional en sus comienzos, debe separarse en un principio de las masas: separación en el tiempo y en el nivel de las formas de lucha.

En el transcurso de una reunión típica de la unión de estudiantes en la universidad de un país del Cono Sur (*), se enfrentaban una tarde en luchas oratorias de una intensidad sin igual en Europa, y no sólo oratorias, puesto que había numerosos estudiantes armados en la sala: comunistas; disidentes del PC, ellos mismos re-

(11) América del Sur tiene una tasa de crecimiento demográfico de cerca de un 3% anual, superior a la de Asia y África. Brasil, por ejemplo, doblará su población en veinte años: 1960, 60 millones de habitantes; 1980, 120 millones de habitantes.

(*) Argentina, Chile, Uruguay.

partidos en varios grupos; trotskistas; independientes; populistas; etc. La asamblea estudiantil sólo reunía a 300 personas de una facultad de más de 2.000. Un joven sociólogo me explicó su dilema: "Si se rebaja el tono o el nivel de la discusión, nos uniremos posiblemente a las masas, pero entonces será preciso disminuir la llama, se perderá en preparación teórica y práctica, posiblemente nos volvamos reformistas y perdamos de vista el objetivo final. Por el contrario, si mantenemos la llama alta, sin duda perderemos al principio y en lo inmediato el contacto con la masa de los estudiantes de primer año, todavía poco politizados. Pero dentro de dos años, podrán unirse a nuestras posiciones y lanzarse a la lucha revolucionaria. Porque una crisis revolucionaria aguarda al país dentro de poco y es preciso que podamos responder «presente» y que no seamos sorprendidos por ninguna de las formas de lucha que exigirá la situación en un plazo muy corto. Será necesario fusionarnos con los sindicatos obreros, que apoyan más mal que bien a sus direcciones reformistas, y que tendrán el derecho a exigir de nosotros, intelectuales revolucionarios, un nivel de preparación que es nuestro deber alcanzar. Por eso, mantenemos bien alta la llama". Y sonriendo, quizás con amargura, agregó: "Somos las vestales de la revolución..."

A quienes sorprenda este lenguaje, pueden releer la Segunda Declaración de La Habana, y verán qué lugar se asigna a los "intelectuales revolucionarios", siempre citados junto a los obreros como la fuerza dirigente de la revolución campesina.

El dilema expuesto aquí no es por otra parte general a toda América. El carácter radical y político de las luchas estudiantiles en el interior de las universidades, cuenta con la adhesión de la mayoría estudiantil. En la Universidad de Caracas, desde 1960, la extrema izquierda eleva su plataforma de lucha... y su número de votos.

Casi todos los focos cuya lista hemos dado han desaparecido. Se adivina ya que la lucha armada no es en sí una panacea. ¿Por qué razón? Resumamos sin entrar en detalles.

La mayoría fueron liquidados por delación o infiltración de agentes policiales en las organizaciones, lo que nos dice hasta qué punto la guerra de infiltración y de información pudo intensificarse desde 1959, gracias a los norteamericanos. El "golpe publicitario" de la hermana de Fidel es un ejemplo del talento o de los recursos financieros de la CIA. Si bien no es posible subestimarlos, este aspecto tampoco lo explica todo. El grupo de guerrilleros es siempre en sus comienzos muy restringido, precisa-

mente para minimizar los riesgos en caso de fracaso, ya que una sola infiltración puede repercutir fácilmente en el conjunto de la organización. Pero hay condiciones políticas más profundas que explican las causas de la infiltración y también por qué el movimiento es quebrantado una y otra vez. Es la ausencia de preparación política de los miembros de la organización o los defectos de esa preparación. Es la ausencia de preparación política en el terreno mismo donde opera la guerrilla, a falta de la cual se forma el vacío en torno del foco, que sufrirá la falta de información, de alimentación o incluso del conocimiento elemental de la geografía de la zona de operaciones. La experiencia venezolana, llevada adelante gracias a la colaboración activa de los habitantes de la región ofrece un modelo de prudencia y de preparación política de una zona de operaciones.

Es la falta, en fin, de un aparato político de enlace y ligazón con las masas urbanas, único capaz de establecer relaciones con una acción de masas en la ciudad, legal si fuera posible; de amplificar por medio de la propaganda el eco del foco rural; de difundir y hacer penetrar en las ciudades un programa de acción, un manifiesto político; de asegurar el financiamiento y el suministro mínimo de armas, municiones y víveres desde el resto del país, etc... Las guerrillas argentina, paraguaya y peruana constituyen un ejemplo de ello.

OCHO ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DE GUERRILLAS LATINOAMERICANA

Todas estas experiencias negativas han sido estudiadas por los camaradas latinoamericanos, quienes parecen haber extraído las siguientes conclusiones:

- 1º El reclutamiento, el entrenamiento militar y la preparación política del primer núcleo de combatientes deben ser mucho más severos que en el pasado.

La homogeneidad del grupo es extremadamente importante; por cuanto el número reducido de sus miembros, de 20 a 60 o más, permite una selección rigurosa. Así se puede eliminar el peligro número uno: la infiltración. Inútil detenerse aquí sobre el aspecto técnico de la preparación. Señalemos solamente la importancia del secreto militar, que debe mantenerse a toda costa, y del entrenamiento físico tanto como del militar. La guerrilla es sobre todo un terrible ejercicio de marcha forzada en terreno difícil, antes de llegar a librar una serie de combates militares, que la guerrilla

deberá más bien evitar que buscar. Desde este punto de vista, cualquier romanticismo pagará sus consecuencias. Un estudiante de la pequeña burguesía urbana, habituado a un mínimo de comodidades de la ciudad, no podrá, salvo cualidades físicas excepcionales, soportar más allá de una semana el régimen de la guerrilla. Por ello, en vez de dejar que ocurra la selección natural, será conveniente comenzarla voluntaria y conscientemente antes del inicio de las operaciones. En Venezuela, raros son los estudiantes que, sumados por entusiasmo en las primeras tentativas, no hayan descendido al valle después de algunas semanas, enfermos y agotados. La mayoría de los combatientes de Falcón está compuesta hoy de campesinos en primer lugar, después de obreros y, por último, de un número de intelectuales de origen pequeño-burgués, tales como médicos, estudiantes, etc., extraordinariamente resistentes tanto en lo moral como en lo físico. En fin, hoy parece necesario hacer contactos estrechos entre las organizaciones de diversos países para sacar provecho mutuo de sus respectivas experiencias y no volver a cometer los mismos errores de organización. Cuando menos, en la acción cotidiana se nota extraordinariamente la ausencia de un tipo de buró de información latinoamericano a escala continental, a falta de un organismo más amplio, que reagrupe a todas las organizaciones antimperialistas y no solamente a los PC.

2* La lucha armada como arte, sólo tiene significado dentro del marco de una política concebida como ciencia.

La importancia otorgada a la preparación militar y a la organización del foco no puede dejar de tener una raíz política. Debe estar determinada por una estrategia de conjunto y por la conciencia de que los intereses en juego son los de los explotados. Sólo un partido reformista y sin base teórica considerará la constitución de un aparato armado como un dominio aparte, como una simple medida de policía interna.

El desarrollo de la lucha armada en Venezuela llevó al Partido Comunista a elaborar una estrategia de conjunto fundada en el análisis teórico del doble poder (formal y real) en el interior del Estado semi-colonial, y de las contradicciones de clases principales y secundarias en el seno de una sociedad deformada súbitamente en 1920 por la explotación petrolera. No se trata de justificar a posteriori una práctica, sino de procurar un objetivo y un marco concreto de lucha; esta estrategia y este aná-

lisis teórico fueron presentados en el Tercer Congreso del PCV, celebrado en 1961, antes de la iniciación de los frentes rurales.

En la propia Colombia de hoy día, el Partido Comunista se enfrenta a la siguiente alternativa: o bien considera como estrictamente regional y accidental la guerrilla de Marquetalia, comenzada y dirigida por su líder campesino Marulanda, lo que vendría a significar negarle cualquier porvenir o sentido en el interior de una estrategia de conjunto, y condenarla a morir política y físicamente; o bien revisa sus antiguas tesis sobre el tránsito pacífico en Colombia, sus alianzas electorales, su participación en algunas comedias de la vida "cívica" colombiano del foco rural; de difundir y hacer penetrar biana, la defensa de las libertades democráticas, etc., y procede a reinterpretar el conjunto de las vías de la revolución colombiana.

La lucha armada no se puede blandir en América Latina como una consigna, un imperativo o un remedio en sí, sino que debemos preguntarnos ¿lucha armada de quiénes, cuándo, dónde, con qué programa, con qué alianza? Tales son los problemas concretos que nadie podrá resolver en abstracto ni en lugar de las vanguardias nacionales que deben llevar el peso de esas responsabilidades políticas. Dicho de otro modo, el foco no puede hacer de sí mismo su propia estrategia sin condenarse al fracaso. Es un momento cuya oportunidad ha de determinarse en el interior de una estrategia que lo acepta en su seno como un momento esencial.

El reformismo y la cristalización en el tránsito pacífico de ciertos partidos latinoamericanos hizo que las corrientes revolucionarias que se les opusieron fueran llevadas en la práctica a considerar la lucha armada como un fin en sí mismo. En realidad, no se escapa al reformismo aceptando en principio la lucha armada como una tasa de tantas formas de lucha, porque nunca la posibilidad teórica de la violencia es puesta en duda, sólo que se la hace pasar doctamente al rango de simple posibilidad teórica cuando son eludidas las tareas prácticas de su preparación.

Si es verdad que cualquier análisis de las condiciones objetivas no concluirá, por sí solo, en la necesidad del desencadenamiento del foco, no hay lucha armada posible sin el análisis de sus condiciones históricas. Ahora bien, es innegable que frente a la desviación derechista y positivista de ciertos partidos comunistas, algunas organizaciones "castristas", o que así se autodenominan, han caído en el voluntarismo y en la mitología de la guerrilla rural. El castismo nada tiene que ver con eso.

En sus actividades militares, el foco pone constantemente en juego un criterio político en la elección de las alianzas locales —con o contra los campesinos ricos—, de los objetivos o del principio mismo de ciertos ataques. Por ejemplo, atacar a una columna formada por reclutas o hacer el vacío ante ellos sin entablar combate, para no enajenarse los aliados naturales. Los venezolanos no atacan en estos casos, solamente hacen sentir su presencia mediante letreros colgados en las ramas de los senderos de la montaña.

Asimismo, el foco tiene un presupuesto político en el momento de su estallido: la elección del momento y del lugar implica la referencia al conjunto de una situación política y el análisis dialéctico de sus leyes de desarrollo. El lugar que ocupará un foco rural en el conjunto de la lucha nacional no será jamás el mismo en un país que en otro. Un foco instalado en Tucumán, en el norte argentino, es decir, en un país con un proletariado industrial desarrollado y concentrado en la capital, no puede tener la misma importancia política, y por tanto las mismas tácticas militares, que un foco andino en el Perú, donde el 70 por ciento de la población vive directamente de la tierra.

América Latina conoció recientemente dos experiencias de lucha armada que no aceptaron formar parte de una estrategia política propiamente dicha.

La primera, la más terrible, fue la guerra civil colombiana, desencadenada por el asesinato del líder liberal Gaitán el 9 de abril de 1948 y cuyas secuelas de bandolerismo y violencia sobreviven todavía. Una publicación oficial habla de 200.000 muertos en diez años y el Partido Liberal, que merece quizás más confianza, afirma que son 300.000. ¿Qué queda de este gigantesco cataclismo que alcanzó un nivel de crueldad sin igual? Algunas zonas estabilizadas de autodefensa campesina, precisamente las únicas que durante la guerra se procuraron una organización y una dirección política, y por consiguiente, una disciplina militar rigurosa. Salvo en las regiones de Galilea, El Pato, Sumapaz y el frente guerrillero sur de Tolima, donde el Partido Comunista instaló un comando único de las fuerzas campesinas y pudo crear un orden institucional, en el resto del país, carente de organización y dirección, se conoció la violencia anárquica sin otro fin que el de responder a la violencia del partido adversario (liberal o conservador). Pero el problema del poder jamás fue planteado seriamente por los comunistas o los liberales de avanzada. En Boyacá, en 1952, una conferencia nacional de guerrilleros no logró ningún

resultado y los 13 "Comandos" existentes en el territorio no lograron ni fundirse ni coordinar su acción. Y si alguna vez hubo violencia "popular" nacida "de la base", surgida del propio medio rural, sin que se necesitara la presencia de "intelectuales pequeño-burgueses venidos de las ciudades", y sin "incitación artificial y extraña al medio campesino", para retomar las expresiones empleadas en el caso de la revolución venezolana, fue seguramente esta explosión de jacqueries terroristas que vivió Colombia hasta 1958. Fue necesario esperar hasta 1964 para que se planteara la cuestión del poder político por la guerrilla de Marquetalia, la primera que se organiza, se propone objetivos, etapas a franquear; en una palabra, que se ha dado un sentido. La crítica de la espontaneidad costó mucha sangre y es seguro que si la guerrilla campesina de Marquetalia, carente de un aparato político de dirección nacional, no llega a combinarse con un movimiento de masas en otras regiones, no podrá sostener ella sola el peso de la represión.

Otra forma reciente de violencia popular espontánea, y que prueba que el terrorismo individual no es sólo atributo pequeño-burgués, fue la ola terrorista que sacudió a Argentina en el curso de 1959 y comienzos de 1960, terrorismo surgido espontáneamente de la base de los sindicatos obreros peronistas y de las juventudes peronistas para protestar contra la traición de Frondizi y la firma de los contratos petroleros, para obtener la devolución de la CGT (*) a los obreros y el retorno de Perón, etc... Se produjeron en el período 1958-1960, alrededor de 5.000 atentados. Fue este movimiento de gran importancia, pero producto de grupos aislados, incluso de terroristas individuales, sin lazos entre ellos, sin un programa ni una dirección. El movimiento comenzó como una forma de apoyo a las huelgas, entonces ilegales; los militantes obreros colocaban bombas en la empresa del patrón (en una huelga de panaderos contra el molino harinero o la propia panadería o contra las empresas del Estado, como teléfonos o electricidad) para obligarlos a cerrar o a manera de represalia. El movimiento se extendió rápidamente, convirtiéndose en actividad cotidiana, sin objetivos claros: bombas en las calles, bajo un automóvil, contra la fachada de un edificio, no importa cuál. Al final, algunos grupos de jóvenes obreros lograron proporcionar una orientación a esta ola de protesta espontánea y las bombas se colocaron en las representaciones im-

(*) La CGT fue ocupada en 1955 por los militares y posteriormente disuelta.

perialistas, las fundaciones culturales británicas, el Servicio de Información norteamericano. Pero la represión policial no tuvo dificultades en arrestar a los terroristas, que no tenían ninguna organización clandestina seria. Una dirección sindicalista o tradeunionista se apoderó de la CGT, reconstituida en 1961; el movimiento concluyó con la adopción del "Plan Conintes" —especie de estado de sitio instaurado por Frondizi— y los terroristas arrestados fueron víctimas de juicios especiales. Evidentemente, este terrorismo nada tiene que ver con el "terrorismo" venezolano, permanentemente dirigido contra la infraestructura económica del imperialismo (oleoductos, pozos de petróleo, grandes depósitos de mercancías, misión militar yanqui), demostrando una vez más lo fundado de las afirmaciones de Lenin cuando sostiene que el terrorismo no puede ser empleado, salvo en el "asalto final", como forma de acción política regular y permanente; que el terrorismo no es contradictorio con la lucha de masas en un clima de ilegalidad o de represión, pero puede llegar a serlo si no intenta por todos los medios determinarse políticamente (porque no hay terrorismo o lucha armada "limpia y pura" sin injusticias y sin errores, que solamente pueden ser corregidos en la propia práctica). En Argentina el terrorismo entrañó, a partir de 1960, una caída de la combatividad de las masas obreras y una clara disminución de la acción revolucionaria.

El balance negativo de estas experiencias históricas no contradice la necesidad de la lucha armada, considerada como la forma más elevada de la lucha política. Por el contrario, ello confirma una vez más:

- Que el estallido de un foco de guerrilla rural está subordinado a un análisis político riguroso. La elección del lugar, del momento y de la forma de entrada en acción supone un análisis de las contradicciones nacionales, planteadas en términos de clase;
- Que un foco no excluye por definición las luchas pacíficas de masas realizadas por los sindicatos, en el parlamento, en la prensa, aunque la experiencia venezolana demuestra que las formas de lucha legales, precarias, no pueden durar largo tiempo después del comienzo de la lucha armada, o pueden aspirar a segregarse del foco y desarrollar vida propia con vistas a prescindir de la lucha armada (o pueden convertirse en excusa y bastión de los que nunca quisieron lucha armada).

En otros términos, la elevación de las formas de lucha popular, lejos de prescindir de un aparato y de tareas políticas "normales", debe

acompañarse de un aumento del nivel de conciencia y de organización políticos. La oposición franca a la lucha armada que manifiestan ciertas direcciones de partidos comunistas latinoamericanos (del Perú, Colombia, Argentina, Chile y Brasil) podría provenir más que de una falta de coraje o de un defecto de preparación material, de un bajo nivel teórico y político. Los dirigentes de esos partidos saben que, en caso de desencadenarse una "guerra del pueblo", como los cubanos llaman a la guerra de guerrillas, deberán ceder el lugar a una nueva generación de dirigentes formados en y para la guerra, como es el caso actual de Venezuela y sobre todo de Guatemala.

- 3* La presencia de un partido de vanguardia no es un requisito previo absoluto para el desencadenamiento de la lucha armada.

Sobre este punto la Revolución Cubana ha mostrado que en la etapa insurreccional de la revolución, si bien es indispensable tener una organización y una dirección política firmes (el 26 de Julio), se puede prescindir de un partido marxista-leninista de vanguardia de la clase obrera. Precisemos bien: en el estadio de la toma del poder, ya que la formación de ese partido se torna una condición imprescindible para la edificación de la sociedad socialista. En las condiciones latinoamericanas caracterizadas por la existencia de una clase obrera numéricamente reducida, frecuentemente penetrada por el reformismo, y de hecho aristocratizada como consecuencia de los salarios comparativamente elevados que se pagan en grandes empresas monopolistas extranjeras y nacionales, la lucha de liberación nacional de carácter ant imperialista no debe plantearse enarbolando la bandera del marxismo-leninismo y bajo la égida de la clase obrera, como quiera que la lucha ant imperialista requiere de un carácter amplio y nacional. En cuanto al partido, él se formará y seleccionará sus cuadros a través de la promoción natural de la lucha de liberación, como ocurrió en Cuba. Dicho de otro modo, la teoría del partido de vanguardia que se opone al foco —partido cuya constitución debería preceder a cualquier tentación de guerrilla o de lucha armada— no parece responder a la realidad. Esto se ve claro en Argentina, donde todos los grupos, grupitos y partidos de la izquierda revolucionaria aspiran a transformarse cada uno por su lado en el partido de vanguardia de la clase obrera, "alienada" en la ideología peronista y hostil en su conjunto al partido comunista, en razón del antiperonismo sectario de este último que lo

llevó, más de una vez, a aliarse con la reacción contra el peronismo, e incluso a participar en la intervención a los sindicatos al lado de los militares el día siguiente de la "Revolución Libertadora" de 1955, que depuso a Perón. Pero la razón sin las masas y las masas sin razón no constituyen una oposición dialéctica, y la izquierda argentina ha rehusado su apoyo, aun moral, al EGP, mientras había decidido consagrarse enteramente a la evangélica tarea de penetrar en tal o cual fábrica ofreciendo panfletos marxistas a la entrada de las mismas.

- 4* La organización político-militar no puede ser diferida. No se puede dejar al desarrollo mismo de la lucha el cuidado de ponerla en marcha.

Según parece, las condiciones post cubanas —disminución del efecto de sorpresa en favor de la guerrilla y mayor preparación político-militar de los enemigos— no permiten en este punto el mismo empirismo que en Cuba.

Por regla general, un foco guerrillero no puede subsistir sin una organización de contacto entre la ciudad y el campo, no sólo para asegurar el enlace y la ligazón política, sino también para asegurar el abastecimiento de armas, finanzas, reclutas provenientes de la capital o de otras regiones, material de propaganda, alimentos (porque la autosubsistencia absoluta de un foco basada solamente en los recursos extraídos de la montaña es un mito, sobre todo al comienzo de la acción). Tampoco puede subsistir sin una organización local, aunque sea apenas esbozada, en el seno de la población de las montañas (débil y dispersa) y en las zonas de contacto con el exterior, las "tierras bajas" cruciales para las líneas de abastecimiento e información. Finalmente, en la cúspide de la pirámide encontramos el núcleo del futuro ejército popular: un puñado de hombres expertos, móviles, en desplazamiento continuo para evitar su localización por el enemigo e incluso por los campesinos de los poblados vecinos que pudieran, por imprudencia, descubrirlos, y también para multiplicar los contactos con la población. Esta movilidad los hará aparecer como mucho más numerosos de lo que realmente son.

Ciertamente, esta pirámide no se dará nunca antes de la instalación del foco pues entonces sería necesario esperar dos mil años para comenzar la revolución. La pirámide se construye por ambos extremos, base y cúspide, y ello no será jamás otra cosa que el proceso dialéctico de su destrucción y de su reconstrucción sobre una base más sólida. La organización de contacto montaña-ciudad y ciudad-montaña (casas

de relevo, vehículos para conducir materiales y voluntarios por rutas o caminos extremadamente vigilados, radios receptoras y transmisoras, etc.) es evidentemente la más vulnerable a la represión porque está forzada a trabajar en "territorio enemigo", en pequeñas ciudades o poblados poco numerosos y fácilmente controlables. Es ahí donde se corren los mayores riesgos, donde en Cuba como en Venezuela la represión efectuó la mayoría de sus golpes. Razón de más para tener el mayor cuidado en la preparación y en el funcionamiento de esta organización piramidal. De esta manera, para comenzar las operaciones se debe partir a la montaña cuando esta organización ya ha sido puesta en marcha, reduciendo en todo lo posible, aunque sin poderlos eliminar, los riesgos de la improvisación forzada, ya que el margen de improvisación o de recuperación en el transcurso del camino disminuyó mucho después de Cuba.

- 5* En la América subdesarrollada sólo se puede propagar de manera duradera la ideología revolucionaria entre las masas campesinas a partir de un foco insurreccional.

A menudo se opone a la guerrilla la idea de que es necesario educar primero a las masas campesinas, formar antes que nada, la conciencia política de los explotados. No se dice cómo, pero se afirma que es un prerrequisito de la acción armada. En realidad, parece que las dos tareas se condicionan mutuamente, y sólo pueden ser emprendidas en forma conjunta: no hay foco que no tenga como objetivo inmediato la formación política de los campesinos de los alrededores, no hay movimientos reivindicativos y organizados del campesinado que no deban ser apoyados por la lucha armada, si no quieren ser pulverizados por la represión.

Es cierto que en el Perú, Hugo Blanco logró más en algunos años de actividad concreta de formación de los sindicatos de arrendires (campesinos que poseen el usufructo de una tierra perteneciente al latifundista, quien cobra su renta en trabajo) en el Valle de La Convención, que todos los partidos de izquierda juntos desde hace treinta años. En el transcurso de dos años, 30.000 campesinos indígenas fueron inscritos por primera vez en sus vidas en los sindicatos de defensa, estimulados por Hugo Blanco y un puñado de dirigentes. Pero cuando en el verano de 1961, los proletarios agrícolas y los campesinos decidieron dejar de pagar la renta a los latifundistas, estos últimos obtuvieron rápidamente la intervención del poder estatal y del ejército, y las tropas fueron enviadas al Cuzco. Las regiones vecinas

estaban listas para entrar también en acción contra los latifundistas, por poco que pudieran resistir los campesinos de La Convención. Pero los campesinos no poseían ningún medio de resistencia y algunas acciones anárquicas de su parte ofrecieron el pretexto al ejército para tomar represalias masivas contra ellos. Hugo Blanco, hombre solo y sin residencia fija en la región, pudo escapar a las persecuciones. Los campesinos se sintieron pues traicionados. Nadie los defiende contra el ejército. Entre la vida y el sindicalismo, eligen la vida: la renta será pagada nuevamente a los latifundistas. Blanco es abandonado a su suerte por los propios miembros de su organización sindical que a su vez se juzgan abandonados por Blanco. Blanco no pudo pasar a la fase insurreccional del movimiento por falta de armas, de dinero, de dirigentes y, sobre todo, por falta de apoyo por parte de las organizaciones políticas nacionales, que lo abandonaron... Descubierto por el ejército, en mayo de 1963, aislado y enfermo en una cueva de la montaña, prisionero luego en Arequipa, espera aún un proceso que el gobierno posterga por temor a una reactualización del "affaire Blanco". El trabajo de la sindicalización del Cuzco no ha sido, sin embargo, completamente barrido por la represión. Nuevos sindicatos se forman, esta vez con el apoyo pleno de los partidos revolucionarios; se suceden todos los años las ocupaciones de las tierras sin cultivar, y en las tierras ocupadas los campesinos se niegan nuevamente a pagar la renta al propietario, que nunca soñó con hacerlas trabajar. Pero de la experiencia de Blanco, surge claramente el hecho de que en las actuales condiciones de brutal represión física, la lucha puramente sindical en zonas de feudalismo agrario entraña una regresión de la lucha (temporal en el mejor de los casos), desanima a los campesinos, compromete a sus ojos las ideas de liberación o de emancipación social que resultan las únicas perjudicadas, ya que los propagandistas no asumen las consecuencias.

El mismo fenómeno tiene rasgos muy parecidos en el nordeste brasileño. Las Ligas Campesinas realizaron un trabajo de agitación irremplazable desde su creación en 1954 por Juliao ⁽¹²⁾. Ellas consiguieron mejoras importantes tales como la suspensión del pago de la renta agraria en ciertos lugares, la extensión de las leyes sindicales a los obreros de la caña de azúcar del litoral, que de esta manera conquistan un salario mínimo obligatorio de 35.000 cruzeiros por mes, aunque este aumento sea debido también al alza del precio del azúcar en el mercado internacional, después del blo-

queo de las exportaciones cubanas.

En realidad, Juliao nunca se ocupó demasiado de los salarios agrícolas. Pero después del golpe de Estado militar, ¿qué pasó en el nordeste? Los latifundistas regresaron con fuerza, los miembros conocidos de la Liga fueron expulsados de las tierras o echados fuera de los ingenios, el central azucarero del patrón, y se les prohibió trabajar en cualquier tipo de tierra; los organizadores de la Liga fueron asesinados, molidos a golpes y torturados. (Marcos Álvarez, periodista del "Correio da Manhã", pudo entrar en una de las prisiones de Recife y ver a los torturados; dos responsables de las Ligas se volvieron locos a consecuencia de las torturas sufridas, y aunque afásicos, se ponían a dar alaridos tan pronto como veían un uniforme militar). El salario mínimo de los obreros de la caña de azúcar no ha sido reducido aún (algunos oficiales del Cuarto Ejército acantonado en Recife han podido contener la ofensiva de los patronos azucareros) pero esto es solamente cuestión de tiempo. En pocas palabras: el terror blanco. Y los campesinos, sin medio de defensa de ninguna especie, una vez más, reciben los golpes. Después de la gran ola de esperanza, puede imaginarse la dimensión de su frustración y abatimiento.

Cuando menos, es casi un acto irresponsable y criminal lanzar hoy a esas masas campesinas, dispersas y analfabetas, fijadas al terruño y sin posibilidad de fuga (posibilidad de la que dispone el agitador político venido de afuera), a una lucha social o política que inevitablemente desencadenará una represión a la que sólo podrá hacer frente un foco entrenado y preparado. La guerrilla deberá, ciertamente, batirse en retirada frente al avance de las tropas, pero podrá siempre tomar en cuenta los crímenes cometidos en la población campesina, vengarlos con excursiones relámpago, liquidando a los oficiales declarados culpables por

(12) Las Ligas Campesinas de Francisco Juliao, transformadas en mito de exportación que pagaba buenos dividendos, no tuvieron jamás la importancia política que se les atribuyó en Europa. La ausencia de organización y de disciplina, la incapacidad de Juliao de darles una ideología y una estrategia coherentes, la sobrestimación del papel revolucionario de los campesinos, impidieron a las Ligas transformarse en un movimiento propiamente político, como al final quería Juliao cuando en 1961 fundaba el **Movimiento Tiradentes**, que fue un fracaso. Juliao pareciera haber presentado sus límites mejor que sus colaboradores, de los cuales no siempre supo precaverse. "El único título que deseamos conquistar al final de estas tentativas es, si lo merecemos, el de simple agitador social" escribió un día.

un tribunal de campesinos. La sola presencia de la guerrilla, aunque lejana, volverá a dar esperanza a los campesinos, quienes se sentirán defendidos y "cubiertos".

Los campesinos analfabetos, sin periódicos y sin radio, dormidos desde hace siglos en "la paz social" del régimen feudal, asesinados friamente por los policías privados de los latifundistas al primer gesto de revuelta, no pueden despertar, salir de su sopor, adquirir una conciencia política por un proceso de meditación, de reflexión y de lectura. Ellos sólo llegarán a integrarse por un contacto cotidiano con hombres que compartirán su trabajo, sus condiciones de vida y que resolverán sus problemas materiales. Arrojadlos a la guerra revolucionaria, adquirirán la experiencia práctica de cómo resistir a la represión, y también la de una reforma agraria en el marco de la zona liberada. La reconquista de una pequeña franja de tierras fértiles pertenecientes a un latifundista es una mejor propaganda por la reforma agraria que cien folletos ilustrados sobre los sovjoses de Ucrania. Las condiciones objetivas de vida de las masas campesinas, nos permiten sólo un tipo de propaganda y de formación política: la propaganda a través de los hechos y de la experiencia práctica de los propios campesinos.

El problema es mucho más claro aún si se piensa en las comunidades indígenas, replegadas en sí mismas desde la colonización y periódicamente masacradas por los blancos. Comunidades que desde el sur de Colombia hasta el norte argentino, aguantan el peso fundamental de la explotación feudal. En Ecuador, Perú, Bolivia, la mayoría de la población es indígena, vale decir, que por lo general no habla castellano sino aymará o quechua. ¿Qué contacto puede existir entre la élite política de Lima o de Guayaquil, donde están concentrados los cuadros políticos del país, y la comunidad del altiplano totalmente dominada por un cura feudal (que todavía en ciertas regiones del Ecuador ejerce el derecho de pernada la primera noche con la mujer del indio)? Quienquiera que venga a perturbar la paz de la comunidad es muerto por la policía rural, y algunas veces por los mismos indígenas fanatizados, con la bendición del cura-cacique. El acceso a las comunidades indígenas debe ser, pues, disputado a las fuerzas represivas que poseen el control tradicional. Los "dirigentes campesinos" representantes del partido de gobierno y del poder central; los destacamentos de policías o del ejército; las autoridades eclesiásticas; los administradores de los latifundios, o los mismos latifundistas; todos forman

una capa homogénea, una espesa costra, reforzada aún más por la diferencia de lenguas.

Anotemos que los mineros bolivianos pudieron penetrar con éxito en las poblaciones indígenas que circundan las minas, en el Departamento de Potosí; y que el gobierno ya no puede manejarlos como antes mediante un pedazo de pan o una botella de chicha. Ahora, los indios están armados, eligen sus propios responsables de poblaciones y se instruyen por intermedio de las emisiones en quechua de las radios de los sindicatos mineros. La federación de los mineros dispone, en efecto, de 13 poderosas emisoras repartidas en las 13 minas más importantes, administradas por una comisión sindical local. Estas posibilidades excepcionales de un trabajo de masas en el seno del campesinado indígena próximo a los centros mineros, es consecuencia de la relación de fuerza favorable a los mineros, quienes sin embargo, deben pagar con sus vidas, en una lucha armada constante, el derecho a disponer de esas radios que se escuchan en toda Bolivia. Al gobierno no le queda otro remedio que lanzar sus mercenarios contra los territorios mineros. El 28 de abril de 1964, cinco mineros fueron muertos defendiendo la radio de Huanuni, cerca de Oruro, contra un ataque masivo conducido por las bandas del gobierno, que sólo pudo ser contrarrestado por una contraofensiva nocturna con dinamita y fusil de todos los hombres aptos de Huanuni. Estas radios son el fruto de la insurrección de los mineros de 1952 que condujo al MNR al poder y permitió a los sindicatos obreros constituir rápidamente un aparato militar y de propaganda que actualmente deben defender, armas en mano, contra ese mismo MNR. No se puede, pues, extraer argumentos del ejemplo boliviano para sostener que un trabajo de masas es posible sin lucha armada, sin medios de autodefensa por parte de los campesinos. Foco insurreccional y foco de propaganda política tienen una sola y misma función.

6* La necesaria subordinación de la lucha armada a una dirección política central no debe provocar la separación de los aparatos político y militar.

Esta conclusión, abstracta en sí misma, resulta de las múltiples experiencias de desgarramientos acaecidos entre la resistencia interior y una dirección política instalada en el exilio o en esa tierra de asilo y exilio que puede ser la capital de un país. La división del trabajo entre ejecutantes y dirigentes parece al principio obligatoria por las condiciones con-

cretas de la lucha. Los dirigentes o un caudillo envían a las montañas un grupo de fieles o de adherentes devotos; los dirigen desde lejos para poder desligarse en caso de fracaso y salvar así su legalidad, actitud tradicional en América del Sur con la que rompe completamente el castrismo. Betancourt, jefe de Acción Democrática, siguió en su exilio de Puerto Rico mientras los jefes de la resistencia interna Ruiz Pineda y Alberto Carnevali eran asesinados por Pérez Jiménez, después del fracaso del plan insurreccional de 1951. Por el contrario, todos los dirigentes "castristas", a la manera de Fidel, han dirigido en persona el foco guerrillero. No hay un movimiento castrista en abstracto, hay dirigentes revolucionarios que en cada país retoman la tradición indeleble del caudillismo, imprimiendo su estilo a una organización nacional, después de haberse probado ante los ojos de todos los militantes.

El desdoblamiento conduce rápidamente a las disensiones entre el interior y el exterior. Regularmente los combatientes y sus dirigentes pertenecen a la nueva generación "cubana", y no han adquirido todas las manías de los políticos, con frecuencia habituados a la vida burguesa, que corrompen la dirección de los partidos. De inmediato, la diferencia entre los dos mundos, el de la guerra revolucionaria y el de la lucha legal (o que aspira a serlo, como es el caso de los partidos comunistas que se encuentran fuera de la ley), creará divergencias políticas insuperables. Ahora bien, el centro de gravedad política se desplazará irreversiblemente hacia el interior, en contacto directo con el pueblo y con el enemigo. ¿De dónde extraerá su autoridad la dirección del exterior y sobre quién podrá ejercerla? En el mejor de los casos, el barco se hundirá sin demasiados enfrentamientos. Sería equivocado creer que los dirigentes revolucionarios en exilio en Cuba o en los países socialistas "dirigen sus tropas por telegrama". Si quieren conservar alguna representatividad deberán subordinarse a los nuevos dirigentes del interior y harán pocas declaraciones pretenciosas, o formarán parte de los habituales congresos internacionales, cuyas declaraciones de principios pueden leerse en la prensa.

Los peligros del desdoblamiento son de temer de ambos lados. Existe la traición de los "políticos", flagrante en el caso de las guerrillas paraguayas (los dirigentes burgueses, liberales y febreristas, del movimiento "14 de Mayo" no vacilaron en denunciar a Stroessner los preparativos de los jóvenes del movimiento para no ser desplazados por ellos) y en el de las guerrillas argentinas (los Uturuncos en 1959

fueron abandonados y sistemáticamente ignorados por la máxima dirección peronista, que aprovechó este hecho para alejar a John William Cooke de la dirección del movimiento peronista). Pero existe también la desorientación política o los impulsos anárquicos de los "militares", quienes, privados de cuadros o de directivas concretas, y sin una gran experiencia política personal, arriesgan comprometer el porvenir de la lucha armada.

Para frenar estos dos peligros, la decisión castrista de fundir la dirección política y la dirección militar, análoga en esto a la tradición bolchevique y aún más a la china, resulta inevitable.

Sobre este punto puede esclarecernos la experiencia venezolana, si tenemos en cuenta sus características específicas ⁽¹³⁾. En primer término, las FALN resultan de la fusión de un frente único de partidos ya constituidos —el Partido Comunista y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria, cuya dirección, sobre todo en el caso del PC, es colegiada desde hace mucho tiempo— con personalidades independientes o provenientes de otras organizaciones y con militares (el Movimiento "4 de Mayo", de los insurrectos de Carúpano, el Movimiento "2 de Junio", de los rebeldes de Puerto Cabello). Todo esto, combinado con la dispersión de la lucha en diversos puntos del territorio, explica que no se pueda encontrar actualmente en Venezuela un líder nacional, un Fidel venezolano.

Teniendo en cuenta esta situación, la dialéctica de las relaciones político-militares de la revolución venezolana es rica en enseñanzas. Esta dialéctica podría descomponerse en los siguientes momentos:

I. — En un primer momento, separación del naciente aparato de lucha armada y de los organismos de dirección política.

1960-1961: separación del PC y de los grupos de autodefensa.

1962-1963: separación orgánica del Frente de Liberación Nacional (FLN), organismo de dirección política, y de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), "brazo armado del FLN".

Al principio el "aparato especial" del Partido era clandestino aun dentro del propio Partido. Este primer desprendimiento, cuando nace en 1960 la decisión de resistir a la creciente re-

(13) Obviamente hace falta aquí un análisis de los acontecimientos acaecidos con posterioridad a 1963 y las medidas de reorganización adoptadas recientemente por los revolucionarios venezolanos.

presión, no proviene de la incompetencia de los dirigentes en los problemas técnicos de organización clandestina ni de las reticencias políticas, aunque es verdad que el partido combatió muy fuertemente los grupos armados que se formaban anárquicamente alrededor de él. Las razones esenciales deben buscarse más bien en:

- a) **LA DECISIÓN POLÍTICA DE PROSEGUIR LA ACCIÓN PARLAMENTARIA Y LEGAL HASTA EL FINAL**, salvaguardando la prensa y los locales públicos del partido, manteniendo hasta el último momento, a pesar de la represión, una acción sindical basada en las posiciones de clase. Esto duró hasta que el gobierno de Betancourt, en octubre de 1963, destruyera las últimas libertades democráticas, suspendiera la inmunidad parlamentaria de los diputados y senadores del PC y del MIR y los colocara en la más completa ilegalidad. Los diputados fueron conducidos directamente del Congreso a las prisiones.
- b) **LA NECESIDAD DE DAR LA MÁXIMA FLEXIBILIDAD A LA ESTRUCTURA VERTICAL DEL PC** (centralismo democrático), necesaria para su funcionamiento en tiempo de paz, pero mortal en tiempo de lucha clandestina. El mantenimiento de esa estructura se revela imposible en los hechos por la situación de urgencia; la aceleración de los acontecimientos; la dispersión debida a la regla del contacto mínimo, propia de la clandestinidad; y la desaparición de los organismos de dirección política, como consecuencia de la represión. "Si cuando ocurre un movimiento de tropas es preciso consultar al Comité Central para saber si conviene o no hacer saltar tal puente estratégico, se tienen todas las posibilidades de hacer saltar el puente una semana después del paso del regimiento en cuestión", ha dicho el responsable de un "destacamento". (Un destacamento consta de tres pelotones, un pelotón de tres unidades tácticas de combate y una UTC de cuatro a seis personas).
- c) **EL ELEMENTAL IMPERATIVO DE SEGURIDAD**. Como quiera que el nacimiento de una guerrilla rural requiere de una maduración revolucionaria elevada, la autodefensa armada se organiza primero en las grandes ciudades. Es allí donde la represión golpea primero: manifestaciones de masas dispersas a tiros, pillaje de los

locales del Partido, arresto y fusilamiento de militantes, etc. Cuando esa represión surge, la mayoría de los viejos militantes del PC ya están fichados y son fácilmente controlables, sobre todo en Caracas, donde el Partido ocupó en 1958 el segundo lugar en las elecciones, y parecía no existir razón alguna para ocultarse en los momentos de la euforia democrática que siguió a la caída de Pérez Jiménez. Pero un aparato de Estado cuyo contenido de clase no ha sido cambiado, no se deja llevar por esas euforias pasajeras y prepara siempre la guerra. De ahí la necesidad de ubicar a estos compañeros en tareas legales, y la necesidad de crear una organización de autodefensa compuesta por desconocidos o por personas menos marcadas políticamente, y, en consecuencia menos vulnerable a la represión.

II. — Se desarrolla así un aparato militar urbano que aprende bien o mal a devolver los golpes y a organizarse poco a poco en la práctica. Las acciones de autodefensa, y luego de contraofensiva, intensifican la represión, que hiere cada vez más el aparato político de los partidos revolucionarios, más expuestos a causa de su acción semilegal, y mejor conocidos por la policía. En consecuencia, la antigua organización del partido se debilita y disgrega (cierre de locales, destrucción de la imprenta, censura de los periódicos, etc.) y los elementos vacilantes tienden a abandonar la lucha. El partido se repliega; períodos de crisis bien conocidos en todos los movimientos de liberación en el momento del paso a la lucha armada. Pero esta última crea nuevas tareas, acelera su ritmo para resistir el ritmo creciente de las acciones represivas, obliga a avanzar llenando los vacíos, corrigiendo sobre la marcha los errores, y obliga a hacerles frente.

Durante este tiempo, año 1962, una rama de la organización urbana, guiada por una visión estratégica a largo alcance, prepara, organiza e inaugura focos de guerrilla rural. Parecería que se tuvo la idea de inaugurar varios focos a la vez, con el objeto de dividir las fuerzas armadas, pues el año 1962 asistió a la eclosión de focos en seis estados diferentes (Mérida, Zulia, Miranda, Lara, Trujillo, Falcón). El contrario de esta táctica aparece pronto: alimentar tantas zonas dispersas en hombres y armas, abastecerlas de todo lo necesario, es imposible. Los focos, por otra parte, no tienen a menudo ningún nexo político o militar entre ellos. Debido a la inexperiencia en este género de lucha, debido a la ausencia de preparación militar seria, al desconocimiento del terreno y a la poca pre-

caución en el mantenimiento del secreto militar, estas tentativas en las que participaron casi exclusivamente estudiantes, terminaron trágicamente. Pero sobre la base de esas experiencias, y esta vez de manera responsable, grupos de obreros, de campesinos e intelectuales revolucionarios, dotados de un sólido conocimiento del terreno, subieron a las montañas. En la primavera de 1962 se constituye el frente de El Charal, bajo el mando de un ingeniero, Juan Vicente Cabezas, y en el Estado de Falcón, el frente "Leonardo Chirinos" bajo el mando de Douglas Bravo, ex estudiante de derecho y ex obrero de fábrica.

III.— En razón de las condiciones materiales y morales muy difíciles en las que debe operar la guerrilla urbana, esta última comienza a agotarse y comete ciertos errores tácticos (ataque al tren de El Encanto en octubre de 1963) que aprovecha el gobierno para llevar la represión al máximo, fuertemente ayudado en esto por los servicios y el dinero yanqui, que afluye a Caracas. La sucesión de arrestos de responsables políticos, que permanecieron en la capital para asegurar la permanencia de la dirección política a pesar de las condiciones de seguridad, cada vez más precarias, desorienta al aparato urbano. Desde entonces está probado que la guerrilla urbana, comprometida en una guerra civil casi frontal contra los policías, la guardia nacional y el ejército en el curso del verano y otoño de 1963, no está en condiciones de quebrantar el aparato regresivo y malgasta tesoros de vidas humanas, obteniendo resultados desproporcionados con el esfuerzo. No puede entonces revestir la importancia estratégica que ciertos sectores "insurreccionistas", especialmente entre la juventud del MIR, querían otorgarle.

Durante este tiempo, y al lado de la lucha urbana, que ocupa el primer plano del escenario público, los focos rurales se fortifican en silencio. Dirigentes y combatientes ganan rápidamente en experiencia política y militar. Y para sorpresa de todos, los desmantelamientos periódicos de la organización contacto Caracas-provincia-frente guerrillero (el decomiso de estaciones de radio, el arresto de responsables de tráfico y de suministro de armas, el arresto de correos, etc.) no provocan de manera alguna el desmantelamiento de los focos, que refuerzan su capacidad de acción, sus bases de apoyo y su reclutamiento entre los campesinos. En consecuencia, se pueden romper los puentes entre el FLN y los destacamentos rurales de las FALN sin que esto impida a estos últimos crecer y autoabastecerse. Los jefes

guerrilleros, inalcanzables y cien veces muertos según la prensa, reaparecen y tienden a transformarse en mitos populares que movilizan a su vez las ciudades. Finalmente, la guerrilla rural aparece como único aparato permanente, sólido, en crecimiento, y fuera del alcance de cualquier represión armada.

IV.— En Caracas y en otras ciudades, los detenidos políticos que a fuerza de coraje y de ingenio logran evadirse, los militantes y los dirigentes "quemados" en la ciudad, arrinconados en una clandestinidad cada día más aleatoria, no tienen más que un recurso: unirse a las zonas estabilizadas o liberadas por los focos guerrilleros. Sobre la base de las estructuras existentes desde el comienzo del foco, pero consolidadas por este ingreso continuo de sangre nueva, tiende entonces a realizarse la fusión de los dos aparatos de dirección política y de acción militar en la guerrilla rural.

En julio de 1964, en el Estado de Miranda, al este de Caracas, surgió un nuevo foco. Se desató una fuerte ofensiva militar contra este nuevo foco y contra los otros ya existentes, con bombardeos de aviones B-25 y cargas de mortero de 105 mm., lo que permitió una vez más al gobierno anunciar la liquidación de las "bandas civiles armadas". Pero, hasta donde se sabe, los frentes han resistido perfectamente y permanecen cada vez más numerosos y más fuertes.

En cuanto a la guerrilla urbana, no parece revestir más que un aspecto táctico de golpes de mano u hostigamiento bastante secundarios. En su lugar, se puede tratar de desarrollar una acción propiamente política, una campaña para la liberación de los prisioneros o radicalizar y lograr la colaboración y participación de nuevas organizaciones de izquierda.

7* La lucha armada revolucionaria sólo es realizable en el campo. En la ciudad se degrada.

Aquí también la experiencia venezolana nos sirve de ejemplo. Ya se conocen los argumentos irrefutables del Ché Guevara a este respecto: comoquiera que un foco insurreccional ataca el eslabón más débil, debe cuidarse de las zonas urbanas como de los eslabones más fuertes de la cadena, es decir, de los lugares donde están concentrados todos los cuerpos represivos y administrativos del Estado y donde las clases más desamparadas están más o menos integradas a la sociedad. Sin embargo, el éxodo rural a las capitales ha creado en las ciudades una contradicción social explosiva,

cada año más insoluble para las clases dominantes: la aglomeración de desocupados provenientes del campo, en los ranchos de Caracas; en las barriadas de Lima, donde 600.000 habitantes viven en chozas de tierra construidas a orillas del Rimac; en las favelas de Río; en las villas miseria de Buenos Aires; en las poblaciones callampas de Santiago, etc.

En Caracas, un tercio de la población, 350.000 habitantes, vive en los ranchos, cinturón de colinas que rodea la ciudad, entrelazamientos de callejuelas, de plazas, pasajes, terrazas, por donde la policía y menos aún el burgués, no se arriesgan ni en tiempos de paz. Cada año 70.000 venezolanos se instalan en Caracas y más de la mitad lo hacen en los ranchitos. Esta realidad socio-económica explica por qué ha podido desarrollarse en Venezuela, por primera vez en América del Sur, una forma extraordinaria de guerrilla: la guerrilla urbana.

El ranchito fue su base esencial de operaciones y de reclutamiento. Mucho se habló en el extranjero de los asaltos sorpresivos de las Unidades Tácticas de Combate: secuestros de militares enemigos, golpes publicitarios, captura de fondos en los bancos, de armas, de documentos, sabotajes a las instalaciones imperialistas. Estas operaciones se desarrollan ordinariamente de día, porque exigen pocos participantes, que deben utilizar sus armas lo menos posible. La composición de estos comandos es precisamente estudiantil o pequeño-burguesa; el 26 de Julio cubano tenía la misma composición social y sería ridículo emplear el calificativo "pequeñoburgués" con el juicio de valor implícito que se le asigna en Europa. Pero existe la otra cara de la guerrilla urbana, mucho más importante por el número de hombres que engloba: la guerrilla en los ranchitos. El reclutamiento es diferente; obreros, desocupados, jóvenes sin empleo, hijos de familias numerosas y miserables que componen la organización político-militar del barrio. Las relaciones con el lumpen frecuentemente son tensas, pero no llegan al rompimiento. Hay acuerdos locales, pactos de no agresión y aun colaboración o regeneración de tráfugas del lumpen. Situación análoga a la que hubo en la Cashbah de Argel durante la guerra.

En el período más intenso de la lucha urbana, alrededor del verano y primavera de 1963, no había día sin encuentros armados en varios ranchitos simultáneamente. Cuando caía la noche comenzaban los disparos que terminaban al amanecer. Las operaciones: hostigamientos a las fuerzas represivas, emboscadas, batallas libradas contra el ejército y aun ocupación total de un barrio que se convertía en

territorio libre por algunas horas, hasta que la concentración de grupos armados se hacía insostenible y se disolvía. El objetivo: concentrar los cuerpos represivos en Caracas, dividirlos, fatigarlos, para acelerar su desmoralización y su liquidación. Los casos de desertión fueron muy frecuentes en la policía durante esa época. Maniobras de distracción también, cuando otras operaciones se llevaban a cabo en otros lugares, tales como evasiones individuales o colectivas de los centros de detención. Pero algunos meses después, el silencio envolvió a los ranchitos: esta forma de guerrilla urbana había desaparecido. No se crea que los grupos armados de los ranchitos habían sido liquidados y militarmente vencidos. En realidad este tipo de acción podía continuar, pero parece que una decisión de las FALN puso fin a las operaciones. ¿Por qué?

Operando en una zona determinada y naturalmente limitada, la guerrilla urbana es fácilmente ubicable. Ella no puede, en efecto, ni elegir el momento ni el lugar para el combate.

En cuanto al momento, por múltiples razones la guerrilla urbana se ve forzada a operar de noche (los ranchitos tienen alumbrado público muy pobre). Existe una mayor seguridad para los combatientes, quienes pueden escapar mejor a la identificación (para reforzar la seguridad se puede hacer permutas entre grupos de barrios diferentes, a fin de evitar las delaciones, siempre posibles). Existe también una mayor seguridad para los vecinos. En efecto, las calles desiertas por la connivencia del barrio hacen menos víctimas inocentes, aunque desafortunadamente siempre hacen algunas, porque las balas traspasan las paredes de cartón o de madera de las casas. La noche permite a las fuerzas populares aprovechar al máximo sus ventajas: el conocimiento del terreno, la movilidad, la dificultad del enemigo de utilizar armas pesadas. Por el contrario, la llegada del día permitirá el allanamiento y el registro de las casas, las represalias masivas, la redada y el "peinado".

En cuanto al terreno, su elección resulta casi imposible a los grupos armados puesto que no pueden desplazarse en la ciudad (las grandes avenidas están severamente controladas) para sorprender desprevenidos a una guarnición o a un destacamento militar. La operación implica grandes riesgos puesto que la retirada puede ser fácilmente bloqueada. Es preciso pues, atraer a los cuerpos represivos hacia las colinas, fuera de su terreno natural de acción. Pero al cabo de un cierto tiempo los cuerpos represivos han comprendido la trampa y ya no se desplazan, prefiriendo abandonar los ran-

chitos al control nocturno de los grupos armados, antes de perder una docena de hombres en cada incursión. Todas las estrategias serán entonces buenas para atraer a los destacamentos policiales y del ejército a los ranchitos, como por ejemplo el falso terrorismo: en una zona aparentemente en calma, explota allá en lo alto de un ranchito una potente bomba... llega la columna de soldados que viene a comprobar el estrago, y se encuentra encerrada en una emboscada y debe pedir refuerzos, etc.

Ahora bien, la ubicación en los barrios populares indica rápidamente la táctica a seguir por las fuerzas gubernamentales: establecer guardias permanentes del ejército y la policía en dichos barrios, en número y densidad tales que se vuelva desventajoso atacarlos.

Si bien en la primera fase de la lucha, todas las estaciones de policía debieron ser evacuadas de los barrios obreros (de los enormes mono-blocks de 23 de Enero, de Urdaneta, de Simón Rodríguez y de los ranchitos), poco después el ejército y la guardia nacional establecieron cuadrillas con armamento pesado en los puntos claves (sobre los techos, en las bocacalles y encrucijadas, en las alturas y colinas, etc.) y esto determinó prácticamente el fin de los combates urbanos. La vida de un militante es demasiado preciosa para sacrificarla inútilmente y, por suerte, los revolucionarios no tienen un falso sentido de los combates de "honor". Los venezolanos no atacaron más.

En consecuencia, en el plano militar, la guerrilla urbana no puede cambiarse en guerrilla de movimientos y menos aún en guerra de posiciones. Ella deberá limitarse al hostigamiento, al sabotaje, donde deberá gastar fuerzas desproporcionadas a sus objetivos. "Morder y huir", divisa del guerrillero en el campo, es imposible.

Sin base fija, un grupo armado urbano no tendrá posición de repliegue segura y se expone al aniquilamiento por cerco, delación, imprudencia, etc. Esta ausencia de base fija de operaciones significa también la ausencia de una base social y económica sólida. Puesto que el poder no puede ser tomado de golpe por una insurrección generalizada, no caben reformas parciales en una parte de la ciudad liberada. Si el guerrillero es un "reformador social", ¿qué puede reformar en una ciudad? ¿De qué realización puede valerse para atraer grandes masas? Los pequeños grupos en que forzosamente debe desarticularse una guerrilla urbana (una UTC tiene de 4 a 6 personas) no podrá nunca llegar a formar un núcleo permanente, localizado, dotado de cierto poder de fuego, concentrado, disciplinado y entre-

nado en la guerra convencional y en el manejo de armas pesadas. Desde el momento en que no puede pasar más allá del hostigamiento, una guerrilla urbana no puede transformarse en un ejército guerrillero y menos aún en un ejército regular popular, capaz de enfrentar finalmente al ejército represivo, fin de todo foco.

Esta atomización obligatoria de los combatientes urbanos, abandonados a sí mismos, tuvo en Venezuela una gran importancia, puesto que implicó en germen un riesgo muy serio de despolitización de las UTC, y por tanto el surgimiento de acciones anárquicas, desordenadas, contrarias a la línea general del FLN. Teóricamente, los planes de toda acción importante debían ser elaborados por sus futuros ejecutantes (UTC o destacamentos), elevados a la dirección política y devueltos con su aprobación o no. Pero en la realidad, no era siempre así: podía haber mucha urgencia, o defectos en un contacto, o arresto inesperado de un dirigente. Por otra parte, la juventud, principal fuente de reclutamiento de los grupos de acción, no tiene en países semicoloniales la formación cultural que puede tener en un país desarrollado, donde la enseñanza primaria es realmente obligatoria. Y la mitad de la población venezolana tiene menos de veintiún años. La formación política no se adquiere de golpe, sin ensayos ni tanteos; así se entiende cómo algunas UTC han podido cometer ciertos errores, los cuales han sido siempre sancionados y corregidos por la dirección nacional (14).

Ahora bien, un joven combatiente de un foco rural se formará políticamente mucho más rápido que un guerrillero urbano. Si para este último todo puede reducirse a una serie de operaciones "heroicas", aisladas de su contexto, antes y después de las cuales deberá volver a la atmósfera normal de la vida urbana, con todas las facilidades a las que lo ha habituado la vieja sociedad, el guerrillero en el campo estará sumergido en un contacto permanente

(14) Esos errores políticos fueron, en opinión de los mismos venezolanos, los siguientes: extender las operaciones de sabotaje a las fábricas e instalaciones comerciales de capitales nacionales, enemigos secundarios que se hubieran podido neutralizar, aunque es difícil en la práctica distinguir capital nacional y capital imperialista pues la mayoría de las veces están entrelazados; haber atacado en algunas circunstancias a los efectivos de la policía municipal o de la policía de tránsito, arrojándolos así al lado de las fuerzas represivas activas; no haber tenido suficientemente en cuenta el valor irremplazable de la vida de un militante, atacando objetivos muy secundarios, como el sabotaje al depósito de films de la Columbia, donde murieron quemados vivos dos combatientes de una

y directo con el mundo exterior, con los campesinos y con la naturaleza, y la operación propiamente militar sólo será un detalle o un momento más.

Dicho de otro modo, la acción urbana es discontinua; para el guerrillero urbano cada operación se basta a sí misma.

Por el contrario, lo esencial de un campamento campesino es crear sin cesar sus condiciones de vida. En la primera y más larga etapa de lucha, esa será su actividad principal y no el combate militar que debe, por el contrario, evitar. Sembrar, cazar, cosechar, recolectar, en fin, sobrevivir, es en la selva americana un trabajo sacrificado y heroico. De este modo, en sus comienzos, el foco no podrá sobrevivir, sino en la medida en que obtenga el apoyo del campesino, el foco está soldado al medio congénitamente. Para los "bandoleros" colombianos del Tolima, el problema no se plantea; como ellos no producen sus condiciones materiales de vida, el apoyo de la población le es indiferente; les es suficiente el pillaje, el robo y las contribuciones obligadas. Por el contrario, el foco rural está en contacto directo, sin intermediarios con la colectividad de la zona de operación, y con la producción material de sus medios de vida, ya sea por la limpieza de un pedazo de bosque a fin de cultivarlo, por el trabajo en común de la tierra, por la caza, etc. Estas condiciones materiales llevan ineludiblemente al foco a proletariarse moralmente y a proletarizar su ideología. Así sus miembros sean campesinos o pequeñoburgueses, el foco guerrillero se convierte en un ejército de proletarios. Es así como la guerra de guerrillas opera siempre una mutación profunda de los hombres y de su ideología; ese es, por ejemplo, el porqué hubo en Cuba un desnivel político entre los dirigentes del ejército rebelde y buena parte de los dirigentes de las organizaciones urbanas del propio 26 de Julio, del Directorio 13 de Marzo y hasta con los dirigentes del Partido Socialis-

UTC, en el incendio que ellos contribuyeron a crear; no tener en cuenta las condiciones circunstanciales, como fue el caso del ataque a un tren custodiado por un destacamento de guardias nacionales emprendido con el fin de recuperar su armamento, en el curso del cual fueron eliminados algunos soldados que opusieron una inesperada resistencia, en el mismo momento en que se desarrollaban importantes conversaciones preelectorales en el seno de los Partidos de oposición. Esta acción, montada hipócritamente sobre alfileres por el gobierno, sirvió de pretexto a la oposición legalista para rehusar una candidatura única de la izquierda en las elecciones presidenciales. La mayoría de los responsables de estas acciones fueron destituidos por el Estado Mayor de las FALN.

ta Popular, que no podían imaginar que la revolución fuera tan rápida y hacia el socialismo. Y sin embargo la formación política y social de los dirigentes urbanos del 13 de Marzo y del 26 de Julio era la misma: "intelectuales pequeñoburgueses revolucionarios". Del mismo modo en Venezuela, los que pasan de la lucha urbana a la lucha rural sienten un cambio de calidad en la atmósfera humana, en la organización y aun en el análisis político. El análisis a corto plazo en la montaña no tiene vigencia. Todos los guerrilleros saben en ese momento que la guerra será larga y debe serlo, en las condiciones actuales de la relación de fuerzas, porque "nosotros no aspiramos a tomar el poder en una operación suicida para perderlo a las 24 horas; no nos precipitamos pero tampoco retrocedemos en la relación con nuestros objetivos".

La proletarianización rápida del foco rural ha dado a los combatientes confianza en sí mismos y modestia. Paradojalmente, es casi imposible que se desarrolle en un foco rural, germen del ejército popular, una tendencia al militarismo, a la creencia de que todo se reduce a "echar balas", a "tirar" y que todo depende del éxito militar. Del mismo modo, el romanticismo encontrará aquí difícilmente su caldo de cultivo. El combatiente rural se educa día y noche en su contacto con el mundo exterior.

Por el contrario, el combatiente de la guerrilla urbana tiende a vivir en un medio abstracto de su medio natural (la ciudad, el trabajo ordinario, los amigos, las mujeres, etc.) en obsequio de su seguridad y de la seguridad de la organización. Si para el primero el mundo exterior inmediato —el campo de maíz, la plantación de bananas pertenecientes a una familia de campesinos amigos, la laguna, la vertiente, o el poblado a dos horas de marcha, etc.— es fuente de vida, o mejor dicho el único medio de vida posible, para el segundo, el mundo exterior será siempre vigilado como el peligro número uno, la puerta siempre entreabierta por donde vendrá la muerte o el arresto; es preciso desconfiar de las personas ajenas a la organización (y de los barrios, de los apartamentos, de los teléfonos, de la multitud que transita por la acera y que en principio conlleva un policía, etc.) pues son ellas las que hacen correr el riesgo de la infiltración, de la delación, de la imprudencia, del relajamiento moral, de la confidencia. La soledad necesaria, la fugacidad de las relaciones humanas, el mutismo, el enclaustramiento, todo aquello está simbolizado por la noche, el momento por excelencia de la acción urbana. Distinción del día y de la noche, extraña en gran medida al guerrillero

del foco que vive día y noche en la montaña, es decir, ni en el día ni en la noche, sino en la penumbra sin sol, tibio y protegido, donde la columna permanecerá invisible de día y de noche, tanto para un avión como para el tránsito del sendero vecino.

Nunca un guerrillero campesino utilizará, por ejemplo, los senderos y los caminos ya trazados de la montaña; él los abre a través de la espesura, haciéndose sus propios caminos, disponiendo de señales invisibles. Una columna represiva, aun una patrulla, tomará obligadamente el sendero, demasiado recargada de equipaje e ignorante del terreno para penetrar en la selva, facilitando así la emboscada, o el control de sus desplazamientos. La prudencia defensiva (una huella de botas en el sendero permite saber la fecha e importancia de un pasaje pues los campesinos caminan descalzos o con zapatillas), y la velocidad ofensiva (rapidez del ataque y ganancia de tiempo en la retirada) están del lado del guerrillero campesino. Pero no importa cuán embrolladas sean las calles de un rancho, hay que atravesarlas, dirigirse a tal bocacalle, atravesar tal sitio, donde no es difícil ser "esperado" por una patrulla militar sólidamente instalada. La situación se invierte. Un cerco en la montaña, en la selva, nunca es infranqueable puesto que nunca es completo: la selva venezolana de Falcón tiene sus grietas, sus peñascos, sus árboles, sus grutas. Para bloquear un rancho, en cambio, con frecuencia basta con bloquear tres entradas. Simple ejemplo, en el plano de la libertad de evolución, del carácter extremadamente vulnerable de un grupo armado en la ciudad.

El aislamiento de los militantes, reunidos 24 horas antes de la operación, de la cual ignoran frecuentemente su naturaleza hasta último momento; el empleo de seudónimos en el mismo interior de la UTC; la imposibilidad de estrechar relaciones de amistad; la ignorancia recíproca obligatoria; la ignorancia también del responsable que da la orden; etc.; en pocas palabras, las condiciones materiales de acción de una guerrilla contribuyen a formar un cierto tipo de conducta y espíritu abstractos que pueden llevar al voluntarismo o al subjetivismo. Las condiciones técnicas y materiales de una guerrilla urbana no son separables del contenido político de su acción pero repercuten directamente en ella. No se puede hablar de una sin hablar de las otras.

La extrema dispersión de los grupos armados urbanos vuelve difíciles la coordinación y el control de las acciones. La iniciativa táctica pertenece a los combatientes. Como son clandestinos, rinden cuentas sólo a los superiores

de la organización y no directamente, como en el caso del foco rural, a los campesinos y sus familias. Pero si bien las formas de acción urbana son las más clandestinas, es también en la ciudad donde el contenido de cada acción repercutirá más en el exterior, y es aquí también donde corre los riesgos máximos de deformación por la todopoderosa propaganda enemiga. La radio y la prensa se encargarán de confundir a la opinión pública.

Los comandos venezolanos tienen la orden de no hacer uso de sus armas, salvo en caso extremo de legítima defensa; los francotiradores de los ranchitos, si pueden, apuntarán preferentemente a las piernas para poner fuera de combate sin matar. Las fuerzas enemigas tienen consignas y reflejos opuestos, la muerte y la tortura. Por su número y su método, las fuerzas represivas hacen correr a los grupos armados mayores riesgos de eliminación física que en la montaña; los combatientes deberán pues matar para no morir. La acción más modesta, desarmar a un policía en la calle para quitarle el arma, revólver o fusil, tiene efectos imprevisibles si el policía se resiste; en esos casos ¿se preferirá que el militante revolucionario se deje matar o que haga uso de su arma? El dilema puede ser cotidiano pues las FALN no tuvieron jamás otras armas que las que sacaron al enemigo y es necesario tomar esas armas donde son más numerosas y asequibles, en las ciudades, tarea por lo tanto de los combatientes urbanos. De este modo, cada acción de ese tipo será bautizada de "asesinato" por la radio y la prensa y, por supuesto, la prensa clandestina y los otros medios de propaganda popular no llegarán nunca a contrabalancear esta intoxicación masiva.

En la ciudad, el enemigo está en su casa y hace la ley, lo que no puede hacer en la montaña, donde los campesinos saben a qué atenerse. En cambio, cuando un grupo de francotiradores se apropia de un camión de carne perteneciente a un supermercado Sears de la cadena Rockefeller y distribuye su contenido en un rancho hambriento, la televisión, la prensa y la radio se cuidarán muy bien de comentarlo.

Durante el verano de 1963, se comprobó en Caracas un cierto número de "neurosis de guerra" entre los guerrilleros urbanos, que debieron ser relevados y licenciados por el Estado Mayor de las FALN. El ritmo de las operaciones y los riesgos corridos fueron tales que muchos fueron vencidos por sus nervios sin serlo por la represión física. Neurosis del tipo maniaco depresiva: abatimiento, desánimo, alternados con una excitación febril, deseos de

provocar al enemigo al descubierto para liberarse de la angustia latente, de explotar para acabar con las inhibiciones a los que, a la larga, conducen la conducta de represión del clandestino. Este tipo de neurosis lleva al desprecio de la vida, a la operación suicida, al formalismo de la acción por la acción. En la época de Batista, entre los militantes de La Habana este género de accidentes no fue raro. Y pasa lo mismo con cualquier acción clandestina, cualquiera que sea.

Estas notas no podrían en ningún caso describir un estado general de la guerrilla urbana sino una tendencia, resultado de sus condiciones materiales de acción, explicando por qué la guerrilla urbana no puede pasar hacia una forma de acción superior, viable a largo plazo. Pero en Venezuela sí se trató de una guerrilla urbana, es decir, de operaciones militares correspondientes a una situación objetiva de guerra, creada por el Estado semicolonial y el imperialismo y ligadas a una organización y a un programa políticos que expresaban las aspiraciones populares. Nunca se ha cometido un atentado individual contra la vida de un enemigo político, así fuera Betancourt, lo que técnicamente no planteaba problemas insuperables. El objetivo principal de las operaciones fue el ejército y el potencial económico imperialista. Si por terrorismo se designa la acción individual sin relación con el desarrollo de la organización y los objetivos políticos de un movimiento revolucionario, inconsciente de las condiciones históricas y subjetivas de las masas, nada fue menos terrorista que la acción urbana de las FALN y nada lo fue más que la represión gubernamental.

8º Revolución democrática burguesa o revolución socialista: un falso dilema.

Una de las mayores polémicas que dividen a las organizaciones revolucionarias es la que plantea el problema de la naturaleza de la revolución. En una palabra, a la tesis sectaria de influencia trotskista de la revolución socialista inmediata, sin etapa previa, se opone la tesis, tradicional en ciertos partidos comunistas, de la revolución agraria anti feudal, llevada a cabo con la ayuda pero en realidad bajo dirección de la burguesía nacional. Por encima de las dos tesis, muchos piensan que la revolución es un proceso indefinido, "sin etapas" separables, que aunque no parte de una reivindicación socialista, conduce inevitablemente a ella cuando la vanguardia del proceso revolucionario representa sinceramente a las clases explotadas. Tal

parece ser la enseñanza de la Revolución Cubana.

Pero la Revolución Cubana enseña también que el nudo del problema no está en el programa inicial de la revolución sino en el hecho de que ella ha resuelto prácticamente el problema del poder del Estado antes de la etapa democrática burguesa y no después. Cuba pudo convertirse en un Estado Socialista sólo porque en el momento de realizar sus reformas democráticas nacionales el poder político ya estaba en manos del pueblo.

Es por esto que la población actual con respecto al programa de la revolución —revolución democrática burguesa o revolución socialista— plantea un falso dilema que, en la práctica, retrasa en los hechos el comprometerse seriamente en la lucha concreta de un frente unido antimperialista.

Un análisis rápido del capitalismo latinoamericano permite ver cómo está orgánicamente ligado a las relaciones de producción feudal en el campo. En Colombia, los beneficios industriales tienden a reinvertirse en la tierra y las familias industriales son también las grandes familias latifundistas. En Brasil, para hablar de países de capitalismo nacional, la industria azucarera del nordeste o el comercio del café de Sao Paulo están ligados al latifundismo agrario. Y si no ¿cómo explicar que ninguna burguesía nacional haya podido llevar a cabo una verdadera reforma agraria que debería sin embargo beneficiar a sus intereses por el ensanchamiento del mercado interior que provocaría? En pocas palabras, parece que en América del Sur la etapa democrática burguesa de la revolución supone la destrucción previa del aparato de Estado burgués. Sin esto el proceso habitual del golpe de Estado militar está condenado a repetirse eternamente, del mismo modo que se repetirá el "arranque" revolucionario sin base segura alguna en el curso de un proceso legal y constitucional de reformas democráticas (reforma agraria, votos de los analistas, relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países, leyes laborales y sindicales, etc.), como pasó en Brasil desde Kubitschek; en Bolivia, después de 1952; en República Dominicana con Bosch; etc. Estas polémicas incansables no sirven más que para dividir al movimiento revolucionario y ocultar a las masas el problema que condiciona a todos los otros: la conquista del poder y la eliminación del ejército burgués, esa espada de Damocles que no dejará nunca de tratar de romper a todo movimiento de masas.

Si bien es mucho más difícil, "después de Cuba", integrar una fracción importante de la burguesía nacional a un frente antimperialista,

este último puede y debe ser todavía el objetivo número uno. Pero al parecer este frente no puede constituirse más que en la práctica de una **lucha revolucionaria** y, lejos de contradecir la existencia de un foco armado y resuelto a luchar, implica una vanguardia agitadora que en ningún caso puede esperar que ese frente esté plenamente constituido en el papel, entre los organismos de dirección, para desatar una lucha armada. Tal es quizás la más grande paradoja del "castrismo": su carácter a la vez radical (condicionar todo a la toma del poder) y **anti-sectario** (nadie, ningún partido o ningún hombre puede monopolizar la revolución). Evidentemente, la paradoja deja de serlo cuando se toma a la práctica como criterio y referencia fundamental de la verdad teórica. Hay en efecto una vieja correlación en América Latina entre el reformismo de ciertos partidos comunistas y su aislamiento: apelando sin cesar a la formación de un frente nacional pero incapaces de asumir una alianza real por no tener una línea teórica y una organización autónoma sólidas.

Si recordamos bien un discurso de Fidel en 1961, pronunciado ante visitantes latinoamericanos, dos ideas parecen determinar el concepto castrista del frente de liberación, la del "comienzo", o iniciativa realista provocando un camino de calidad en la lucha política, el comienzo de la lucha armada (en Cuba el ataque al Moncada) y el de "práctica selectiva" de las alianzas y compromisos necesarios en el curso de la lucha. Dicho de otro modo, la revolución puede darse al comienzo un programa mínimo antimperialista, basado en reivindicaciones concretas en relación con la condición campesina, obrera o pequeñoburguesa, análogo al programa del Moncada que fue la bandera del 26 de Julio. Cuando hayan sido agotadas todas las posibilidades de lucha legal, inaugurar la guerra revolucionaria sobre la base más amplia posible; "desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios y los señores feudales de la tierra" (*). La práctica misma de la lucha, que nunca se puede determinar de antemano sino a medida que se la vive, se encargará de reordenar las alianzas políticas y sociales, disolviendo algunas, creando nuevas, y por tanto, nada de discusiones teóricas interminables sobre las modalidades de la futura reforma agraria, que no sirven más que para dividir y para retardar el advenimiento de las condiciones de aplicación de una reforma agraria, etc.

En otras palabras, las cuestiones concretas

(*) Segundo Declaración de La Habana, 4 de febrero de 1962.

que la práctica plantea a los revolucionarios requerirá respuestas nuevas de parte de ellos. Cada fase de la lucha tiene su propio sistema de interrogantes y respuestas, nacidas de la forma en que han sido resueltos los problemas de la fase precedente, y de nada sirve querer superar la práctica de un frente unido dividiéndolo en problemas que, llegado el momento, tal vez ni se plantearán. Ninguna actitud, ninguna elevación del nivel de la lucha por el poder o de la lucha después de la toma del poder, ni del nivel de los objetivos de la acción gubernamental puede efectuarse si no vienen a llenar una exigencia histórica, una carencia conscientemente sentida por las masas. Cae de su peso que toda esta concepción resbalaría hacia el organismo si no tuviera como piedra angular la existencia de una vanguardia homogénea, sincera, intransigente en su objetivo final, sin ninguna parálisis sectaria, sin modelo preconcebido, dispuesta a tomar aun los caminos más imprevistos para alcanzar su fin, templada y aleccionada por la lucha en el monte, vanguardia cuyo foco es ya su garantía.

RIGOR TEÓRICO DEL CASTRISMO

Esta confianza puesta en el valor radical de la práctica del foco, la cual engendra a los dirigentes, a los cuadros del futuro Partido, y hasta su propio campo teórico, ¿no será acaso el homenaje inconsciente del castrismo a su propia historia pasada, superada pero jamás negada, ya que la autocritica no hace sino ratificar una vez más el carácter creador e incompleto de toda práctica revolucionaria? Históricamente, lo que se llama castrismo es una acción revolucionaria empírica y consecuente, que ha encontrado en su camino al marxismo como su verdad. Para un castrista honesto el marxismo es una teoría de la historia, justificada y verificada por su propia historia personal.

EL ENCUENTRO DE FIDEL CON MARX

Este encuentro, ¿es nuevo? No.

Hace 35 años, en 1930, otro gran "héroe" revolucionario americano, Luis Carlos Prestes, llevado al pináculo de la fama por su larga marcha de la "Columna Prestes" (30.000 Km. recorridos en tres años en el interior brasileño por un millar de hombres que rechazaban todas las fuerzas represivas lanzadas contra ellos), encontró también al socialismo científico como a su verdad. Si en aquella época él le prestó al marxismo, con la misma resonancia que Fidel, su leyenda de "Caballero de la Esperanza", con el mismo gesto él negaba a esta última todo valor dialéctico. En el Manifiesto de 1930, lanzado al

pueblo brasileño desde Buenos Aires, donde se había exiliado, renegó de su pasado, de sus amigos, de su leyenda y de su nacionalismo, y propuso la instauración inmediata de soviets de obreros en Sao Paulo. La adhesión de Prestes al marxismo, en una época en que el socialismo no se había asegurado aún un lugar en el mundo, marcó también la ruptura de Prestes y del Partido Comunista brasileño con su realidad nacional, ruptura que quizás no ha sido aún superada a pesar de sus grandes victorias electorales de posguerra, en el mismo momento en que Prestes partió para Moscú y era absorbido por el engranaje administrativo de la Internacional.

Un contacto semejante con el marxismo es una electrocución y no una superación.

Lo que da tanta fuerza a la Revolución Cubana es la ausencia de ruptura entre lo que es, socialista, y lo que ha sido, nacionalista. Asimismo puede decirse del "castrismo" que el hecho de no haberse separado de sus raíces históricas y americanas le asegura, al mismo tiempo, un lugar dentro del marxismo y al lado del leninismo. Fidel Castro jamás ha renegado de sus orígenes ni de lo que ha hecho, él ha reinterpretado su trayectoria pasada de revolucionario no marxista, prolongándola y transformándola desde adentro.

Que el 26 de Julio continúe siendo la fiesta de la Revolución Cubana, es el signo distintivo y la conquista del castrismo, o de las vías latinoamericanas al socialismo. Ese día, los visitantes del mundo entero que llegan a La Habana para festejar la victoria socialista, conmemoran, en realidad, un golpe "aventurero"; el ataque al Moncada efectuado por un puñado de activistas, que hizo vibrar de indignación a los "buenos marxistas" del continente. Recordemos lo que fue el Moncada, el 26 de julio, en Santiago de Cuba. 150 hombres mal armados, bajo el comando de Fidel Castro y de Raúl Castro, atacaron la guarnición del cuartel Moncada. El ataque fracasó. El grupo mejor armado, de 50 hombres, llegó con retraso al encuentro fijado. Se había perdido en las calles de Santiago. La represión que siguió provocó la muerte de casi todos los participantes del ataque. Fidel, preso poco después, escapó a la muerte por azar, e hizo de su alegato ante el tribunal, el acta de acusación que se conoce como La historia me absolverá. La idea era, después de la toma de la guarnición, distribuir las armas al pueblo, transformar a la provincia de Oriente en territorio libre y llamar al resto del país a la insurrección general ⁽¹⁵⁾.

Si se reflexiona bien, éste quizás sea el hecho más emocionante, el más nuevo de la Revolu-

ción Cubana: que ella rinda homenaje todos los años como al punto más alto de su genealogía, a ese escándalo teórico e histórico que fue el asalto al Moncada.

Esto es lo que da a la simple historia de la Revolución Cubana y a su continuo desarrollo, una gravitación pedagógica diez veces más efectiva para el continente que diez manuales juntos de marxismo. Negándose a desmembrarse en dos épocas distintas, nacional democrática y socialista, la Revolución Cubana permite entender mejor y ayudar al desarrollo de las reivindicaciones nacionalistas "democrático-burguesas", a los combates y las formas de acción que desde un punto de vista sectario son "impuras" y que surgen aquí y allá en el continente. El castrismo, lejos de condenarlos, de arrojarlos en el infierno de la provocación, en el purgatorio despreciable del "pequeñoburgués", los apoyará decididamente, porque si sus protagonistas son sinceros y decididos terminarán por poner en tela de juicio al imperialismo norteamericano y por desembocar en el socialismo.

Al descubrir a todos que el nacionalismo latinoamericano implica la caída final del estado semicolonial y por tanto la destrucción de su ejército y la instauración del socialismo, el castrismo bien merece la definición de "nacionalismo revolucionario", sin agotar con esto todo su contenido. Está ligado, por todas sus fibras, a la exigencia de dignidad tanto individual como nacional. Cuando se piensa en la forma en que reaccionaron durante "la crisis de los cohetes", en octubre de 1962, el PCUS, los PC europeos y desgraciadamente la mayor parte de los PC latinoamericanos, ante la "sabiduría jruschoviana" y la "obstinación rebelde" de los dirigentes cubanos para rehusar "la inspección" de su patria, no existe aún ninguna razón para pensar que el antimperialismo con

(15) El Siglo, órgano del Partido Comunista de Chile comenta así el acontecimiento: "El pueblo cubano acaba de ser víctima de una nueva agresión del imperialismo yanqui. Acaba de producirse en ese país una asonada cuartelera que tiene todas las características de los golpes de mano que preparan y ejecutan fríamente los agentes de Wall Street para consolidar el poder de los gobernantes títeres cuando comienza a subir la ola de descontento popular. La consecuencia de esta agresión, empieza ya a sufrirla el pueblo cubano en su propia carne". ("El Siglo", 19 de agosto de 1953, firmado por Carlos Rosales, miembro del Comité Central). Seguramente que el Moncada pudo ser una táctica parcialmente errónea, pero mucho menos seguro es que fuera una maniobra yanqui. Y que el reformismo como el sectarismo estén expulsados de la historia real, de esto sí que estamos totalmente seguros.

raíces nacionales y lo que el mismo implica, haya sido comprendido en todo su rigor.

"CASTRISMO" Y CONCIENCIA DE CLASES

La certeza de que en las condiciones especiales de América Latina, el dinamismo de las luchas nacionales las hace desembocar en una adhesión consciente al marxismo, es otra de las razones que explica el predominio dado por el castrismo a la práctica de la lucha revolucionaria armada, por encima de sus rótulos ideológicos, cuando dicha práctica, despojada de objetivos politiqueros, se asienta decididamente sobre las clases explotadas.

A diferencia de las guerras anticolonialistas de Asia y de África, las luchas americanas de liberación nacional han sido ya precedidas de cierta experiencia de independencia política. La lucha contra el imperialismo, al principio, no es por lo tanto una lucha frontal contra fuerzas de ocupación extranjeras, sino que pasa por la etapa de la guerra civil revolucionaria; la base social es, pues, más estrecha y la ideología, es, en compensación, mejor definida, menos mezclada con influencias burguesas. Al menos tal sería la tendencia histórica.

Si en África y en Asia la lucha de clases puede ser confusa o diferida por las necesidades del Frente Nacional hasta después de la liberación, en América del Sur lucha de clases y lucha nacional deben, en definitiva, darse simultáneamente. El camino de la independencia pasa por la liquidación militar y política de la clase dominante, orgánicamente ligada a la metrópoli económica por la "cogestión" de sus intereses. Por lo tanto, no se puede evidentemente poner las guerras de liberación nacional americanas bajo la misma rúbrica que las del Asia o del África.

El hecho de que el poder político pertenezca ancestralmente a un grupo nacional hace mucho más compleja la reivindicación nacional; la lucha política entre los diversos grupos de la clase dominante (el grupo agrario exportador, el grupo industrial proteccionista, etc.) aparece a todos los explotados como lo que está primeramente en juego, ocultando o desviando así la contradicción fundamental nación-imperialismo, para mayor beneficio tanto de EE.UU. como de la clase dominante. Las masas entrarán pues mucho menos fácilmente en la lucha política porque a ellas no parece concernirle directamente. Estados Unidos utiliza con una astucia ya centenaria la pantalla gubernamental local hacia la cual desvía lo más fuerte del descontento popular haciéndole

recibir los golpes más violentos, aun cuando la embajada americana llegue a tener los vidrios rotos. ⁽¹⁶⁾ Por lo tanto es necesario especificar cuando se habla de oposición, a qué nivel se sitúa ésta: antigubernamental o antimperialista. Para poner el ejemplo de una oposición popular ampliamente mayoritaria, en Bolivia, solamente los mineros, los maestros, la mayoría de los estudiantes tienen posiciones irreductiblemente antimperialistas; los sectores de vanguardia del campesinado indígena, la pequeña burguesía insatisfecha, los latifundistas desplazados, la mayoría de los proletarios de las fábricas de La Paz, no tienen actualmente otras posiciones más que anti MNR, anti Paz Estenssoro. Lo mismo pasa en el Brasil, donde se calcula en no más de 5% del electorado los partidarios de los militares en el poder, abandonados como están por el grueso de la clase media; pero ¿cuántos del 95% restante quieren algo más que un cambio de gobierno?

Por otra parte el sentimiento de opresión, no es inmediato ni tan obviamente localizable. Bandera, ejército, escuela, lengua nacional, nombre de calles, todo parece indicar que la nación existe, y el vago sentimiento de frustración o de humillación, nacido del hecho de que esta "nación" no pertenece en realidad más que a una ínfima minoría, no encuentra de inmediato contra quién descargarse; no hay ocupación extranjera. Es difícil palpar la opresión; ésta es más "natural". La aparición de la lucha armada será entonces menos "natural", menos espontánea que en Asia o en África. Exigirá un nivel más elaborado de conciencia de clase. La lucha armada o el foco, recluta sus destacamentos iniciales en la ciudad ya que los campesinos están en ese momento más adormecidos por el orden social natural. En el campo las diferencias propias de un país semi colonial están reforzadas con la hipnosis del mundo feudal. El enemigo de clase pasa al estado de naturaleza, existe como las piedras del campo, ya que tiene todas las apariencias de la inmovilidad, mientras que la naturaleza pasa al estado político a través de la protesta religiosa. La naturaleza, no el latifundista, atraen la atención y la cólera de los campesinos. El

(16) Los últimos acontecimientos de Bolivia son claros. Paz Estenssoro, sostenido desde hace algunos años por los Estados Unidos, había dejado de ser un buen negocio; se le reemplaza entonces por Barrientos, el vicepresidente, el hombre del Pentágono, mantenido en reserva desde hacía tres años como pieza de repuesto, e impuesto como vicepresidente a Paz Estenssoro a fin de asegurar una transmisión legal del poder en caso de insurrección popular.

metro del Pernambuco brasileño da invariablemente la mitad de la cosecha al latifundista llueva, truene o relampaguee, mientras que la sequía del sertao llega por oleadas imprevisibles y cambia de año en año. El cielo, las nubes, Dios —no el latifundista— serán pues considerados los responsables del hambre, la muerte del hijo, de la mujer. Es conocido el fanatismo religioso del nordeste brasileño, del campo colombiano, de ciertas comunidades indígenas del Ecuador, etc. ... el cual es capaz de llegar hasta la guerra (como la Gran Guerra de Canudos a fines del siglo pasado).

En resumen, el factor subjetivo de iniciativa y de conciencia moral y política a la vez, expresado en el plano social por el papel fundamental de los estudiantes, tendrá en América del Sur particular importancia, especialmente a causa de las estructuras semicolonialistas y no directamente coloniales, de la explotación económica. Paralelamente, el nacionalismo tiende allí a radicalizarse y a definirse más rápidamente y con menos ambigüedad que en países coloniales.

"CASTRISMO" Y CONCIENCIA NACIONAL

El patriotismo revolucionario o castrismo de las nuevas organizaciones y de los frentes de acción surgidos en América Latina a partir de Cuba, no podría constituir una ideología particular, ni darse como tal.

De entrada, eso es lo que distingue al castrismo de los nacionalismos mistificantes que le han precedido. La naturaleza clasista que aquél descubre en la base de la reivindicación nacional y en el curso de la guerra de liberación pone fin, al mismo tiempo, al tema nacionalista tomado como objeto de discursos y como mito político.

¿Qué relación existe entonces entre el castrismo y las ideologías nacionalistas? Hay varias.

Tomemos primero el caso del nacionalismo burgués que reclama el desarrollo industrial nacional y la construcción del Estado nacional ora por la vía de un proteccionismo comercial, ora por la vía de la construcción de una industria pesada, ora por la integración y consiguiente ampliación de los mercados nacionales al nivel de varios o de la totalidad de los países latinoamericanos (mercado común latinoamericano, ALALC, etc.), tendencias todas ellas clásicas de las burguesías nacionales (Frigerio en Argentina; Juaribe en Brasil; Zavaleta en Bolivia).

Relación con el castrismo: la misma que en

tre capitalismo y socialismo, aunque Cuba es admirada por esos ideólogos por ser el único país que ha logrado liquidar el feudalismo, al que ellos también sueñan con combatir.

El patriotismo revolucionario se distingue asimismo del "gobierno nacionalista y democrático" que reclaman en su programa la mayor parte de los PC. Está orgánicamente ligado a la reivindicación socialista y tiende a la transformación del poder de Estado por medio de su conquista y de su destrucción bajo su forma burguesa. El nacionalismo castrista, contrariamente a aquel, que frecuentemente antepone los PC, no es defensivo sino radical. Por lo tanto juzga ilusorias y sin efecto las reivindicaciones parciales, las transacciones o las conciliaciones de un eventual "gobierno nacional" que se ejercitaría en la revolución por objetivos parciales y "sin que se note". Sus métodos de acción serán pues diferentes; no se detendrá durante mucho tiempo en la propaganda electoral, la colocación de afiches o las reuniones cumbres con los partidos políticos existentes, sino que preparará también las condiciones para una acción directa de ofensiva armada de las masas. Relación con el castrismo: la misma casi que entre la II y III Internacionales, haciendo los cambios necesarios. El castrismo, minoritario al principio, hoy ve afluir a él la parte más activa de esos partidos comunistas, sobre todo la juventud, la más valiosa para el futuro.

Mucho más estrechas son las relaciones del castrismo con las dos formas históricamente más importantes del nacionalismo sudamericano, designadas hoy con el nombre de nacionalismo bonapartista: el peronismo en la Argentina y el populismo de Vargas en el Brasil. Hoy, ambas ideologías han comenzado su decadencia y han dejado en el lugar que ocuparon un vacío que el castrismo va llenando poco a poco, subiendo también aquí de las organizaciones juveniles hacia los organismos de dirección. Casi en la misma época estos dos movimientos llegan a ser en los dos países, ampliamente mayoritarios, tratando de aliarse, y lográndolo durante cierto tiempo, proletariado y burguesía, bajo la dirección de esta última. El antiyanquismo de Vargas y Perón, teñido de simpatías fascistas, no les impidió intentar acomodarse con los Estados Unidos, debiendo finalmente capitular. Actitud simétrica pero en oposición con la del castrismo que trata también de unir al proletariado y la burguesía nacional, pero esta vez bajo la dirección del primero y por lo tanto irreconciliable con el imperialismo norteamericano.

El nacionalismo bonapartista, por otra parte,

pretende realizar reformas de estructura partiendo de arriba, de un poder de Estado, invariable, sin pasar por un movimiento de masas consciente. Eso no impide que en su momento, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, ese bonapartismo fuera aceptado y sentido como revolucionario por los trabajadores argentinos y brasileños que lo hicieron suyo. En ambos países estos regímenes han creado condiciones subjetivas irreversibles a partir de las cuales deberá desarrollarse la historia. El nacionalismo bonapartista ha retardado el advenimiento de un nacionalismo revolucionario de tipo castrista, engañando a la casi totalidad del proletariado, pero no lo ha hecho imposible. Pues una vez dividido el frente unido burguesía-proletariado, éste comienza a modificar su ideología y sus reivindicaciones, abandonando poco a poco las direcciones políticas o sindicales heredadas de los regímenes anteriores, que hoy están en quiebra.

Perón se salvó como mito político unificador de las masas, gracias a su abandono del poder en 1955, ya que iba a tener que optar entre un régimen verdaderamente proletario o la traición pública de sus promesas; opción que él no podía diferir por más tiempo en el momento de su caída por obra del ejército. La definición de clase del peronismo por lo demás, se ha visto retardada a causa de esto, pero finalmente ha terminado por aparecer a la luz a pesar de Perón. En pocas palabras, la burguesía industrial no quería saber nada de él y el proletariado argentino continuaba esperando su regreso. Pero debido a todas las traiciones de la "burocracia sindical" de la CGT, principal fuerza de acción del peronismo, la idea de las vías insurreccionales toma cada vez más fuerza en su base, en los sindicatos y principalmente en la juventud obrera peronista, que ha vivido su propia experiencia política sin Perón después de 1955 (golpes de Estado peronistas de 1956 y 1960, terrorismo, Uturuncos, torturas, asesinatos, encarcelamientos, represión continua desde 1955, huelga insurreccional "Lisandro de la Torre" en 1959, etc.), pero con Cuba como referencia y punto de comparación.

Es evidente que el patriotismo revolucionario ha ocupado poco a poco el lugar del peronismo tradicional, aunque conservando el nombre de Perón y el ambiente sentimental del movimiento, que un día tendrá sus dirigentes, y que tiene ya su fisonomía propia de movimiento obrero esencialmente urbano, que relega a segundo plano los focos de guerrilla rural y donde se mezclan las imágenes de Lenin, de Evita Perón y de Fidel en una composición todavía sin solidez.

Igual proceso e igual decantación en el Brasil. Nada lo simboliza mejor que la evolución personal de un "caudillo" como Brizola, arraigado al igual que Vargas en su pueblo gaucho y con un prestigio que se extendió por todo el Brasil, después de la crisis de 1961. ¿No debe acaso este prestigio entre las masas (que nadie, salvo Miguel Arrais en el nordeste, puede disputarle hoy) al recuerdo mismo de Vargas, de quien es él heredero segundo después de Goulart?

Brizola ha tratado de perfeccionar su antimperialismo, y su evolución, como él mismo lo afirma, no ha terminado. El "brizolismo" puede ser un buen ejemplo de nacionalismo revolucionario dinámico, con todas sus limitaciones y sus peligros: el predominio del jefe irremplazable en contacto carismático con la masa, su violenta pasión nacionalista poco favorable para la organización, su dificultad para despersonalizarse, para elaborar un programa político y una estructura de partido, para entenderse con las otras organizaciones políticas y, en el caso particular de Brizola, la influencia de un pasado de política oficial (gobernador de Río Grande do Sul durante cinco años y cuñado de Goulart) en contacto con las esferas dominantes (Brizola sin embargo rompió con Goulart en 1962). Pero también con su fuerza innegable: su pasión, su amplia base popular, su coraje, su realismo, su odio al imperialismo, su honestidad, etc. No es completamente imposible que alrededor de Brizola, en un futuro próximo, se encarne una imagen brasileña del castrismo.

"CASTRISMO": LENINISMO HECHO PRÁCTICA

Debe ser objeto de un estudio aparte la manera cómo cada nación americana supera en este mismo momento sus viejas formas de nacionalismo y las formas de acción revolucionaria a él ligadas, descubriendo cada vez de una manera nueva sus raíces de clase, y cómo cada pueblo se convierte en solidario del nacionalismo vecino y del mundo socialista.

En las viejas luchas de la independencia nacional es que el castrismo, particular a cada país, toma esa pasión revolucionaria, que constituirá su fuerza o su debilidad, si se contenta con ella.

Fidel leyó a Martí antes de leer a Lenin; un "castrista" o un nacionalista revolucionario venezolano habrá leído la correspondencia de Bolívar antes que El Estado y la Revolución; un colombiano, los proyectos de constitución de Nariño; un ecuatoriano a Montalvo; un peruano

habrá leído a Mariátegui y reflexionado sobre Tupac Amará.

No olvidemos tampoco lo que el nacionalismo revolucionario debe a la acción y a la propaganda de los partidos comunistas que fueron los pioneros del antimperialismo que siguió a partir de 1920 y cuyo fracaso general, visible desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, se explica sin duda por la impotencia de aquellos para retomar a fondo estas tradiciones nacionales, para encontrar raíces históricas concretas, para colocarse en una continuidad continental.

Una dialéctica superficial haría entonces del castrismo una síntesis a posteriori de las dos corrientes nacional e internacional, nacionalista y comunista. Pero este juego correría el riesgo de dar al castrismo la consistencia de una ideología aparte, que no tiene, ni quiere tener. Porque el castrismo no es una ideología, el castrismo no es un título, una vanguardia constituida, un partido o una sociedad de conspiradores ligada a Cuba.

El castrismo no es más que el proceso de recreación del marxismo-leninismo a partir de las condiciones latinoamericanas y a partir de las "condiciones anteriores" de cada país. No tendrá, por lo tanto, nunca dos veces el mismo

rostro. De país a país, sólo puede vencer con la condición de sorprender.

Deseamos incluso que hasta el rótulo "castrismo" desaparezca.

Porque el castrismo o el leninismo redescubierto y adaptado a las condiciones históricas de un continente que Lenin desconocía, está en vías de pasar, se quiera o no, a la realidad de las estrategias revolucionarias.

Si bien su aspecto puede cambiar en cada país sudamericano, no está menos irreversiblemente establecida, bajo ciertas condiciones, una cierta relación orgánica de la lucha armada y de la lucha de masas, expresada por la teoría del foco. Pero este logro acarrea otros: cuando el poder del Estado sea conquistado por los explotados y los castigados de hoy en toda América del Sur, y ese día no es mañana, las nuevas sociedades que se construirán tendrán también este "clima" inseparable del castrismo que es más que un clima: esa alianza de la lucidez más rigurosa respecto de sus propias obras y del lirismo "prometeico" de la acción revolucionaria, nunca confundido con el falso ardor de la Apologética, alianza que simboliza a nuestros ojos con tanta perfección mítica el encuentro histórico de dos hombres: el cubano Fidel Castro y el argentino Che Guevara.

¿REVOLUCION EN AMERICA LATINA?

PARADOJALMENTE, aunque la reunión de la conferencia tricontinental en La Habana simboliza, indiscutible e irreversiblemente, la entrada de América Latina en el gran movimiento internacional de lucha antimperialista, la revolución latinoamericana se estanca. En Venezuela, en Colombia, las zonas liberadas del yugo imperialista resisten la represión pero enfrentan grandes dificultades para expandirse y sobre todo para extender su acción de manera orgánica y durable en las ciudades. El año pasado en Santo Domingo, una revolución que solo amenazaba ser liberal fue frenada y reducida progresivamente por los "marines" y las fuerzas de intervención interamericanas. Por último, en Perú, los dos jefes guerrilleros más importantes, Luis de la Puente y Guillermo Lobatón, fueron asesinados. Después de la liquidación de las guerrillas en Argentina y de las Ligas Campesinas de Juliao en el nordeste brasileño, las dificultades y los reveses de las fuerzas revolucionarias en América Latina son graves y reflejan desgraciadamente una relación de fuerzas mucho más profunda que la relación de fuerzas sobre el terreno de la lucha armada. El senador Robert Kennedy pudo realizar una gira por América del Sur que, si no fue triunfal, fue sin embargo un viaje positivo para la propaganda norteamericana. Salvo algunas manifestaciones reducidas de hostilidad —en Chile particularmente— ese dinámico representante del imperialismo yanqui durante todo el viaje

reunió multitudes curiosas, y aun simpatizantes. En Cuzco por ejemplo, feudo tradicional de las fuerzas de izquierda y extrema izquierda del Perú, fue aplaudido mientras a pocos kilómetros los guerrilleros de Luis de la Puente enfrentaban enormes dificultades para luchar y sobrevivir en un medio geográfico hostil. Para medir exactamente lo que representa un fenómeno semejante, hay que recordar como, algunos años atrás, en ocasión de un viaje parecido, R. Nixon fue repudiado en todo el sur del nuevo continente.

He ahí los hechos tal como se presentan a nuestros ojos. Son hechos inquietantes, incluso aunque otros elementos puedan contradecir el tono pesimista de la comprobación. Lo peor sería, a pretexto de fe revolucionaria, ignorar esta realidad y su importancia. No podemos seguir hablando de la revolución en América Latina como de una inminente, inevitable y triunfante realidad —como podríamos creer dada la euforia que provocó en Europa la revolución cubana—.

Ni siquiera podemos sostener las opiniones que todavía el año pasado, aquí mismo (1) o en otras publicaciones se exponían (2) porque

(1) Régis Debray. "El castrismo: la gran marcha de América Latina", *Les Temps Modernes* N° 224, enero de 1966.

(2) Régis Debray y Balibar. "América Latina: problema de estrategia revolucionaria." *Cahiers marxistes-leninistes*, N° 5, junio-julio, de 1965.

en el terreno la situación ha evolucionado y más bien en sentido contrario. Por eso no basta decir que "América del Sur ha, inmediatamente después de Cuba, vivido su 1905, y ya ha salido de él" (3), porque desgraciadamente ese "1905", batalla librada en múltiples y diversos episodios a través de ese continente, continúa bajo nuestros ojos; y por el momento el imperialismo conserva la iniciativa y la ventaja.

Por supuesto, todo esto puede cambiar, a condición precisamente de saber cómo y en qué condiciones. En el momento actual, analizar en la forma más realista y precisa la situación en América Latina, sin autoengañarse ni engañar a los otros sobre las dificultades es sin duda prestarles un mejor servicio a los revolucionarios que asegurarles, una vez más después de tantas otras, nuestro lejano apoyo sentimental a su causa, actitud que nos asegura quizás en Europa buena conciencia izquierdista pero no hace avanzar un centímetro la causa concreta, sobre el terreno.

Hay que disipar no solo la ilusión de la inminencia de una victoria revolucionaria generalizada en América Latina —los artículos de Régis Debray, ya citados, insisten sobre el punto— pero sobre todo hay que medir en profundidad las dificultades actuales de la empresa. Veremos entonces que en América Latina, la revolución no es fatal. Depende enteramente de los revolucionarios que la hacen y la harán, de su fe por supuesto, pero también de su realismo frente a la complejidad de la situación, en la cual es forzoso comprobar que en el momento actual el movimiento revolucionario internacional no tiene una solución política concreta, ni siquiera una solución teórica constituida. Por lo tanto será necesario disipar muchas ilusiones, y en primer lugar acabar con una visión simplista y falsa de la naturaleza actual de los vínculos de América Latina con el imperialismo.

Latina o no, América es ante todo americana. Al norte o al sur del Río Grande, es un continente cuya historia ha estado dominada, de años atrás, por el ritmo del más poderoso y dinámico de los imperialismos contemporáneos: justamente ese que denominan "americano". Por subdesarrollada que sea, por inamovibles que sean —en apariencia— algunas de sus estructuras sociales, la parte latina del nuevo continente, al igual que su parte anglosajona, no es un mundo inerte.

Al contrario, participa plenamente de esa

extrema movilidad económica, social, política y militar que singulariza en el seno del mundo "occidental" al capitalismo norteamericano. Incluso cabe preguntarse si muchas de las sociedades sudamericanas no son más cambiantes que las sociedades "avanzadas" de Europa Occidental. Con una sola salvedad, sin duda de importancia: América Latina participa de ese dinamismo en condiciones particulares, las de sus enormes "retrasos" (por el momento contentémonos con este término impreciso) económicos, sociales y políticos, en relación con la metrópoli norcontinental.

No obstante, intentar comprender las realidades actuales de América Latina es intentar aprehender un mundo nuevo cuya naturaleza profunda se caracteriza por estar en perpetua renovación. Mundo notoriamente inestable desde hace dos siglos, países de "booms" y de crisis económicas, países de golpes de estado y de revoluciones y, actualmente, países en plena crisis de reconversión intracapitalista frente a los peligros suscitados por la revolución cubana en el exterior y por los efectos de una presión demográfica sin precedentes en el interior. Cualquiera sea el peso de los sectores marginales acumulados por el colonialismo y el neocolonialismo, cualquiera sea el peso que tengan, en el futuro de esos países, las masas enormes de indios y "peones", dejados al margen de la evolución moderna —y ese peso es aplastante— son, sin embargo, los que dominan y tienden a generalizarse en el seno de esas sociedades, los factores de movilidad y cambio de características capitalistas e imperialistas. En ese sentido todas las teorías norteamericanas de "social change" no son únicamente fuego de artificios: son la "ideología" de la práctica imperialista actual en América Latina. Y es indudable que esta práctica empírica, anárquica, interesada, voluntariamente no radical, pero real, provoca cambios profundos en las ciudades y hasta en las provincias más apartadas del continente. Eso, mucho más que las represiones brutales de los "marines" en Santo Domingo, de los "rangers" cerca de Cuzco, explica los recientes reveses sufridos por los revolucionarios en América Latina: no es pues cierto que el imperialismo les dispute el terreno sólo en el plano de la violencia (4).

(4) Como lo afirma Régis Debray cuando escribe: "Si el imperialismo ha, actualmente y a corto plazo, logrado más ventajas de la revolución cubana que las fuerzas revolucionarias, no se debe, sin duda, a que tenga una inteligencia superior; ha podido llevar a la práctica más rá-

(3) ídeb.

Les disputa las masas mismas sobre las cuales pretenden apoyarse. ¿Cómo? Es de fundamental importancia analizarlo respecto a algunos problemas concretos, y en primer lugar respecto a la reorganización en curso del mercado latinoamericano en el seno del sistema de explotación imperialista del nuevo continente por Estados Unidos.

¿Hasta qué punto América Latina sigue siendo, en el plano económico, el "coto de caza" de Estados Unidos? En 1958, sobre 13 mil millones de dólares provenientes del exterior en esa parte del mundo, 8,7 mil millones eran de origen norteamericano, es decir las dos terceras partes de las inversiones extranjeras. Y, de 1950 a 1958, las inversiones directas de Estados Unidos se habían incrementado más de un 96% particularmente en América del Sur, en el seno de la A.L.A.L.C. (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio), "mercado común" de la América situada al sur del mar de las Antillas (5). Desde entonces, el movimiento se ha acelerado.

Es dentro de ese cuadro, después de la revolución cubana y frente a las contradicciones internas del sistema, que el imperialismo yanqui ha promovido desde 1960 una política económica que, si logra sistematizarse a pesar de sus contradicciones, provocará un verdadero cambio de la estructura comercial y económica del sur del continente. ¿De qué se trata? Por la creación de un mercado común latinoamericano, se intenta bajar progresivamente y luego suprimir las barreras aduaneras y los obstáculos erigidos a la libre circulación de

pidamente las enseñanzas que ha sacado de la revolución cubana porque dispone de todos los medios materiales de la violencia organizada (subrayado por R. D.) mas el influjo nervioso que fustiga su instinto de conservación" (Cahiers marxistes - leninistes ya citados, p. 15). Pasemos por alto esa tendencia tan generalizada a "personificar" al imperialismo y a aceptar razonar en términos más o menos psicológicos ("influjo nervioso, instinto de conservación") retengamos sobre todo —es el sentido general del artículo citado— que todo parece desarrollarse a nivel de la eficacia exclusivamente coercitiva del imperialismo, sin analizar el aspecto económico y social, como si todo el problema de la revolución girara en torno de la "guerrilla y contraguerrilla". Contra esa tendencia general de muchos medios llamados "castristas" de Europa o América Latina está dirigido este artículo, particularmente después de los fracasos recientes de las guerrillas en Perú.

(5) Cifras sacadas de "Las inversiones privadas en la zona latinoamericana de comercio", O.N.U., diciembre de 1960.

mercaderías y capitales a través del continente. Terminar con un sistema en el cual el transporte marítimo de una tonelada de productos químicos cuesta U\$S 54 en viaje directo de Buenos Aires a Tampico, U\$S 46 si transita por Nueva Orleans y U\$S 40 si viaja de un puerto a otro con un trasbordo en Southampton. En síntesis, *racionalizar* el sistema de explotación hasta ahora complicado al extremo por la *balcanización* económica del continente.

La empresa comporta grandes riesgos: la constitución de un conjunto económico continental cuyos recursos en hombres y riquezas naturales harían competencia a largo plazo a la hegemonía que ejerce el poderoso vecino del norte. Por consiguiente éste también maniobra para limitar ese peligro. De ese "mercado común" ha excluido a América Central, agrupada en otra organización centroamericana (la S.I.E.C.A.). Ha excluido también a Venezuela, fortaleza económica de Estados Unidos (6). A pesar de esas maniobras, el proceso está en marcha. ¿Por qué el imperialismo yanqui acepta correr riesgos? Porque se ve obligado por los gobiernos sudamericanos, pero más aún por las contradicciones propias del sistema imperialista mundial. Los monopolios yanquis tropiezan constantemente en su desarrollo actual con los límites impuestos por la estructura de su propio sistema y sus consecuencias. En esas condiciones, América Latina ofrece una salida que no pueden desafiar. La revolución tecnológica actual hace que muchos equipos y máquinas envejezcan antes de ser amortizados. ¿Qué mejor exutorio, para utilizarlos, que reemplazarlos en países técnicamente más atrasados, donde la mano de obra barata compensa la menor productividad? Con el aditamento de que los países latinoamericanos enfrentados a una formidable expansión demográfica, resultado de una integración creciente en el mundo moderno de sus masas más atrasadas —por la medicina preventiva y un atisbo de abertura a una economía de mercado— están constreñidos a industrializarse. Doble beneficio pues, para el imperialismo, al cual viene a agregarse el hecho de que esta industrialización exige de Estados Unidos inversiones en las ramas de la economía latinoamericana que existen o se crean, inversiones que Estados Unidos está dispuesto a suministrar, para reforzar su dominio político económico, recuperar superbene-

(6) Venezuela acaba de entrar en la ALALC. (N. del T.)

Ellos inesperados gracias a una mano de obra excesivamente barata y a un mercado extendido a nuevos grupos sociales hasta el momento no integrados en la economía comercial. El circuito se ha cerrado y, a término, la propia estructura de la dominación imperialista ha cambiado. No se trata ya del clásico circuito colonial del tiempo de Marx: materias primas contra productos manufacturados. Ni siquiera se trata ya únicamente de la exportación de capitales del tiempo de Lenin. Se trata de una industrialización y una expansión económica reales, en el seno de un mercado nacional o continental extendido, pero "integrados", es decir, cuidadosamente controlados por los monopolios imperialistas que sacan lo fundamental del beneficio político y económico, aunque tengan que hacer inevitables concesiones.

A ese nivel, se puede pues hablar de "neo-imperialismo" y lo que ocurre en América Latina es sólo un episodio de la gigantesca división internacional del trabajo que se opera actualmente en el mundo capitalista. En lo sucesivo, según los imperialistas contemporáneos más avanzados, los países que están al comienzo de su desarrollo capitalista no tienen ya que limitarse a la producción y explotación de productos fabricados simples o de técnicas poco desarrolladas. Pueden y deben elevarse al nivel de una producción y una exportación de bienes industriales que requieran inversiones financieras importantes y complejas, pero que no necesiten grandes inversiones tecnológicas que no se adecuarían con el nivel de formación técnica de la mano de obra local.

En América Latina esas nuevas industrias deberían sustituir a sus homólogas declinantes en los países avanzados, suscitar una fuerte importación de capitales, de bienes de equipo y de técnicos provenientes de esos mismos países. Estos, desembarazados de industrias obsoletas, verían sus fuerzas productivas liberadas para invertirse en las ramas industriales de más alto nivel técnico, base de su hegemonía tecnológica y económica sobre el resto del mundo. En el caso de América Latina, esta evolución, unida a la creación de mercados comunes intercontinentales, conduce a racionalizar ese proyecto a nivel del hemisferio americano, al diversificar las producciones, los intercambios y los transportes en una gigantesca escala continental, al bajar los costos de producción, al aumentar el mercado y los beneficios.

Las empresas más avanzadas ya se preparan para esta evolución. La "Singer", por

ejemplo, posee fuera de Estados Unidos, en México, Filipinas, Brasil y Argentina firmas cuya producción es complementaria, y proyecta instalarse en Perú o Colombia. El consorcio I. B. M. posee, adaptadas al mercado latinoamericano, usinas en México y Montevideo. En 1960, instaló fábricas de máquinas estadísticas, máquinas de calcular y fichas perforadas en Brasil, Argentina y —en sociedad con un capitalista chileno— en Chile. En 1962 esos tres países firmaron con Uruguay un acuerdo que liberaba los intercambios de repuestos I. B. M. Sin duda, ese consorcio tiene especial interés en la integración continental sudamericana.

En América Latina, Estados Unidos acepta la reestructuración de la economía en un sentido favorable a sus intereses y a su estrategia. Sus consorcios esperan, con la integración continental en el seno de los mercados comunes, sacar todas esas ventajas de un ambiente unificado cuya población superará pronto los doscientos millones de habitantes y cuyo potencial humano y natural es, sin duda, incalculable. Estas ventajas son, en particular, la división del trabajo a escala continental, la fijación de las dimensiones óptimas para las empresas yanquis o sus filiales implantadas en la zona, la reducción de los costos de producción y de transporte, la subordinación de la competencia nacional o europea, la expansión y el equilibrio del mercado. Ya algunos trusts entre los más importantes han contribuido a esta evolución. *A ese nivel de la explotación económica, el imperialismo está pues a punto de cambiar, si no de naturaleza, por lo menos de estructura.* Si existe un continente que haya vivido más que otro la experiencia de esos cambios estructurales, es sin duda América Latina que pasó sucesivamente, en un siglo y medio, del colonialismo español a la explotación comercial europea, después al imperialismo financiero inglés y norteamericano; y que por último, ante nuestros ojos, se reconvierte —si las fuerzas revolucionarias le dan tiempo— al más moderno de los neoimperialismos. Es un mundo pues eminentemente cambiante y diversificado el que quieren destruir los revolucionarios. Y aquí se plantea la primera pregunta: ¿en el mismo momento en el cual se determinan las líneas de ruptura en el seno del encadenamiento económico-social de un continente semejante, esas líneas no están ya superadas y exigen una revaloración más profunda y una estrategia más diferenciada? Para poder responder, hay que ver qué consecuencias sociales y políticas determina esta actual reestruc-

También aquí, en lo que se ha dado en llamar el "Tercer Mundo", América Latina ocupa un lugar aparte, porque ha realizado más temprano, más rápido y más profundamente que las otras regiones explotadas del globo la experiencia del neocolonialismo y de las nuevas formas de la dominación imperialista. Puesto que analizamos países cuya característica es la de ser "explotados" por grupos económicos cuyos centros de decisión y los intereses fundamentales son extranjeros, debemos averiguar a quién aprovecha actualmente esta explotación. E inmediatamente, vemos que el viejo esquema colonialista no muestra la realidad.

¿Cuál era la función de las colonias tradicionales? Correr con los gastos de la acumulación del capital bajo una forma primitiva en beneficio de las metrópolis. Esto determinaba el régimen social: *todas* las capas de su población tendían a estar más o menos directa e igualmente explotadas, salvo aquellas que participaban en los órganos de coerción originarios de la metrópoli (ejército, policía, administración), o del propio país; y en ese caso, se trataba de capas sociales de carácter precapitalista, a menudo feudal (caids en África del Norte, caciques mestizos o indios en América Latina). Pero, desde hace un siglo y medio, los países sudamericanos lograron la independencia. Fue necesario pues que el imperialismo comenzara a redistribuir parte del beneficio de la explotación, a través de derechos de aduana y de reparto de acciones en las sociedades comerciales, tolerando así el nacimiento de una burguesía comercial y administrativa, burguesía "nacional" en la medida en la cual estaba vinculada a la existencia, incluso formal, de las nuevas naciones, es decir de los nuevos estados y los nuevos mercados.

Entre las dos guerras mundiales, se asistió al crecimiento general de una clase obrera urbana y rural en el continente. Nueva clase social sin duda explotada, pero también "integrada" en el proceso de explotación más diversificado de la región, a diferencia del campesinado atrasado aún dominado por relaciones de producción feudales o semif feudales. A través de la acción sindical y política, esta clase obrera logró a su vez del imperialismo algunas migajas del festín, bajo forma de aumento de salarios, de leyes sociales, de obras colectivas, etc. Al término de esa historia, ¿cómo

se presentaba, cinco o diez años atrás, la estructura social de América Latina? Se caracterizaba, con numerosas variantes específicas, según se mirara desde regiones ya fuertemente industrializadas (México, países del "cono sur" del continente) o por el contrario atrasadas (norte del Brasil, América andina), por ser una verdadera *bipartición de la sociedad* entre un sector plenamente integrado al sistema capitalista comercial, financiero, industrial, estatal, y un sector no integrado o muy mal integrado, de tipo "feudal". Por un lado los burgueses, una clase media, obreros industriales y agrícolas, que habitaban generalmente cerca de los puertos, de las costas de las ciudades; por el otro, "peones", "colonos", perpetuamente esclavizados por las deudas y las contribuciones en trabajo, que vivían en condiciones infrahumanas de autoconsumo, al margen de una verdadera economía moderna de mercado, ya sea en comunidades indígenas o en grandes dominios de tipo feudal. De un lado formas sociales esclerosadas, vinculadas a un tipo de explotación colonial de los más tradicionales; del otro, una sociedad moderna y diferenciada constituida según el modelo metropolitano, pero mantenida en un escalón inferior de la evolución capitalista —de ahí sus aspectos "provincianos" en relación con su modelo, imitado y sin embargo inaccesible—. América Latina es a la vez uno y otro de estos sectores sociales y económicos: quien olvide esta yuxtaposición y esta simultaneidad falsea completamente la visión que de ella se puede tener. Los unos —propagandistas norteamericanos— solo muestran el modernismo y dinamismo, reales, del sector más desarrollado. Los otros —algunos de nuestros "castristas" europeos— se empeñan en denunciar únicamente los aspectos escandalosos del sector más atrasado, y esperan justificar así su dogma de la exclusividad de la guerrilla como forma de lucha revolucionaria.

Es sobre ese fondo sociológico que aparecen desde hace algunos años los cambios de la estructura económica que hemos analizado y que determinan, si no un cambio definitivo de la estructura social, por lo menos una polarización según nuevas líneas de fuerza y de ruptura, y una *diferenciación* más aguzada aún de las diversas categorías sociales, según participan o no en la integración reforzada de América Latina al sistema neoimperialista actual. Ese movimiento supone cambios sociales suficientemente importantes para exigir, desde ya, un reexamen crítico de las estrategias revolucionarias hasta el momento experimenta-

das en el continente, como vamos a verlo con algunos ejemplos concretos.

Primer ejemplo: lo que ocurre en el sector más avanzado, conectado con el comercio exterior, la producción industrial, el ejercicio del poder estatal. En ese sector, el proyecto imperialista es simple: dado que está ya atrapado, basta "mantener al pez en el anzuelo" para que no pueda escurrirse. Esto afecta en primer lugar a las burguesías dirigentes, en particular a los medios financieros, industriales y exportadores de productos primarios. Contrariamente a lo que podría creerse, en efecto, estos diferentes sectores, al desarrollar su actividad económica, no se independizan —salvo excepción— de la empresa extranjera. Vulnerables a las fluctuaciones de los precios mundiales de sus productos, que no controlan, carentes de los capitales necesarios para el desarrollo de su actividad bancaria o industrial, amenazados por las nuevas aspiraciones socialistas que fermentan en el continente, están condenados, quieranlo o no, a asociarse en una situación de subordinación con la empresa extranjera. Lo cual generalmente se hace bajo la forma de "sociedades mixtas" cuya razón social es "nacional" pero su realidad económica es imperialista.

Estas sociedades mixtas son actualmente la forma más típica de la dominación imperialista. En 1954, en el Brasil, el 20% de las inversiones extranjeras en ese país estaba inscrito en mil cuatrocientas noventa y seis sociedades mixtas; y de 1950 a 1957, en México, el 11% de las nuevas inversiones se introdujo en sociedades mixtas donde, en el 94% de los casos, las acciones extranjeras eran mayoritarias. En esas condiciones, hablar de burguesía "nacional" es inexacto (a menos de ponerse de acuerdo sobre esa palabra, que no puede referirse en el caso a una orientación nacionalista de esta burguesía asociada a los consorcios extranjeros).

El fenómeno afecta por igual al conjunto de las clases medias urbanas y en particular a las de las capitales —sector importante si se tiene en cuenta que pueden llegar hasta el 20 ó el 25% de las poblaciones nacionales. Es una clase de formación reciente que se desarrolló sobre todo después de la primera guerra mundial, pero que suministra ahora el mayor contingente numérico de la media y pequeña burguesía. Esta nueva clase media vive de los subsidios del estado (administración, ejército) o de los grandes grupos económicos privados (oficinas de gestión, de comercialización). Está en una situación económica y so-

cial directamente dependiente del imperialismo en el segundo caso y no menos dependiente en el primer caso puesto que el propio estado "nacional", para subsistir, debe recurrir al apoyo militar y diplomático de Estados Unidos y a los subsidios que consienten en dejarle los consorcios extranjeros, en forma de donaciones, impuestos e incluso —lo cual es más reciente— el consentir ciertas nacionalizaciones limitadas. Económicamente dependiente, esta clase media está además profundamente pervertida —a un punto aún desconocido en Europa— por el ideal del "american way of life", consecuencia cultural de su incapacidad para constituirse en clase con intereses solidarios. Cada grupo profesional, porque está pleotórico, porque depende estrechamente de intereses que lo superan, envidia oscuramente al otro grupo. Por encima, actúan las rivalidades y la inestabilidad política, los caudillismos administrativos, que acaban por fragmentar y "verticalizar" la estructura de esas clases medias que viven en cierto sentido aferradas y superditadas a los grupos de poder rivales de los cuales dependen su salario, su modo de vida y su posibilidad de promoción social. Un único sentimiento colectivo en ese grupo: la ideología del consumo y el sentido de la jerarquía. Todo eso está más lejos de las aspiraciones revolucionarias o incluso profundamente democráticas. Un ejemplo: esta clase no envía a sus hijos a las universidades nacionales consideradas demasiado politizadas y "comunizadas"; prefiere enviarlos a universidades privadas o, mejor aún, a Estados Unidos. Con electorado semejante, formado por millones de individuos, triunfa por excelencia el hombre de tendencias plebiscitarias y tecnocráticas que promete la expansión de la economía y de los ingresos. (Frei en Chile, Belaúnde en Perú.)

Allí donde la clase obrera es numéricamente fuerte e históricamente más antigua, con fuertes tradiciones de clase sindicales y políticas, en Argentina por ejemplo, tiene, más que nunca, una función importante en la vida nacional. Pero en los países industrialmente más subdesarrollados del continente, no ha logrado encontrar jefes y formas de organización que le aseguren una acción políticamente dirigente. Constituida tardíamente, reducida, aislada, en países donde la inmensa mayoría de los habitantes permanece en el sector primario y no se ha integrado al sector moderno, por regla general se ha inclinado en masa hacia soluciones de tipo reformista detrás de los dirigentes políticos burgueses (es el caso, por ejemplo, de los obreros peruanos

afiliados al A.P.R.A., después de 1930). Frente a la evolución neoimperialista actual, esta clase por el momento sigue sin plataforma global, y se limita a acciones parciales a veces muy duras, pero fragmentadas por sectores de fabricación. Aún es peor la situación de los obreros rurales de los grandes dominios capitalistas modernos dedicados a los productos de exportación. Tuvimos la ocasión de discutir en una hacienda algodонера de ese tipo con el delegado sindical de los obreros agrícolas. Había seguido cursos de estrategia sindical en una universidad especializada de Wisconsin (Estados Unidos)! Y sin embargo, la situación puede cambiar si esta clase obrera se encuentra respaldada por la nueva ola de industrialización a la cual, tarde o temprano, se verá obligado el imperialismo si quiere enfrentar el aflujo masivo a las ciudades de aquellos que abandonan los sectores más atrasados.

Pero, por el momento, salvo (quizás) algunas excepciones —en Chile y Argentina— no existe una clase social que, en el seno del sector moderno "integrado", pueda poner seriamente en peligro el dominio imperialista sobre América Latina. Es un gran triunfo del imperialismo haber —provisoriamente al menos— integrado casi por completo a todas las clases sociales cuya existencia depende del desarrollo capitalista en América Latina. Se comprende entonces por qué algunos movimientos revolucionarios de inspiración castrista (el F.L.N. venezolano, el M.I.R. peruano), impacientes ante esas dificultades, hayan en cierto sentido abandonado las ciudades a su suerte y encaren la lucha sólo con el apoyo de los sectores menos integrados del mundo moderno. Empero, también, ahí, aparecen cambios importantes.

De un extremo al otro del continente, se habla de reformas agrarias, Cuba sin duda algo significa, pero también y por igual las explosivas contradicciones del imperialismo en su explotación de las regiones más atrasadas del sector rural. La política colonial ibérica hacia las grandes masas indias que encontró en el continente fue simple. Puesto que ninguno de los productos tradicionales de su agricultura le permitió exportaciones tan fructíferas como las minas o el azúcar, se le sacaba entonces a los indios trabajo (forzado generalmente) o plata (como tributo). En síntesis, se hacía "sudar el poncho". Con la independencia, el sistema se mantuvo casi incambiado pero a beneficio de los grandes terratenientes autóctonos, criollos, mestizos o indios. La explotación de América Latina permitía dejar ese sector librado a sí mismo, dado que no se podía explotar nada

interesante para la exportación sin inversiones muy costosas. El indio o el descendiente de esclavo negro seguía vegetando en las grandes extensiones en su comunidad arcaica, olvidado del mundo moderno y sin embargo explotado por este a través del gran propietario o del cacique local que mantenía su nivel de vida y su influencia social a costa de ellos. La mayoría de los niños seguían muriendo antes de los dos años. La esperanza de vida para el adulto no superaba los veinticinco o treinta años. No obstante la lógica del progreso del sector capitalista promovido por la independencia tenía que llevar tarde o temprano a la apertura de ese mundo atrasado al mundo moderno con sus carreteras, sus vacunas, su comercio, sus maestros. Además, en esa masa de reserva, el sector económico avanzado reclutaba los soldados de sus ejércitos, los obreros temporarios de sus minas, de sus fábricas, de sus grandes dominios modernos.

Resultado de esta apertura: una gran explosión demográfica desde hace veinte o treinta años. América Latina posee uno de los índices más altos de crecimiento de población del mundo. De golpe, el equilibrio del mundo rural se rompió. Una gigantesca presión social se ejerce sobre los grandes latifundios arcaicos y mal cultivados. Para el terrateniente "feudal", la tierra no es ya un valor seguro: está amenazada por las "ocupaciones de tierras" y por las hipotecas debidas al bajo rendimiento de ese tipo de explotación tradicional. Para los capitalistas de la ciudad, ese gran propietario amenazado no es ya un aliado suficientemente sólido capaz de manipular y dominar a las masas campesinas como antaño. Una disociación se opera en el seno de las clases dirigentes, en detrimento del sector feudal. Y los burgueses más reaccionarios empiezan a hablar de reforma agraria. No se trata por supuesto de socialismo sino de que "algo cambie para que todo quede como está". Lo cual no impide que en Chile, se dispongan —si el proyecto gubernamental no llega muy mutilado— a crear tres millones de pequeños propietarios; se van a distribuir las tierras de los latifundios entre los mestizos que las cultivaban hasta el momento como "peones". En Perú, donde una reforma parcial ya fue aplicada, el ejemplo de la "Cerro de Pasco Corporation" es asombroso. A principios de siglo ese consorcio se apoderó, a expensas de los indios, de grandes extensiones de pasturas. Pero las comunidades indígenas saqueadas, cuya población se triplicó entre tanto, quisieron recuperar sus tierras. Ante el peligro, la "Cerro de Pasco" propuso

redistribuir las tierras más alejadas de sus centros de explotación, y las menos valiosas —por consiguiente aquellas cuya pérdida sería la menos gravosa— el beneficio de la operación es múltiple: salvar lo esencial, al conservar la parte más rica del dominio, atenuar la tensión social gracias a esta concesión, estabilizar a una nueva capa de pequeños propietarios capaces de romper la cohesión colectivista del mundo rural tradicional, promover a la parte más despierta de ese mundo, en síntesis establecer un "cordón sanitario" de pequeños propietarios individualistas y desvinculados de la masa de aquellos que carecen de tierra. Es indudable, la concesión no se hace sin maniobras. Empeño se ha hecho, y modifica las relaciones de clases en el campo.

A pesar de eso, se calcula que al ritmo de crecimiento demográfico actual en América Latina, incluso una reforma agraria total y radical no sería suficiente para dar un nivel de vida decoroso a todos los habitantes de la campaña. Además el excedente, relativo o absoluto, ya ha comenzado a extenderse por los "cantegriles" del continente. Estos "cantegriles" constituyen entre un 10 y un 20 por ciento de la población de las grandes ciudades. Ahí se vive en condiciones materiales y morales espantosas. Y sin embargo se vive, a veces mejor que en la miserable aldea de origen y se comienza —en particular por el comercio, el salario, la medicina y las escuelas— a integrarse en el mundo capitalista. Porque la redistribución de arriba hacia abajo de las pocas migajas de los beneficios imperialistas llegan incluso hasta ahí. Una encuesta en las "barriadas" de Lima llegó a la conclusión de que en 1956, de los 120.000 habitantes de esas barriadas (un décimo de la población de la capital) solo 1% eran desocupados totales y el 27% desocupados intermitentes. Sin duda el porcentaje es enorme. Pero mucho menor de lo que algunas predicciones apocalípticas quisieran hacerlo creer. Entre el 71% de trabajadores estables, 58% eran obreros, 16% domésticos, 14% vendedores ambulantes y pequeños comerciantes. Muestra a la vez las posibilidades de absorción social y los límites del capitalismo en esta parte del mundo. Es capaz de mantener a grandes masas por debajo del nivel de vida más elemental. Pero logra de todos modos integrar a esas masas en su economía.

A pesar de su extrema miseria, esos "cantegriles", poblados con los elementos más emprendedores que abandonaron el campo con la esperanza de encontrar en primer lugar trabajo

y una posibilidad de promoción individual después, son lugares donde el trabajo revolucionario es difícil. Sector situado en los márgenes del capitalismo, está sin embargo suficientemente integrado como para pertenecer al sistema. Una estrategia revolucionaria solo podrá triunfar allí si tiene en cuenta este hecho.

He ahí el problema de la revolución en América Latina: ¿será posible desplegar una ofensiva en los diferentes niveles y en los diferentes momentos del cambio social con la perspectiva global de destruir esta sociedad de compartimientos estancos y huidiza para sustituirla por otro tipo de sociedad, unitaria y socialista? En una palabra, se trata de oponer a los cambios en la sociedad, un cambio de la sociedad; de oponer una solución revolucionaria a la teoría y la práctica neoimperialista del "social change" en América Latina. Cualquier estrategia que, por inercia dogmática o impaciencia izquierdista, aisle del conjunto uno de los niveles o retenga sólo uno de los momentos de esos cambios sociales en curso, se condenará —quizá ya se ha condenado— a la impotencia y el fracaso. Pero lo peor de todo sería negar la realidad de estos cambios y la complejidad de la sociedad que se desea destruir. No obstante es una actitud que tiende desgraciadamente a generalizarse en América, a pesar de sus profundas divergencias, entre los revolucionarios de la vieja y la nueva generación. La posición de los primeros, ya ha sido criticada de varias maneras. La posición de los segundos, en cambio, es compartida sin gran crítica por muchos de nuestros "castristas" europeos. Los primeros son marxistas sinceros. Tuvieron, en la década 1930-1940 que conducir el destino de una clase obrera aislada y reducida en países donde la industria aún estaba poco desarrollada. Conscientes de los límites objetivos impuestos por esos hechos, buscaron afanosamente un sistema de alianzas gracias al cual esa clase pudiera desempeñar su papel en la vida política. Unos, como José Carlos Mariátegui en Perú, intentaron ganarse la fracción del campesinado que comenzaba entonces a aparecer en la escena nacional; lo cual explica el aguzado tono indigenista de la obra teórica del fundador del partido comunista peruano. Otros, como Luis Carlos Prestes, en Brasil, prefirieron buscar la alianza con los elementos más democráticos y nacionales de las clases medias de sus países. Todas esas tentativas, teóricas o prácticas, significaron en su momento un gran esfuerzo creador. Si fracasaron, finalmente, la culpa no puede imputarse solo al dogmatismo de sus compañeros o de sus herederos, o a la

incomprensión burocrática de la Tercera Internacional, como lo sugiere en su artículo Régis Debray. Por supuesto todo eso influyó. Pero falta aún explicar el porqué de todo eso:

1º el problema de la revolución superó en complejidad lo que ellos mismos habían analizado,

2º no podían prever que el imperialismo se adaptaría a las consecuencias peligrosas de su explotación.

Si los promotores tienen excusas, los herederos no tanto, puesto que vivieron los cambios y no supieron o no quisieron sacar las conclusiones que se imponían. Así continúan, en 1966, aferrándose al dogma de una etapa nacional y democrática obtenida gracias a la alianza de la clase obrera con la burguesía "nacional". Cada vez es más vano buscar, en el estado actual de cosas, un grupo realmente nacional en esas burguesías asociadas política, militar e incluso económicamente, al imperialismo. En concreto, esta línea inadecuada, desemboca en operaciones electorales del más chato reformismo, como negociar el electorado obrero revolucionario con candidatos burgueses (así ocurrió en Brasil), o bien suscitar esta imposible burguesía nacional a través de un general, o de un sacerdote que prácticamente solo llevan tras sí al electorado comunista; el cual no logró por lo tanto, ni vencer su aislamiento ni luchar bajo su propia bandera (como ocurrió en Perú).

Esta línea conduce lógicamente, cuando un movimiento de guerrillas estalla, a la más timorata de las abstenciones. He ahí el resultado de un desacuerdo no solo sobre la forma de la lucha sino también sobre la naturaleza de las alianzas de clases que deben contraerse y los objetivos que deben alcanzarse. ¿Alianza con una parte de la burguesía para acceder a una etapa democrática burguesa nacional y ant imperialista, o alianza radical con el campesinado y parte de las clases medias para promover una revolución cuya solución inevitable será el socialismo? En efecto he ahí todo el problema. Contra todo realismo, nuestros "ortodoxos" continúan aferrándose a la primera fórmula, a pesar de la evolución actual del imperialismo que les socava el terreno sobre el cual pretendían batirse. Por eso su imposibilidad de comprender a tiempo lo que sucedía en Cuba, cuando surgió Fidel Castro.

Pero esa falta de profundidad en el análisis científico de las relaciones de clase y en la elaboración de la estrategia revolucionaria, también la encontramos en algunos revolucionarios de la nueva generación. Comprobado el

fracaso político y teórico de sus mayores, se han puesto a dogmatizar a la inversa, y pretenden encontrar en la revolución cubana una justificación a su *empirismo romántico*. Urgidos por actuar, se han dirigido a los más evidentes escándalos sociales sin antes saber si eran los más profundos y si era posible durante mucho tiempo basarse únicamente en ellos. Que se nos entienda bien. No criticamos el romanticismo revolucionario de esos hombres que, en países donde reinaban, hasta en las fuerzas de izquierda, la corrupción intelectual y la cobardía política, tuvieron el coraje de abandonar su comodidad material y moral, para dirigirse a los "olvidados" del continente, tomar las armas por ellos y rechazar, para siempre, las reglas de juego burgués. Cualesquiera sean las críticas que pueda hacerseles, tienen el mérito de haber introducido en el sistema podrido del imperialismo algo radicalmente nuevo y puro, una esperanza irreversible y condiciones nuevas para la lucha del futuro. Han sido y son verdaderos "revolucionarios" que hacen la revolución. Pero esta revolución, no solo hay que quererla, no solo hay que comenzarla. Hay que llevarla hasta el fin, *triunfar*. Los reveses y fracasos recientes demuestran que no es fácil. ¿Cabe contentarse, en esas condiciones, con erigir a la guerrilla en modelo exclusivo de la lucha revolucionaria? Sin duda no. Ya el año pasado se decía aquí (7) que el trabajo político, en las zonas sustraídas al imperialismo, era un medio tan importante como las propias acciones militares. Pero es necesario ir más allá aún, como ya lo han comprendido muchas organizaciones revolucionarias. Con demasiada frecuencia, en efecto, se razona sin lograr desprenderse del modelo cubano, como si aún se estuviera en la Sierra Maestra. Incluso la conquista política de las "zonas liberadas" no es suficiente. En el Falcón venezolano, en la Marquetalia de Colombia, esa conquista se hizo. Y sin embargo la revolución en esos países no adelanta, por carecer de una estrategia que se extienda de manera durable a las otras regiones rurales y a las ciudades. Se corre gran riesgo de ver a esos reductos aislados, y por mucho tiempo, del resto de la nación. Por el momento es una victoria del imperialismo, en el plano de la lucha armada. ¿Más allá de la relación de fuerzas militares, dónde reside la causa más profunda de estas dificultades?

En un análisis insuficiente de lo que ocurre en los propios sectores rurales. El imperia-

(7) Artículo ya citado.

fismo norteamericano y los "estados nacionales" asociados a él están a punto de consentir reformas agrarias, parciales sin duda, pero suficientes para *romper la solidaridad* del mundo campesino sobre el cual las guerrillas intentan apoyarse. No solo los peones, medianeros y locatarios a título precario no tienen los mismos intereses; sino sobre todo una nueva clase de pequeños propietarios individualistas empieza a nacer en detrimento de la cohesión del mundo campesino indígena. El mundo campesino no es ya —si es que alguna vez lo fue en América Latina— una clase o un grupo social homogéneo, donde la solidaridad frente a la miseria lo prima sobre las diferenciaciones internas que se aceleran. Frente a esto, la técnica de la guerrilla no es pues una panacea. Además, la presión demográfica en la campaña encuentra un exutorio fuera del mundo de la tierra: el empleo temporario en las minas, las fábricas o el éxodo definitivo hacia los "cangreiles". En ese sentido, parte del terreno social sobre el cual se apoya la guerrilla se derrumba, y la sola reivindicación de una reforma agraria deja de interesar en primer lugar a todos aquellos que han comenzado, o logrado, romper sus vínculos económicos con su pago. Son muchos ya, serán más y más si la evolución actual prosigue como es de prever.

Ahora bien, la guerrilla es impotente para atraerlos ahí donde están, en las minas o las ciudades. A ese nivel, en efecto, las dificultades de una lucha esencialmente armada son tantas que resulta imposible. El caso de los mineros de Bolivia es la excepción que confirma la regla. Y se trata más de un sindicalismo armado para la autodefensa que de una verdadera guerrilla permanente. Y en cuanto a los "cangreiles", conocidos son los fracasos de los grupos de acción urbanos del F.L.N. venezolano. El mundo de las ciudades no pertenece a las guerrillas y en este punto llegamos a la segunda y más dramática impotencia de esta forma de lucha: la incapacidad para penetrar en profundidad el sector de la sociedad integrado al sistema capitalista. En la medida en la cual este sea demográfica y económicamente determinante, la revolución se verá estancada, en las mismas puertas de la ciudadela a abatir. Toda la historia de América Latina está jalonada desde hace siglos por movimientos y levantamientos agrarios nunca derrotados completamente, pero tampoco nunca victoriosos. ¿Las guerrillas modernas estarán condenadas al mismo destino? Es muy posible, si la revolución en América Latina se reduce a esta única forma de lucha y a las únicas categorías socia-

les —marginales en relación con el sistema capitalista— capaces de apoyarla. ¿Qué hacer?

No cometer el error de condenar a priori esta forma de lucha —sobre todo ahí donde ya ha logrado implantarse. Es indiscutible que las guerrillas que surgieron en estos últimos años tuvieron una función histórica irremplazable en el nuevo continente: la de consagrar las rupturas necesarias con el pasado y polarizar la atención sobre el hecho de que ninguna revolución es posible si no integra, a su propia lucha, a ese campesinado sometido hasta el momento a un estado de miseria escandaloso y desconocido por las propias fuerzas de izquierda.

A pretexto de corregir los errores o las limitaciones teóricas de los guerrilleros que han tenido la tendencia de constituir al campesinado dirigido por intelectuales en *única* fuerza de la revolución, no hay que volver tampoco al dogma cómodo de la unidad de la clase obrera como clase revolucionaria, cuando hemos visto su carencia actual de preparación política para una función dirigente. Sin embargo a eso se dedican, dadas las dificultades recientes, quienes, desde hace treinta años, "siempre han tenido razón" pero no lograron hacer la revolución, ni siquiera crear una organización sólida y fuerte dentro de esta clase, en sus propios países.

Es necesario dejar de identificar lucha revolucionaria y guerrilla. Esta última es solo una forma —más que un *momento* de esta lucha—. No es, no puede ser, *toda* la lucha revolucionaria y ni siquiera toda la *lucha* revolucionaria *clandestina*. Es incapaz de implantarse sólidamente en las ciudades, sin las cuales no hay *toma de poder*. Ni siquiera es capaz, en el estado actual de cosas, de movilizar a *todo* el mundo rural —y es probable que esta imposibilidad se acreciente por la falta de homogeneidad de ese mundo, frente a la represión refinada del imperialismo—. Estas comprobaciones no son un llamado a repudiar las formas de lucha violenta o armada. Son una razón para buscar diversificar esta lucha según los diferentes niveles y diferentes momentos. Porque el mundo capitalista latinoamericano es lo suficientemente corrompido y en explosión, como para utilizar todas las posibilidades de esas formas de luchas revolucionarias ya clásicas, y de otras formas que la imaginación creadora de las masas y sus vanguardistas sabrán encontrar.

Pero es esencial, para que esta lucha triunfe, intervenir en *tres niveles*, de los cuales dos

están situados en el interior del cuadro nacional o continental:

1º *El sector de la sociedad menos integrado*, donde los atrasos y las miserias son escandalosos, mundo de campesinos indios, negros o mestizos, explotados por relaciones de producción cuasi feudales. Ahí la guerrilla es posible pero solo tiene porvenir a condición de no ser exclusiva, de estar complementada y apoyada lo antes posible por la organización política y sindical de las propias masas rurales, y si tiene la perspectiva de desembocar un día en las ciudades y en la toma del poder —momento de la lucha que se cumple a un segundo nivel—.

2º *El sector nacional integrado al sistema capitalista*. Imposible hablar de guerrilla. En el mejor de los casos esta crea, en el medio rural circundante, una situación de malestar político que obsesiona a la ciudad y agrava sus contradicciones internas, pero nada más. Es necesario aquí dedicarse a algo más que al problema de la tierra o a los atrasos regionales. Es necesario combatir la explotación de clase que sufre el proletariado urbano y rural por parte del imperialismo. ¿Dónde se vio, a pretexto que los salarios urbanos sean más elevados que los rurales, que los obreros de América Latina no estén explotados? Toda la evolución actual del neoimperialismo tiende al contrario a reafirmar esta explotación al constreñir al proletariado industrial y rural del sur del continente a producir las super plusvalías que el capitalismo metropolitano no puede ya cosechar en su país. ¿Si esos obreros no cumplen en el momento actual la misión que les corresponde, la culpa no es, en primer término, sin perjuicio de las dificultades objetivas, de sus dirigentes tradicionales, impotentes, divididos o corrompidos por el reformismo; y también de esa parte de la nueva ola revolucionaria que no se ha preocupado lo suficiente por unificar concretamente las aspiraciones socialistas obreras con las luchas actuales del campesinado? Hasta el momento, estos dos mundos hermanos, en lo esencial, se han ignorado uno a otro, cada cual a su turno. ¿Y en las clases medias de las ciudades, se tiene idea de las posibilidades que abre la radical politización de la capa más joven, los estudiantes? En esas condiciones, despreciar el trabajo político en las ciudades sería un grave error. Hay que despertar las posibilidades revolucionarias que treinta años de aislamiento, de reformismo y de divisiones de toda especie han adormecido. Exige que sean superadas las divisiones y los esquemas prefabricados de los viejos partidos comunistas. Exi-

ge también que los guerrilleros abandonen su orgulloso desdén por el trabajo urbano. Pero, para que sea posible, puesto que estamos aquí en el corazón de la ciudadela a atacar, ese trabajo supone estar dispuesto a salir de las formas legales y, si es necesario, recurrir a la lucha clandestina y violenta —lo cual no significa de ninguna manera y obligatoriamente la lucha armada—.

3º *El sector neoimperialista supranacional*. Aquí la lucha supera el cuadro nacional, porque no existe alianza nueva posible en el propio país. La lucha tendrá que ser frontal con los consorcios extranjeros, con sus asociados y sus agentes en el terreno: policía, ejércitos "nacionales", fuerzas de intervención extranjeras. ¿Qué posibilidades tienen las guerrillas o incluso las luchas de masas, por importantes y violentas que sean? El ejemplo de Santo Domingo nos ilustra sobre el poder de represión brutal del imperialismo: no está dispuesto a permitir que surja una segunda Cuba, por lo menos mientras cada país de América Latina se dirija hacia la revolución de manera aislada y exclusivamente armada. ¿No hay pues, salida? Por supuesto que sí. Todo depende de la cohesión y de la solidaridad revolucionaria continental, de la profundidad política del proceso revolucionario. Incluso en Santo Domingo, país pequeño, el imperialismo yanqui no pudo liquidar de un golpe y sin recurrir a otros procedimientos las esperanzas del pueblo dominicano. La cual rebelión armada, bloqueada, fue sustituida por una acción política profunda. También depende ello de la solidaridad de los otros países explotados con América Latina —y tiene buenas perspectivas—. Por último, depende de las debilidades internas del imperialismo opresor, de la actitud antimperialista de los obreros, de los estudiantes, de los pueblos en el propio corazón de la ciudadela imperialista.

Para estas capas sociales, si la idea de Revolución tiene todavía un sentido, es también en América Latina donde ello se decide. Decimos también y no solamente. Sería irreal creer que se puede actualmente movilizar a la clase obrera norteamericana solo con las consignas antimperialistas del "tercer mundo". La reiniciación a un nivel más elevado de la estrategia de la lucha de clases en Estados Unidos, obreros contra neocapitalistas, sería una ayuda más poderosa para los movimientos de los países oprimidos, que las manifestaciones de estudiantes en Berkeley.

No hay que separar las dos cosas, sino integrarlas en un mismo proceso antimperialista

y anticapitalista —dos palabras para designar dos niveles de una misma cosa puesto que el capitalismo actual es el imperialismo—. Todo esto plantea el problema de un *nuevo internacionalismo proletario* concreto, ofensivo, diversificado. Algo muy distinto de la simple reconciliación *defensiva y formal* de Moscú y Pekín cuando el proceso marcha decididamente muy mal.

En esos *tres niveles* pues, la lucha antimperialista debe desarrollarse *simultáneamente* para triunfar en América Latina. Ello exige abandonar los dogmas exclusivos de la guerrilla o de las "luchas de masas" obreras aisladas de su contexto político y social. Ello exige pasar a una etapa superior de organización de masas y de sus vanguardias en el nuevo continente. Ello exige por último *actuar de inmediato*. No es cierto, a pretexto que América Latina ha iniciado su "larga marcha", "que hay tiempo, porque será una guerra larga". Quizás será larga, pero contra un enemigo que no permanece inerte, ya lo hemos visto; el tiempo apremia pues. Hay que empezar a hostigarlo no solo en el campo o en la ciudad, sino en todas partes a la vez.

Porque, de todas maneras, se producen cambios en América Latina. El problema consiste en saber si se hacen con o sin la intervención de las masas y sus vanguardias. Y no para integrarse al sistema, sino para combatirlo, particularmente donde está obligado a consentir los cambios, que desea moderados y con recámaras. Es a ese precio, que en cada caso, debe oponerse *concretamente* a una política neocapitalista —de transferencias parciales y limitadas cuyo fin último es salvar el sistema— una solución radical, unitaria que, por interés popular, persiga destruir el sistema.

Esto nos lleva a preguntarnos cuál es la naturaleza de esta revolución tan mentada respecto a América Latina. Todo lo antedicho nos hace pensar que *esta revolución, a término, será socialista o no será*. El enemigo es el imperialismo en su forma actual, el imperialismo yanqui. Es un enemigo poderoso y flexible a la vez, brutal a nivel de la represión militar, pero consciente de la necesidad de admitir cambios sociales profundos. La coalición a oponerle tendrá pues que ser la de todas las clases de la sociedad latinoamericana, objetivamente interesadas en la liquidación del imperialismo del cual son víctimas. El campesinado atrasado que exige la reforma agraria y condiciones de vida humanas. La juventud de las clases medias que ve su porvenir mutilado y pervertido por el sistema social en el cual está

encerrada y que exige una profunda democratización de la sociedad y la ascensión de su país a una verdadera existencia nacional. La clase obrera, por último, víctima directa de la explotación imperialista, que posee más razones aún que en el pasado para querer romper sus cadenas.

Se abre así la perspectiva común a todos esos países, la única capaz de superar las profundas diferencias de formas de vida, de pensamiento, de reivindicaciones inmediatas, la única capaz de *unificar* sus luchas situadas a niveles tan diferentes. Una perspectiva que no sea un promedio aritmético, un más pequeño denominador común de las reivindicaciones de todas esas clases, sino una estrategia que polarice sus luchas, que les de una significación global, socialista. Sin lugar a dudas, esta perspectiva horroriza a las burguesías "nacionales". Pero su necesidad está inscrita en el orden de las cosas. ¿A pretexto de no romper con esta burguesía, los partidos revolucionarios van a renunciar a los beneficios que esta perspectiva —y sólo ella— tiene de exaltante para las otras clases? ¿Se cree que las burguesías latinoamericanas son tan ciegas como para haber comprendido el peligro? La actitud que, han asumido, política, militar, económicamente, de alianza incrementada con el imperialismo norteamericano desde el triunfo de la Revolución Cubana, demuestra lo contrario. Por supuesto, en dichas burguesías, algunos grupos más liberales pueden apartarse de esa empresa, pero nunca sin lamentarlo. Y, de todas maneras, no pueden ya ser grupos determinantes ni siquiera dirigentes puesto que fracasarán como Goulart en Brasil o triunfarán solo en el seno de una coalición de fuerzas populares que se dirija hacia el socialismo.

América Latina no tiene pues, en los años futuros, otra alternativa que el refuerzo del neocapitalismo o un proceso revolucionario que la conducirá, a término, al socialismo. Por el momento, la primera posibilidad lleva ventaja. Se ha mostrado, seguirá mostrándose intratable porque conoce la alternativa. En todas partes su reacción será al principio represiva y violenta. Y nunca podrá compensar esto aunque promueva en seguida una política de cambios radicales hasta el fin. He ahí justamente la posibilidad de la revolución, radical por naturaleza, si está dispuesta, desde ya, a enfrentar la violencia del adversario. No podrá pues, ser una revolución "legal". Pero dadas las relaciones de fuerzas reales, tampoco podrá ser una batalla entre el sur y el norte del continente. Para tener posibilidades de triun-

fo, la revolución deberá contar con indispensables apoyos internacionales porque, *si el campo de batalla es continental, en realidad lo que está en juego es mundial.*

¿Qué sucederá en efecto si en el futuro, arrastrados por la dialéctica interna de la lucha en su país, los mineros bolivianos no tienen otra salida que asumir la dirección de una revolución socialista? ¿Como Santo Domingo, Bolivia revolucionaria se encontrará aislada y finalmente aplastada por las tropas de Estados Unidos o las fuerzas de intervención interamericanas? ¿Y si no, qué otro camino se ofrece al pueblo boliviano para que pueda libremente resolver sus problemas internos y determinar su régimen social frente a la amenaza siempre presente de la intervención extranjera? En otras palabras, ¿cómo "descongelar" la situación en América Latina cuando los Estados Unidos son capaces de hacer lo que hacen en Vietnam? He ahí el problema que debe resolver la solidaridad antimperialista internacional.

Por eso la reciente conferencia de La Habana tiene tanta importancia, en la medida en que sea un gran paso hacia adelante en el camino de una solución real a ese problema. Esta conferencia afirma en primer lugar con estruendo, contra el aislamiento en el cual el imperialismo y las organizaciones reformistas (8) intentan mantenerla, la *solidaridad* de América Latina con los países de África y Asia. Pero su significación es aún más profunda y universal, a causa de la participación de la U.R.S.S. en esta conferencia. Por primera vez en mucho tiempo, en efecto, la primera potencia socialista del mundo ha comprometido su responsabilidad en una reunión internacional al sostener no sólo a estados cuya política es desde su punto de vista más o menos "positiva" sino además al *dirigirse directamente a los propios movimientos revolucionarios, que libran una lucha directa contra el imperialismo norteamericano; y reconociendo —la diversidad política de los movimientos representados lo demuestra— de hecho la autonomía real del movimiento latinoamericano.* No exigió diploma de marxismo a los delegados invitados. De conformidad con su función objetiva de apoyo necesario a las esperanzas revolucionarias en el mundo, la U.R.S.S. supo aceptar una representación establecida sobre la base de la *sinceridad* revolucionaria más

que sobre la base de la *ortodoxia* doctrinaria. Es, sin duda, la mayor novedad que ha surgido en política internacional desde la época de la "guerra fría". Abre grandes esperanzas.

Empero, todos los problemas no se han solucionado después de esto. No es suficiente apoyar moralmente a la revolución en Perú, por ejemplo, si al mismo tiempo las guerrillas peruanas son destruidas. Una cosa es pues prometer apoyo, y otra cosa es saber a quién, y a través de qué política, va a ser realmente acordado. Una cosa es ayudar al desarrollo del esfuerzo revolucionario, otra cosa es saber si ese esfuerzo está actualmente en manos de organizaciones capaces de hacerlo triunfar. Forzoso es reconocer que caben serias dudas. En esas condiciones, mucho puede depender otra vez, a pesar de sus errores o de sus insuficiencias pasadas, de los partidos comunistas del continente. Más que otros, poseen a menudo hombres y métodos capaces de actuar en los sindicatos y las "organizaciones de masas". Más que otros, poseen un sentido de la organización en general. Todo depende pues de su aptitud actual para escapar a su frecuente sectarismo y colaborar sin reservas con las nuevas fuerzas auténticamente revolucionarias de América Latina, para definir *juntos* una línea ofensiva, teórica y concreta, contra el imperialismo. Pero todo esto depende mucho de la sinceridad de las intenciones afirmadas en La Habana. En el momento actual, tampoco se han puesto en práctica.

En América Latina, la revolución no es pues una fatalidad, ni interna, ni externa. Es una posibilidad. Todo dependerá del grado de presión en todos los niveles y en todos los instantes que los revolucionarios y las masas sean capaces de oponer a la readaptación neoimperialista en curso en el continente. Todo dependerá del grado de presión en todos los niveles y en todos los instantes que el movimiento antimperialista y revolucionario mundial sea capaz de oponer a la estrategia capitalista en curso en el mundo. Por último y sobre todo, todo dependerá de la determinación y del *realismo combatiente* de los que luchan en América en condiciones terriblemente difíciles y de su *arte* para aprovechar el momento oportuno y tomar el poder. De eso, ellos, y sólo ellos tendrán la responsabilidad histórica.

Es el momento de ser humildes ante esta realidad, *de organizar concretamente nuestra solidaridad con su causa*, y sobre todo de demostrar que también en Europa, la idea de la revolución puede aún tener un sentido.

(8) ...en particular el A.P.R.A. y su dirigente Haya de la Torre, que contribuyeron a extender en el continente, hasta en la izquierda, el mito desmovilizador del "excepcionalismo" sudamericano.

ERNEST MANDEL

EL DEBATE ECONOMICO EN CUBA DURANTE EL PERIODO 1963-1964

EL artículo de Ernesto "Che" Guevara, que reprodujo el periódico *Partisans*, se inserta en un debate económico que se desarrolló en Cuba en 1963 y 1964. Ese debate comporta una veintena de artículos, de los cuales una media docena son de Guevara mismo (1). Charles Bettelheim y yo aportamos igualmente nuestra contribución, a invitación de los camaradas cubanos. Sería sin duda útil reunir un día el conjunto de estos artículos y hacer un balance, a la luz de la teoría marxista y de la práctica económica cubana.

Entre tanto es necesario reconocer que ese debate, aún mal conocido en Occidente, ocupa un lugar particular en la historia del pensamiento marxista, sobre todo en función de las contribuciones del camarada Guevara. La originalidad práctica de la revolución cubana precedió ampliamente a su aporte original a la teoría marxista contemporánea. Pero el "Che" Guevara ha expresado ese aporte original, no sólo en lo que concierne a la guerra de guerrillas, sino también en el terreno de la teoría económica.

CUATRO TEMAS CRUCIALES

El debate económico de 1963-1964 realizado en Cuba concierne a cuatro temas principales junto a numerosos temas subsidiarios. Dos problemas son de orden prác-

tico, es decir se refieren a cuestiones de política económica del gobierno revolucionario: la organización de las empresas industriales; la importancia relativa de los estímulos materiales y morales en la cons-

(1) Ésta es la lista de los principales artículos del "Che" Guevara, publicados en este período:

— "Consideraciones sobre los costos de producción como base del análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario", *Nuestra Industria - Revista Económica*, Nº 1, junio de 1963.

— "Sobre el sistema presupuestario de financiamiento", *Trimestre - Suplemento del Directorio Financiero*, Nº 7, julio-setiembre de 1963.

— "Sobre la concepción del valor" *Nuestra Industria - Revista Económica*, Nº 3, octubre de 1963.

— "La banca, el crédito y el socialismo", *Cuba Socialista*, Nº 31, marzo de 1964.

— "La planificación socialista, su significado", *Cuba Socialista*, Nº 34, julio de 1964.

Es necesario mencionar los artículos de otros camaradas cubanos que, durante este período defendieron tesis análogas a las de Ernesto "Che" Guevara: Luis Alvarez Rom: "El contenido político y económico del presupuesto estatal", *Trimestre, Suplemento del Directorio Financiero*, Nº 6, mayo-junio de 1963; Mario Rodríguez Escalona: "La concepción general de las finanzas en la historia y el sistema presupuestario de financiamiento en el período de transición", *Nuestra Industria - Revista Económica*, Nº 10, diciembre de 1964.

trucción del socialismo. Otros dos temas son de naturaleza teórica: el papel exacto de la ley del valor en la época de transición del capitalismo al socialismo; la naturaleza exacta de los medios de producción estatizados en esa época (¿son mercaderías o no lo son?; representan una propiedad social o no están más que parcialmente socializados, permaneciendo en parte como propiedad de las empresas?, etc., etc.)

Las relaciones entre las cuestiones prácticas y las teóricas son evidentes. La unidad dialéctica entre la teoría y la práctica, que debe caracterizar toda actividad auténticamente socialista, revolucionaria, se realiza en un nivel superior en el período de transición del capitalismo al socialismo (época de construcción del socialismo). Sólo la teoría marxista tomada como un todo puede guiar la práctica en un terreno todavía virgen, que ninguna acción humana anterior ha desbrozado; pero sólo la experiencia práctica permite decidir en definitiva entre diversas hipótesis teóricas que no pueden, por sí mismas, e independientemente de la prueba práctica, pretender que expresan un conocimiento adquirido.

La unidad de la teoría y de la práctica revolucionaria se encuentra pues, constantemente amenazada por los riesgos paralelos del pragmatismo por un lado y del dogmatismo por otro; será necesaria una larga serie de experiencias socialistas válidas —¡que hayan obtenido éxito en la práctica!— antes de que la teoría pueda codificar de manera definitiva las “leyes económicas” de la construcción del socialismo, que no podemos descubrir, en la etapa actual de la experiencia, si no a través de múltiples tanteos y de múltiples errores, según el método de aproximaciones sucesivas. Se desprende que la unidad entre la teoría y la práctica en la época de transición debe necesariamente incluir un grado determinado de autonomía de la teoría, sin la cual la práctica misma corre el riesgo de ser poco esclarecida y mal guiada y de ver multiplicarse los riesgos de desviación. Uno de los errores del stalinismo —y no el menor— es precisamente el de haber abolido esa autonomía relativa, bajo pretexto de “eficacia”, de haber degradado la teoría al nivel de un pragmatismo vulgar y apologético, lo que se tradujo, en definitiva, igualmente, en una enorme pérdida de eficacia práctica.

Los participantes del debate económico de 1963-1964 no fueron todos conscientes de esas relaciones dialécticas recíprocas entre la teoría y la práctica revolucionarias. Pero se puede afirmar sin hesitación que, por instinto, buscaron conciliar el imperativo de autonomía relativa de la teoría y el de la eficacia práctica inmediata. Es lo que da al debate un tono de sinceridad y seriedad, que le hace honor, aun cuando en ciertas contribuciones se reconozcan los balbuceos de un pensamiento que se busca, más que la expresión madura de un pensamiento que ha tomado ya plena conciencia de la realidad social de la cual ha surgido.

EL DEBATE EN CUBA Y EL DEBATE ECONÓMICO A ESCALA DE TODO EL “CAMPO SOCIALISTA”

El debate económico de 1963-1964 realizado en Cuba se inserta, por otra parte, en un debate mucho más amplio, que se desarrolla hoy en el conjunto del movimiento obrero internacional y más especialmente en los países que han derrocado al capitalismo. Ese debate concierne al “modelo económico” más apropiado para ser aplicado en la construcción del socialismo. Aquí, una vez más, nos enfrentamos con dos imperativos paralelos que no siempre se imbrican: la voluntad de superar el marxismo en el que se hundió la “teoría económica del socialismo” en la época stalinista; la necesidad de superar formas de gestión de la economía y de los métodos de planificación, que llegaron a convertirse en frenos del crecimiento de las fuerzas productivas. (2).

En muchos aspectos, el debate económico en Cuba surgió espontáneamente de la realidad cubana; en otros, parece en parte “importado”. En el último caso refleja menos el resultado de un análisis minucioso de la realidad económica cubana y de las tareas del gobierno revolucionario, que el deseo de tener en cuenta los resultados del debate internacional y de transponer —a veces mecánicamente— al suelo cubano lo que había sido proclamado como adquirido

(2) Ver, a propósito de este tema, nuestro artículo: “La réforme de la planification soviétique et ses implications”, *Les Temps Modernes*, junio de 1965.

por los dirigentes de la URSS o de ciertos países de Europa Oriental. Eso se aplica particularmente al problema de los "estimulantes materiales".

El mérito de la contribución del "Che" Guevara es haber expresado netamente la particularidad de la revolución cubana sin caer jamás en un pragmatismo vulgar. La revolución cubana se distingue por el hecho de haber logrado adquirir y mantener el apoyo de la gran mayoría de las masas populares para la obra revolucionaria. Sus dirigentes han elegido el objetivo prioritario de conservar, en toda ocasión, ese apoyo activo. La línea de la movilización de las masas para resolver una serie de tareas —¡recordemos simplemente la de la alfabetización!— la línea de hacer elegir los cuadros y hasta a los miembros del partido por las masas mismas; la línea de información constante de las masas sobre los problemas con los cuales se enfrenta la revolución; la enorme sensibilidad de Fidel Castro y de su equipo para todo lo que preocupa a las masas: he aquí lo que constituye sin duda la particularidad principal de esta revolución, después de la caída del antiguo régimen.

No es muy difícil explicar que esta particularidad resulta de las condiciones históricas especiales en las cuales la revolución triunfó, de su contexto geográfico excepcional y de sus raíces socio-económicas propias. No es el momento de profundizar estos aspectos de la cuestión, basta retener el hecho y hacer notar que los dirigentes son particularmente conscientes de él.

Hay sin embargo una contradicción entre esta "línea de las masas" y la práctica política cotidiana del gobierno revolucionario cubano en un dominio particular: el de la gestión de la economía —y aún más netamente, la gestión de la industria— ha sido ampliamente inmunizado contra toda intervención directa de las masas. No es

pues por azar que el debate económico de 1963-1964 surgió ante todo alrededor de los problemas planteados por esa gestión y que diferentes camadas, al intervenir en él, plantearan indirectamente el problema de las relaciones entre la gestión de las empresas y el comportamiento de las masas. La cuestión de los estímulos materiales y morales está directamente vinculada a esto.

LA AUTONOMÍA FINANCIERA DE LAS EMPRESAS Y EL PROBLEMA DE LOS ESTÍMULOS MATERIALES

La industria nacionalizada de Cuba estaba en gran parte organizada según el sistema de los consorcios (empresas consolidadas) por rama de industria, bastante comparable al que sirvió de modelo para la organización de la industria soviética durante todo un período. La financiación de esos consorcios se hacía por el presupuesto; el control financiero se efectuaba a nivel de los ministerios (el de Industria y el de Finanzas). La banca no desempeñaba más que un papel de intermediario de importancia secundaria.

Uno de los objetivos prácticos de la discusión económica de 1963-1964 fue pues dilucidar entre la defensa de ese sistema de organización —posición que adoptó el "Che" Guevara y quienes, en grandes líneas, apoyaron sus tesis— y el remplazo por un sistema de autonomía financiera de las empresas (que se vincula al principio de la rentabilidad individual de éstas) —tesis defendida por Carlos Rafael Rodríguez y varios otros participantes en el debate—.

La posición del "Che" Guevara parecía en esa oportunidad bastante pragmática. No sostenía que la gestión centralizada fuera un ideal en sí, un modelo a ser aplicado siempre y en todas partes. Simplemente, defendía la idea de que la industria cubana del momento podía ser dirigida de esta manera más eficientemente. Los argumentos dados fueron esencialmente los siguientes: número reducido de empresas (¡menos que en la ciudad de Moscú solamente!); número aún más reducido de cuadros industriales y financieros capaces; medios de telecomunicaciones bastante desarrollados, netamente superiores a los de otros países con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas comparable al de Cuba; necesidad de una economía muy estricta de los

(3) "Ningún hombre puede considerarse un cuadro político si no posee una sensibilidad que le permita comprender profundamente al pueblo y a sus problemas. Se puede perdonar cualquier defecto salvo la falta de sensibilidad" (Fidel Castro: "Un solo remedio contra los abusos de poder: ¡la línea de masas!", discurso pronunciado el 29 de agosto de 1966, en la sesión de clausura del XII Congreso de la Central de Trabajadores Cubanos).

recursos y de los controles sobre éstos, etc., etc.

La mayoría de los argumentos de orden general que se le opusieron no tenían relación con el estado de cosas así descrito. Cuando la descentralización financiera implica el acrecentamiento del poder de burocratas mediocres, incapaces, vacilantes e ineficientes, la tendencia a la burocratización aumenta, y disminuye la eficacia económica con la autonomía financiera de las empresas. De la buena fundamentación de ciertos argumentos en favor de la "autonomía financiera" se podía, a lo más, deducir la necesidad de una cierta descentralización de gestión cuando la industria cubana llegara a contar con un número y una complejidad de empresas mucho mayor. No se podía deducir la necesidad de esa descentralización *hic et nunc*.

Pero ciertos adversarios de las tesis del "Che" Guevara ligaron la cuestión de la mayor eficacia de la gestión descentralizada (y de la autonomía financiera que a ella se vincula) a la de los estímulos materiales. Empresas obligadas a ser rentables, son empresas que deben someter todas sus operaciones a un cálculo económico muy estricto y que pueden, por eso mismo, utilizar los estímulos materiales de manera mucho más amplia, interesando directamente a los trabajadores en el incremento de la productividad del trabajo, en el mejoramiento de la rentabilidad de la empresa (por ejemplo, por economía de materias primas) y en la superación de los objetivos del plan.

A este respecto también, la respuesta del "Che" Guevara es esencialmente práctica. No desecha la necesidad de un cálculo económico estricto en el cuadro del plan, tampoco desecha el empleo de estímulos materiales, pero subordina ambos a dos condiciones: primero, es necesario elegir formas de estímulos materiales que no reduzcan la cohesión interna de la clase obrera, que no coloquen a unos trabajadores contra otros; por lo cual preconiza un sistema de primas colectivas (por equipos o por empresas) más bien que un sistema de primas individuales. Además, se opone a toda generalización abusiva de los estímulos materiales porque teme sus efectos disgregantes sobre la conciencia de las masas.

Desea evitar que toda la sociedad se sature de un clima de egoísmo y de afán de

enriquecimiento individual. Esta preocupación se inscribe en la tradición de Marx y sobre todo en la de Lenin, que si bien comprendía que el empleo de estímulos materiales es inevitable en el período de transición del capitalismo al socialismo, subrayaba al mismo tiempo los riesgos de corrupción y desmoralización que resultarían fatalmente del empleo de esos estímulos y llamaba al partido y a las masas a combatir vigorosamente ese peligro.

Ignoramos qué solución ha sido dada en Cuba al problema de la organización de la gestión de las empresas y nos parece que, de todos modos, se está lejos de un "modelo económico" definitivo en ese país. En cuanto a nosotros, seguimos siendo partidarios de un sistema de autogestión democráticamente centralizado, en el cual el doble peligro de burocratización, el que emana de una centralización excesiva y el que deriva de una excesiva recurrencia a los mecanismos del mercado, puede ser ampliamente neutralizado por la conducción de la gestión por los trabajadores, en los lugares de trabajo, sometidos a una disciplina estricta impuesta por una autoridad central emanada directamente de los consejos obreros.

Pero si Fidel Castro no parece haber solucionado todavía el problema de la gestión de las empresas (4), se ha pronunciado de manera muy neta en lo que concierne al problema de las relaciones entre estímulos materiales y estímulos morales, y lo ha hecho a favor de las tesis del "Che". En el discurso que pronunció el 28 de setiembre de 1966, en ocasión del sexto aniversario de la fundación de los "Comités de Defensa de la Revolución", y en el cual anunció que, a partir de 1970, la mayoría del pueblo cubano ya no pagará alquiler, se burló de aquellos que no tienen "más que pesos en la cabeza", que no comprenden la necesidad de conservar a las masas soldadas a la revolución —objetivo que debe tener prioridad sobre toda consideración de "cálculo económico"—, que no comprenden la necesidad de satisfacer prioritariamente ciertas necesidades fundamentales de las

(4) Es necesario señalar, sin embargo, que el Ministerio de Finanzas había sido disuelto y el sistema presupuestario de financiamiento de empresas industriales había sido desmantelado. Nos faltan datos al respecto.

masas y que subestiman el valor de los estímulos morales, de las conquistas morales de la Revolución Cubana.

En nuestra opinión, esta posición del "Che" Guevara y de Fidel Castro está de acuerdo con la tradición y la teoría marxistas. Aquellos que plantean el postulado absoluto del desarrollo previo de las fuerzas productivas, antes de que pueda florecer la conciencia socialista son tan culpables de pensamiento mecanicista como quienes creen poder suscitar, por medios puramente subjetivos (educación, propaganda, agitación, etc.), una tal conciencia en forma inmediata. Hay una interacción constante entre la creación de una infraestructura material necesaria y el desarrollo de la conciencia socialista y el florecimiento de esta conciencia misma. Es efectivamente una utopía creer que ella podría surgir, ya hecha, por un esfuerzo de pura voluntad subjetiva, de una situación material que no es adecuada. Pero también es una utopía creer que esta conciencia socialista podría nacer bruscamente, como por encantamiento, del hecho de que su infraestructura material haya madurado, si entre tanto el clima social permanece dominado por los "estímulos materiales" (el deseo de cada individuo de mejorar su suerte por un esfuerzo ante todo individual).

NATURALEZA DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN Y LEY DEL VALOR EN LA SOCIEDAD DE TRANSICIÓN DEL CAPITALISMO AL SOCIALISMO

Así se comprenden mejor las relaciones entre los problemas prácticos y las cuestiones teóricas consideradas en el debate de 1963-1964. Según nuestra opinión, es claro que los medios de producción en el sector estatal no son mercancía, pues la noción de mercancía implica la de intercambio, es decir la de cambio de propietario. Una empresa del estado no "vende" una máquina a otra empresa del estado, así como un taller del trust Ford no "vende" la carrocería al taller de montaje. La necesidad de una contabilidad bajo forma monetaria, no tiene nada que ver con esta cuestión. Esta se refiere a un aspecto fundamental de la teoría marxista, la naturaleza mercantil de los productos del trabajo y la forma de valor de intercambio que toma la lógica de

su circulación, no son más que formas históricas pasajeras, propias de una economía fundada sobre productores individuales separados los unos de los otros, de la contabilidad económica, fundada sobre el trabajo, que es universal para toda sociedad humana. (5).

Pero la presión en favor de una autonomía de las empresas puede evidentemente encontrar su expresión ideológica en la tesis según la cual, en la época de transición del capitalismo al socialismo, los medios de producción siguen siendo mercancías. De la misma manera la lucha por la autonomía financiera de las empresas puede expresarse ideológicamente por la tesis según la cual la circulación de los medios de producción en el interior del sector del estado es una sucesión de operaciones de intercambio en el sentido real del término. En los dos casos, la voluntad de los directores de empresa de disponer libremente de esos medios de producción, de poder vender o comprar libremente una parte en el mercado, no es ajena a querellas teóricas aparentemente bizantinas.

En cuanto al papel de la ley del valor en el período de transición del capitalismo al socialismo, el comandante Mora defendió la idea de que durante esta fase del desarrollo histórico, la ley del valor continúa regulando la producción, pero no la regula más ella sola, su acción reguladora opera junto a la del plan y por su intermedio (6). Llegó a deducir de esta tesis que la

(5) Ver *El Capital*, I, pp. 39-40, edición alemana de Engels (Meissner, Hamburgo, 1890).

(6) El artículo del comandante Alberto Mora: "En torno a la cuestión del funcionamiento de la ley del valor en la economía cubana en los actuales momentos", apareció originalmente en el Nº 3 de la revista *Comercio Exterior*. Fue reproducido en el Nº 3, de octubre de 1963, de la revista *Nuestra Industria - Revista Económica*. El artículo de Bettelheim: "Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas", apareció originalmente en la revista *Cuba Socialista*, Nº 32, abril de 1964. Fue reproducido en la revista *Trimestre - Suplemento del Directorio Financiero*, Nº 8 octubre-diciembre de 1964 y en la revista *Nuestra Industria - Revista Económica*, Nº 7, junio de 1964. Nuestro artículo "Las categorías mercantiles en el período de transición" apareció en el mismo número de ambas revistas.

ley del valor "opera" en las relaciones entre empresas estatales.

Ernesto "Che" Guevara respondió que en la época de transición del capitalismo al socialismo, hay supervivencia de las categorías mercantiles en la medida en que el desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas no permite aún satisfacer todas las necesidades fundamentales de los productores, pero que esta supervivencia no implica de ninguna manera que sea la "ley del valor" la que regula la producción. Esta se halla regulada por el plan, que puede y debe utilizar el cálculo en valor, pero cuya lógica está fundamentalmente en contradicción con la ley del valor. Creemos que este punto de vista está de acuerdo con la teoría marxista y expresamos uno análogo en nuestra contribución al debate económico de 1963-1964 en Cuba.

También aquí hay una relación evidente entre el debate teórico y las divergencias concernientes a la planificación económica en Cuba. Quienes confunden supervivencia de las categorías mercantiles y papel regulador de la ley del valor deben necesariamente atribuir un papel más importante a los mecanismos del mercado en el cuadro de la economía planificada, no solamente en lo que concierne a los medios de consumo —donde eso se justifica ampliamente según nuestro punto de vista— sino también y sobre todo en lo que concierne a los medios de producción industrial. De ahí la insistencia con que buscan introducir el juego de la ley del valor entre empresas estatales (cuyos "intercambios" se relacionan en gran parte con los medios de producción). Y ese "juego" implica evidentemente la necesidad de la autonomía financiera de las empresas, del mismo modo que inicia una evolución en la cual los directores reclamarán de más en más autonomía en materia de inversiones, confirmando así, a su manera, que hay un antagonismo histórico entre los imperativos de una planificación central y los imperativos de una economía de mercado (aunque ella sea bautizada socialista).

Quienes niegan que la "ley del valor" continúa regulando la producción, directa o indirectamente, en la época de transición del capitalismo al socialismo, no niegan de

ninguna manera que las categorías mercantiles operen inevitablemente a esa época. NO niegan tampoco que en varios terrenos, los planificadores puedan tranquilamente recurrir a los mecanismos del mercado ciertos ajustes entre la oferta y la demanda. Pero comprenden el carácter fundamentalmente contradictorio entre el mercado y el plan y acuerdan así un amplio lugar al establecimiento de precios administrados en numerosos campos, sea para asegurar el desarrollo de ciertos servicios sociales prioritarios, sea para asegurar ciertos imperativos de desarrollo económico nacional. Es por esto que subrayan que la influencia de la ley del valor es más limitada que en el modo de producción capitalista y que ciertos sectores —especialmente la circulación de los medios de producción dentro del sector estatal— pueden escapar a ella (7).

Móviles políticos evidentes han inspirado parcialmente las opciones del "Che" Guevara y de Fidel Castro en esta emergencia: ante todo el móvil de evitar una desmoralización de las masas populares cubanas, una decepción respecto a la obra de revalorización moral que la revolución ha representado a sus ojos. Pero, cualesquiera sean esos móviles, la discusión económica de 1963-1964 en Cuba y sus prolongaciones actuales se inscriben válidamente en el largo proceso en cuyo curso la humanidad, gracias a la construcción del socialismo, en escala internacional de más en más amplia, acaba por descubrir las leyes económicas que presiden el desarrollo de la sociedad sin clases.

(7) Esto evidentemente no significa que la sociedad pueda gastar los productos de más horas de trabajo que las que ha provisto globalmente. Sigue siendo necesaria una contabilidad global de los gastos en trabajo, y ella se puede efectuar bajo forma monetaria para facilitar las comparaciones. El plan puede utilizar los precios "subvencionados" al lado de los precios "cargados de impuestos indirectos". Lo que importa es que la suma de las subvenciones y la suma de los "impuestos indirectos" se equilibre, y que una contabilidad doble haga al sistema de precios transparente, que se pueda distinguir en cada etapa los costos reales de producción en el espejo deformante de los precios administrados.

CHARLES BETTELHEIM

FORMAS Y METODOS DE LA PLANIFICACION SOCIALISTA Y NIVEL DE DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

EL texto siguiente tiene su origen en una reflexión teórica sobre algunos de los problemas que confronta actualmente la economía cubana. Siendo estos problemas de los que surgen necesariamente en todos los países que toman la vía de la construcción del socialismo, me ha parecido que podía tener interés el publicarlo en su forma original (con algunos pequeños cambios). Claro está que en las exposiciones que siguen no se han abordado importantes cuestiones que interesen a la construcción del socialismo, puesto que no era necesario hacerlo de inmediato en relación con la economía cubana. Acaso volveré en artículos sucesivos a tratar de algunas de estas cuestiones.

Como se verá, se ha hecho aquí abstracción de las condiciones históricas específicas propias de Cuba y de la URSS, y también de los problemas que, no siendo económicos, deben, por supuesto, ser tomados en consideración, en el momento de la formulación de una solución concreta.

Este texto se sitúa, pues, en el campo de la teoría económica. Ésta constituye un instrumento indispensable para la formulación de una solución correcta de los problemas económicos, aunque evidentemente no basta para dar respuestas completas a todos los problemas que se presentan en la práctica de la planificación y de la organización de la economía socialista.

Para resolver, tan correctamente como sea posible, los problemas que confronta actualmente la economía cubana, es necesario someterlos

a un análisis teórico. Es solamente sobre la base de tal análisis que se pueden señalar la estrategia y las tácticas económicas que corresponden a las exigencias de la etapa actual, pero teniendo en cuenta los caracteres concretos específicos de esta etapa y el nivel presente del desarrollo de las fuerzas productivas. Además, es solamente sobre la base de tal análisis que es posible definir las formas de organización y los métodos de trabajo que corresponden a la estrategia y a las tácticas económicas adoptadas.

Si un análisis teórico es objetivamente necesario, es necesario también subjetivamente, puesto que él sólo puede brindar el enfoque científico correcto indispensable para guiar la acción de los dirigentes de la Revolución, de los cuadros políticos y de las propias masas trabajadoras. Un enfoque científico es indispensable también para ayudar a poner en práctica las orientaciones generales adoptadas.

Además, debe permitir:

a) superar las indecisiones legítimas que se pueden presentar antes de sustituir los métodos de trabajo y las formas de organización a los cuales se está acostumbrado, por métodos y formas nuevos;

b) esquivar la sensación de que se retrocede en la organización económica, cuando no se hace más que renunciar a formas de organización dejadas atrás o prematuras, de todos modos inadaptadas;

c) no caer en la tentación de imitar métodos o formas de organización que pueden

haber dado resultados positivos bajo condiciones objetivas distintas, especialmente cuando había que respetar otras prioridades que no son las de la economía cubana de hoy.

Es sabido que, en lo teórico, el problema fundamental consiste en tratar las fuerzas productivas conforme a su naturaleza. Al no actuar así, es imposible dominar las fuerzas productivas y, por tanto, no se puede dirigir efectivamente su desarrollo.

Asimismo, en lo teórico, es indispensable analizar el comportamiento de los hombres, no como si fuera determinado en última instancia por la representación que se hace, tanto de las relaciones entre ellos como de sus papeles respectivos (lo cual implicaría que es suficiente modificar esta representación, especialmente mediante la educación, para modificar también este comportamiento en el sentido deseado, lo que es un enfoque idealista de las cosas), sino como una consecuencia de la inserción concreta de los hombres en la división técnica y social del trabajo y en un proceso dado de producción y de reproducción (que reproduce también, modificándolas progresivamente, sus necesidades), siendo el propio proceso fundamentalmente determinado por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Un análisis de esta especie hace comprender especialmente, qué la palanca decisiva para modificar el comportamiento de los hombres, está constituida por los cambios aportados a la producción y a su organización. La educación tiene esencialmente por misión hacer desaparecer actitudes y comportamientos heredados del pasado y que sobreviven a éste, y asegurar el aprendizaje de nuevas normas de conducta impuestas por el propio desarrollo de las fuerzas productivas.

Es partiendo de estas reglas de análisis general, que son las del materialismo histórico, que se debe tratar de resolver los problemas teóricos planteados por la evolución de las relaciones de producción, en función del progreso de las fuerzas productivas, así como los problemas de delimitación de las diferentes formas de propiedad, de la organización del sector socialista, de la organización de los intercambios, de la distribución de las rentas y de la planificación.

DELIMITACIÓN DEL SECTOR SOCIALISTA Y DEL SECTOR PRIVADO BAJO LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Es sabido que Marx y Engels han demostrado que el desarrollo de la economía capitalista va acompañado de la aparición de formas de producción cada vez más sociales, y que es

el carácter cada vez más social de las fuerzas productivas lo que hace de la socialización de los medios de producción una necesidad objetiva. ⁽¹⁾ Se sabe también que los fundadores del socialismo científico han demostrado que el carácter social de las fuerzas productivas es más o menos pronunciado, según los tipos de actividad económica y la naturaleza de las técnicas empleadas.

De estos análisis y de los aportes que hizo a los mismos, Lenin sacó conclusiones prácticas concernientes al deslindamiento de los sectores socialista y privado de la economía en la primera fase de la dictadura del proletariado, y concernientes a las condiciones de deterioro del sector privado y de la integración al sector socialista de las actividades que, al principio, dependen del sector privado.

Lenin ha insistido especialmente sobre el hecho de que no se pueden resolver los problemas de la pequeña y mediana explotación campesina más que reorganizando toda la economía, pasando "de la pequeña producción mercantil individual y aislada, a la gran producción colectiva". Y añade: "Proceso, por fuerza, extraordinariamente largo. Y con medidas administrativas y legislativas precipitadas e imprudentes sólo se conseguiría prolongarlo y entorpecerlo. La única manera de acelerarlo es ayudar a los campesinos de modo tal, que se les permita mejorar en gran medida y transformar de modo radical toda la técnica agrícola." ⁽²⁾

Lenin insiste, pues, en este texto escrito en 1919, sobre las bases técnicas de las transformaciones que deben hacerse en la agricultura, sobre el carácter muy prolongado del período de transición y sobre la ayuda que se debe brindar al campesino durante este período de transición.

En 1921, en su informe bien conocido sobre la sustitución de la contingentación por el impuesto en especie, Lenin vuelve a tratar extensamente sobre las ideas anteriores:

"Si algún comunista ha soñado que en tres años se puede transformar la base, las raíces económicas de la pequeña economía agrícola, es naturalmente un visionario..."

"...rehacer al pequeño agricultor..., transformar toda su psicología y todos sus hábitos es obra de varias generaciones. Resolver este problema en relación con el pequeño agricultor, sanear, por decirlo así, toda su psicología, únicamente puede hacerlo la base material, la maquinaria, el empleo en gran escala de tractores y otras máquinas en la agricultura, la electrificación en escala masiva". ⁽³⁾

Lenin saca, como se sabe, todas las conclusiones prácticas de este análisis: puesto que el campesinado individual, pobre y medio, está

llamado a subsistir como tal durante un largo período, "debemos esforzarnos por satisfacer las demandas de los campesinos". (4) Y añade: "¿Dónde está la respuesta a la cuestión de cómo darles satisfacción?... Ahondando en esta cuestión, nos diremos al punto: en puridad, se puede satisfacer al pequeño agricultor con dos cosas. En primer lugar, se precisa cierta libertad de intercambio de mercancías, libertad para el pequeño propietario privado; y, en segundo lugar, es menester suministrar mercancías y productos. ¿Qué sentido puede tener la libertad de intercambio, si no hay mercancías que cambiar, y la libertad de comercio, si no hay con qué comerciar?" (5)

Si Lenin insistió finalmente sobre la necesidad de mantener durante un período de transición una producción agrícola individual (6) (esto es, mientras que la base técnica de una producción agrícola social no haya sido creada a escala de las necesidades del conjunto de la sociedad) y sobre la contrapartida de la existencia de ésta al nivel de la libertad de los intercambios locales, es porque la producción agrícola es la más difícil de transformar técnicamente, tanto desde el punto de vista de las condiciones materiales, como de las costumbres en la producción. Resulta que el campesinado es una clase particularmente importante y cuya alianza con la clase obrera es indispensable para la dictadura del proletariado. Sin embargo, lo que reza para la producción agrícola individual, también es cierto para el artesanado y la pequeña producción industrial, mientras no se hayan desarrollado sobre una base técnica que las convierta en producciones plenamente sociales.

LA ORGANIZACIÓN DEL SECTOR SOCIALISTA

Si lo que debe ser el reparto de las fuerzas productivas entre el sector privado y el sector socialista ha dado lugar, desde hace mucho tiempo, a una reflexión teórica, no ha sido así, al menos en la misma medida y por asombroso que pueda parecer, en el caso de los problemas planteados por la organización interna del sector socialista. Por ello, la elaboración de los principios llamados a regir la organización de este sector en los países que toman la vía del socialismo exige una atención muy particular. La experiencia histórica de otros países socialistas debe ser analizada aquí teóricamente para poder ser plenamente utilizada.

Históricamente, hasta estos últimos años, la organización interna del sector socialista en la Unión Soviética ha sido esencialmente concebi-

da con miras a hacer frente a los problemas más urgentes de resolver, bajo la presión de condiciones particularmente difíciles y complejas, a menudo en situaciones de extrema urgencia (comunismo de guerra, reconstrucción después de la guerra civil, elaboración y revisión de los planes quinquenales en las condiciones del ascenso del fascismo en Alemania y de las crecientes amenazas de una nueva guerra mundial, la propia guerra, la nueva reconstrucción). Por lo que no ha sido siempre posible ajustar sistemáticamente esta organización a las exigencias del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y ha sido preciso adaptarse empíricamente a circunstancias que cambiaban con rapidez.

Esto trajo como consecuencia cambios de organización relativamente frecuentes, tanto en lo que concierne a las unidades de producción y a sus poderes jurídicos, como en lo que respecta a la naturaleza de las jurisdicciones a que estas unidades de producción han sido enlazadas, sus poderes de decisión, etc. Las soluciones dadas a estos problemas ejercen evidentemente gran influencia sobre el buen o mal funcionamiento del sector socialista, sobre la rapidez de su desarrollo, sobre su rentabilidad, su capacidad de adaptación al progreso técnico, etc.

Si, durante un largo período, los cambios habidos en la organización del sector socialista de la economía soviética se han debido sobre todo a consideraciones prácticas inmediatas, no han sido, por el contrario, fruto de un análisis teórico profundo. Es sólo desde hace poco que esto ha cambiado y que se han hecho esfuerzos para tener más en cuenta, al nivel mismo de la organización del sector socialista, las exigencias de la ley de correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas. (7)

Ahora bien, posteriormente, en su obra "Los problemas económicos del socialismo en la URSS", J. Stalin escribió:

"Sería un error tranquilizarse y llegar a creer que no existe ninguna contradicción entre nuestras fuerzas productivas y nuestras relaciones de producción. Hay contradicciones y las habrá ciertamente, puesto que el desarrollo de las relaciones de producción va e irá a la zaga del desarrollo de las fuerzas productivas. Si los organismos dirigentes aplican una política justa, estas contradicciones no pueden degenerar en antagonismos y no pueden abocar en un conflicto entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas de la sociedad. Otra cosa sería si seguimos una política errónea... Un conflicto sería entonces inevitable, y nuestras relaciones de producción correrían el riesgo de convertirse en una traba muy seria para el de-

sarrollo ulterior de las fuerzas productivas." (ob. cit. p. 56-57)

Siendo de enorme importancia (para la construcción del socialismo en Cuba o en cualquier otro país que tome la vía del socialismo) una solución correcta de los problemas de organización, y siendo también indispensable referirnos, tanto en este campo como en otros, a la experiencia de los países socialistas más avanzados, es necesario detenerse un instante sobre algunas razones, por lo menos, por las cuales estos problemas no han dado lugar todavía, ni siquiera en la Unión Soviética, más que a una elaboración parcial y no enteramente satisfactoria.

Algunas de estas razones son puramente prácticas. La más decisiva de ellas parece ser la naturaleza principalmente administrativa que la planificación soviética ha tenido que revestir durante un largo período, debido a la muy fuerte prioridad que hubo que dar al desarrollo de la infraestructura económica, especialmente a la industria pesada. La Unión Soviética era, en efecto, un país económicamente atrasado, en el que era necesario edificar rápidamente las bases materiales de la reproducción socialista ampliada, consagrando excepcionales esfuerzos al desarrollo de la Sección I de la economía y, más especialmente, al desarrollo de las industrias básicas. En estas circunstancias, la exigencia de una eficiencia económica máxima, que debe ser la base de los esfuerzos de organización, ha debido, con bastante frecuencia, ser desatendida, si no en lo referente al plan estratégico, donde ha sido generalmente satisfecha, al menos en el nivel táctico, donde se encontraba algunas veces relegada a segundo plano, y esto no tan sólo en materia de organización económica.

Otras razones, además de esta razón histórica, se relacionan con la elaboración teórica de aspectos doctrinales decisivos, y requieren una atención muy cuidadosa.

1. Leyes económicas y socialismo

Una de estas razones, de las más importantes, parece haber sido una apreciación insuficiente, y algunas veces hasta falsa, por parte de algunos marxistas, del problema de las leyes económicas y de las contradicciones en la economía y la sociedad socialistas.

Un caso extremo de falsa apreciación de este tipo es el presentado por Rosa Luxemburgo, quien, en una perspectiva izquierdista, piensa que en la sociedad socialista ya no existen leyes económicas y que la economía política ya no tiene razón de ser (¹ bis).

La misma apreciación ha sido formulada por Nicolás Bujarin en su libro sobre la economía

política del período de transición, particularmente cuando escribe:

"...desde el momento que nosotros examinamos la economía social organizada, todos los "problemas" fundamentales de la economía política desaparecen..., por lo que cabe aquí, de una parte, un sistema de descripción y, de otra parte, un sistema de normas. Pero no hay lugar aquí para una ciencia que estudie las "leyes ciegas" del mercado, dado que el mercado ya no existe. De esta forma, el fin de la producción mercantil capitalista significa igualmente el fin de la economía política (²).

Como se sabe, esta opinión emitida por N. Bujarin ha sido refutada por Lenin (² bis). (N. Bujarin defendía entonces posiciones ultraizquierdistas).

En lo que a nosotros concierne, señalaremos dos aspectos esenciales en los errores cometidos entonces por Bujarin, que son:

a) La confusión entre "ley económica" y "ley del mercado" (lo que equivale a reducir la economía política a una "ciencia de los intercambios" y a no reconocer su carácter de "ciencia de la producción social").

b) La confusión entre el libre juego de las leyes y su carácter objetivo.

Es evidente que los errores de este tipo hacen también imposible la comprensión de las condiciones de funcionamiento de la ley del valor en las diferentes fases de desarrollo de la sociedad socialista. Es, por otra parte, en el terreno del funcionamiento de la ley del valor en la sociedad socialista, donde las posiciones teóricas falsas, anteriormente indicadas, han sido combatidas más pronto y más viva y sistemáticamente. Por el contrario, en el terreno práctico de la organización interna del sector socialista, sólo se han combatido progresivamente las consecuencias de tales o parecidos errores.

Es en "Los problemas económicos del socialismo en la URSS", donde J. Stalin ha insistido con más fuerza sobre la existencia de leyes económicas objetivas en la economía socialista (³) y donde él ha mostrado, en especial, pero sin haber sacado aún todas las consecuencias, que estas leyes atañen también a la organización de la sociedad socialista, es decir, a las formas que deben darse a las relaciones de producción y a la organización social y técnica de la producción. Estas formas deben ser modificadas progresivamente, a fin de adaptarse al propio desenvolvimiento de las fuerzas productivas, sin lo cual, en vez de ayudar al progreso de estas fuerzas, constituyen una traba.

Así, queda puesta en evidencia la noción de una "contradicción posible entre las fuerzas productivas y las formas de organización del sector

socialista, al mismo tiempo que se destaca el carácter no antagónico de esta contradicción, puesto que en la sociedad socialista no existe grupo social alguno que disponga de medios suficientes para oponerse a las transformaciones necesarias" (10).

También Mao-Tse-tung ha insistido sobre las contradicciones que pueden presentarse en la sociedad socialista y sobre la necesidad de resolverlas correctamente.

Son numerosos los que, dice él, rehúsan admitir que en la sociedad socialista continúan existiendo las contradicciones... No comprenden que la sociedad socialista se vuelve cada vez más unida y consolidada, precisamente mediante este incesante proceso que consiste en tomar una actitud justa ante estas contradicciones, resolviéndolas... Las contradicciones fundamentales en la sociedad socialista siguen siendo las que existen entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, así como entre la superestructura y la base... (11).

El hecho de que haya sido necesario refutar, hace sólo diez años, la tesis de la ausencia de leyes económicas objetivas bajo el socialismo, y que ha sido necesario recordar insistentemente la existencia, en la sociedad socialista, de contradicciones entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, muestra el retraso que había tenido el pensamiento teórico en este campo y explica que el problema de la organización del sector socialista sólo se haya planteado tarde y parcialmente en términos científicos.

2. Propiedad y relaciones de producción

Otra raíz teórica de la situación anteriormente descrita, raíz todavía más profunda y aun poco aclarada, está constituida por el carácter insuficiente, y a veces falso, de los análisis sobre las nociones de "relaciones de producción" y de "propiedad".

Como se sabe, Marx entiende que las relaciones de producción están constituidas por las relaciones que los hombres establecen entre sí en el proceso de la producción social y que estas relaciones se modifican con el desarrollo de las fuerzas productivas materiales (12).

La naturaleza de las relaciones de producción es, pues, determinada por las propias fuerzas productivas y por su grado de desarrollo. La propiedad de los medios de producción es la expresión jurídica y abstracta de algunas relaciones de producción, expresión que está llamada a modificarse cuando se modifiquen las fuerzas productivas y las relaciones de producción que les corresponden (13).

La relación entre fuerzas productivas, rela-

ciones de producción y formas de propiedad, está lejos de haber sido siempre comprendida de manera exacta. Es así cómo, especialmente en su Tratado de Economía Política, el profesor Oscar Lange, al igual que numerosos economistas, considera la propiedad de los medios de producción como la "base" de las relaciones de producción (14).

En realidad, es el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas el que determina la naturaleza de las relaciones que pueden encontrar su expresión jurídica más o menos adecuada en una forma dada de propiedad de medios de producción. Marx ha insistido en numerosas ocasiones sobre este aspecto del enlace entre las relaciones de producción y las formas de propiedad (15).

Si se considera como "base" de las relaciones de producción lo que es solamente su expresión jurídica más o menos adecuada, ello lleva fácilmente a conclusiones erróneas. Tal concepto, en efecto, impide discernir el contenido real de la propiedad socialista y de sus formas. Se opone igualmente a un análisis claro y concreto de la apropiación socialista y de las raíces del mantenimiento del intercambio mercantil y de la ley del valor durante el primer período histórico de la sociedad socialista. Es indispensable detenerse un instante en estos diferentes puntos.

El error que consiste en confundir la forma jurídica de la propiedad con la apropiación efectiva es un error frecuentemente cometido y contra el cual Lenin ya tuvo que oponerse.

En el texto bien conocido "Contra el infantilismo de izquierda y el espíritu pequeño-burgués", Lenin opone el acto jurídico de la nacionalización, a la socialización que implica, particularmente, la capacidad efectiva de la sociedad de contabilizar y de repartir (16); capacidad a su vez ligada a un cierto desarrollo de las fuerzas productivas (fuerzas que engloban tanto a los hombres como al nivel de sus conocimientos).

Lenin opone aquí la forma jurídica a las relaciones de producción concretas. Señala que esta forma jurídica queda vacía cuando las relaciones son tales que no permiten llenarla adecuadamente (porque la capacidad de disponer efectivamente de los medios de producción y de los productos no coincide con la propiedad formal).

Esto nos retrotrae, después de un rodeo aparente, al problema de la organización interna del sector socialista.

Esta organización, en efecto, sólo es eficaz si el poder jurídico para disponer de ciertos medios de producción o de ciertos productos, coincide con la capacidad de emplear estos medios

de producción y productos de manera eficiente. El nivel social en el que esta capacidad se sitúa en un momento dado, no depende evidentemente de la "buena voluntad" de los hombres, sino del desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

Cuando el poder jurídico y la capacidad efectiva no coinciden, cuando el sujeto jurídico no es un verdadero sujeto económico, hay divorcio entre, por una parte, el proceso real de producción y de distribución y, por la otra, el proceso que ha sido buscado por los que ostentan el poder jurídico sin disponer de la capacidad efectiva. Este divorcio entraña una ausencia más o menos grande de la dirección real del proceso económico por los que se supone encargados de dirigirlo, y engendra, en general, la multiplicación de las medidas reglamentarias y la ampliación del aparato burocrático. Estos fenómenos nocivos están ligados al vano esfuerzo desplegado para tratar de cerrar la brecha que separa el marco jurídico formal de las relaciones de producción reales, relaciones que llenan entonces este marco de manera inadecuada.

Así analizado, el problema de la organización interna del sector socialista y de las diversas formas de la propiedad socialista, se destaca en toda su significación.

Por ejemplo, en la Unión Soviética, la forma koljosiána de propiedad socialista está mejor adaptada que la forma estatal al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de que disponen los koljoses. Esto significa que, al nivel actual de desarrollo de estas fuerzas, la socialización del proceso de producción es más real en el cuadro koljosiáno de lo que podría ser si la propiedad formal de estas fuerzas productivas fuese transferida al Estado. En efecto, éste estaría entonces obligado a tratar de dirigir más o menos centralmente un proceso de producción que, en el estado actual de las cosas, solo puede ser efectivamente dirigido y controlado localmente, o bien, a delegar los poderes de decisión a un director dependiente del Estado que asumiría así las funciones que son hoy las de la colectividad koljosiána y de sus órganos. De hecho, tal transferencia terminaría en un retroceso de la socialización (es decir, del control de la colectividad sobre el proceso de producción) y no en un progreso de la misma. Cuando se habla de formas "superiores" de la propiedad socialista, designando con ello la propiedad del Estado, esto tiene (para los procesos de producción que no están todavía maduros para esta forma de propiedad) un sentido estrictamente histórico como perspectiva provisional; pero no lo tiene de inmediato al nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas. Es precisamente por eso que es necesario conservar las formas llamadas "in-

teriores". La existencia de éstas no está, pues, justificada, como a veces se piensa, por "el espíritu conservador" de los campesinos, sino por la realidad de las relaciones concretas de producción.

Las ventas a los koljoses de máquinas agrícolas que estaban en poder de las Estaciones de Máquinas y Tractores en la Unión Soviética, nos proporciona un ejemplo del paso de la propiedad del Estado a la propiedad koljosiána, paso que formalmente corresponde a un "retroceso" en el nivel de socialización de estos medios de producción. Sin embargo, este "retroceso" puede corresponder, en realidad, a un progreso de la socialización efectiva, si trae consigo, en la práctica, un progreso en la eficiencia económica con que la sociedad utiliza los medios de producción así transferidos (¹⁸ bis).

Es necesario (desde el punto de vista del progreso mismo de la socialización del proceso de producción y de su dirección) una adecuación lo más estricta posible entre los sujetos jurídicos que tienen derecho a disponer de ciertos medios de producción y de ciertos productos y los sujetos económicos que disponen de la capacidad efectiva de emplearlos eficazmente, porque pueden contarlos (prácticamente). Esta necesidad explica también que el traspaso hecho a las comunas populares por el Estado Chino de un gran número de empresas industriales, otrora administradas centralmente, o a nivel de las provincias o de las regiones, haya podido constituir un progreso en la socialización de la producción, y no un retroceso.

Se trata siempre, con vistas a asegurar la mejor adecuación del poder jurídico y de la capacidad de disposición, de determinar y decidir qué tipo de colectividad tiene el derecho de controlar y dirigir ciertos procesos de producción, lo que no puede ser hecho correctamente más que teniendo en cuenta la naturaleza de las fuerzas productivas que estos procesos de producción ponen en marcha.

Es evidentemente de la misma manera que debe ser determinado el reparto de los poderes jurídicos sobre ciertos medios de producción y sobre ciertos productos, de los diferentes organismos del poder del Estado socialista o de las diferentes jurisdicciones económicas de este poder. (Así, en la Unión Soviética, los Sovnarjoz son jurisdicciones regionales del poder del Estado, en tanto que la empresa soviética es una jurisdicción económica de este mismo poder).

La atribución a ciertos sectores sociales de poderes jurídicos puede encontrar su expresión en la existencia de diferentes formas y niveles de la propiedad socialista del Estado.

Así, en tanto que el Estado soviético es pro-

propietario de ciertas empresas, ellas mismas pueden ser propietarias de sus medios de producción y de sus productos, en la medida en que disfruten simultáneamente de ciertos poderes jurídicos y de las correspondientes capacidades efectivas para disponer.

La unicidad del derecho de propiedad, característica del derecho burgués, es así destruida. Comprender que puede y debe ser así durante toda una fase de desarrollo de la sociedad socialista, es importante no sólo desde el punto de vista de la organización del sector socialista, sino también desde el punto de vista de la comprensión de lo que es el comercio socialista y el papel de la ley del valor. Pero volveremos sobre esto.

De lo dicho anteriormente se desprende que, si el poder jurídico de disposición es atribuido a una jurisdicción que no cuenta, al nivel dado del desenvolvimiento de las fuerzas productivas, con una capacidad efectiva de disposición, esta atribución entrañará un débil control social sobre las fuerzas productivas. Esto es lo que ha pasado en Cuba en aquellas ramas industriales en que lo esencial del poder jurídico de disposición ha sido confiado a los Consolidados, cuando sólo las unidades de producción constituyen verdaderos sujetos económicos, aptas para gozar de una capacidad efectiva de disposición. Lo que puede, pues, llamarse "unidad de producción" (y que constituye un verdadero sujeto económico) varía evidentemente según el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. En ciertas ramas de la producción, donde la integración de las actividades es suficientemente impulsada, la propia rama puede constituir una "unidad de producción". Puede ser así, por ejemplo, en la industria eléctrica, sobre la base de la interconexión, porque esto permite una dirección centralizada única de toda la rama.

Conviene señalar, además, que, según el tipo de uso que se haga de ciertos medios de producción, la capacidad efectiva para disponer de estos medios puede corresponder a jurisdicciones diferentes de lo que deriva la posibilidad de una superposición de poderes jurídicos sobre los propios medios de producción.

Estas son las diversas consideraciones que deben ser tenidas en cuenta para definir el lugar de las diferentes formas de propiedad socialista, el estatuto de las empresas, sus ligazones con los organismos económicos centrales, las modalidades de la gestión económica corriente, las formas y las reglas de la planificación económica, etc.

LA ORGANIZACIÓN DE LOS INTERCAMBIOS

La organización de los intercambios y, por consiguiente, también la distribución de productos, puede parecer dominada por la organización técnica de la producción. En realidad la organización de los intercambios es parte integrante de la organización del proceso de la reproducción social, proceso que es, a la vez, producción, consumo, circulación e intercambio de productos y de actividades.

En una economía socialista que abarca, a la vez, una pequeña producción individual y una producción social, la organización de los intercambios debe revestir necesariamente una forma diferente, según el tipo de producción. Aquí también resulta necesaria una reflexión teórica sobre la organización de los intercambios que mejor se adapte a las relaciones fijadas entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la satisfacción de las necesidades sociales reconocidas.

a) Producción individual e intercambios

Que la existencia, bajo la dictadura del proletariado, de una producción individual entraña necesariamente el mantenimiento de las categorías "mercancía" y "moneda" es hoy universalmente admitido. Que la existencia de estas categorías haga necesaria también la existencia de un mercado y de alguna libertad de intercambios, es algunas veces puesto en duda. Es el caso actualmente en Cuba, y también fue el caso en la Unión Soviética al final del comunismo de guerra, período durante el cual las circunstancias obligaron al poder soviético a suprimir la libertad de los intercambios y a reducir al mínimo las funciones de la moneda. En aquella época, en la Unión Soviética eran numerosos los comunistas que creían que la supresión de la libertad de los intercambios era conciliable con el mantenimiento, entonces inevitable, de la producción individual, y que no obstaculizaría el desarrollo de las fuerzas productivas y, por ende, la consolidación de la dictadura del proletariado.

Ya se sabe cómo Lenin respondió a los que pensaban así, y cómo afirmó la necesidad de cierta libertad de los intercambios como contrapartida de la existencia de una producción individual, de una libertad controlada y limitada, a fin de que sirviera los intereses de la dictadura del proletariado y no se volviese contra ella.

Lenin también declaró que, sobre la base de la "producción individual, no es posible arreglárselas sin la libertad en los intercambios locales (¹⁷); y añade en consecuencia: Podemos

aceptar, en gran medida, los intercambios locales libres, sin destruir la dictadura del proletariado, sino por el contrario consolidándola" (13).

Que una cierta libertad en los intercambios locales sea necesaria, no solamente como una medida del todo temporal, sino durante todo un período histórico, lo prueba el mantenimiento aún hoy en día, en la Unión Soviética, del mercado koljosiano. Este mantenimiento confirma la necesidad de un mercado agrícola local, como corolario de la existencia de una producción agrícola privada, producción que, para ciertos productos alimenticios importantes, abarca actualmente todavía en la Unión Soviética una parte no despreciable del consumo.

Asimismo, la experiencia reciente de la China Popular ha demostrado que el restablecimiento de una cierta producción agrícola individual ha debido ir acompañada por el restablecimiento de los mercados locales, y que esto ha servido grandemente a una notable mejora en el abastecimiento de las ciudades y a un nuevo auge de la producción industrial (14).

Así, la teoría y la práctica confirman la necesidad de cierta libertad de intercambios como corolario de la existencia de una producción individual.

Los problemas concretos, que es de la mayor importancia resolver correctamente, son aquellos que fijan los límites de estos intercambios, así como las condiciones de su subordinación a los intereses del desarrollo de la sociedad socialista. Estos problemas no pueden ser resueltos más que por el estudio de la experiencia internacional de los países socialistas y por la experiencia corriente (15), analizada según los métodos de la teoría del materialismo dialéctico.

Las observaciones y referencias que preceden establecen, en todo caso, que el problema del restablecimiento en Cuba de un mercado local de productos agrícolas, deriva, para un período histórico, de la naturaleza de las fuerzas productivas actuales de la agricultura cubana.

Es también con esta perspectiva que debe ser concebida la transición de la agricultura privada hacia formas socialistas de producción, principalmente a través de la organización cooperativa del campo.

Si la organización de los intercambios que abarcan los productos provenientes de la producción individual plantea principalmente problemas concretos, no ocurre igual con la organización de los intercambios de productos provenientes del sector socialista o que circulan dentro de este sector, pues se plantean importantes problemas teóricos en este campo.

b) Producción socialista e intercambio

Aquí, en efecto, la propia naturaleza de los problemas, a menudo ha sido oscurecida por una visión errónea de las cosas, visión que ha situado en el centro del análisis no las relaciones de producción reales, sino categorías jurídicas abstractas, como la noción de "propiedad estatal única" o la noción general de "propiedad social".

Si a tales categorías abstractas correspondiesen ya relaciones de producción concretas, de tal índole que una jurisdicción social última y única, es decir, un sólo y único sujeto jurídico sea efectivamente capaz de disponer de un modo eficaz de todos los medios de producción y de decidir su utilización y el destino de los productos, estos últimos habrían dejado completamente de tener el carácter de mercancía, el conjunto de las categorías mercantiles (moneda, precio, etc.) habría desaparecido, y no habría habido inconveniente en utilizar la noción de propiedad social para dar cuenta de la dominación integral de la sociedad sobre sus productos, y de la desaparición correlativa de las categorías mercantiles.

De hecho, tal desaparición de las categorías mercantiles supondría una socialización mucho más adelantada que la de hoy, del proceso de la reproducción social. Es solamente sobre la base de esta socialización más avanzada del proceso de la reproducción, que las diferentes formas de propiedad social que existen hoy en todos los países socialistas, podrán ceder su lugar a una propiedad plena y completa de toda la sociedad, que es lo único que permitirá el debilitamiento de las categorías mercantiles.

Como se sabe, en lo que concierne a la producción koljosiana actual, J. Stalin analizó este debilitamiento de las categorías mercantiles en términos de la elevación de la propiedad koljosiana al nivel de la propiedad nacional, y de la sustitución gradual de la circulación de mercancías por un "sistema de intercambio de los productos", a fin de que el poder central, u otro centro social económico cualquiera, pueda disponer de todos los productos de la producción social en interés de la sociedad (16). La noción de capacidad de disposición de todos los productos en interés de la sociedad por un centro social económico, aparece aquí como decisiva. No obstante, la evolución de la sociedad hacia el comunismo excluye radicalmente para el futuro que este centro social económico sea constituido por el Estado y, con mayor razón, por un sujeto económico como el trust estatal único de Bujarin. Este centro será la propia sociedad, por intermedio de su organismo económico dirigente central, lo que no excluye evidentemente

que este centro disponga de "relevos" para tomar un gran número de decisiones. En tal situación de integración del proceso de la reproducción social y de la coordinación orgánica de sus diversas fases, las categorías mercantiles habrán desaparecido, lo cual no significará, por otra parte, la desaparición de las leyes económicas objetivas, sino tan sólo la desaparición de las leyes de la economía mercantil.

En todo caso, por ahora, aún en los países socialistas más avanzados, el proceso de la producción social y de la reproducción ampliada no es todavía un proceso enteramente integrado y orgánicamente coordinado, cuyas diferentes partes dependen unas de otras y que podrían pues, ser integralmente dominadas por la sociedad.

El desarrollo de las fuerzas productivas ha acarreado efectivamente una interdependencia creciente entre las diversas actividades económicas, entre los diferentes procesos elementales de producción. Es precisamente esta interdependencia, este inicio de integración, lo que ha hecho necesaria la planificación económica socialista, la única planificación real, la que da su verdadero contenido a la propiedad social de los medios de producción (sin la cual ninguna planificación económica efectiva sería posible).

Pero el proceso de integración de los diferentes procesos elementales de producción sólo está empezando. Cada uno de estos procesos debe aún desarrollarse de una manera relativamente autónoma. La apropiación de la naturaleza por los hombres se efectúa, en consecuencia, en centros (unidades de producción) distintos, separados, y entre los cuales se establecen relaciones complejas, múltiples y más o menos regulares. Cada una de las unidades de producción constituye, por tanto, un centro de apropiación de la naturaleza, con su propia especificidad, su propia realidad.

En tanto que la interdependencia de estos centros corresponde al carácter social de la producción y da, como se ha dicho anteriormente, su contenido real a la propiedad social de los medios de producción, el carácter separado, distinto, de estos centros determina la forma jurídica de la propiedad de los medios de producción atribuidos a cada uno de ellos.

En estas condiciones, el razonamiento que parte exclusivamente de la noción general de "propiedad estatal" para designar las diferentes formas superiores de la propiedad socialista, pretendiendo reducir ésta a una realidad única, tropieza con insuperables dificultades, sobre todo cuando se trata de analizar la circulación de las mercancías en el interior del sector socialista

del Estado, el comercio socialista, el papel de la moneda, etc.

Un ejemplo de estas dificultades es aportado por ciertos análisis de Stalin en su citada obra sobre **Los problemas económicos del socialismo en la URSS**.

En esta obra, Stalin trata, como se sabe, de explicar la existencia de relaciones mercantiles en el seno de la sociedad socialista soviética, partiendo de la existencia de dos formas de propiedad socialista: la propiedad del pueblo (es decir, la del Estado) y la propiedad de grupos sociales más limitados (esencialmente la propiedad koljosiánica) ⁽²²⁾.

Este punto de partida jurídico y los análisis que del mismo derivan, conducen a negar el carácter necesariamente mercantil, a la hora actual, de los cambios entre empresas socialistas del Estado, y a hacer incomprensible, en el plano teórico, la naturaleza de las compras y ventas efectuadas entre empresas estatales, la naturaleza de la moneda, de los precios, de la contabilidad económica, de la autonomía financiera, etc. Estas categorías se encuentran así privadas de todo contenido social real. Aparecen como formas abstractas o procedimientos técnicos más o menos arbitrarios y no como la expresión de estas leyes económicas objetivas, cuya necesidad destacaba, por otra parte, el propio Stalin ⁽²³⁾.

Vemos aquí, de nuevo, a qué atolladero teórico puede llegarse cuando en el análisis de un proceso social se parte, no de las relaciones de producción concretas, sino de una noción jurídica tratada abstractamente, y, con más razón, cuando se hace de esta noción la "base" de las relaciones de producción.

En realidad, el método del materialismo dialéctico exige que se parta de las relaciones sociales que constituyen el reverso del proceso de apropiación de la naturaleza por los hombres (es decir, de las relaciones de producción y de los modos efectivos de apropiación). Si se sigue este sendero, y se comprueba que al nivel actual del desenvolvimiento de las fuerzas productivas, aún en la sociedad socialista más avanzada, este proceso de apropiación no es todavía un proceso único, enteramente dominado por la sociedad, sino que es todavía un proceso multiforme, fragmentado, dividido en cierto número de centros de actividades, en cierto número de procesos elementales de apropiación, que comienzan solamente a poder ser coordinados en escala social (por la planificación socialista), se comprende al mismo tiempo la necesidad de los intercambios entre estos centros de actividad y el contenido social y económico real de las diferentes formas de la propiedad socialista, así como el

intercambio mercantil socialista, el papel de la moneda en el interior del sector socialista, etc.

A partir de tal análisis, las diferentes formas de la propiedad socialista ya no aparecen como la razón capaz de "explicar" la existencia de relaciones mercantiles en el sector socialista (lo que equivaldría a explicar las categorías económicas por una cierta superestructura jurídica). Es, al contrario, la existencia de ciertas relaciones de producción la que explica las relaciones mercantiles y la forma jurídica que ellas deben revestir ⁽²⁴⁾.

Por tanto, se comprende también que, a medida que el desarrollo de las fuerzas productivas conduce a una integración efectiva de los procesos de producción, a una coordinación orgánica de estos procesos, se convierten más y más en proceso único, el campo de las relaciones mercantiles se reduce y la esfera de actividad de las categorías mercantiles languidece. Cuando esta evolución llega a su término, la planificación y la gestión de la economía pueden depender de una sola jurisdicción social (lo que no quiere decir, necesariamente, de un sujeto jurídico único).

Mientras no sea así, la planificación socialista asume la dirección consciente del conjunto de los procesos de reproducción social, más y más numerosos, que comienzan a ser coordinados (puesto que dependen objetivamente unos de otros), en tanto que la gestión económica socialista asume la dirección consciente de los diversos procesos que dependen de los diferentes sujetos económicos. Estos están, pues, ligados entre sí, a la vez por el plan, en la medida en que dependen objetivamente unos de otros, y por las relaciones mercantiles, en la medida en que son aún relativamente independientes.

En el curso de estos últimos años, el carácter más y más complejo de la economía soviética, así como de las demás economías socialistas, ha puesto en evidencia que la idea de un debilitamiento rápido de las categorías mercantiles y del intercambio mercantil socialista era prematura, por lo que hubo que dar mayor cabida a estas categorías, a la autonomía relativa de la empresa socialista, etc. Al mismo tiempo, la integración creciente de los procesos de producción en las ramas técnicamente más desarrolladas, ha hecho surgir nuevas posibilidades de gestión de estas ramas, asumida por la intervención de medios electrónicos. Esto permite comprender mejor por qué senderos podrá desarrollarse a priori, llevando así a la desaparición definitiva de las categorías mercantiles ⁽²⁵⁾.

Las consecuencias o las implicaciones del análisis precedente son múltiples. Sólo nos ocuparemos de las que lucen más importantes desde

el punto de vista de la planificación y de la organización de la economía socialista.

a) En relación con lo que precede, se comprende que al nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas y de integración de los procesos elementales de producción, el trabajo gastado en la producción no pueda ser aún, enteramente, un trabajo directamente social.

En otras palabras, aunque el plan fija las cantidades de trabajo que deban ser gastadas en las diferentes ramas de la producción, sólo lo puede hacer aproximadamente; sólo se puede saber ex post, en qué medida el trabajo gastado por las diferentes producciones es efectiva y enteramente un trabajo socialmente necesario.

La existencia de las categorías mercantiles y de la moneda en el seno del sector socialista significa, en efecto, que es aún parcialmente mediante el mercado que se realiza la socialización del trabajo.

El mercado socialista, que sirve de mediador y de medio a la socialización del trabajo, ya está, por otra parte, muy profundamente modificado en su funcionamiento, por el desarrollo de las relaciones socialistas de producción. Gracias a estas relaciones socialistas, los productores ya no están relacionadas entre sí solamente a través de sus productos (esto, en la pura sociedad mercantil tenía por consecuencia la dominación de los productos sobre los productores, el fetichismo de la mercancía, etc.), sino que mantienen también relaciones directas de productores asociados. Como tales, se esfuerzan en coordinar a priori sus esfuerzos y pueden (parcialmente) conseguir esta coordinación a través del plan económico. Este es el que fija los objetivos fundamentales del desarrollo económico y social y sólo deja al mercado un papel subordinado. Puede ser así, porque más allá de los procesos elementales de apropiación de la naturaleza (procesos todavía separados y que continúan como tales a oponerse parcialmente a los productores) se afirma ya un inicio de integración del proceso de la producción social; y porque con la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción y la puesta en marcha de la planificación, este proceso social en vías de integración ya no es destrozado, ni fragmentado, como lo es bajo las condiciones del capitalismo, el cual mantiene relaciones de producción y de propiedad sobrepasadas por el desarrollo de las fuerzas productivas.

b) Lo que precede significa también que en el estado actual de desarrollo de las fuerzas productivas, hasta en los países socialistas más avanzados la sociedad aún no puede conocer plenamente el estado de las necesidades sociales (incluyendo las necesidades que nacen en la pro-

pia esfera de la producción material), ni puede determinar políticamente, de manera bastante precisa, las que serán reconocidas en el futuro.

De esto dimana la imposibilidad de proceder de manera satisfactoria, es decir, eficaz, en un reparto integral, a priori, de los medios de producción, y de los productos en general, y la necesidad del comercio socialista y de los organismos comerciales del Estado. De donde se origina también el papel de la moneda al interior mismo del sector socialista, el papel de la ley del valor y un sistema de precios que debe reflejar no solamente el costo social de los diferentes productos, sino también expresar las relaciones entre la oferta y la demanda de estos productos y asegurar, eventualmente, el equilibrio entre esta oferta y esta demanda cuando el plan no ha podido asegurarlo a priori y cuando el empleo de medidas administrativas para realizar este equilibrio comprometería el desarrollo de las fuerzas productivas.

c) Lo que precede significa, igualmente, la necesidad de dotar a cada unidad de producción (es decir, a cada eslabón social en cuyo seno se desarrolla un proceso elemental de producción) con una cierta libertad de acción. Ésta debe permitir a cada unidad de producción enfrentarse a todo lo que no pudo ser previsto, a sacar el máximo partido en beneficio de la sociedad y de los recursos de que ella dispone, puesto que éstos no pueden ser bien utilizados más que en función de sus necesidades reales, y éstas no son necesariamente las que el plan se ha esforzado en prever. Esta libertad de acción debe, en el estado actual de desarrollo de las fuerzas productivas, actuar a la vez sobre ciertos elementos del programa de actividad de cada unidad de producción y sobre algunos de los medios que deben utilizarse para la realización de este programa.

El problema práctico consiste en fijar a esta libertad de acción límites tales, que sirvan a los objetivos reales del plan (la construcción del socialismo, el desarrollo armonioso de las fuerzas productivas y la satisfacción de las crecientes necesidades de la sociedad). Este problema práctico sólo puede ser resuelto correctamente mediante la experiencia interpretada con ayuda de la teoría.

Importa señalar aquí que si una libertad de acción suficiente no es concedida a cada unidad de producción y que si se pretende determinar de antemano de manera detallada lo que habrá de ser la actividad de cada una de ellas y las condiciones en que esta actividad habrá de desarrollarse, resultaría, en el estado actual de las cosas, un inmenso derroche de fuerzas de trabajo y de productos.

Muy a menudo, de hecho, en las economías planificadas, en que no se ha sabido acordar la libertad de acción necesaria a las unidades de producción, el despilfarro se encuentra en parte reducido por los intercambios a que las unidades de producción proceden entre ellas, en violación formal del plan; pero de hecho, más a menudo, con vistas a lograr los objetivos reales. Es así como la necesidad objetiva de las leyes económicas se abre camino. Lo grave en este caso es que en vez de utilizar estas leyes conscientemente (lo cual es el principio del plan) se les deja jugar un papel espontáneo.

d) Es la combinación del mantenimiento durante un período histórico de las categorías mercantiles al interior mismo del sector socialista, y de la libertad de acción con que debe ser dotada, hasta ciertos límites, cada unidad de producción, lo que da su sentido a la autonomía contable de cada una de estas unidades, al cálculo económico al nivel de cada unidad y a las posibilidades de autofinanciamiento de que cada una de ellas debe disponer. Estas categorías, estas reglas, o estas posibilidades están ligadas a un estado dado del desarrollo de las fuerzas productivas. Traducen las condiciones y las exigencias objetivas del funcionamiento de la economía socialista en el estado actual de su desarrollo: no respetarlas, sólo puede entorpecer el buen funcionamiento de la economía y poner obstáculos a la propia planificación.

ORGANIZACIÓN DE LA DISTRIBUCIÓN

Es un lugar común en el análisis marxista reconocer que las relaciones y los modos de distribución están determinados por la propia organización de la producción⁽²⁶⁾. De esto se puede sacar particularmente la conclusión de que si las relaciones mercantiles subsisten aún dentro del sector socialista, en el nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones deben también seguir penetrando en las relaciones de distribución. Esta es, finalmente, una de las razones por la cual, en el momento actual, en todas las economías socialistas esta distribución tiene lugar, ella también, a través de las categorías mercantiles (moneda y salarios).

Es éste un fenómeno que Marx no había previsto, como lo demuestran, entre otros, los análisis que hace en la Crítica del programa de Gotha. En este texto, Marx contemplaba el reparto de los productos con la ayuda de "bonos de trabajo", y no por intermedio de una verdadera moneda. Si Marx había contemplado tal solución al problema de la distribución en la

primera fase de la sociedad socialista, es, sin duda, porque en la época en que él escribía, la posibilidad de que la sociedad dominara de manera integral el conjunto de los procesos de producción y reproducción sociales, podía parecer más accesible de lo que en realidad era, y de lo que aún sigue siendo por ahora.

Sin embargo, el realismo de Marx aún no ha fallado cuando preveía que, en la primera fase de la sociedad socialista, debía prevalecer un reparto de los productos según el trabajo y no según las necesidades. No obstante, lo que parecía entonces a Marx como una exigencia ligada esencialmente a la "supervivencia" de ciertas normas del derecho burgués, puede ser entendido hoy, a la luz de la experiencia, como la consecuencia del mantenimiento de las categorías mercantiles. Sin embargo, puesto que los productores de la sociedad socialista no tienen entre sí relaciones solamente a través de sus productos, sino también directas, humanas, en su calidad de productores asociados que actúan para coordinar a priori sus esfuerzos y que pueden lograrlo cada vez mejor, gracias a la socialización de las fuerzas productivas, las categorías mercantiles ya no dominan ni la sociedad, ni los individuos que la componen, y el contenido de estas categorías se encuentra profundamente modificado. Así, el salario en la sociedad socialista ya no es el "precio de la fuerza de trabajo" (puesto que los productores ya no están separados de sus medios de producción, son, por el contrario, propietarios colectivos), sino la forma de distribución de una parte del producto social. Al mismo tiempo, esta distribución continúa efectuándose a través de la categoría del "salario", porque el trabajo facilitado por cada uno no es todavía un trabajo directamente social. Sin embargo, el dominio creciente ejercido por la sociedad sobre sus fuerzas productivas le permite distribuir una parte cada vez mayor del producto social no en función del trabajo, sino en función de las necesidades; ya no a través de las categorías monetarias, sino en mercaderías. De esta manera, ya se ha iniciado la desaparición progresiva de las normas del derecho burgués de la esfera de la distribución, y se acelerará con la dominación creciente de los hombres sobre el proceso de la reproducción social y la extinción de las relaciones y categorías mercantiles.

En tanto que el mantenimiento de las relaciones y de las categorías mercantiles y del conjunto de las superestructuras vinculadas a este mantenimiento, explica la necesidad de ligar la remuneración de cada uno a la cantidad y a la calidad de su trabajo (es esto lo que se llama "sistema de los estímulos materiales"), la trans-

formación de estas relaciones y de estas categorías, su extinción progresiva, ya iniciada —y las modificaciones correlativas en las superestructuras—, explican el lugar creciente que puede ser dado al comportamiento fundado sobre motivaciones no interesadas económicamente.

El lugar respectivo de las diferentes categorías del estímulo no puede, por tanto, estar determinado arbitrariamente, en nombre de tal o cual visión moral, o de tal o cual concepción ideal de la sociedad socialista, sino que debe de ser ligado al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de las que forman parte los propios hombres, con sus conocimientos, su educación y, más generalmente, su cultura.

NOTAS:

(1) De una manera general, el lazo que une el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas al carácter de las relaciones de producción y de las relaciones de propiedad que les corresponden, es hoy corrientemente designado con la expresión "ley de correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas". Esta expresión, que fue formulada por primera vez por J. Stalin, es empleada por él, particularmente, en su libro **Los problemas económicos del socialismo en la URSS** (pág. 9 de la tr. francesa, 1952, Ed. de P. C. F., París).

(2) V. I. Lenin, "La economía y la política bajo la dictadura del proletariado", citada según "Obras Completas", Tomo 30, págs. 106-107, Editora Política, La Habana, 1963.

(3) V. I. Lenin, "La alianza de la clase obrera y del campesinado", Pág. 350, Editora Política, La Habana, 1963.

(4) *Ibid.* p. 350.

(5) *Ibid.* p. 351.

(6) Como ya se sabe, esta necesidad ha sido reconocida por Lenin no solamente en el caso de la economía atrasada de la Rusia de 1921, sino también en el de los "países capitalistas avanzados". (V. I. Lenin, "Obras Completas", Tomo 31, págs. 152-154, Editora Política, La Habana, 1963).

(7) Conviene señalar aquí la evolución, tocante a esto, del pensamiento de J. Stalin. Éste escribía, hablando de la sociedad socialista: "Las relaciones de producción se hallan en plena consonancia con el estado de las fuerzas productivas, pues el carácter social del proceso de producción es refrendado por la propiedad social sobre los medios de producción" (J. Stalin, **Sobre el materialismo dialéctico y materialismo histórico**, Editorial Páginas, La Habana, 1945, pág. 34).

(7 bis) Así, R. Luxemburgo escribe: "...la economía política, como ciencia, ha cumplido su papel desde el momento en que la economía anárquica del capitalismo cedió su lugar a una economía planificada, conscientemente organizada y dirigida por el conjunto de la sociedad trabajadora. La victoria de la clase obrera contemporánea, así como la realización del socialismo, significan, pues, el fin de la economía política en tanto que ciencia". (*Einführung in*

die National Oekonomie, Ausgewählte Reden und Schriften, Berlín, 1951, t. i, pág. 491).

(8) N. Bujarin, citado según la traducción alemana. *Oekonomik der Transformationsperiode* - Hamburgo 1922, pág. 2.

(8 bis) En una nota escrita al margen del libro de N. Bujarin, Lenin señala que la definición dada por éste de la economía política ("Ciencia de la economía social apoyándose sobre la producción de mercancías, esto es, ciencia de una economía social no organizada...") nos hace "retroceder un paso en relación con Engels", quien, como se sabe, ha definido la economía política en un sentido amplio, como la "ciencia de las condiciones de las formas bajo las cuales las diversas sociedades humanas han producido, intercambiado y, sobre esta base, han distribuido sus productos".

Para lo que aquí se trata, este aspecto de la discusión a la que el libro de N. Bujarin ha dado lugar es evidentemente muy importante. Las apreciaciones aportadas por Lenin sobre este libro no han sido todas tan negativas como han afirmado algunos años más tarde diversos comentaristas. Se encontrarán estos comentarios en "Zamechaniye na knigu N. Bujarin" "*Ekonomika Perekhodnogo Perioda*", 2da. edición, Moscú 1932. (También en el tomo XI de las obras de Lenin, edición 1928).

Se encontrará igualmente un comentario de esta discusión y de sus ampliaciones (y por tanto con numerosas referencias adicionales) en A. Kaufman "The origin of the Political Economy of Socialism", en *Soviet Studies*, enero 1953, pág. 243; y Ronald L. Meek, "Studies in the Labour Theory of Value", Londres, 1956, especialmente págs. 256-267.

(9) "...Las leyes de la economía política bajo el socialismo son leyes objetivas" (J. Stalin, obra citada, p. 10).

(10) Esto no significa que ciertas capas sociales (como una capa burocrática, por ejemplo) no puedan tener interés en oponerse a transformaciones sin embargo necesarias.

(11) Mao Tse-tung, *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo*, págs. 18 y 19, Editora Política, La Habana, 1963.

(12) Es así como Marx escribió: "En la producción social de su existencia los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado de desarrollo dado de sus fuerzas productivas materiales" (Carlos Marx-Federico Engels, "Obras Escogidas", tomo 1, pág. 373, Editora Política, La Habana, 1963).

(13) Así, inmediatamente después del texto citado arriba, Marx escribe: "El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social... Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí" (Obra citada, pág. 373).

(14) Oskar Lange, *Economie Politique*, Tomo I, Problemes Généraux, París 1962, pág. 18.

(15) Ver especialmente *Introduction a une critique de l'economie politique*, p.p. 326 a 330 de la traducción antes citada de Laura Lafargue. Ver también el borrador de una carta de Marx a Vera Tasulich, en que Marx señala que es la necesidad del trabajo colectivo en la comunidad primitiva la que constituye la base de la propiedad común de la tierra y no a la inversa (Tomo XXVII de las obras de C. Marx y F. Engels en ruso, p. 681).

(16) V. I. Lenin "Obras Completas". Tomo 27, págs. 327-328, Editora Política, La Habana, 1963.

(16 bis) Por supuesto que de las observaciones anteriores no debe sacarse la conclusión de que las modalidades del reparto de los medios de producción y las formas de propiedad correspondientes deberán ser determinadas exclusivamente durante el período de construcción del socialismo, por consideraciones relativas a la eficiencia en la utilización de los diversos medios de producción.

Para asegurar la construcción del socialismo, la eficiencia económica inmediata no es, evidentemente, lo único que se debe de tener en consideración; lejos de eso, pues. "la política no puede dejar de tener la primacía sobre la economía. Razonar de otra manera, es olvidar el a, b, c, del marxismo". (V. I. Lenin, *A nouveau sur le syndicat, la situation actuelle et les erreurs de Trotsky et de Boukharine*, "Obras Completas" en ruso, 3ra. edición, Moscú, 1937, Tomo 32, pág. 126).

Es porque, bajo la dictadura del proletariado, la nacionalización significa el fin del control ejercido por los capitalistas sobre los medios de producción nacionalizados que, en condiciones dadas, una utilización imperfecta de ciertos medios de producción por el poder proletario (falta de adecuación suficiente entre el poder jurídico y la capacidad real del Estado obrero) puede ser preferible (o hasta indispensable), desde el punto de vista de la construcción del socialismo, a una utilización momentáneamente más eficaz de estos medios de producción por otra clase social.

Asimismo, una utilización relativamente poco eficiente (desde un punto de vista inmediato de los medios de producción de que disponían las Estaciones de Máquinas y Tractores pudo ser preferible a la concesión de estos medios a los koljoses en los primeros años de la colectivización. De una manera general, puede ser que el grado de desarrollo social de las fuerzas productivas de tal o cual industria, o de tal o cual empresa industrial, no "justifique", desde el punto de vista de la eficacia económica inmediata, su nacionalización, pero que esté perfectamente justificada desde el punto de vista del reforzamiento de la dictadura del proletariado, cuando ésta exige que sea destruida la base económica del poder de las clases hostiles.

Inversamente, cuando la dictadura del proletariado es suficientemente sólida como para no exigir la nacionalización de las fuerzas productivas todavía débilmente socializadas, puede no tener ninguna justificación proceder a una tal nacionalización, particularmente cuando el poder proletario dispone de palancas suficientes para hacer servir estos medios de producción a los objetivos de la construcción del socialismo,

manteniendo lo que aún constituye, momentáneamente, las condiciones de utilización más eficientes de estos medios de producción.

(17) V. I. Lenin, "La Alianza de la clase obrera y del campesinado", pág. 352, Editora Política, La Habana, 1963.

(18) Obra citada, pág. 352.

(19) "Pekín Informations", 2/9 1963, p. 16/17.

(20) Lenin, en su informe al X Congreso, rehusó definir dónde deben situarse los límites de la libertad de intercambios. Afirmó la necesidad de plantear el principio. Por lo demás, declaró: "Haced experimentos diversos, estudiad prácticamente sobre la base de la experiencia, comunicadnos después vuestras impresiones, y decidnos qué cosas os han salido bien..." "La alianza de la clase obrera y del campesinado", pág. 356, Editora Política, La Habana, 1963).

(21) J. Stalin. Les problèmes économiques du socialisme en URSS, obra citada, pág. 56.

(22) Esta explicación es desenvuelta largamente en el punto 2do. de las "Observaciones sobre las cuestiones económicas relativas a la discusión de noviembre de 1951", punto titulado: "De la producción mercantil en el régimen socialista". La tentativa de explicación que aquí se presenta se refiere esencialmente a la actitud de los koljoses. Así, J. Stalin escribió: "Los koljoses no quieren enajenar sus productos de otra forma sino bajo la forma de mercancías a cambio de las cuales quieren obtener otras que ellos necesitan. Los koljosienses no aceptan hoy otras relaciones económicas con la ciudad que las que intervienen en los intercambios por compra y venta de mercancías. Por tanto, la producción mercantil y la circulación de mercancías son hoy, entre nosotros, una necesidad parecida a la de hace treinta años, por ejemplo, en la época en que Lenin proclamó la necesidad de desarrollar al máximo la circulación de mercancías". (op. cit. p. 16).

(23) Las dificultades a las cuales conduce esta manera de abordar el problema, aparecen muy claramente en la parte de los *Problèmes économiques du socialisme en URSS* intitulada: "Contestación al camarada Alexandre Ilitch Notkin". En este texto, J. Stalin se pregunta especialmente: "¿Por qué... hablan del valor de los medios de producción, de su precio de costo, de su precio de venta, etc.?" Y contesta: "Por dos razones: primera, ello es necesario para los cálculos, para las liquidaciones de cuentas, para establecer el carácter rentable o deficitario de las empresas, para verificar y controlar estas

últimas; pero éste no es más que el lado formal de la cuestión. Segunda: Esto es necesario para poder, en interés del comercio exterior, vender medios de producción a los Estados extranjeros. Aquí, en el campo del comercio exterior, pero solamente en este campo, nuestros medios de producción son efectivamente mercancías y se venden efectivamente" (op. cit. p. 44/45). Está claro que la segunda parte de la respuesta no explica de ninguna manera por qué se habla del valor de los medios de producción en el interior de la Unión Soviética, en tanto que la primera parte de esta respuesta no facilita ninguna explicación, puesto que se trata precisamente de saber por qué "ello es necesario para los cálculos".

(24) Este análisis se acerca en parte al de O. Sik en su libro *Economie, Interêts, Politique*. Praga, 1962 (en checo).

(25) Los economistas soviéticos, cada vez en mayor número, piensan que el paso a una planificación más detallada y basada en la utilización de máquinas electrónicas será posible por la integración progresiva de las actividades en el seno de las diferentes ramas. Esta integración da la posibilidad de utilizar los métodos matemáticos de gestión y las máquinas electrónicas, primero al nivel de las unidades de producción y de las ramas y, solamente después, al nivel de toda la economía nacional. Bien entendido, esto no excluye de ninguna manera la utilización de métodos matemáticos y electrónicos desde ahora, al nivel de la planificación de la economía nacional; pero esta utilización no puede ser, por el momento, más que muy parcial y debe desembocar en procesos repetidos en cadena (*) y no puede ser la base única y ni siquiera principal de la planificación actual.

(*) Referente a este asunto, ver los trabajos de J. Kornal y Th. Liptak: "Planificación a dos niveles", estudios de programación preparados en el Centro de Cálculos de la Academia de Ciencias de Hungría, texto en inglés, Budapest, 1963).

(26) "La organización de la distribución está enteramente determinada por la organización de la producción. La distribución es, ella misma, un producto de la producción, no solamente en lo que concierne al objeto, puesto que sólo los resultados de la producción pueden ser distribuidos, sino en lo que concierne a la forma particular de la distribución, la forma en que se participa en la distribución." Carlos Marx, *Introducción a una crítica de la economía política*, obra citada, pág. 325).

LA PLANIFICACION SOCIALISTA, SU SIGNIFICADO

EN el número 32 de la revista "Cuba Socialista", apareció un artículo del compañero Charles Bettelheim, titulado "Formas y Métodos de la Planificación Socialista y Nivel de Desarrollo de las Fuerzas Productivas". Este artículo toca puntos de indudable interés, pero tiene además, para nosotros, la importancia de estar destinado a la defensa del llamado Cálculo Económico y de las categorías que este sistema supone dentro del sector socialista, tales como el dinero en función de medio de pago, el crédito, la mercancía, etc.

Consideramos que en este artículo se han cometido dos errores fundamentales, cuya precisión trataremos de hacer:

El primero se refiere a la interpretación de la necesaria correlación que debe existir entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En este punto el compañero Bettelheim toma ejemplos de los clásicos del marxismo.

Fuerzas productivas y relaciones de producción son dos mecanismos que marchan unidos indisolublemente en todos los procesos medios del desarrollo de la sociedad. ¿En qué momentos las relaciones de producción pudieran no ser fiel reflejo del desarrollo de las fuerzas productivas? En los momentos de ascenso de una sociedad que avanza sobre la anterior para romperla y en los momentos de ruptura de la vieja sociedad, cuando la nueva, cuyas relaciones de producción serán implantadas, lucha por consolidarse y destruir

la antigua superestructura. De esta manera, no siempre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en un momento histórico dado, analizado concretamente, podrán corresponder en una forma totalmente congruente. Tal es, precisamente, la tesis que permitía a Lenin decir que si era una revolución socialista la de Octubre, y en un momento dado plantear, sin embargo, que debía irse al capitalismo de estado y preconizar cautela en las relaciones con los campesinos. El porqué del planteamiento de Lenin está expresado precisamente en su gran descubrimiento del desarrollo del sistema mundial del capitalismo.

Dice Bettelheim:

"...la palanca decisiva para modificar el comportamiento de los hombres está constituida por los cambios aportados a la producción y su organización. La educación tiene esencialmente por misión hacer desaparecer actitudes y comportamientos heredados del pasado y que sobreviven a éste, y asegurar el aprendizaje de nuevas normas de conducta impuestas por el propio desarrollo de las fuerzas productivas".

Dice Lenin:

"Rusia no ha alcanzado tal nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo. Todos los héroes de la II Internacional, y entre ellos, natu-

juicio exacta, de que en el gran marco del sistema mundial del capitalismo en lucha contra el socialismo, uno de sus eslabones débiles, en este caso concreto Cuba, puede romperse. Aprovechando circunstancias históricas excepcionales y bajo la acertada dirección de su vanguardia, en un momento dado toman el poder las fuerzas revolucionarias, y basadas en que ya existen las suficientes condiciones objetivas en cuanto a la socialización del trabajo, queman etapas, decretan el carácter socialista de la revolución y emprenden la construcción del socialismo.

Esta es la forma dinámica, dialéctica, en que nosotros vemos y analizamos el problema de la necesaria correlación entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Después de producido el hecho de la Revolución Cubana, que no puede escapar al análisis, ni obviarse cuando se haga la investigación sobre nuestra historia, llegamos a la conclusión de que en Cuba se hizo una revolución socialista y que, por tanto, había condiciones para ello. Porque realizar una revolución sin condiciones, llegar al poder y decretar el socialismo por arte de magia, es algo que no está previsto por ninguna teoría y no creo que el compañero Bettelheim vaya a apoyar.

Si se produce el hecho concreto del nacimiento del socialismo en estas nuevas condiciones, es que el desarrollo de las fuerzas productivas ha chocado con las relaciones de producción antes de lo racionalmente esperado para un país capitalista aislado. ¿Qué sucede? Que la vanguardia de los movimientos revolucionarios, influidos cada vez más por la ideología marxista-leninista, es capaz de prever en su conciencia toda una serie de pasos a realizar y a forzar la marcha de los acontecimientos, pero forzarlos dentro de lo que objetivamente es posible. Insistimos mucho en este punto, porque es una de las fallas fundamentales del argumento expresado por Bettelheim.

Si partimos del hecho concreto de que no puede realizarse una revolución sino cuando hay contradicciones fundamentales entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, tenemos que admitir que en Cuba se ha producido este hecho y tenemos que admitir también, que ese hecho da características socialistas a la Revolución Cubana, aun cuando analizadas objetivamente, en su interior, haya toda una serie de fuerzas que todavía están en un estado embrionario y no se hayan desarrollado al máximo. Pero si, en estas condiciones, se produce

y triunfa la revolución, ¿cómo utilizar después el argumento de la necesaria y obligatoria concordancia, que se hace mecánica y estrecha, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, para defender, por ejemplo, el Cálculo Económico y atacar el sistema de empresas consolidadas que nosotros practicamos?

Decir que la empresa consolidada es una aberración equivale, aproximadamente, a decir que la Revolución Cubana es una aberración. Son conceptos del mismo tipo y podrían basarse en el mismo análisis. El compañero Bettelheim nunca ha dicho que la Revolución Socialista Cubana no sea auténtica, pero sí dice que nuestras relaciones de producción actuales no corresponden al desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, prevé grandes fracasos.

El desglose en la aplicación del pensamiento dialéctico en estas dos categorías de distinta magnitud, pero de la misma tendencia, provoca el error del compañero Bettelheim. Las empresas consolidadas han nacido, se han desarrollado y continúan desarrollándose porque pueden hacerlo; es la verdad de Perogrullo de la práctica. Si el método administrativo es o no el más adecuado, tiene poca importancia, en definitiva, porque las diferencias entre un método y otro son fundamentalmente cuantitativas. Las esperanzas en nuestro sistema van apuntadas hacia el futuro, hacia un desarrollo más acelerado de la conciencia y, a través de la conciencia, de las fuerzas productivas.

El compañero Bettelheim niega esta particular acción de la conciencia, basándose en los argumentos de Marx de que ésta es un producto del medio social y no al revés; y nosotros tomamos el análisis marxista para luchar con él contra Bettelheim, al decirle que eso es absolutamente cierto pero que, en la época actual del imperialismo, también la conciencia adquiere características mundiales. Y que esta conciencia de hoy es el producto del desarrollo de todas las fuerzas productivas en el mundo y el producto de la enseñanza y educación de la Unión Soviética y los demás países socialistas sobre las masas de todo el mundo.

En tal medida debe considerarse que la conciencia de los hombres de vanguardia de un país dado, basada en el desarrollo general de las fuerzas productivas, puede avizorar los caminos adecuados para llevar al triunfo una revolución socialista en un determinado país, aunque, a su nivel, no existan objetivamente las contradicciones entre el desarrollo de las

fuerzas productivas y las relaciones de producción que harían imprescindible o posible una revolución (analizado el país como un todo único y aislado).

Hasta aquí llegaremos en este razonamiento. El segundo grave error cometido por Bettelheim, es la insistencia en darle a la estructura jurídica una posibilidad de existencia propia. En su análisis se refiere insistentemente a la necesidad de tener en cuenta las relaciones de producción para el establecimiento jurídico de la propiedad. Pensar que la propiedad jurídica o, por mejor decir, la superestructura de un estado dado, en un momento dado, ha sido impuesta contra las realidades de las relaciones de producción, es negar precisamente el determinismo en que él se basaba para expresar que la conciencia es un producto social. Naturalmente, en todos estos procesos, que son históricos, que no son físicoquímicos, realizándose en milésimas de segundo, sino que se producen en el largo decursar de la humanidad, hay toda una serie de aspectos de las relaciones jurídicas que no corresponden a las relaciones de producción que en ese momento caracterizan al país; lo que no quiere decir sino que serán destruidas con el tiempo, cuando las nuevas relaciones se impongan sobre las viejas, pero no al revés, que sea posible cambiar la superestructura sin cambiar previamente las relaciones de producción.

El compañero Bettelheim insiste con reiteración en que la naturaleza de las relaciones de producción es determinada por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y que la propiedad de los medios de producción es la expresión jurídica y abstracta de algunas relaciones de producción, escapándose el hecho fundamental de que esto es perfectamente adaptado a una situación general (ya sea sistema mundial o país), pero que no se puede establecer la mecánica microscópica que él pretende, entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en cada región o en cada situación y las relaciones jurídicas de propiedad.

Ataca a los economistas que pretenden ver en la propiedad de los medios de producción por parte del pueblo una expresión del socialismo, diciendo que estas relaciones jurídicas no son base de nada. En cierta manera podría tener razón, con respecto a la palabra base, pero lo esencial es que las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas chocan en un momento dado, y ese choque no es mecánicamente determinado por

una acumulación de fuerzas económicas, sino que es una suma cuantitativa y cualitativa, acumulación de fuerzas encontradas desde el punto de vista del desarrollo económico, desbordamiento de una clase social por otra, desde el punto de vista político e histórico. Es decir, nunca se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases (hasta llegar a la sociedad perfecta). Por tal motivo, para el hombre, expresión viviente de la lucha de clases, la base jurídica que representa la superestructura de la sociedad en que vive tiene características concretas y expresa una verdad palpable. Las relaciones de producción, el desarrollo de las fuerzas productivas, son fenómenos económico-tecnológicos que van acumulándose en el decursar de la historia. La propiedad social es expresión palpable de estas relaciones, así como la mercancía concreta es la expresión de las relaciones entre los hombres. La mercancía existe porque hay una sociedad mercantil donde se ha producido una división del trabajo sobre la base de la propiedad privada. El socialismo existe porque hay una sociedad de nuevo tipo, en la cual los expropiadores han sido expropiados y la propiedad social reemplaza a la antigua, individual, de los capitalistas.

Esta es la línea general que debe seguir el período de transición. Las relaciones pormenorizadas sobre tal o cual capa de la sociedad solamente tienen interés para determinados análisis concretos; pero el análisis teórico debe abarcar el gran marco que encuadra las relaciones nuevas entre los hombres, la sociedad en tránsito hacia el socialismo.

Partiendo de estos dos errores fundamentales de concepto, el compañero Bettelheim defiende la identidad obligatoria, exactamente encajada, entre el desarrollo de las fuerzas productivas en cada momento dado y en cada región dada y las relaciones de producción y, al mismo tiempo, trasplanta estas mismas relaciones al hecho de la expresión jurídica.

¿Cuál es el fin? Veamos lo que dice Bettelheim:

"En estas condiciones el razonamiento que parte exclusivamente de la noción general de «propiedad estatal» para designar las diferentes formas superiores de la propiedad socialista, pretendiendo reducir ésta a una realidad única, tropieza con insuperables dificultades, sobre todo cuando se trata de analizar la circulación de las mercancías en el interior del sector socialista del estado, el comercio socialista, el papel de la moneda, etc."

Y luego, analizando la división que hace Stalin en dos formas de propiedad, expresa:

"Este punto de partida jurídico y los análisis que del mismo se derivan, conducen a negar el carácter necesariamente mercantil, a la hora actual, de los cambios entre empresas socialistas del estado, y hacer incomprensible, en el plano teórico, la naturaleza de las compras y ventas efectuadas entre empresas estatales, la naturaleza de la moneda, de los precios, de la contabilidad económica, de la autonomía financiera, etc. Estas categorías se encuentran así privadas de todo contenido social real. Aparecen como formas abstractas o procedimientos técnicos más o menos arbitrarios y no como la expresión de estas leyes económicas objetivas, cuya necesidad destaca, por otra parte, el propio Stalin".

Para nosotros, el artículo del compañero Bettelheim a pesar de que manifiestamente toma partido contra las ideas que hemos expresado en algunas oportunidades, tiene indudable importancia, al provenir de un economista de profundos conocimientos y un teórico del marxismo. Partiendo de una situación de hecho, para hacer una defensa, en nuestro concepto no bien meditada, del uso de las categorías inherentes al capitalismo en el período de transición y de la necesidad de la propiedad individualizada dentro del sector socialista, él revela que es incompatible el análisis pormenorizado de las relaciones de producción y de la propiedad social siguiendo la línea marxista —que pudiéramos llamar ortodoxa— con el mantenimiento de estas categorías, y señala que ahí hay algo incomprensible.

Nosotros sostenemos exactamente lo mismo, solamente que nuestra conclusión es distinta: creemos que la inconsecuencia de los defensores del Cálculo Económico se basa en que, siguiendo la línea del análisis marxista, al llegar a un punto dado, tienen que dar un salto (dejando "el eslabón perdido" en el medio) para caer en una nueva posición desde la cual continúan su línea de pensamiento. Concretamente, los defensores del Cálculo Económico nunca han explicado correctamente cómo se sostiene en su esencia el concepto de mercancía en el sector estatal, o cómo se hace uso "inteligente" de la Ley del Valor en el sector socialista con mercados distorsionados.

Observando la inconsecuencia, el compañero Bettelheim retoma los términos, inicia el análisis por donde debía acabar —por las actuales relaciones jurídicas existentes en los países socialistas y las categorías que subsisten—,

constata el hecho real y cierto de que existen estas categorías jurídicas y estas categorías mercantiles, y de allí concluye, pragmáticamente, que si existen es porque son necesarias y, partiendo de esa base, camina hacia atrás, en forma analítica, para llegar al punto donde chocan la teoría y la práctica. En este punto, da una nueva interpretación de la teoría, somete a análisis a Marx y a Lenin y saca su propia interpretación, con las bases erróneas que nosotros hemos apuntado, lo que le permite formular un proceso consecuente de un extremo a otro del artículo.

Olvida aquí, sin embargo, que el período de transición es históricamente joven. En el momento en que el hombre alcanza la plena comprensión del hecho económico y lo domina, mediante el plan, está sujeto a inevitables errores de apreciación. ¿Por qué pensar que lo que "es" en el período de transición, necesariamente "debe ser"? ¿Por qué justificar que los golpes dados por la realidad a ciertas audacias son producto exclusivo de la audacia y no también, en parte o en todo, de fallas técnicas de administración?

Nos parece que es restarle demasiada importancia a la planificación socialista con todos los defectos de técnica que pudiera tener, el pretender, como lo hace Bettelheim, que:

"De esto dimana la imposibilidad de proceder de manera satisfactoria, es decir, eficaz, en un reparto integral, a priori, de los medios de producción y de los productos en general, y la necesidad del comercio socialista y de los organismos comerciales del estado. De donde se origina también el papel de la moneda al interior del mismo, del sector socialista, el papel de la Ley del Valor y un sistema de precios que debe reflejar no solamente el costo social de los diferentes productos, sino también expresar las relaciones entre la oferta y la demanda de estos productos y asegurar, eventualmente, el equilibrio entre esta oferta y esta demanda cuando el plan no ha podido asegurarlo a priori y cuando el empleo de medidas administrativas para realizar este equilibrio comprometería el desarrollo de las fuerzas productivas".

Considerando nuestras debilidades (en Cuba), apuntábamos, sin embargo, nuestro intento de definición fundamental:

"Negamos la posibilidad del uso consistente de la Ley del Valor, basados en la no existencia de un mercado libre que exprese automáticamente la contradicción entre productores y consumidores; negamos

la existencia de la categoría mercancía en la relación entre empresas estatales, y consideramos todos los establecimientos como parte de la única gran empresa que es el estado (aunque, en la práctica, no sucede todavía así en nuestro país). La Ley del Valor y el plan son dos términos ligados por una contradicción y su solución; podemos, pues, decir que la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta: la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista". (2)

Relacionar la unidad de producción (sujeto económico para Bettelheim) con el grado físico de integración, es llevar el mecanismo a sus últimos extremos y negarnos la posibilidad de hacer lo que técnicamente los monopolios norteamericanos habían ya hecho en muchas ramas de la industria cubana. Es desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades.

Lo que puede, pues, llamarse "unidad de producción" (y que constituye un verdadero sujeto económico) varía evidentemente según el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. En ciertas ramas de la producción, donde la integración de las actividades es suficientemente impulsada, la propia rama puede constituir una "unidad de producción". Puede ser así, por ejemplo, en la industria eléctrica sobre la base de la interconexión, porque esto permite una dirección centralizada única de toda la rama.

Al ir desarrollando pragmáticamente nuestro sistema llegamos a avizorar ciertos problemas ya examinados y tratamos de resolverlos, siendo lo más consecuentes —en la medida en que nuestra preparación lo permitió— con las grandes ideas expresadas por Marx y Lenin. Eso nos llevó a buscar la solución a la contradicción existente en la economía política marxista del período de transición. Al tratar de superar esas contradicciones, que solamente pueden ser frenos transitorios al desarrollo del socialismo, porque de hecho existe la sociedad socialista, investigamos los métodos organizativos más adecuados a la práctica y la teoría, que nos permitieran impulsar al máximo, mediante el desarrollo de la conciencia y de la producción, la nueva sociedad; y ese es el capítulo en que estamos enfrascados hoy.

Para concluir:

1) opinamos que Bettelheim comete dos errores gruesos en el método de análisis:

a) trasladar mecánicamente el concepto de la necesaria correspondencia entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas, de validez global, al "microcosmos" de las relaciones de producción en aspectos concretos de un país dado durante el período de transición, y extraer así conclusiones apoloéticas, teñidas de pragmatismo, sobre el llamado Cálculo Económico.

b) hacer el mismo análisis mecánico en cuanto al concepto de propiedad.

2) Por tanto, no estamos de acuerdo con su opinión de que la autogestión financiera o la autonomía contable "están ligadas en un estado dado de las fuerzas productivas", consecuencia de su método de análisis.

3) Negamos su concepto de dirección centralizada sobre la base de la centralización física de la producción (pone el ejemplo de una red eléctrica interconectada) y lo aplicamos a una centralización de las decisiones económicas principales.

4) No encontramos correcta la explicación del por qué de la necesaria vigencia irrestricta de la Ley del Valor y otras categorías mercantiles durante el período de transición, aunque no negamos la posibilidad de usar elementos de esta Ley para fines comparativos (costo, rentabilidad expresada en dinero aritmético).

5) Para nosotros, "la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista", etc. y, por tanto, le atribuimos mucho mayor poder de decisión consciente que Bettelheim.

6) Consideramos de mucha importancia teórica el examen de las inconsecuencias entre el método clásico de análisis marxista y la subsistencia de las categorías mercantiles en el sector socialista, aspecto que debe profundizarse más.

7) A los defensores del "Cálculo Económico" les cabe, a propósito de este artículo, aquello: "de nuestros amigos me guarde Dios, que de los enemigos me guardo yo".

(1) V. I. Lenin, "Problemas de la edificación del socialismo y del comunismo en la URSS", páginas 51-52. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

(2) "Nuestra Industria. Revista Económica", Nº 5, pág. 16, febrero de 1964.

LOS GAVILANES
PELUQUERIA H. MB. E. Y. NÓS
QUINIOLA Y MENSAJERIA
REVISTAS
TEL. 410914
Bvar. ESPAÑA 2180